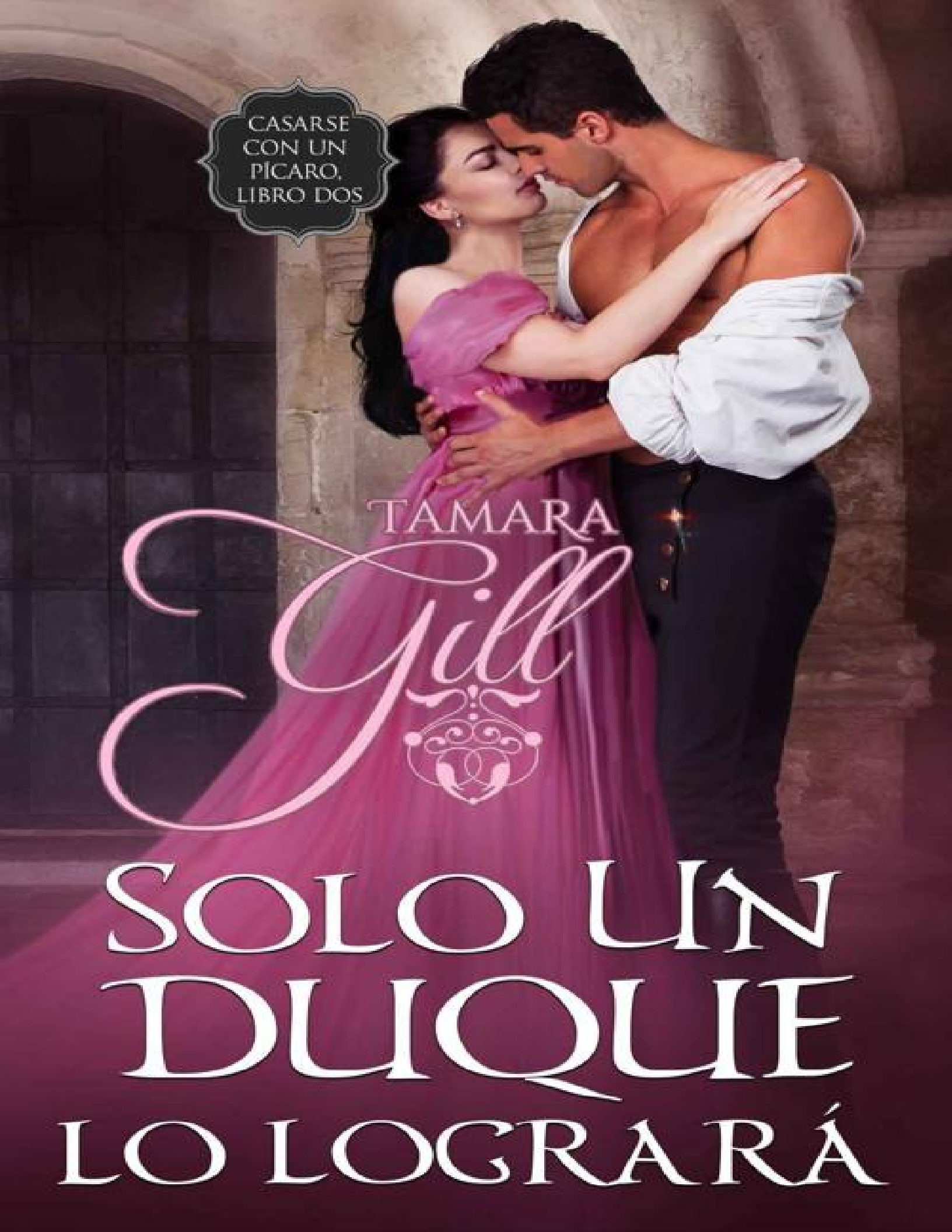




CASARSE
CON UN
PÍCARO,
LIBRO DOS

TAMARA

Gill



SOLO UN
DUQUE
LO LOGRARÁ

SOLO UN
DUQUE
LO LOGRARÁ

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Epílogo](#)

[Otras Obras de Tamara Gill](#)
[Acerca de la autora](#)

Créditos

Solo un duque lo logrará
Casarse con un pícaro, Libro 2
Copyright 2025 por Tamara Gill
Traducido por Lucía Espinosa Campi
Portada Wicked Smart Designs
Todos los derechos reservados

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del escritor o se han utilizado de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en una base de datos y sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo) sin el previo permiso por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

Sinopsis

Antes de ser presentada en sociedad, Lady Isolde Worthingham capturó el corazón del duque de Moore en un baile country. Pero la noche antes de su boda, un escándalo alborota a la sociedad y hace que viaje a Escocia sola y con un compromiso cancelado, convirtiendo su perfecto y planeado futuro en un laberinto de deshonra y corazones rotos.

Merrick Mountshaw, el duque de Moore, odia la lamentable situación en la que se ve envuelto y se esconde de la sociedad. Con una esposa escandalosa a la que nunca deseó, que hace alarde de sus indiscreciones, su vida se convierte en un infierno interminable. Cuando la mujer que amaba y había perdido vuelve a Londres, se da cuenta de que ya no puede vivir más sin ella.

Sin embargo, los votos y el pasado duelen y no son fáciles de olvidar. El amor tal vez no pueda ganar la batalla contra la sociedad cuando un caballero muy adecuado y una señorita actúan según las reglas.

Capítulo

Uno

Finca de los Mountshaw, Wiltshire 1805

Isolde Worthingham, la segunda hija mayor del duque de Penworth, comió una cucharada de crema y sonrió a su prometido, un hombre que había aparecido en su vida hacía solo un año, pero al que sentía que conocía desde siempre. Merrick Mountshaw, el cuarto duque de Moore, era un hombre bueno, como ella, y resultaban una combinación perfecta, mucho más de lo que alguna vez había soñado. Tan perfecta, que parecían hechos el uno para el otro.

Él le devolvió la sonrisa, con los ojos brillantes de felicidad. En unas pocas horas al fin se casarían y se harían promesas frente a Dios y a sus seres más queridos.

Isolde sentía que la emoción recorría sus venas. Esperar a que llegara este día se le hizo eterno. Era muy afortunada de poder casarse por amor: con sus hermanas se habían prometido lograrlo luego de ser testigos de tal unión entre sus propios padres.

Disfrutaron mucho de su última cena como prometidos. La conversación se centró en sus nupcias y el encuentro de dos grandes familias del sur de Inglaterra. Algunos lo llamaban el evento de la temporada.

Eso no la sorprendía ya que la mitad de Londres había viajado a Mountshaw, ciudad natal de Merrick, para asistir. Todas las personas importantes del país los verían expresar sus votos y promesas mañana. Ya no podía esperar.

Merrick la tomó de la mano y la apartó de sus pensamientos, dejando un beso duradero en su muñeca. Se puso colorada y se mordió el labio.

—No puedo concentrarme en este postre cuando hay algo aún más delicioso en la mesa, —susurró Merrick, acercándose.

Ella se rio, mirando a su alrededor y esperando que nadie escuchara sus palabras. —Deja de burlarte de mí, su Excelencia.

—Ante tanta belleza, solo puedo decir la verdad.

Sonrió y respondió una pregunta de su hermano Josh, sentado frente a ella. Siempre era agradable sentarse cerca de Merrick. De hecho, prefería sentarse allí antes de al otro extremo de la mesa, donde apenas podría verlo entre todos los arreglos de frutas y flores que se extendían

por allí. Y, si se sentaba lejos de él, dejaría de sentir que su bota se frota contra la zapatilla de seda.

No hay esperanzas para el hombre. Ya lo arruiné.

Pensó y se rio por dentro. Había sido uno de los pícaros más deseado de la ciudad, un caballero bastante buscado; pero Isolde no había sabido nada de él hasta el año pasado, cuando se conocieron. Observó mientras hablaba con su hermano acerca de tomar unos tragos para celebrar después de que las mujeres se retiraran. Estaba entusiasmado con la conversación; sus facciones marcadas le despertaban ganas de acariciarlo y arrastrarlo hacia un beso con esos labios que todavía la distraían cuando lo miraba. En su opinión, era perfecto.

Y lo amaba muchísimo. Disfrutaba la vida y todo lo que esta le ofrecía; siempre imaginaba lo mejor de cualquier mala situación. El duque se preocupaba tanto por sus amigos como por sus inquilinos y el personal de la finca. Era diferente a cualquiera que hubiera conocido. Un hombre especial.

Isolde tomó un sorbo de champán: las burbujas le hicieron cosquillas en la lengua y la tensión del día fue desapareciendo a medida que avanzaba la cena. Todo estaba listo para la boda: los arreglos florales, las mesas de caballete dispuestas en el jardín, esperando que los sirvientes las prepararan para el desayuno de bodas mañana por la mañana. Ya habían empacado sus baúles y estaban en el vestíbulo de entrada esperándolos para su viaje al continente... además, su vestido de novia estaba colgado contra el armario. Todo lo que Isolde tenía que hacer era tratar de no llorar sin cesar mientras le prometía su corazón y su alma al hombre que estaba a su lado, algo en lo que de seguro fallaría.

Se inclinó hacia él y llamó su atención. —¿Tienes que hacer eso, Merrick? Apenas puedo concentrarme en esta comida tal como está, mucho menos si tengo tu pie recorriendo mi pierna.

—Eso es justo, porque yo no he podido concentrarme durante meses —respondió, guiñándole un ojo, y tomó un sorbo de vino. Ella lo miró, fascinada cuando lamió una gota de sus labios. Se sorprendió al ver cómo lo observaba y le dirigió una mirada ardiente y llena de promesas.

Tomó su mano y le besó los dedos, rindiendo homenaje al diamante cuadrado que le había regalado para celebrar su compromiso. El anillo había sido de su abuela; ahora era suyo y, Dios mediante, algún día pertenecería a la esposa de su hijo.

El calor se acumuló en su vientre cuando la besó. Pensar en la noche de bodas la dejó sin aliento y tomó un sorbo de champán.

—Te amo, —le dijo Merrick, lo suficientemente fuerte como para que todos escucharan.

—Yo también, —le respondió, de forma automática, natural. Bendijo el día en que su mejor amiga, la señorita Hart, los había presentado durante un baile *country* hacía un año. Desde ese día en adelante, Merrick había sido atento e implacable en su cortejo; y ella se deleitaba por haber enderezado a uno de los pícaros perdidos de Londres.

Su padre, el duque de Penworth, se aclaró la garganta y los miró con alegría. Su querido papá

brillaba con orgullo. —Me gustaría proponer un brindis por el duque y la futura duquesa de Moore. Que su vida esté llena de amor, buena salud y felicidad.

Su padre sonrió y ella notó el brillo de lágrimas no derramadas en sus ojos. Siempre había sido un hombre sentimental y lo amaban aún más por eso.

—Moore demostró ser un joven decidido y honrado el año pasado y, si no estuviera seguro de que no hará nada más que esforzarse por hacer feliz a mi hermosa hija, no habría permitido esta unión. Pero esta noche mi corazón se siente completo y alegre. Isolde eligió bien. Me llena de satisfacción saber que siempre estarás a salvo y feliz. Por eso, me gustaría proponer un brindis por el duque y la futura duquesa de Moore.

Un gran brindis estalló en la mesa e Isolde le sonrió a Merrick cuando besó su mano por segunda vez. Miró alrededor de la mesa larga y bien decorada, dando gracias con una sonrisa a toda su familia y a los pocos amigos cercanos que estaban presentes.

Detuvo la mirada en su mejor amiga, la señorita Leonora Hart... Letty para ella. El ceño fruncido empañaba su frente que en general era perfecta y en sus labios se podía ver un dejo de desagrado. Parecía distraída, incluso preocupada, e Isolde se prometió averiguar qué le pasaba a su amiga antes de que la noche llegara a su fin.

Quizás era porque estaba a punto de casarse y Letty no iba a tener una temporada social en la ciudad debido a las finanzas de su familia. Su padre, el vicario local en Surrey, no tenía fondos suficientes y había rechazado la oferta del duque de Penworth de organizarle la temporada social a su hija. Isolde pensaba que su decisión era muy cruel e injusta para Letty y, al no poder ayudar, la situación era aún más frustrante. Pero la decisión del padre de Letty fue definitiva. No era un vicario fácil de persuadir.

Volvería a hablar con su padre sobre la situación antes de partir para su viaje de bodas a París y Suiza. Letty era como su hermana; después de todo, se conocían desde pequeñas. No había nada que Isolde no quisiera más para su amiga que tener la felicidad que ella misma tenía en ese momento con Merrick.

Finalmente, la cena terminó y los hombres se alejaron en busca de su oporto y sus cigarros. Isolde se dirigió a la sala, lista para que la noche terminara y para que el día siguiente al fin comenzara. El día de su boda... Qué lindo sonaba eso.

Capítulo

Dos

Un año antes, baile country en Cranleigh

Merrick, el duque de Moore, se apoyó contra la pared de la sala de asamblea en Cranleigh y sintió que su vida daba un vuelco ante sus ojos. Qué maravillosa criatura era esa mujer de cabello tan oscuro como la noche: una belleza urbana, al parecer de modesta fortuna, por el aspecto de su vestido, pero cautivadora en todos los sentidos.

Será mía...

Durante las últimas dos semanas se estuvo quedando con su gran amigo de Cambridge, el Marqués Wardoor, y había aceptado asistir al baile *country* por diversión. ¿Pero quién se estaba divirtiendo ahora? Claramente, no era su caso.

Caminó hacia la puerta que conducía al camino de grava de la entrada; las habitaciones le producían claustrofobia de tanto calor. ¿Solo a él le afectaba ese calor punzante? Desde luego que no. Se aflojó la corbata, sin desviar la mirada de la mujer que parecía haber capturado su alma en tan solo unos minutos.

Era el ángel más impresionante del mundo.

La dama se echó a reír, con un sonido intenso y embriagador, no una risita frívola. Su amiga también sonrió y el duque sintió que el corazón se detuvo dentro de su pecho. Frunció el ceño: no se encontraba muy a gusto con la forma en que su cuerpo respondía ante la mujer. Sí, era bonita, pero se vestía de forma modesta; no era su tipo habitual de belleza de cabello oscuro que vestía seda de colores y sombras exquisitas.

El vestido de esta mujer era de muselina azul claro; su cabello estaba recogido en un estilo que había visto en la ciudad, pero sin joyas ni peinetas de adorno. De todos modos, no necesitaba adornos para acentuar lo que había allí y que todos la vieran.

La belleza personificada.

Debo conocerla.

Caminando entre la multitud, se detuvo para conversar con distintos invitados; no quería parecer demasiado desesperado. Con paso lento, se dirigió hacia ella, pero, si esperaba una cálida bienvenida (que honrara su presencia con declaraciones efusivas y falta de aliento) estaba muy

equivocado.

No recibió nada de eso. De hecho, ni siquiera lo saludaron.

Merrick frunció el ceño. El ángel continuó hablando con su amiga, sin darse cuenta de que él estaba al lado, rogándole que olvidara las reglas de la sociedad y se diera vuelta para saludarlo y poder presentarse.

Ser ignorado fue una experiencia novedosa; no era algo con lo que se sintiera cómodo. A casi todos les importaba saber qué pensaba sobre diferentes temas. Querían saber si asistiría a un evento, y si no, cuáles eran sus razones y si deberían seguir su ejemplo. Parecía que no sería así con esta señorita que provenía del campo.

Si lo estaba ignorando a propósito, entonces no le importaba su opinión o su presencia.

Su amigo, Lord Wardoor, lo vio y se acercó, inclinándose ante las dos mujeres. —Señorita Hart, Lady Isolde Worthingham, me permiten presentarles a mi amigo de Cambridge, Su Excelencia el Duque de Moore.

Se quedó boquiabierto. ¡Era la hija del duque de Penworth! Las mujeres hicieron una reverencia, le lanzaron miradas especulativas y, por primera vez en su vida, no pudo emitir palabra.

Su ángel habló primero. —Su Excelencia, es un placer conocerlo, —saludó, con una voz articulada y clara.

Merrick se aclaró la garganta y contestó: —Mi lady, Señorita Hart, —seguido de una reverencia, aclarándose la garganta una vez más: —¿Están disfrutando su tiempo en Cranleigh?

—Así es, Su Excelencia. Nuestra estadía aquí ha sido muy divertida.

Él asintió, incapaz de apartar su mirada. Ella se sonrojó y él sintió su corazón latir tan fuerte que estaba seguro de que lo podría oír. Qué incómodo. —¿Bailaría conmigo, Lady Isolde?

Ella lanzó una mirada de complicidad a su amiga y asintió. —Sí, gracias.

La condujo a la pista, con su mano perfecta descansando delicada sobre su brazo. Incluso a través de la tela podía sentir su piel. Lo marcó, dejando una huella en su alma que estaba seguro de que nunca sería reemplazada por otra.

Bailaron por un rato, deleitándose con su jadeo que se convertía en risa. —¿Le gusta bailar, Lady Isolde?

Sus miradas se encontraron, con un brillo travieso en sus ojos. —Llámeme Isolde, por favor. Y sí, me gusta, cuando la pareja es agradable. ¿Y a usted, su Alteza? ¿Le gusta bailar?

Se separaron por un momento por los pasos del baile, pero se volvieron a encontrar enseguida. —Mi nombre es Merrick. Y sí, me agrada ahora.

Ella le sonrió, con sus mejillas color rosa que la hacían cada vez más encantadora. La sensación de que nunca debería dejar ir a esta mujer vibró en sus venas. —¿Puedo ir a visitarla cuando regrese a la ciudad?

—No voy a regresar a la ciudad de inmediato, hasta que comience la temporada social. Cuando lo haga, me gustaría que me hiciera una visita.

La hizo girar y el dobladillo de su vestido rozó la parte superior de sus botas. Sentía aroma a rosas y se inclinó, acercándose y deseando poder besar la pequeña peca que descansaba contra su cuello, un bocado tentador como nunca.

—Se acabó entonces.

—¿Qué se terminó? —le preguntó sonriendo y recorrió con su mirada los labios del duque. El aire entre ellos se espesó con un deseo insatisfecho. Sí, era deseo lo que sentía por esta mujer, desde el momento en que la había visto. Si Wardoor no lo hubiera instado a asistir a esta fiesta, nunca habría conocido a esta encantadora criatura.

El destino...

—Mi vida.

La atrajo más cerca de lo necesario: quería que viera, que leyera en su mirada lo que no podía expresar en ese momento, sin importar cuánto quisiera.

—¿Su vida, mi lord? —preguntó con una sonrisa y Merrick quedó extasiado. —¿Cómo se puede acabar su vida?

—Sí, tiene razón —aclaró. —No se ha terminado en absoluto, sino que recién está comenzando. Con usted.

Durante el resto de la noche, Merrick no se apartó de su lado. No demostraba ser hija de un duque; no levantaba la nariz ante la multitud reunida ni arrojaba su riqueza y familia poderosa ante sus modestias. En todo caso, pensó que estaba tratando de encajar, de ser una más de las invitadas, una chica de campo en un baile *country*.

Y la adoraba por eso.

Desde el momento en que la vio, supo que era extraordinaria y la deseó. El baile había marcado el comienzo de su cortejo y no había cesado hasta que aceptó ser su esposa.

Y ahora, en solo unas pocas horas, ese deseo se haría realidad. Era el momento ideal.

El roce de un guante de seda en su brazo lo sacó de sus reflexiones. Isolde lo envolvió con brazo y lo acercó. —¿En qué estás pensando? Tienes una mirada muy extraña en tu rostro.

Le sonrió y despertó en él un enorme deseo de inclinarse y besarla. Odiaba que la sociedad se negara a permitir muestras abiertas de afecto. Una vez que se casaran, dejaría a un lado todas las normas y la besaría cuándo y dónde quisiera.

—Estaba pensando en la noche en que nos conocimos. ¿Te acuerdas?

Ella se rio entre dientes, tomando un sorbo de champán.

—Así es. Fue el mejor día de mi vida. Bueno... —hizo una pausa, encontrando su mirada, y continuó: —Fue *el* mejor día, pero algo me dice que mañana lo superará.

Incapaz de evitar tocarla, besó su mano. —Te amo mucho, mucho. Prometo ser el mejor esposo que pueda ser y hacer realidad todo lo que siempre quisiste.

Las lágrimas se acumularon en sus ojos y él limpió una que se atrevió a estropear su hermoso rostro. —Espero que sean lágrimas de felicidad.

—Eres incapaz de producir cualquier otro tipo de lágrimas.

Más tarde esa noche, después de que todas las damas se fueron a la cama, Merrick, junto con el duque de Penworth y el hermano de Isolde, el marqués de Worth, tomaron unas copas para celebrar. Más de lo que Merrick debería haber tomado, a juzgar por lo borrosa que veía la escalera. Estaba mareado, muy mareado. Se agarró de la baranda y se tambaleó hasta el segundo piso. Llegar sin caerse hacia atrás y romperse el cuello fue toda una hazaña.

La casa estaba en silencio mientras pasaba junto a la habitación de Isolde; una urgencia abrumadora de traspasar esa puerta cruzó por su mente, pero el sonido de un criado moviendo el pestillo de la puerta principal le impidió desviar su rumbo.

A esta hora mañana por la noche sería suya; ese pensamiento lo tranquilizó. Tenían el resto de sus vidas para estar juntos. Podía esperar unas horas más.

Al llegar a su dormitorio, notó que su siempre fiel criado le había dejado la habitación lista y acondicionada. Sin embargo, el fuego se había reducido a cenizas hacía rato y un frío empañaba el aire. Se desnudó rápidamente, se tambaleó, se cayó y, con un chasquido, su cabeza golpeó el borde de la cama.

Maldijo, frotando su cráneo. Sentía golpecitos en la cabeza ahora. La habitación giraba y parpadeó, tratando de enfocar su visión. No funcionó, pero se arrastró hasta la cama, sin molestarse en meterse debajo de las sábanas.

La habitación se sacudió y, por un momento, pensó que podría caerse de la cama. Las náuseas se dispararon en sus entrañas y gimió. Nunca volvería a beber. Nunca más.

Merrick se despertó sobresaltado por el sonido de la puerta cerrándose. —Shh... Una figura presionó sus labios con el dedo y se extendió a su lado, sobre sus caderas.

Murmuró palabras extrañas y caóticas. ¿Era un sueño? La figura ágil se sentó sobre sus piernas y la embriagadora fragancia de rosas llenó sus sentidos.

Isolde...

—¿Es un sueño? —preguntó en medio de una sonrisa, incapaz de abrir los ojos. Por alguna razón absurda, sus párpados eran como piedras y no cooperaban. Solo podía significar una cosa: era un sueño... y se sentía muy bien.

Agarró las delgadas caderas de Isolde, deleitándose con la sensación de su forma tan cerca de la suya. La unión entre sus piernas se frotó contra su pene, que se enderezó de necesidad.

Durante meses, había querido probar cada bocado que formaba parte de su prometida. Probar su carne dulce; dar y recibir placer.

—Aún no estamos casados. —dijo riéndose y el sonido fuerte hizo que su cabeza girara más rápido.

Ella se rio, con un sonido ronco que estaba lleno de necesidad; una tentación en su cama. El sonido era extraño, no la risa habitual de Isolde. Abrió los ojos solo para ver oscuridad total en la habitación. —Deberías volver a tu habitación...

Esto es solo un sueño. No se puede dañar a nadie con un sueño.

Ella cortó sus palabras con un beso exigente, un beso que lo dejó sin ninguna duda de dónde terminaría este encuentro. Su lengua se arremolinó con la suya y perdió toda posibilidad de ser amable, de tomarse su tiempo, de saborear el momento. Enredó los dedos en su cabello, sosteniéndolo contra ella y tomando todo lo que podía dar.

—Este es el mejor sueño, Isolde. Gracias por este regalo, —dijo.

Quería sentir con sus manos las tentaciones que tenía para ofrecerle, aprender la versión soñada de su amor tanto como aprendería su verdadera forma al día siguiente.

Sus amplios senos se mecieron contra su pecho, sus pezones se convirtieron en protuberancias endurecidas contra sus palmas. Él se inclinó, tomando uno en su boca y besándolo hasta que se enarboló como un dulce caramelo.

Isolde gimió y la respiración de Merrick se aceleró aún más. Sus caderas se sacudieron en una danza de deseo, frotando contra su zona más íntima y él apretó los dientes con fuerza. Sus pechos, apoyados sobre sus manos, eran más grande en este sueño que en la Isolde de la vida real. Se rio entre dientes y se detuvo un momento por las náuseas.

—Apresúrate, —susurró ella contra su oído, antes de tomar su lóbulo con la boca y morderlo con suavidad.

Su cuerpo rugió de necesidad y la rodó debajo de él, enlazando sus largas y perfectas piernas alrededor de las caderas.

—¿Impaciente, mi amor?

—Sabes que sí, —gimió, con sus pies empujando sus nalgas y sus partes íntimas rozando una con la otra.

Él gruñó ante su súplica y le agarró la cara, intentando detener la abrumadora necesidad de empujar dentro de su calor y hacerla delirar. Su cerebro inducido por el alcohol luchó en busca de claridad, pero tantos vasos habían disuelto todo pensamiento certero. Nada de esto es real, entonces, ¿qué importa?

—Isolde, no tienes idea de cuánto he querido tenerte así. Los últimos doce meses han sido los más largos de mi vida. Estar tan cerca de ti, sin poder unirnos, ha sido una tortura interminable. —Respiró para calmarse. —Estoy mareado, mi amor. De hecho, no solo no puedo verte, sino que siento que podría caerme de esta cama en cualquier momento. ¿Estás segura de que no te gustaría posponer este momento?

¿Qué estoy diciendo? ¿Posponer dormir con Isolde? El alcohol obviamente nublaba su juicio.

—Hazme tuya, —ronroneó, frotándose contra su pene, enviando la sangre a sus venas como golpes.

—Maldita sea.

Se deslizó dentro de ella, sin prestar atención a su jadeo de dolor. Trató desesperado de autocontrolarse, detenerse y darle tiempo para recuperar el aliento. Pero cuando le apretó la nuca y alzó un poco el trasero, permitiéndole profundizar su movimiento, no hubo vuelta atrás.

Respiró contra su cuello, colocó pequeños besos sobre su piel mientras comenzaba el suave deslizamiento y la danza de hacer el amor con su futura duquesa. Era la cosa más dulce que había sostenido en sus brazos, acogedora, necesitada y cálida; tenía tan apretada su zona íntima que luchó para no perderse antes de llevarla al clímax. Pero no lo logró. Durante tanto tiempo la había deseado en su cama, escuchando sus deliciosos suspiros contra su oído. Era demasiado; permitió que el placer lo atravesara antes de perderse dentro de ella. Su versión soñada de Isolde era maravillosa y lo dejó anhelando probar a su novia en unas horas cuando estuviera despierto.

—He querido esto por tanto tiempo, Merrick. Qué pena que no me hayas llamado por mi nombre. Pero no importa, ya lograré eso, eventualmente.

Las palabras fueron como un balde de agua fría y las náuseas le invadieron el estómago. —¿Isolde?

La risa fue la sentencia final de muerte. *Leonora.*

—¿Ya adivinaste quién es la amante de tus sueños, su Alteza?

La palabra *no* retumbó en su cerebro. Salió tambaleándose de la cama, sus manos luchando por encontrar el orinal en la oscuridad. Se sentía miserable, en busca de alguna forma de cambiar los últimos momentos en esa habitación por cualquier cosa menos lo que había sucedido.

Oh, Dios, había acabado dentro de ella.

Con el puño de una camisa cercana, se limpió la boca y se desplomó en el suelo. —Cómo se atreve.

La puerta de la habitación se abrió, derramando luz por toda la habitación, revelando a la mujer en su cama. —Ah, me atrevo, sí, Su Excelencia, y parece que mi atrevimiento valió la pena.

Isolde se incorporó sobresaltada y oyó un suave golpe en la puerta. Frunció el ceño. ¿Quién necesitaría verla a estas horas de la noche? Con la boda de mañana, se había excusado temprano anoche, queriendo verse lo mejor posible. Para ser todo lo que podía ser para el hombre que amaba.

Sonrió al pensar en Merrick y salió de la cama, agarrando su chal y envolviéndolo sobre sus

hombros antes de abrir la puerta. Nada más que un pasillo oscuro, un tanto iluminado por la luz de la luna que atravesaba las ventanas que lo recorrían. Más adelante, hacia la habitación de Merrick, un candelabro ardía en un soporte del pasillo, que pronto se apagaría por su propia cera derretida.

Salió al pasillo, mirando a su alrededor, pero sin ver a nadie. Se puso el chal más cerca de los hombros cuando un escalofrío le recorrió la espalda; el frío del aire nocturno era peor de lo que debería ser en esta época del año. Girando para regresar a su habitación, un crujido bajo sus pies la hizo mirar: encontró una pequeña misiva doblada con cuidado en el piso.

Como tenía su nombre garabateado, lo recogió y rompió el sello. Incapaz de leerlo donde estaba, entró a su habitación y encendió la vela con las brasas que aún brillaban rojas en la estufa. La escritura no le era familiar y la carta mucho menos.

Lady Isolde,

Lamento escribir esta carta, mi señora, pero necesita saber la verdad del hombre con el que se va a casar. Como buena mujer cristiana, creo que la gente merece felicidad y la suya no estaría completa dentro de un matrimonio lleno de mentiras y engaños. Le ruego que vaya a la habitación del duque de Moore donde, desafortunadamente, todo será revelado.

Lo siento mucho por usted.

No estaba firmado. Isolde regresó al pasillo y miró hacia la habitación de Merrick al final del pasillo; las puertas doradas dobles estaban cerradas sin luz visible desde debajo de la puerta.

Su estómago se retorció en nudos. ¿*La verdad del hombre con el que se va a casar?* ¿Qué significaba eso?

Se quedó inmóvil, debatiendo si debía ir y ver si todavía estaba despierto. Mostrarle la misiva y preguntarle por qué le habían enviado esa advertencia. Leyó la nota de nuevo, la apretó en sus manos y maldijo. ¿Quién le escribiría algo así a una novia la noche antes de su boda? Una broma de mal gusto, para nada divertida. Ella confiaba en Merrick más que en nadie. Nunca la lastimaría.

No lograría dormir en absoluto, a menos que hablara con él, por lo que caminó hacia su habitación y se detuvo cuando se abrió una puerta a lo largo del pasillo. Era su padre, que levantó el ceño cuando la vio.

—Isolde, ¿qué haces en la puerta de la habitación del duque?

Se acercó y la miró con una mezcla de broma y censura. Ella ignoró la pregunta y le entregó la misiva.

—Padre, ¿Merrick estaba de buen humor cuando lo dejaste esta noche? No estaba preocupado por nuestro matrimonio, ¿verdad?

Él sacudió la cabeza y dejó notar su confusión antes de tomar la nota. La leyó con rapidez.

—Para nada. De hecho, estaba de muy buen humor.

Sus palabras se desvanecieron cuando una risita femenina sonó detrás de la puerta de Merrick.

Isolde tragó saliva para calmar el temor que amenazaba con expulsar su cena. Seguramente estaba imaginando cosas: sería un animal afuera o un sirviente abajo. Pero cuando el ruido se repitió, esta vez seguido de un gemido, el temor de Isolde se convirtió en horror. Miró fijo a su padre, aunque siempre se arrepentiría de haberlo hecho. El rostro del duque adquirió un aspecto asesino.

—Isolde, vuelve a tu habitación, —le pidió, con más firmeza de lo que nunca le había hablado antes. La condujo hacia su habitación. —Ahora, —sentenció, con una voz que no daba lugar a argumentos.

Isolde se mantuvo firme. De ninguna manera iba a irse hasta que se revelara la verdad de la situación.

—Tengo derecho a saber qué está haciendo Merrick, padre. —dijo, respirando temblorosa; su corazón latía demasiado rápido. —No importa qué pase. Por favor, abre la puerta.

Su padre hizo un comentario irreproducible que en cualquier otro momento la habría sorprendido, pero no esta noche. Lo que estaba a punto de ver podría matarla; arruinar todas sus esperanzas y romper su corazón. Su papá se volvió hacia la habitación ducal como un hombre que va a la guerra. Agarró el pestillo, abrió la puerta y logró tener una muy buena visión de la cama de Merrick.

O al menos la vista perfecta de la mujer sentada en su cama.

Desnuda y con el pelo despeinado por el deporte realizado en esa cama.

La sangre hervía en su rostro y la habitación daba vueltas. Se puso de pie, muda, conmocionada hasta el fondo, mientras Letty le sonreía, con el triunfo escrito en todos sus rasgos.

—Ah, Isolde, veo que recibiste mi nota, —comentó Leonora, sonriendo.

Isolde alguna vez pensó que su amiga era bonita, pero ya no. Esta noche era la criatura más fea de la tierra. ¿Le había dado la nota para que entrara y los viera juntos? ¿Qué *amiga* hacía tal cosa?

La manija de la puerta estaba fría e Isolde la sostuvo como un salvavidas mientras su atención se negaba a desviarse de las dos personas que habían arruinado todos sus sueños. Su mejor amiga desde la infancia y el hombre que amaba habían hecho el amor, disfrutando el uno del otro como una pareja casada.

No puede ser verdad... Esto es una pesadilla...

Su mirada se volvió borrosa y su estómago dio un vuelco. Corrió hacia una maceta cercana y arrojó todo lo que había consumido en la cena. El olor a tierra inundó sus sentidos y, por un momento, pensó que se desmayaría. Pero el sonido de la voz de su padre, un rugido ducal

mordaz, la sobresaltó y evitó que sucumbiera al dolor.

—¡Sal de esa cama... ahora! —exigió su padre, recorriendo la habitación y encendiendo todas las velas que pudo encontrar. Nunca había visto tanta repugnancia en su despreocupado padre.

No Merrick. Por favor, no él.

Su prometido se puso de pie junto a la mesita de luz, con el pecho tan desnudo como el de Letty y agitado con la misma rapidez. Levantó una mano y se disculpó: —Lo siento. Yo... no sé qué pasó aquí.

El nudo en la garganta de Isolde amenazó con estrangularla y el dolor que la atravesó seguramente la mutilaría. Las lágrimas corrían libres y se las secó sin un pañuelo.

—¿Por qué?

—Oh, mi querida Isolde. Lo siento. —comenzó a decir, mientras miró hacia la cama, se colocó rápido a un lado y levantó las sábanas para cubrir a Letty. —Permíteme explicar. Por favor —siguió diciendo, balanceándose y agarrando el poste de la cama para estabilizarse.

¿Estaba borracho? ¿Pensaba salir de este lío alegando estar mamado? ¿Cómo podía ser tan descarado? Isolde se movió para pararse junto a su padre.

—Yo mismo no lo entiendo, —dijo Merrick, encontrando su mirada.

—Por favor, dígame, Moore, ¿qué demonios cree que está haciendo comprometiendo a la mejor amiga de su futura esposa? —Su padre escupió las palabras, con el rostro manchado de ira. —Explíquese, muchacho, antes de que lo lleve afuera y le atraviese su frío corazón negro.

Merrick se pasó las manos por el cabello, con el rostro tan pálido como una noche de luna. —Yo...

—No volveré a preguntar, —dijo su padre, cuya paciencia claramente se estaba agotando.

Merrick negó con la cabeza. —Lo que hice es imperdonable. Mi única excusa, por débil que sea, es que pensé que la señorita Hart era Isolde. Pensé que era un sueño.

—Por lo visto, no lo era, —susurró Isolde.

Merrick dio un paso hacia ella y su padre se interpuso. Isolde se alegró por ello. En ese momento, no deseaba que Merrick la tocara, que estuviera tan cerca suyo. ¿Cómo se atrevía a tratarla con tan poco respeto? Si no los hubieran atrapado, ¿se habría casado con ella al día siguiente sin siquiera sospechar que había arruinado a su amiga la noche anterior?

—Isolde, debes creerme. No sabía que era la señorita Hart. Nunca te haría eso.

Se dirigió hacia una cómoda y rápidamente se puso unos pantalones limpios. Además, se puso una camisa que había tirado sobre una silla, revolviéndose el cabello para intentar acomodarlo.

Sin moverse, ella notó que su mano temblaba mientras jugueteaba con los botones, pero nada de lo que dijera o hiciera podía cambiar lo que había visto esa noche. Lo que esto significaba para ellos. Sin embargo, si guardaban lo que había sucedido aquí esta noche entre los presentes, el matrimonio aún era una posibilidad. Nadie necesitaría averiguarlo y, con el tiempo, Isolde

algún día le perdonaría su error.

—Te amo, Isolde. Por favor, dame la oportunidad de explicarte.

Un caleidoscopio de horror dio vueltas en su mente. Su prometido se había acostado con otra... la noche antes de su boda. Una bofetada en su mejilla habría sido menos dolorosa. Se limpió la nariz con el dorso de la mano, sin importarle lo inapropiada que era esa acción para una mujer de su rango. La habitación le empezó a producir claustrofobia y sintió un aroma extraño, a sudor y algo más que nunca antes había experimentado. Se acercó a la ventana y la abrió, respirando profundo el aire fresco de la noche. Aunque no le quitó el dolor desgarrador que amenazaba con consumirla, sí le brindó algo de claridad.

—¿Hace cuánto tiempo? —preguntó al fin, volviéndose para mirar a las dos personas que una vez habían sido su mundo entero.

La mirada de Merrick se dividió entre ella y su padre antes de responder. —Solo esta noche, pero Isolde, yo no...

—Desde la noche en que se conocieron en Cranleigh, —interrumpió Leonora, encogiéndose de hombros. —Estuvo muy mal de nuestra parte, pero no podíamos permitir que nuestra última noche juntos transcurriera sin probar los placeres que encontramos en los brazos del otro. Estoy enamorada de Merrick, como él está de mí. Lo sentimos mucho, Isolde, pero es lo que es. Debes seguir adelante a partir de ahora. —Hizo una pausa, con una sonrisa dulce. —Espero que podamos seguir siendo amigas.

—Cómo se atreve, señorita Hart, eso es falso, —la acusó Merrick. —Está mintiendo, por razones que desconozco, —agregó y fulminó a Letty con la mirada. —Si tiene algún sentimiento, algo de corazón, dirá la verdad de la situación en lugar de arrojar estas mentiras malvadas.

Isolde cerró la boca con un chasquido; no esperaba tanta honestidad. Sí, quería saber la verdad, pero la verdad brutal con un toque de presunción estaba más allá de sus límites en ese momento. Respiró para tranquilizarse. No vomitaría sobre toda la alfombra Aubusson.

¿Cómo sobreviviré a esto?

Enderezó su columna vertebral y luchó para recuperarse. Era la hija de un duque, una mujer fuerte, con un carácter moral sólido. Nunca había hecho algo escandaloso. Toda su vida había hecho lo que le habían dicho, había actuado de forma correcta en todas las circunstancias... pero nunca le habían enseñado cómo reaccionar ante una situación así. No se derrumbaría ante las dos personas en las que más había confiado en el mundo. Las dos personas que la habían traicionado de la peor manera imaginable.

Ya habían triunfado demasiado sobre ella por esa noche. No lograrían nada más. —¿Alguna vez fuimos amigas, Letty? —le preguntó, volviendo al sobrenombre que había usado desde niñas. —Una amiga no haría algo tan deplorable.

Su voz, sin vida, estaba vacía de emoción y los odiaba por hacerla sonar así.

—Por un tiempo creo que lo fuimos, Isolde, —dijo Leonora y miró fijo a Merrick. —Se acabó el juego. Isolde se enteró de nuestro pequeño secreto sucio. Sería mejor si todos aceptamos

nuestro destino y reanudamos la vida con la mayor normalidad posible, —pidió Letty, cruzando los brazos sobre el pecho, y asintió con la cabeza.

Isolde nunca había experimentado esa vil y desagradable emoción que creía que era odio. Pero ahora la estaba sintiendo a flor de piel. Odiaba a Letty, o a la señorita Hart, como la llamaría a partir de ahora.

—Liberaré a mi hija de los contratos de matrimonio y de ahora en adelante ya no estará comprometida con usted. ¿Lo entiende, Su Excelencia? —ordenó su padre, con la voz temblando de ira.

Isolde trató de calmar el pánico que la invadió ante la idea de perder a Merrick. —Padre, quizás deberíamos permitir que Moore explique todo lo que sucedió aquí. Todos están reunidos para la boda. No podemos simplemente alejarnos ahora.

Su padre no se conmovió y agregó: —Renunciará a cualquier reclamo sobre mi hija y la liberará de esta unión, —continuó, tomándola del brazo: —Haré que mi abogado se ocupe de los temas legales de inmediato.

—Te vas a casar mañana conmigo, Isolde. Tu padre no puede liberarme de una unión que quiero tanto como tú. Te amo. Por favor...

La alteró ver cómo descartaba la situación como un simple malentendido que podría ser arrojado junto con las brasas de ayer. Se liberó de la mano de su padre y se dirigió hacia Merrick.

Él levantó el mentón, con sus ojos llenos de miedo.

—¿Casarme contigo sin una explicación? —le preguntó, luchando contra las lágrimas que amenazaban con escaparse. —Si no puedes explicar esta traición de forma convincente, de hoy en adelante, si nos encontramos en un salón de baile o nos vemos en Londres, te darás vuelta y te irás, caminando en la dirección opuesta. Estarás muerto para mí, Merrick. Porque mi amor por ti también estará muerto.

Porque estoy muerta... Las palabras susurraron en su mente y de nuevo, la imagen del rostro torturado de Merrick se nubló ante ella. Se limpió las mejillas, odiando el hecho de que estaba llorando ante dos personas a las que no les importaba en lo más mínimo.

—La señorita Hart me engañó, me hizo creer que fuiste tú quien vino a mi habitación. Yo no veía nada. No sabía...

Ella lo golpeó. El estallido de la bofetada resonó fuerte en la habitación y el remordimiento la inundó en el momento en que lo hizo. Nunca en su vida había golpeado a alguien. Malditos sean los dos en el infierno por convertirla en alguien que no era.

Merrick no dijo ni una palabra. Solo la miró con los ojos llenos de lágrimas. —Por favor. No puedo vivir sin ti. Eres todo para mí.

—No soy nada para ti, —empezó a decir, sacudiendo la cabeza, mientras la desesperación la recorría como un temblor. —¿Que te engañaron? ¿Que estabas borracho? ¿Esas son tus excusas? ¿Cómo pudiste hacerme esto?

Merrick movía la cabeza; no sabía qué responder. Isolde se volvió hacia la señorita Hart, una

mujer a la que consideraba casi como una hermana. —Y tú, —la miró furiosa. —Te apoyamos en sociedad, te ofrecimos nuestra amistad, te consideramos como miembro de nuestra familia... ¿y así es cómo nos pagas?

—No sabía que les debía algo, —respondió la señorita Hart, levantando una ceja.

—No era una deuda, pero la lealtad no cuesta nada. Yo nunca te hubiera hecho eso.

—Amo a Merrick. Ahora que tu compromiso se terminó y que estoy bien arruinada, me casaré con él. Yo, la señorita Hart, hija de un vicario, seré la próxima duquesa de Moore.

—Ni sueñes que lo serás, —le contestó, apretando el puño. Temió golpear a la señorita Hart, pero después de respirar hondo, pareció adquirir cierta apariencia de control.

—Nunca me voy a casar con usted, Leonora.

—Se casará con la señorita Hart y lo hará mañana. Puede lidiar con cualquier tema legal cuando regrese a Londres. —Antes de seguir, su padre dirigió una mirada de disgusto a la señorita Hart. —Sal de esa maldita cama y vístete antes de que te eche yo mismo. Ten un poco de respeto por ti misma y los demás.

La señorita Hart hizo rápidamente lo que le pedía, sin molestarse en esconder su desnudez frente a los presentes. Las mejillas de Isolde ardieron. ¿Cuándo se había vuelto tan grosera su amiga? ¿Cuándo se había alejado de todo lo que era bueno y apropiado, para convertirse en esta mujer desagradable e infiel que haría cualquier cosa para obtener lo que quiere?

La corona de una duquesa.

En los últimos meses había estado actuando de manera extraña. Ahora entendía todo. Lo que Leonora había dicho era verdad. Merrick había estado durmiendo con su amiga desde hacía un tiempo; declaraba dulce amor a Isolde, mientras se acostaba con otra. Ahora le cerraba que a menudo sorprendía a su amiga mirándola y la notaba triste cuando estaba en compañía de Merrick. La señorita Hart estaba celosa y tenía razones para estarlo, al parecer.

Merrick, pálido, miró a su padre. —No puedo casarme con la señorita Hart. Amo a Isolde.

El terror que dejó notar en su voz los sorprendió. Había dos opciones: era un actor brillante o, al menos una cierta parte de él se preocupaba un poco por ella. Como amigo tal vez, porque era obvio que no la deseaba lo suficiente. Hacía un año que estaban comprometidos. Y hubo momentos en que habían estado solos. Podría haber sido suya si lo hubiera deseado y ella no lo habría detenido.

Pero ni siquiera lo había intentado.

—Te casarás conmigo, Merrick, y deseo que Isolde y su familia se queden a mirar.

—Prefiero morir antes que quedarme a ver cómo te casas con el duque.

La reconfortante presencia de su madre se acercó a ella y la tomó del brazo. —Nos iremos al amanecer. Puedes casarte con el Duque de Moore mañana o la próxima semana, pero no seremos parte de eso, —sentenció con voz severa.

—Lo harán, —dijo la señorita Hart, levantando el mentón desafiante. —O les diré a todos que el Duque de Penworth se ha estado aprovechando de mí durante años. Que me tocó de forma

inapropiada cuando era niña y me pasó a todos sus amigos como un juguete. Diré que cuando Merrick se enteró de este pequeño arreglo, también quiso participar en él.

—¿Cómo te atreves! —El padre de Isolde palideció, con sus ojos salvajes de ira. —Te dimos todo lo que deseabas cuando tu propio padre no pudo hacerlo. ¿Cómo te atreves a calumniarnos con tan poco respeto por lo que tus palabras podrían hacerle a una familia que te ha amado y cuidado?

—*Puffff*, —dijo la señorita Hart con desdén. —Si mi historia logra que el Duque de Moore sea mi esposo, no me arrepentiré. Pero soy hija de un vicario respetado, incluso aunque sea pobre. La gente me va a creer, no todos, pero sí la mayoría, y será suficiente para arruinar sus dos hogares.

—Al diablo con mi reputación y lo que cueste esto para mi apellido. Nunca me casaré con usted. La detesto.

—Lo harás, Moore, porque si no lo haces, tu negación dañará a Isolde y no desearías eso ahora, ¿verdad?

La señorita Hart sonrió con malicia, mirando fijo a cada uno de ellos.

Isolde quería creerle a Merrick, pero no podía negar lo que había visto con sus propios ojos. —Les deseo a ambos que sean muy felices, —empezó a decir, pero se atragantó, tratando de respirar con calma.

—Isolde...

La voz de Merrick se apagó cuando su madre la empujó hacia la puerta. El pasillo le parecía como una salvación; cualquier lugar sería mejor que la habitación en la que se encontraban ahora. Una habitación que alguna vez había deseado ver, pero ahora deseaba poder quemarla hasta convertirla en cenizas.

—Sabes lo que significas para mí, —agregó Merrick y su voz se quebró en un sollozo. Isolde se detuvo en la puerta.

La imagen de ambos desnudos la dañó físicamente, pero también lo hicieron las palabras de Leonora. ¿A quién debía creerle? Merrick parecía realmente molesto, pero Leonora puede haberse cansado de que fuera un secreto, de jugar bajo las reglas del duque y haber exigido la mano de Merrick. ¿También la había estado engañando a ella? ¿O Leonora los engañó a ambos? Nada tenía sentido y todo era cruel. Desgarradoramente cruel. Ella había confiado en los dos. Nunca creyó que fueran capaces de infligir tanto dolor. Pero lo habían hecho y ahora no sabía qué hacer. *¿Cómo pudieron hacerme esto?*

—Isolde, por favor, no... por favor, no me dejes. Te amo.

Su padre las siguió hasta la puerta. —Usted, señorita Hart, ha demostrado ser la peor persona esta noche. No tiene reparos en derribar personas cuya única culpa ha sido quererla. Mañana vamos a asistir a su farsa de boda con el duque de Moore, porque nunca dejaré que nada obstaculice el futuro de mis hijos ni permitiré que las mentiras, como las que salieron a la luz esta noche, empañen la impecable reputación de mi familia.

El duque se volvió hacia Moore y sacudió un poco la cabeza. —Usted, Moore, se casará con la señorita Hart sin chistar, aunque solo sea para reparar un poco el daño que le hizo a la mujer que lo amó y fue testigo de que le echaran en cara ese amor convertido en algo inútil y prescindible. Después de la ceremonia de mañana, nos despediremos y nunca tendremos nada que ver. —Luego se dirigió a su mujer: —Lleva a Isolde a su habitación. Voy a pedirle a una criada que le haga una tisana para ayudarla a dormir.

Ella asintió e Isolde hizo lo que sus padres le pidieron. Al ver la sólida puerta de madera de su habitación sintió un pequeño alivio. Se sentó frente al fuego, del que solo quedaba un destello de calor proveniente de las brasas ennegrecidas. Las brasas murieron lentamente... y también lo hizo su corazón.

Las lágrimas corrían por sus mejillas. Solo cuando su madre le dio unas palmaditas en la cara con un pañuelo se dio cuenta de cuánto estaba llorando. —Madre, ¿qué voy a hacer?

—Silencio, cariño. No te tortures más. Todo va a estar bien, aunque no esta noche, ni mañana, ni siquiera dentro de seis meses, pero algún día vas a volver a ser tú misma. Te lo prometo.

Pensando en Merrick, comenzó a llorar, con grandes sollozos que le hacían doler el pecho y le dificultaban la respiración. —Lo perdí. Y todavía lo amo.

Su voz se quebró al darse cuenta de eso.

Su madre la hizo callar con un abrazo. —Lo sé, querida. Sé lo que sientes. Pero ahora no puedes hacer nada con eso. Tendrás que regresar con nosotros a Dunsleigh.

Isolde pensó en todo lo que había perdido: no solo a Merrick, sino también su futuro, sus planes. Su viaje al Continente, a París, a Roma y a todos los lugares encantadores que iban a visitar, se desmoronó en su pecho junto con su corazón. —En serio se va a casar con ella, ¿no?

Incluso decir algo así sonaba absurdo, pero era verdad. La verdad que debía aceptar a partir de esta noche.

—Sí, lo hará. —El rostro de su madre era una máscara de preocupación y dolor. —Lo siento mucho, querida. No te merecías esto.

Isolde se esforzó por calmarse antes de que los sollozos despertaran a sus hermanas y comenzaran a entrometerse con preguntas. Le costaba respirar; los ojos, tan hinchados y lastimados, le dolían cuando parpadeaba.

—Ven, tienes que dormir.

Su madre la ayudó a ponerse de pie e Isolde no luchó contra su decreto. El cansancio triunfaría sobre su mente y, por un dulce momento, olvidaría lo que había sucedido esa noche. Era suficiente para hacerla acostarse.

Se acomodó debajo de las mantas. La criada llamó a la puerta y su madre la hizo pasar, tomando el vaso de whisky y la compresa fría. Isolde lo tomó de un trago, agradecida por el líquido ámbar ardiente y el paño refrescante contra sus ojos.

Las lágrimas comenzaron a caer de nuevo cuando el abrazo reconfortante de su madre la

envolvió, acercándola y abrazándola como si nunca la fuera a soltar. Su madre no había actuado de esa manera desde que era una niña. Logró que parte de la desesperación la abandonara, sabiendo que tenía el apoyo de su familia.

Los necesitaría en los próximos meses.

Respiró profundo. ¿Cómo podría una noche llena de tanta emoción y anticipación convertirse en tanta desesperación y horror? Rodó sobre un costado y el anillo que Merrick le había dado le presionó la mejilla.

Extendió la mano y miró el conjunto de cinco diamantes redondos, cada uno encerrado en plata y sentados sobre una banda de oro que estaba grabada y tenía forma de hoja. El anillo había sido de la abuela de Merrick y, también, el regalo más hermoso que Isolde había recibido.

Pero ya no. Ahora representaba un círculo de confianza fracturado, roto e irreparable. Se lo quitó, incapaz de tirarlo, sin importar cuánto anhelaba hacerlo. Extendió la mano y lo colocó en la mesita al lado de su cama, mirándolo mientras brillaba tan bello bajo la luz de las velas. El anillo y su belleza eran tan volubles como su dueña.

—No voy a volver a Dunsleigh, madre.

—Pero cariño, creo que es la mejor opción para ti, dadas las circunstancias —le dijo su madre, frotándole la espalda.

—Me voy a quedar en Avonmore. No puedo quedarme aquí y ver cómo se casan mientras todos me miran con lástima.

Al menos en Escocia podía escapar de los miembros de la sociedad y su falsa simpatía. Y ver a Merrick casado la destrozaría. Estaba segura de eso.

—Voy a hablar con tu padre al respecto y, aunque no puedo prometerle nada, voy a intentar cumplir tu deseo.

Isolde suspiró aliviada. —Gracias. Solo pido eso.

Cerró los ojos y trató de despejar su mente de esos pensamientos horribles sobre Merrick y su amiga en una posición comprometedor. De los sonidos que la habían recibido al acercarse a esa habitación.

Aguantó las ganas de vomitar que la amenazaron y rezó para tener la fuerza para superar este dolor. Sin embargo, ¿cómo se podría continuar viviendo cuando su alma gemela se casaría con otra persona?

No se podría.

Merrick estaba de pie en el altar ante el sacerdote, el hermano de Isolde a su lado, ya no actuando como testigo, como amigo cercano dando apoyo, sino como recordatorio de un futuro que ya no podía controlar.

Se aflojó la corbata; su cuerpo estaba incómodamente cálido en aquella iglesia pequeña. Los

invitados que habían llegado para su boda con Isolde estaban todos reunidos detrás de él, pero ninguno sabía lo que estaba a punto de suceder.

En lugar de la tan ansiada boda que uniría a dos grandes familias, ahora estaba a punto de casarse con una mujer a la que nunca había visto como algo más que a una amiga. No le molestaba que la señorita Hart fuera solo la hija de un vicario. Si había amor, se habría casado sin problema. Pero casarse con alguien que no sea Isolde, la mujer que sostenía su corazón en la palma de su mano, era la peor tortura.

El hermano de Isolde murmuró algo ininteligible a su lado. Su familia se aferraba a la amenaza que la señorita Hart les había hecho. En tan solo unas pocas horas su vida se convertiría en algo que nunca había creído posible. Era impensable. No importaba cuán borracho había estado, toda esta situación era su culpa.

¿Cómo no se había dado cuenta...?

Una mujer comenzó a tocar el piano y se volvió para ver a la señorita Hart deslizándose hacia él; el triunfo en su rostro no desapareció cuando el murmullo de los invitados retumbó en la pequeña iglesia. Caminó con orgullo hacia él, con un vestido de seda azul claro y con la cabeza bien en alto.

Esta no puede ser mi realidad.

Buscó a Isolde y la miró a los ojos. El dolor que leyó en su dulce rostro lo partió en dos. Deseaba ir con ella, consolarla y asegurarle que lo que había hecho era un error. Alguien en quien habían confiado los había engañado a los dos. Pero no podía. La amenaza que se cernía sobre Isolde arruinaría a su familia. A Merrick no le importaba su propia reputación como duque de Moore, que podría reconstruirse. Pero protegería a Isolde con su vida, incluso después de esta farsa.

Notó que tenía los ojos enrojecidos y un poco hinchados sin duda debido a copiosas lágrimas. Apretó los puños, su propia visión se nubló, odiándose por lo canalla que había sido. ¿Por qué había bebido tanto? Se dio vuelta y miró al sacerdote.

En realidad, pensando en su noche con el duque de Penworth, no había bebido tanto y, sin embargo, había estado muy mareado y cansado... ¿Leonora había puesto algo en su bebida sin que se diera cuenta?

La señorita Hart se acercó a él y le puso la mano sobre el brazo. Los labios del sacerdote se estrecharon con desdén antes de comenzar el servicio. El hombre se había disgustado cuando lo despertaron temprano esa mañana y le notificaron sobre el cambio y lo que se esperaba de él; lo acompañaron con fondos para endulzar el acuerdo. A Merrick se le revolvió el estómago.

Haría que sus abogados investigaran la legalidad de este matrimonio una vez que regresara a Londres, pero, por el momento, evitaba que la señorita Hart los arruinara a todos y permitía que Isolde tuviera un poco de respeto para comenzar su vida de cero.

Sin él...

Cerró los ojos, respirando profundo, para no vomitar en el altar. Una parte egoísta de él no

quería volver a ver a Isolde, ya que verla casarse con otro, como lo hacía él, lo mataría. La idea de otro hombre besando sus dulces labios, tocándola de cualquier manera, lo llevaba al punto de la locura.

El sacerdote se aclaró la garganta y Merrick se dio cuenta de que le habían hecho una pregunta. Compadeciéndose de él, el sacerdote repitió las palabras y Merrick respondió, sintiendo a la señorita Hart a su lado un poco más relajada.

El resto de la ceremonia fluyó con rapidez y se sintió aliviado por eso. Cuanto antes terminara esta parodia, antes podría intentar forjar algo parecido a la normalidad en su vida.

Aunque, cuando miró a la señorita Hart y leyó el triunfo en su mirada fría, se percató de que la normalidad no formaría parte de su vida a partir de hoy. No después de las escapadas de la noche anterior, que habían demostrado lo que era capaz de hacer. El odio era insuperable. Nunca sería capaz de tratarla con respeto como debería. Serían marido y mujer, pero solo de nombre. No le perdonaría esta traición ni se perdonaría la estupidez que cometió.

—Ahora los declaro marido y mujer —dijo el sacerdote, sonriendo un poco para amortiguar lo que las palabras significaban para Merrick.

Se volvió hacia los invitados, incapaz de mirar a Isolde, y, con una fuerza que no creía poseer, caminó con su nueva esposa por el pasillo hacia afuera. No hubo aplausos para felicitarlos. Ni sonrisas ni lágrimas de felicidad. Solo rostros sorprendidos de personas que habían presenciado algo sin tiempo de procesarlo. Merrick los comprendía muy bien, porque él tampoco podía creer lo que había sucedido.

Nunca lo entendería.

Capítulo

Tres

Cinco años después: Avonmore, Escocia

Isolde se sentó en un gran tronco de árbol con vista al lago Lochy y tomó la última carta de su familia. Hoy se cumplía el quinto aniversario de vivir en Escocia. ¿En serio había pasado tanto tiempo desde que dejó Dunsleigh por Avonmore después de lo sucedido con Merrick? Intentó no pensar en él y rompió el sello; deseaba escuchar lo que habían estado haciendo durante el mes.

La finca de Avonmore se vislumbraba detrás de ella y la consolaba, pero no estaba llena de los sonidos de su familia, de las disputas de sus hermanas, ni de las discusiones sobre la última novedad o un nuevo diseño francés de vestimenta. Su hogar aquí era tranquilo y pacífico, pero solitario. Situada a orillas del lago, Avonmore era una vivienda medieval, compuesta por una gran piedra gris oscura que se destacaba en el paisaje verde y, sin embargo, en el interior, era todo menos hostil; era hermoso, cómodo, un hogar apto para un duque.

Desde su llegada, había realizado modificaciones en sus jardines que habían suavizado el duro exterior de la casa, haciéndola menos desalentadora y más atractiva a la vista. Su padre, que en paz descansa, se la había otorgado en el testamento y ella estaría eternamente agradecida por ese regalo. Miró más allá del lago, maravillada por la belleza de las tierras altas. Nunca se iría. Escocia era su hogar ahora y estaba contenta. Bueno... bastante contenta.

Volvió a mirar la carta, la última de su madre, y continuó leyendo. Parecía que su hermano vendría a visitarla. Sonrió al pensar en su hermano pequeño, ahora duque de Penworth. Siempre se le figuraba un pavo real pavoneándose cuando pensaba en él, grandioso y lleno de aires sobre su estatura. Gracias a su corazón, ella solo podía reírse de algunas de las payasadas que hacía. Siempre era tan divertido cuando venía a verla. Se emocionó al pensar en tener a alguien con quien hablar.

Elizabeth estaba feliz y asentada, viviendo cerca de allí, a solo dos días en carruaje. A menudo se le pasaba por la mente ir a visitar a su hermana, que también consideraba a Escocia como su hogar. Sin embargo, ella tenía un hijo pequeño y el segundo nacería en cualquier momento, por lo que no deseaba molestar demasiado.

El sonido de piedras crujiendo debajo de un par de botas atrajo su atención detrás de ella.

Dobló la carta y la guardó en el bolsillo justo cuando su amiga Anne, la condesa de Kinruth, salía de detrás de un gran arbusto. Isolde la saludó con la mano y salió al camino de piedras a darle la bienvenida.

—Buenas tardes, Anne. No esperaba verte tan pronto, ya que estás en preparativos para irte a Londres.

Isolde notó los ojos brillantes y las mejillas enrojecidas de su amiga y se preguntó qué le habría pasado.

Anne le dedicó una sonrisa. —Ay, Isolde, estoy tan feliz, de hecho, podría presumir de ser la mujer más feliz del mundo, estoy segura.

Isolde sonrió al ver tanta emoción en su amiga. —Bueno, no me dejes en suspenso. ¿Qué pasó?

—Voy a tener un bebé. Clayton y yo estamos embarazados.

Aunque se sorprendió por un momento y sintió una punzada de celos, Isolde abrazó a su amiga muy fuerte. Al conocer las dificultades de Anne para tener un bebé, deseó que el niño fuera varón y continuara con el apellido de la familia, pero siempre y cuando fuera saludable y la madre estuviera bien de salud, ¿qué importaba?

—Estoy tan feliz por ti, querida. Oh, estoy más que emocionada por ustedes. —Señaló un banco de piedra cercano para que Anne se sentara. —Clayton debe de estar muy contento.

—Está feliz. Y justo que estamos por viajar a Londres; esta noticia ha llegado en un buen momento.

—¿Te parece que vas a volver para el nacimiento o te quedarás en la ciudad?

Isolde realmente deseaba que regresara, pero Avonmore, así como la finca de Anne, estaban lejos de la sociedad, de todo, en realidad. Sería más seguro si permanecieran en la ciudad hasta después del nacimiento. Era muy egoísta de parte de Isolde desear que su amiga tuviera al bebé allí y se reprendió por siquiera pensarlo. Lo primordial era el bienestar de Anne, no su propia soledad.

—Me voy a quedar en Londres en nuestra casa familiar: *Kingston House*. Probablemente sea mejor y más seguro para todos los interesados, estar cerca de un médico. —Anne hizo una pausa para pensar y luego agarró la mano de Isolde con entusiasmo. —Debes venir a la ciudad para la temporada social, Isolde. Te lo ruego. Eres más que bienvenida a quedarte con nosotros en Londres, si no quieres quedarte en la residencia de tu propia familia. —Los ojos de Anne se abrieron con entusiasmo. —Por favor, dime que vendrás. No voy a venir por algunos meses. Habrá tiempo de sobra para dirigir la atención de algunos caballeros hacia ti antes de que quede encerrada y se me termine toda la diversión.

Isolde se echó a reír, señalando a Anne que caminara por la orilla del lago. —Lo siento, querida, pero no puedo. Siento que Londres no es de mi agrado estos días. Ni tampoco la idea de volver a ver a Merrick, felizmente casado y haciendo alarde de su gran escape ante toda la sociedad. —Sacudió el pensamiento deprimente a un lado, odiándose a sí misma por seguir

afectada por ese engaño. —Pero debes prometer que traerás a tu pequeño bebé para que lo pueda malcriar. Y sepan que los voy a extrañar mucho a ambos mientras estén fuera.

—Y nosotros a ti, querida. —Anne se pasó una mano por el vientre aún plano. — ¿Podemos cenar mañana por la noche? Será la última antes de que nos vayamos.

—Por supuesto; y ahora podemos convertirla en una celebración, —agregó Isolde. —Pero asegúrate de no cocinar ningún manjar escocés. Por mucho que ame a Clayton y su ascendencia escocesa, no deseo comer intestino de cerdo hervido.

Anne asintió con la cabeza. —Estoy de acuerdo.

Isolde observó a su amiga mientras hablaba sobre las últimas noticias en Edimburgo y las tendencias para esta temporada en Londres. La consumió una abrumadora sensación de anhelo. Si se hubiera casado con Merrick, ella también podría haber tenido un hijo y ser madre, como siempre había deseado.

Suspiró. Quizás había pagado el precio de ser joven, ingenua y ciega y ya era hora de que continuara con su vida: permitir que un caballero la corteje y le proponga casarse en un jardín oscuro, como lo hicieron muchos de ellos.

Tal vez era hora de dejar atrás el pasado. No había nada que le impidiera viajar a Londres para disfrutar de la temporada social. Solo su propia reticencia a ver a su ex prometido. Seguramente no debería permitir que eso la detenga. Nunca había sido una cobarde, por lo que estar actuando así la enloquecía. Sería bastante fácil escribirle a su hermano y decirle que posponga sus viajes...

—Anne, creo que voy a cambiar de opinión y voy contigo a Londres, —le dijo, tomando una decisión sin pensarla. —No he visto a mi familia hace mucho tiempo y, si te vas de aquí, no habrá nada que pueda hacer.

Su amiga la tomó del brazo y la abrazó. —Oh, ¡qué bueno! Vamos a ir a todos los bailes y fiestas y vamos a disfrutar mucho. Será grandioso.

—¿Y no te importará si me quedo en la casa de mi familia en la ciudad? Querría verlos tanto como sea posible antes de volver a Avonmore.

—Entiendo, por supuesto. Igual nos vamos a ver tanto como ahora. —Continuaron caminando a lo largo de la orilla hasta que se encontraron con el pequeño sendero que conducía a la casa. —Me vendrá bien la compañía, ya que Clayton sin duda aprovechará al máximo su regreso a la sociedad y pasará gran parte del tiempo en el club.

—Está dedicado a ti, Anne. Dudo mucho que lo vayas a ver menos que ahora.

Anne sonrió con timidez. —Sí, supongo que tienes razón, — respondió y se echó a reír. — Ahora, debes organizarte de inmediato, no hay tiempo que perder. Nos iremos pasado mañana.

Isolde asintió con la cabeza, decidiendo limitar los vestidos que llevaría; en su lugar, compraría un nuevo armario al llegar a Londres. —Haré que mi criada empiece de inmediato. — Hizo una pausa y continuó: —¿Estás segura de que a Clayton no le importará que los acompañe a la ciudad?

—¡Para nada! Clayton estará encantado de que vengas, de verdad. Siempre se jacta de que su vecina es Lady Isolde Worthingham.

Isolde resopló. —Sí, tu amiga la dama solterona de Escocia. ¿Cómo no presumir?

Los ojos de Anne se abrieron ante sus palabras. —El título de dama solterona de Escocia pronto será olvidado. Con tus encantadores mechones de ébano y tus oscuros ojos esmeralda, eres demasiado hermosa. La *sociedad* te devorará como a un dulce.

¿Encender a la *sociedad*? Valdrá la pena viajar todas esas tediosas millas para lograrlo. *Y si Merrick llegara a ver las llamas, entonces mejor...*

Anne casi rebotó a su lado. —¡Sííí! Se va a hacer largo esperar hasta pasado mañana.

La emoción recorría las venas de Isolde. Ya era hora. Un poco de diversión era justo lo que necesitaba. Después de que el horrible truco de Leonora resultara en que Merrick la dejara plantada, se había encerrado en Escocia, esperando que la sociedad la dejara en paz... y en su mayor parte lo había logrado. Pero tenía que admitir que en los últimos meses le había resultado terriblemente difícil permanecer en Avonmore, sin importar cuánto amara esta finca.

Ansiaba compañía, ver a su familia y socializar. Ni siquiera había tenido un debut como tantas de sus amigas lo habían hecho. Después de conocer a Merrick en un baile *country*, se habían comprometido a los pocos meses y no había sido necesaria una presentación ante la sociedad. Pero ya era hora de enfrentar su pasado, regresar a la ciudad y tal vez encontrar un marido.

—Creo que ahora que he decidido ir, estoy de acuerdo contigo.

Pensar en bailes, fiestas y amigos que no había visto hacía mucho, le hacía ilusión y no había tenido nada que le despertara esa sensación en mucho tiempo. Y Londres era lo suficientemente grande como para que ella y Merrick nunca se cruzaran, sobre todo teniendo en cuenta que los hombres casados tienden a quedarse en el campo.

O podía ignorar su presencia lo mejor posible si estuviera frecuentando las reuniones sociales este año.

El camino hasta Londres fue tedioso y largo. Para cuando los campos dieron paso a cabañas de madera y luego a las majestuosas casas de piedra de Londres, incluso la emoción de Isolde al ver a su familia había disminuido.

Pensar en salir de ese vehículo era lo único que ocupaba su mente, sin importar que el entusiasmo de Anne no había disminuido desde el momento en que partieron. La mente de su amiga estaba centrada en la diversión que tendrían, a cuántas fiestas asistirían y a quiénes verían. Sin mencionar, todos los preparativos para bebés que iban a realizar una vez que llegaran a la ciudad y comenzaran a comprar en Bond Street.

Los aromas de Londres, de carbón mezclado con las aguas contaminadas del Támesis, pronto

se colaron en el carruaje, eliminando cualquier indicio de aire fresco de campo que venían disfrutando. El olor a basura en las calles aumentó e Isolde frunció el ceño mientras miraba a los niños jugar y buscar entre las pilas podridas; odiaba que la gente tuviera que vivir en esa miseria. Al volver la mirada, vio a Clayton dormido en el hombro de Anne y sonrió ante el hecho de que pudiera dormir a pesar de su conversación constante zumbándole el oído.

Cuando entraron en el centro de Londres, comenzaron las calles arboladas. Los niños y las niñas jugaban sobre el césped en los parques y las familias del escalón más alto se ocupaban de sus asuntos, sea lo que sea que eso implicara.

Isolde se relajó mirando los pichones, deseando volver a estar en sociedad. A pesar de todo lo que dijo sobre no extrañar lo que había sido su segunda casa, y por mucho que amara a Avonmore, tenía que admitir que había extrañado demasiado Londres. Esta vuelta a la ciudad era justo lo que necesitaba.

Cerró los ojos, recordando la noche antes de su boda con Merrick; lo que sucedió y cómo su vida podría haber sido tan diferente si no hubiera roto su corazón. Ella también podría haber tenido niños jugando en los parques por los que ahora pasan, ser uno de los padres que les está enseñando a montar a caballo y conversar con los demás.

Incluso después de todo este tiempo, ¿cómo podría dolerle tanto? Trató de alejar el dolor de su mente, que se llenaba de nubes oscuras y recuerdos abrumadores que la dejaban triste y enojada. En verdad, apenas recordaba lo que se había dicho; solo quedaban imágenes en su mente, dañinas e hirientes: a pesar de que luchaba todos los días por borrarlas, seguían tan vívidas como una pintura sobre lienzo.

Y no era algo que quisiera volver a ver. Que Merrick se hubiera acostado con alguien más no era su culpa. Como mujer de dieciocho años, había sido ingenua y ciega a su verdadera naturaleza, ante el miembro voluble de un hombre. Pero ya no. Ahora, era una mujer de veintitrés años, con las heridas del pasado donde deberían estar, en el pasado, y un futuro que se alzaba tan brillante como los edificios que los rodeaban.

El carruaje se detuvo e Isolde sonrió, emocionada de que pronto vería a su familia y dejaría la melancolía. A pocos metros de allí estaban sus hermanas, su madre y su hermano; todos esperando su llegada. La ansiedad vibraba por sus venas. Sí, regresar a casa había sido la mejor decisión que había tomado en mucho tiempo.

Clayton se despertó sobresaltado cuando un criado abrió la puerta.

—Parece que has llegado a casa, Lady Isolde. —El conde de Kinruth saltó a la acera adoquinada y sacó la mano para ayudarla a bajar.

La casa en *Hanover Square* era una gran construcción de estilo georgiano. Las puertas de doble frente con un león que apretaba el llamador entre sus mandíbulas de acero habían saludado a la familia desde hacía tanto tiempo como podía recordar. Levantó la mirada y sonrió al escudo de armas de los Worthingham que fue tallado en la pared de piedra.

Hogar dulce hogar.

Se volvió y sonrió a su amiga, que permanecía en el carruaje.

—Gracias de nuevo por traerme a la ciudad. Te llamo mañana y hacemos planes.

—Fue un placer. Nos encanta tenerte con nosotros, —contestó Anne, sonriendo.

La puerta principal se abrió y se escucharon un montón de gritos y risas. Se le formó un nudo en la garganta al escuchar a su familia después de una ausencia tan larga. Se vio sumergida en feroces abrazos de su madre y sus hermanas, salvo Elizabeth, que se había quedado en Escocia.

—¡Estás en casa! Ay, hija querida. Ven, entra y cuéntanos todas tus noticias. Te echamos mucho de menos.

Le apretó el brazo fuerte y le besó el cuello.

Isolde se volvió hacia Anne y el conde de Kinruth. Tan rápido como pudo presentó su familia a sus vecinos del norte, antes de saludarlos y entrar. La casa no había cambiado: los mismos sirvientes la saludaban y los mismos retratos colgaban donde siempre habían estado. Nada había cambiado excepto ella.

Se encontraba más vieja y más sabia; lo cual era muy bueno, reflexionó. Bueno, al menos más sabia. No quería ser demasiado vieja todavía. Necesitaba una temporada social y, posiblemente, encontrar un marido. Permitió que su familia la llevara a la sala donde reinaban las conversaciones y los chismes y donde el tiempo parecía no avanzar.

Dos días después, renovadas luego del cansancio del viaje, Isolde y Anne, acompañadas por Lord Kinruth, decidieron dar un paseo en sus caballos por el parque. En los últimos cinco años, Isolde había practicado mucho este deporte, ya que Escocia tenía poco más que hacer para las mujeres, aparte de disparar o pescar. Se había vuelto bastante aficionada y buena en el tema.

Hyde Park estaba lleno de carruajes. Señores y señoras paseaban por los caminos de piedra y senderos de césped. Era un día cálido, pero no tan caluroso como para hacer que el vestido de montar verde esmeralda que usaba fuera incómodo. El encantador sombrerito que se encontraba inclinado sobre su cabeza le daba un aire de misterio. A Anne le encantaba y ayer le había exigido que no saliera sin él. Por supuesto, Isolde no pudo decepcionar a su amiga.

A través del claro, Isolde pudo ver *Rotten Row* y la necesidad de acelerar el paseo la asaltó.

—Anne, creo que voy a salir a cabalgar por *Row*. ¿Les parece?

Anne asintió con la cabeza. —Vas a causar un escándalo, Isolde. Las mujeres no galopan.

Le sonrió. —Quizás comience una nueva tendencia.

Su amiga se echó a reír. —Tal vez. —Hizo una pausa y continuó: —Vamos contigo y esperamos al lado del camino. Podemos continuar hacia *Broad Walk* cuando hayas terminado.

—Gracias.

Isolde giró su montura hacia el camino y notó el momento en que su yegua anticipó una carrera. Había extrañado a Pace, su hermosa yegua, y volver a montarla era otra agradable

bienvenida a casa.

Row estaba algo desierto, lo cual era una sorpresa ya que el parque parecía bastante movido. A cierta distancia, dos jinetes jugaban carreras a lo largo del camino. Cabalgó con Pace jugando una carrera consigo misma.

A un lado, podía ver a un padre que le enseñaba a su hijo a sentarse cómodo en la silla. Se rio entre dientes cuando notó cómo el padre lideraba con el ejemplo. Le vino a la mente un dandi londinense mientras observaba al hombre sentado orgulloso en su silla de montar, con su barbilla en alto.

Apartó la vista, pero no sin antes ver su perfil, delineado por el sol de la tarde: algo sobre el caballero le parecía familiar. Entrecerró los ojos, tratando de verlo mejor a esta distancia, pero fue en vano. Sacudió el pensamiento a un lado, suponiendo que podría ser uno de los amigos que su hermano había traído a Avonmore durante uno de sus viajes. Aunque no recordaba que ninguno de ellos estuviera casado o tuviera un hijo.

Su yegua brincaba, golpeando el suelo con el casco delantero; su paciencia se iba agotando. Le acarició el cuello.

—Está bien, niña, vamos a galopar, ¿de acuerdo?

Se acomodó y le dio rienda suelta al animal, empujándola a galopar en segundos.

Pace no la decepcionaba: era fuerte y rápida y una de las preciadas posesiones de su padre. Indicó al caballo que siguiera su camino, ganando velocidad y riéndose mientras su cabello le caía sobre los hombros, acumulándose contra su espalda. Tal como esperaba, su pequeño sombrero perfecto no se movía. Había resultado ser una buena compra después de todo.

Pronto dejaron atrás Row. Mientras cabalgaba, sonrió a los dos caballeros que la miraban con cara de asombro. Ambos asintieron aprobando su actitud cuando se volvió trotando hacia Anne y Clayton.

Isolde se echó a reír, acariciando al caballo una vez más, prometiendo hacer esto tanto como fuera posible antes de que la temporada llegara a su fin. *Qué liberador sentir el viento rozando mi cabello y la velocidad bajo mis pies. Y caballeros apuestos sonriéndome con miradas atentas.*

Londres es justo lo que necesito. Distracción y vida.

Merrick miró por encima del hombro, hacia *Rotten Row*, al oír el golpeteo de un caballo que se acercaba. Su mirada captó el poderoso porte del animal y de la pequeña jinete que lo acompañaba.

—Ahora, William, mira a la dama que monta esa yegua. —le dijo señalando hacia la pista. —Incluso sentada a un lado, mira cómo se inclina sobre el cuello del caballo cuando galopa. —Apartó la mirada de esa imagen tan encantadora y miró a su hijo. —No es que piense que estás listo para tal velocidad, pero no está de más ver cómo se hace correctamente.

—Me gusta mi caballo, papá. ¿Podemos trotar?

Él sonrió, extendió la mano y pellizcó la nariz de su pequeño. Su esposa pensaba que estaba loco por enseñarle a su hijo a montar a los cuatro años, pero si su propio padre no se hubiera tomado el tiempo de enseñarle, no sería el buen jinete que era hoy. —Muy bien.

—Al trote, papá. Quiero andar rápido.

Merrick se echó a reír. —¿Te estás agarrando fuerte?

Su hijo asintió, dando saltitos en su asiento. —¿Podemos mostrarle a mamá cuando volvamos a casa? Quiero mostrarle.

—Iremos directamente hacia ella, así verá cuán bien lo manejas.

No se imaginaba que a Leonora le importaría ver semejante hazaña de su hijo. Al contrario, en los últimos cuatro años, Merrick había deducido que Leonora veía a Will como un obstáculo, más que como el dulce niño que era. No había lugar en su vida para los niños o sus pasatiempos.

William asintió, con sus ojos brillantes de emoción. —Gracias, papá. Muchas gracias.

Merrick sonrió, ocultando su inquietud: sería una tarea difícil que Leonora se acercara a mirar. Odiaba decepcionar al muchacho; haría todo lo posible para que la excursión se llevara a cabo, si no hoy, al menos pronto.

El sonido de la voz de una mujer, arrullando su caballo mientras pasaba, hizo que Merrick girara sobre su silla. Sus ojos se ensancharon y tragó saliva al reconocerla. No había visto a Isolde desde su rápido viaje a la ciudad dos años atrás, justo antes de la fuga de su hermana Elizabeth con el conde de Muir. Había soñado con volver a escuchar su dulce y melodiosa voz.

Aunque fuera solo una vez más.

Ella miró en su dirección y él se dio cuenta del momento exacto en que lo reconoció. Al igual que una cortina que se cierra en una ventana soleada, cuidó que su rostro no revelara ninguna emoción. Cómo se odiaba por haberla lastimado y porque, incluso ahora, cinco años después, ella aún lo odiaba. Y lo creía capaz de tal infidelidad.

—Maravilloso paseo, Isolde. Si tan solo pudiera unirme, —dijo una mujer de cabello oscuro, caminando hacia ella, con un caballero a su lado. Merrick hizo un gesto con la cabeza al caballero, ya que conocía a Lord Kinruth de Cambridge.

—Moore, —dijo el vizconde, saludando y conduciendo su caballo hacia él. Se saludaron con un apretón de manos. — Cuánto tiempo ha pasado, querido. ¿Cómo ha estado?

—Muy bien, ¿y usted?

La inquietud corría por la sangre de Merrick ante la impresión horrorizada escrita en el rostro de Isolde al verlo de nuevo. No podía culparla. El recuerdo de aquella noche espantosa lo llenaba aún de desagrado y repudio. Pueden haber pasado años desde entonces, pero el recuerdo todavía lo sentía tan fresco como si hubiera sucedido ayer. Se notaba en el rostro de Isolde que la incomodaba verlo. Eso solo podía significar que la herida también aún le dolía.

—Les presento a mi esposa, —anunció el vizconde señalando a la mujer de cabello oscuro que los acompañaba. —Ella es Anne, Lady Kinruth, y nuestra buena amiga, Lady Isolde

Worthingham.

Isolde se acomodó en su silla de montar y su rostro palideció. —Ya nos conocemos.

Sus palabras apenas se escucharon.

—¿En serio? —preguntó el vizconde, sonriendo divertido. —Bien que nos conozcamos todos. No tendremos que ser tan formales. Por favor, cuéntenos, ¿cómo se conocen?

—Bueno, en cuanto a eso... —balbuceó Merrick, incapaz de encontrar las palabras justas.

—El duque y yo nos conocemos desde hace algunos años. Se casó con una ex amiga mía, Leonora Hart. Su padre era el vicario en Dunsleigh, nuestra finca.

Merrick se encontró con la mirada de Isolde y lo inundó la vergüenza.

Isolde echó un vistazo a su hijo y Merrick aprovechó la oportunidad para presentárselo a Lord Kinruth. Era egoísta de su parte, pero quería mantenerla cerca un poco más.

—Él es mi hijo, William, el marqués de Olson y futuro duque de Moore.

Los nudillos de Isolde quedaron blancos de apretar las riendas y su yegua sacudió la cabeza en señal de protesta.

—¿Su hijo? Qué felices deben ser la duquesa y usted.

Se percibía la frialdad en sus palabras y ese frío golpeó el centro del corazón de Merrick, pero se volvió para mirar a William y su rostro se suavizó, recordándole cómo solía mirarlo a él. —Gusto en conocerlo, mi lord.

Merrick se aclaró la garganta; no estaba seguro de poder pronunciar palabra alguna. Nunca había conocido a una mujer tan natural. Después de todo lo que había pasado entre ellos, que le hablara a su hijo sin censura ni repulsión duplicaba el respeto que le tenía. Su mirada captó cada detalle exquisito. El traje de montar verde revelaba una figura con la que había soñado durante casi seis años. Incluso cabalgando de costado, podía ver la longitud de sus piernas, lo que le hacía recordar que cuando la tenía en sus brazos, apoyaba la boca en la base de su barbilla.

Ella y yo encajamos de forma tan perfecta.

Todo el deseo reprimido y el amor se despertaron dentro suyo al verla de nuevo y tuvo que aclararse la garganta. Se giró hacia Will e hizo las presentaciones adecuadas.

Su hijo se inclinó ligeramente y dijo: —Es un placer conocerlos a todos.

La risa resonante de Isolde hizo que le doliera el corazón. —El placer es todo nuestro, mi lord. —Isolde ajustó su asiento, pero nunca miró a Merrick a los ojos. —Veo que también anda a caballo. ¿Está tomando lecciones?

—Sí, así es, —respondió su hijo. —Papá me está enseñando.

Ella sonrió y fue como si el sol hubiera salido. Durante tanto tiempo había vivido en la oscuridad mientras Will era su único faro de luz. No se merecía ser feliz, después de lo que le había hecho a Isolde. Solo le quedaba bien ser el hazmerreír de Londres. El único duque en el reino cuya esposa disfrutaba de la compañía de todos los demás, excepto la suya. Aunque parecía no importarle. Desde el momento en que se casó con Leonora, no había sido capaz de soportar a esa chica mentirosa.

—Pensé que era hora de que aprendiera a cabalgar aquí. Hoy es la primera vez con su poni en la ciudad.

—Cuando llegue el momento, esperamos que así sea también. Tenemos que enseñar a nuestros hijos cómo montar a caballo correctamente y con seguridad mientras están en Londres, —dijo Lord Kinruth, sonriendo a su esposa.

El caballo de Isolde pisoteó su pezuña, impaciente por desaparecer. —Sí, estoy de acuerdo. Todos los niños deben aprender.

Él asintió, sonriendo mientras su hijo trotaba por el camino con el mozo de caballos a un lado y su pequeña barbilla levantada con orgullo. Merrick lo amaba mucho; más de lo que pensaba, teniendo en cuenta quién era su madre. Desde el momento en que le habían entregado a aquel pequeño, momentos después del nacimiento, sabía que nada lo separaría de su pequeña alma, ni siquiera su madre, que en ese momento había exigido que retiraran de su sala a ese monstruo que le había arruinado la figura.

—Es encantador, Su Excelencia, —dijo la condesa, con una sonrisa cálida.

—Gracias.

Merrick no escuchaba muy a menudo elogios por su hijo, todo debido a la vulgar madre del muchacho y las travesuras que hacía por la ciudad. Había tanto que su apellido podía proteger, aunque algunos eran escándalos demasiado grandes como para ocultarse. Volvió a mirar a su hijo, que ahora estaba pateando su caballo, intentando que anduviera más rápido. Las patas del pequeño poni, sin embargo, se negaron a ir más rápido que un trote.

—Me temo que no pasará mucho tiempo antes de que exija un caballo en lugar de un poni.

—Mírenme. Mírenme. Mírenme.

El conde se echó a reír. —Por supuesto, Lord William. Tiene toda nuestra atención.

—Gracias por mostrar interés, —dijo Merrick, tragando saliva. —Por lo general, solo soy yo quien se toma el tiempo de enseñarle esas cosas y nunca puede mostrar a otros lo que aprende.

—Estaremos en la ciudad durante algunos meses y siempre estoy listo para dar un paseo en el parque o tomar una copa en Whites, Moore. No desaparezca, —le pidió Lord Kinruth.

—Me encantaría.

Y curiosamente era verdad. Desde su matrimonio con Leonora, mantenía vínculo con pocos. La *sociedad* todavía lo invitaba a sus eventos donde se reía y bebía, como si nada estuviera mal (después de todo, era un duque), pero siempre terminaba escuchando comentarios por haber roto la confianza de uno de los suyos. Había tratado muy mal como hombre a la hija de un duque, nada menos. Nunca sería perdonado y claramente la *sociedad* nunca lo olvidaría.

—¿Dónde está Su Alteza, Moore? ¿En casa? ¿Cuidando del resto de sus hijos? —preguntó Isolde, mostrando interés en conocer las respuestas.

Lord Kinruth y Anne observaron atentos.

Isolde lo miró a los ojos y él, otra vez, se sintió golpeado por la inocente pregunta. —Su Alteza está ocupada en la ciudad y no anda a caballo muy seguido. Se queda en casa.

Isolde levantó las cejas. —A ella le gustaba mucho montar a caballo. Lamento escuchar que ya no lo hace.

Merrick frunció el ceño, inseguro de si lo que Isolde decía iba acorde con lo que sentía. No podía leerla en absoluto. No como solía hacerlo. Rechinó los dientes. —¿Cuánto tiempo estará en la ciudad, Lady Isolde?

—Solo durante la temporada. He venido de Escocia.

—¿Estuvo en Escocia todo este tiempo? Pensé que estaría en... —Como le dirigió una mirada de advertencia, dejó de hacerle preguntas de ese tipo. —¿Dónde se estuvo quedando en Escocia todo este tiempo?

Sus labios se alinearon con disgusto ante su continuo interrogatorio.

—En Avonmore, en la casa de mi familia en Highland. Mi padre me la legó en su testamento.

—Ah sí. Lo sabía.

La charla tan pacífica fue suficiente para volverlo loco. Maldita sea, quería que lo mirara con algo además que dolor y traición. Lo que daría por cambiar su pasado, que las cosas sucedieran tal como las habían planeado. Lo que daría por obtener su perdón.

—Bueno, por mucho que me guste nuestra pequeña reunión, debemos irnos. Que tenga un buen día, su Excelencia.

Merrick la observó alejarse, Lord Kinruth y su esposa se despidieron apresuradamente antes de darse la vuelta para seguir a Isolde. El hecho de que lo dejara una vez más le recordó el día en que su familia la metió en el carruaje y se alejó, llevándose su corazón con ella.

—Maldita sea, que se vaya todo al infierno, —murmuró Merrick.

Su hijo jadeó. —Papá, dijiste una mala palabra.

Suspiró: estuvo tan concentrado en Isolde que no había escuchado a su hijo que cabalgaba a su lado. —Me disculpo. Estuvo muy mal de mi parte. Ahora, veamos si podemos lograr que este poni galope sin que mates a patadas a la pobre bestia.

Capítulo Cuatro

Isolde respiró profundo y se calmó mientras se alejaba del hombre que ahora era su pasado, pero que una vez había sido su futuro. Verlo de nuevo, esos ojos oscuros y feroces que delataban poco, revolucionó sus emociones. Su nariz tan recta, su mandíbula marcada y sus mejillas cinceladas que mostraban una crianza aristocrática a la perfección no era algo que hubiera pensado ver tan pronto. La desastrosa última noche que habían pasado juntos bajo el mismo techo bombardeaba su mente y luchaba para controlar sus emociones.

Ya eran parte del pasado. Ella también debería dejarlo atrás.

Anne y Lord Kinruth se despidieron de Merrick, pero luego se detuvieron un momento para conversar con otro caballero antes de unirse a ella. Se dio cuenta de que no sabían la historia y querían escuchar más.

Anne corrió hacia ella; sus ojos brillaban con entusiasmo.

—Debo admitir, querida, que no me había dado cuenta de que estaban tan conectados.

—Estoy encantado de que lo conozcas tan bien. Esta temporada será una fiesta, una vez que la duquesa se nos una, por supuesto, —dijo Lord Kinruth, complacido por el giro de los acontecimientos.

Isolde se compuso lo suficiente como para responder. —Hacía años que no veía al duque de Moore y su duquesa. Creo que sería mejor si seguimos como antes y no forzamos una amistad que ninguno de los dos desea.

Anne asintió con la cabeza. —Si eso es lo que deseas, querida, por supuesto que no nos entrometeremos, —dijo y volvió a mirar al caballero del que acababan de separarse. —Ahora debes dejarme decirte con quién nos encontramos recién. Un conocido nuestro. Blake Marlborough, marqués de Wardoor. Regresó del continente, ya que tiene una casa en París. Estará aquí durante la temporada social.

Isolde ignoró la mirada astuta de su amiga. Había decidido regresar a Londres para tratar de encontrar un esposo. Un hombre en quien pudiera confiar y con quien tener hijos. Era justo que su mejor amiga intentara encontrarle pareja.

—Conozco a Lord Wardoor. Lo conocí hace unos años en un baile *country*. Me alegrará volver a verlo, pero hoy no.

Jugueteó con sus riendas: quería evitar recordar que Wardoor era muy buen amigo de Merrick y que, de hecho, fue quien los presentó. Agregó: —Espero que no les moleste, pero debo irme a casa. Le prometí a mamá que nos pondríamos al día hoy antes de que la temporada esté en pleno apogeo y no tengamos tiempo suficiente para respirar... y mucho menos para cotillear.

—Entiendo que quieras pasar tiempo con tu madre. Si no te molesta, ¿puedo mandar a nuestro mozo de caballos para que te acompañe? Clayton me prometió un viaje un poco más largo hoy, ya que va a ser el último y odiaría tener que acortarlo.

Isolde sonrió, emocionada de que pronto sus amigos formarían una familia. —Me parece bien y te lo agradezco. —Esperó mientras le hacían señas para llamarlo y preguntó: —¿Van a asistir a la velada del vizconde Chudley mañana por la noche?

—Así será.

—Los veré allí.

Isolde cabalgó hacia las puertas que conducían a *Park Lane*. El trote lento hacia casa calmó sus nervios. Sin embargo, ver a Merrick de nuevo opacaba todo lo que había disfrutado el día. Ahora, solo deseaba soledad en la tranquilidad de su habitación, donde pudiera pensar. ¿Por qué Merrick no se había quedado en el campo como otros hombres casados solían hacer? Solía disfrutar del campo más que de la ciudad. Isolde suspiró: solo tendría que resignarse al hecho de que esta temporada compartirían la misma esfera social y tendrían que sobrellevar la situación de la mejor manera posible.

Al llegar a casa, su necesidad de paz fue interrumpida al instante por su hermana menor, Alice, que llamó fuerte a la puerta de la habitación antes de abrirla y entrar como una estampida.

—Mamá dijo que tomaste prestado su collar de oro y perlas. Deseo tenerlo en mi cabello mañana por la noche. Creo que hará que mis rizos se vean más vibrantes. ¿Qué te parece? —Alice frunció el ceño y preguntó: —¿Te pasa algo, Isolde? Estás muy pálida.

Isolde se sentó y se apoyó en el respaldo de su cama. —Vi a Moore.

Sintió un dolor en el corazón de solo mencionarlo. Maldita sea. Su hijo se parece mucho a él.

Los hombros de Alice se desplomaron. Vino a sentarse a su lado, pateando sus zapatillas y metiéndose debajo de las mantas también. Amaba la capacidad de sus hermanas de dejar lo que estaban haciendo para consolar a quien lo necesitara. Alice probablemente era la más cariñosa de todas. No solo entre ellas, sino también para la población en general.

—¿Dónde lo viste?

—En *Hyde Park*. Le estaba dando a su hijo, William, una lección de equitación. Es padre. —Hizo una pausa y continuó: —¿Lo sabías?

La tomó de la mano, sacudiéndola un poco. —Sé que debe ser difícil verlo con un niño al que adora. Y William es un chico tan querido. Lástima lo de su madre. —Su hermana hizo una pausa y agregó: —No te contamos sobre el embarazo de la señorita Hart porque pensamos que solo te haría más daño.

Sí que le dolió enterarse. Si hubiera podido quitarse el corazón y tirarlo a la basura, lo

hubiera hecho para no sentir el dolor constante que soportó todos los días estando lejos de Merrick. —Me deberían haber dicho, aunque puedo entender por qué ninguno lo hizo. —Suspiró, pensando en Merrick y todo el dolor que su nombre dejó marcado en su cuerpo. —Te recomiendo que no hables tan mal de Su Excelencia; no te hará ganar amigos en la sociedad.

—Puedo decir lo que quiera sobre la duquesa, —le contestó Alice, llamando su atención. —La señorita Hart, Letty, tu mejor amiga, no es la mujer que una vez conociste, o que cualquiera de nosotros pensó que conocíamos. Da de qué hablar en la *sociedad* y es probable que también sea una mujer mundana. Estoy segura de que Merrick no sabe ni la mitad de lo que su esposa hace. Y no puedo evitar pensar que eso es algo bueno.

—Ya no es Merrick para nosotros. Debes llamarlo Su Excelencia o Moore.

Alice jugaba con la ropa de cama, tirando de un hilo suelto.

—Tengo una serie de palabras con las que me gustaría nombrarlo, pero no están incluidas esas opciones. —Suspiró. —Justo antes de que Elizabeth se casara, lo vimos por la ciudad. Siempre que nos veía en fiestas o musicales, miraba para ver quiénes de nosotros estábamos presentes. No pudimos evitar pensar que te estaba buscando. Creo que todavía te ama.

Isolde se mordió el labio, incapaz de imaginar algo así. Le había roto el corazón y, para poder avanzar, necesitaba sanar la herida, sentirse completa de nuevo. —Aunque a Merrick le puede causar cierto pesar la forma en que se produjo su matrimonio, creo que es feliz. Tiene un hijo, un heredero al que parece adorar. El duque y la duquesa obviamente se aman lo suficiente como para dormir juntos y engendrar un niño.

—¿Su Excelencia quisiste decir? —dijo Alice sonriendo.

Isolde movió los ojos. —Sí, Su Excelencia... —concedió, aunque siempre sería Merrick para ella, no un título ni un hombre con poder e influencia. Solo un hombre que había logrado capturar su corazón y luego lo aplastó en la palma de su mano.

—Y no te dejes engañar pensando que tienen una relación sexual. No es así. William fue creado en la noche previa a tu soñada boda. Mi doncella, que es amiga de una de las criadas de Su Excelencia, me dijo que no comparten habitación y no están juntos nunca. Leonora tiene un amante, ¿lo sabes?

Isolde miró fijo a Alice, sorprendida al escuchar la historia.

—¿Cómo sabes esas cosas? Y ni siquiera voy a preguntar cómo sabes sobre relaciones sexuales. ¿Has vuelto a leer libros de la biblioteca que no son para ti?

Su hermana se encogió de hombros. —Esos libros son muy interesantes. Y solo te digo lo que todo el mundo sabe. De hecho, casi nunca se los ve andar en forma amigable por la ciudad. De solo observarlos, sé que no se ven contentos cuando van juntos a bailes y fiestas. —Alice frunció el ceño y pensó por un momento. —El duque y la duquesa a menudo parecen haber comido algo agrio y desear escupirlo.

—No deberías ser tan chismosa.

Isolde saltó de la cama, caminó hacia la ventana y miró por los jardines de su casa de

Londres: observó al jardinero mientras cortaba rosas rosadas y las colocaba en una canasta. ¿Merrick era infeliz en su matrimonio? Nunca se lo había cuestionado. Pero estaban casados, con un hijo, y los rumores que recorrían la ciudad no cambiaban el hecho de que se había casado con otra y había seguido con su vida. No como Isolde, que se había recluso en su casa, contenta de quedarse allí y quejarse todo el tiempo.

—Creo que es hora de casarme y seguir con mi vida. Ya pasé suficientes horas llorando la pérdida del duque. Más de lo que se merece.

—¿Qué?! —Alice saltó a su lado en un instante. —¿Qué ha pasado? Supuse que nunca te casarías.

Sin querer, Isolde se echó a reír. —He decidido encontrar un esposo esta temporada social. Quiero un hijo propio, una familia que sea mía. Ya no me dejaré absorber por la naturaleza salvaje de Escocia, añorando una vida que nunca llegó a ser. Creo, —dijo, tragando saliva para aliviar el nudo en su garganta, —que estoy un poco sola.

Alice la arrastró a un fuerte abrazo. —Nunca estás sola; siempre estamos aquí para lo que necesites. No sabes lo feliz que me hace escuchar estas noticias. Eres demasiado hermosa, por dentro y por fuera; te mereces ser amada y adorada. Cualquier caballero se enamoraría de ti. Y eres la más amable de todos nosotros. De hecho, debería esforzarme por ser más como tú.

Isolde no se sentía muy amable o caritativa en este momento; esa hermana que Alice describía se había marchitado bajo los celos y las emociones negativas que no le habían servido de nada. Ya no quedaba mucho de la mujer despreocupada y feliz que había sido alguna vez. Todo gracias a la traición de Leonora que había hecho desaparecer todas sus esperanzas. Deseaba que su vida hubiera sido tal como ella y Merrick la habían imaginado: en este momento estaría felizmente casada e incluso sería madre.

Alice tomó su mano. —Declaro que, antes del final de esta temporada, vamos a encontrar a alguien más adecuado y guapo para casarte. Un caballero que te va a adorar y cuidar como nunca antes lo han hecho.

—No me preocupa si es lindo o no, siempre y cuando sea amable y seguro de sí mismo. Que no diga una cosa mientras hace otra. —Percibió comprensión en los ojos de su hermana y se encogió de hombros. —Quiero estar feliz y contenta, aunque no me enamore.

El amor era para los tontos y una emoción que solo causaba angustia cuando se dirigía al hombre equivocado.

—También queremos que seas feliz, —le respondió Alice observando los jardines por un momento, con una mirada contemplativa en su rostro. —Con Su Excelencia en la ciudad, ¿crees que estarás bien como para soportar su presencia? Sé que debe ser difícil.

Se le hizo un nudo en el estómago al pensar en ver a Merrick en la mayoría de los eventos a los que asistirían. Su esfera de amigos de pronto parecía muy pequeña y selecta. —Tendré que soportarlo lo mejor que pueda. Ya pasó nuestro primer encuentro y es poco probable que seamos amigos, pero no haré una escena, si eso es lo que te preocupa. —Sonrió, aunque por dentro

quería gritar a todo pulmón que esto era una injusticia. —Voy a tratar de limitar nuestras interacciones tanto como sea posible.

—¿Todavía te sientes dolida por su matrimonio?

Isolde suspiró; no quería declarar cuánto la había lastimado. Cuánto daño le habían causado ambos. —Pienso en cómo habíamos estado y en lo que sucedió esa noche... y simplemente no le encuentro sentido. Confié en él, de todo corazón, y rompió esa confianza de la peor manera imaginable. Verlo casarse con la señorita Hart casi me mata. El día anterior habíamos estado celebrando nuestras próximas nupcias y, al día siguiente, lo tuve que ver casarse con otra persona.

¿Cómo podía expresar que cada palabra que Merrick y Leonora habían dicho delante del sacerdote había sido como una puñalada en su corazón? Ver a alguien más haciendo promesas al hombre que siempre había deseado, había sido una muerte lenta y dolorosa. Había sido como una pesadilla.

Alice la abrazó de nuevo y ella disfrutó de recibir ese reconfortante gesto de su hermana. —Lo lamento mucho, Isolde. No te merecías lo que te hicieron.

—Sé que lo sientes, y yo también. No solo Merrick cometió errores esa noche. Debo admitir que debería haberlo escuchado, haberle creído a él y no a Leonora. Nuestro padre, también, en todo caso. De haberlo hecho, tal vez mi vida sería muy diferente de lo que es ahora.

—¿Su Excelencia intentó explicarse?

Suspiró, furiosa consigo misma por no haber escuchado, como debería haberlo hecho. —Lo hizo, pero yo escuchaba a medias y no pensaba con claridad. Papá y Josh no estaban interesados en sus excusas y Merrick se vio obligado a casarse con Leonora. Sin embargo, me he estado preguntando cómo pude rechazarlo así cuando era mi mejor amigo. El hombre que amaba y en el que confiaba más que nadie. No fue justo y a veces pienso que el infierno en que vivimos se originó porque no pude tragarme mi orgullo o decirle a mi padre que se mantuviera al margen. Lo perdí. Le permití casarse con otra persona. —Isolde se sentó frente a la estufa apagada y un escalofrío recorrió sus venas. —Dijo que no sabía que era la señorita Hart quien se coló en su habitación y que ella lo había engañado.

—Y si lo hubiera hecho... —dijo Alice, acercándose, —la señorita Hart siempre estuvo celosa de ti.

—Padre no me dejó hablar a solas con Merrick y llegar al fondo del asunto. Creo que, si me hubiera convencido de su inocencia, habría huido y lo hubiera convertido en mi esposo. Pero eso no pasó, así que debemos seguir adelante con nuestras vidas.

—Eso es muy triste, Isolde y lo siento por ti.

Isolde sonrió, recomponiendo su espíritu. —No lo sientas, porque estoy decidida a hacer que esta temporada sea divertida y tal vez terminar con un "y fueron felices para siempre".

Alice se sentó en una silla frente a ella, sonriendo. —Va a ser mi deber de esta temporada social asegurarme de que eso sea exactamente lo que ocurra. Ahora, —se puso de pie y caminó

hacia el armario de Isolde. —Necesitamos encontrar el vestido más escandaloso y exquisito que tengas para la velada de mañana por la noche. Las cabezas se girarán hacia ti. Así tendrá que ser. —Isolde sonrió, mientras el entusiasmo recorría sus venas. —¿Quizás el vestido de red de seda roja con el hilo de felpilla bordado? Te queda muy bien.

Alice levantó el vestido y asintió con entusiasmo. —Sí, esto funcionará muy bien. ¿Y quizás mamá te preste sus perlas de color granate?

—Ya dijo que lo haría, —respondió Isolde sonriendo.

—¡Perfecto! Qué pena que la velada no sea esta noche. Parece que faltan muchas horas para mañana.

Isolde le dirigió una sonrisa a su hermana menor pero no respondió. Mañana por la noche era lo suficientemente pronto para Isolde y, con suerte, el escándalo de su compromiso roto era algo que la *sociedad* había olvidado hacía tiempo.

Capítulo Cinco

La noche siguiente, cuando su doncella le colocó los últimos detalles a su cabello recogido, con una gran cantidad de rizos y granates entrelazados, Isolde analizó cómo se presentaría ante la *sociedad*.

El vestido de red de seda roja transparente se ajustaba a la perfección sobre el vestido de marfil debajo y su piel se veía perfecta. El corte era un poco arriesgado para una mujer soltera, pero ya no era una debutante que se fuera a sonrojar. Algunos prácticamente la consideraban una mujer que se quedaría para vestir santos.

El apretado corsé le marcaba los senos, pero de todos modos Isolde decidió no usar pañuelo. No estaba haciendo nada malo por vestir así. ¿Qué pasaría si algunas de las matronas mayores la miraran con desaprobación? Nunca más se escondería por su censura. A partir de esta noche, mantendría la cabeza en alto y las dejaría hablar, si es que eran tan superficiales como para chismear sobre algo trivial como un vestido.

Sonrió, asintiendo ante su reflejo. —Creo que estoy lista.

Seguramente podría atrapar a un marido mientras estaba en la ciudad. Si sus propios méritos como hija de un duque no fueran suficientes, tal vez su amplia dote influiría en los tipos reservados. Más allá de eso, sus senos realmente llamaban la atención en este vestido.

El viaje a la casa del vizconde de Chudley fue corto ya que quedaba muy cerca. Los carruajes bordeaban la carretera y esperaban a que los pasajeros desembarcaran para su primera de muchas salidas. Cuando Isolde llegó a las puertas del salón de baile, la sala estaba a tope.

Saludaron como correspondía al anfitrión y la anfitriona antes de avanzar lento hacia la multitud. Reconoció a muchos conocidos y se detuvo a hablar con varios. Había pasado tanto tiempo desde su última aparición en sociedad: la oleada de placer al ver a tanta gente reafirmó que la elección de regresar a la ciudad había sido correcta.

Sus hermanas se pararon con aparente tranquilidad a su lado, pero sus rostros estaban animados y llenos de expectativa. Vio a Lord Kinruth bailando un vals con Anne y sonrió cuando su querida amiga la saludó.

—Tu amiga Lady Kinruth parece una mujer afable.

Isolde asintió. —Tiene un temperamento dulce. La adoro.

—Lord Kinruth también, al parecer, —acotó Alice, mirando a la pareja y sonriendo.

Isolde no podía estar más de acuerdo. Se volvió para estudiar a sus hermanas menores: sus modestas joyas, sus vestidos hermosos pero sencillos, aunque ninguna de las dos necesitaba accesorios para realzar su belleza. Ambas tendrían pretendientes provenientes de cada esquina del salón.

—Madre, ¿hay algún pretendiente que deba conocer y formar una opinión suya? Solo quiero lo mejor para mis hermanas.

Alice sonrió ante sus palabras, pero Victoria, molesta por estar en un baile y no una cacería en el medio del campo, simplemente levantó la nariz con desagrado.

—Muchos, pero los pobres están demasiado asustados como para hacer algo al respecto. Para cortejar a la hija de un duque se necesita valor, en especial a una Worthingham que tiene un hermano protector.

Isolde asintió; sabía muy bien cómo actuaba Josh con las mujeres, en particular cuando se trataba de sus hermanas. Y lo amaban mucho por eso.

—Eso no es bueno. Una cosa es que yo quede para criar santos, pero no puedo permitir que Alice o Victoria sufran el mismo destino.

Al otro lado de la habitación, vio a un grupo de jóvenes debutantes rodeados de mujeres bellas. —Alice y Victoria, vayan a mezclarse y divertirse. Quizás si no se quedan paradas junto a nosotras, alguien las invite a bailar. —les dijo su madre con una sonrisa y, con un tinte de celos, Isolde vio a sus hermanas alejarse con sus amigos. Qué lindo sería no tener otras preocupaciones más allá de enamorarse y ser amado. Sin tratar de olvidar un dolor que, a pesar de sus valientes esfuerzos, no liberaba su corazón.

Isolde suspiró. *¿He tomado la decisión correcta al volver a la sociedad?* La posibilidad de ver a Merrick en cada evento la enloquecía, pero también la estimulaba. Aunque no debería. No merecía ni aparecer en sus pensamientos.

Hablar de matrimonio, incluso si era solo por conveniencia, le servía para intentar superarlo. Pero pronunciar los votos que la unirían a otra persona para siempre no era algo para tomarse a la ligera. Merrick había sido el único hombre al que había amado. Adorado, para ser honesta. ¿Cómo podría dormir con otra persona, confiar en alguien lo suficiente como para darle la mano, tan solo después de una temporada social?

—¿Qué te pasa, querida? Por favor, cuéntame.

Isolde se volvió hacia su madre y la tomó del brazo, abrazándola. —Nada, mamá, de verdad. Todo terminará bien. Ya lo verás.

—Isolde, mírame. —Ante el tono de acero de su madre, Isolde la miró fijo. —Debes seguir adelante con tu vida. Sé que nunca hemos hablado de la noche anterior a tu boda, pero ahora no hay nada para ti allí. Su Excelencia está casado y tiene un hijo, sin importar cómo llegaron a estar en tal situación. Es la realidad.

Esa era la verdad, pero aun así no lo hacía más fácil. —Sé que terminó y pensé que volver a

Londres sería más fácil. Sin embargo, estoy rodeada de mis amigos, que ahora están casados y tienen sus propios hijos, mientras yo estoy de pie junto a mi madre en un baile y parezco una debutante desesperada.

Sus inseguridades la ponían a la defensiva. Sentía pena por ella misma. Y odiaba que le pasara eso. No quería ser así. Deseaba ser una mujer vibrante y extrovertida que llamara la atención. No una mujer a la que le tuvieran lástima.

—Ninguna hija de un duque estará nunca desesperada.

Sonrió luego de escuchar a su madre; amaba cómo siempre tenía las palabras justas. —Sí, supongo que tienes razón.

—Claro que sí, mi querida, y creo que es hora de que comiences a disfrutar de lo que tu juventud te permite. Disfruta de esta temporada social. Arriésgate. No tomes riesgos escandalosos, pero prueba y verás dónde terminas. Puedes sorprenderte incluso a ti misma.

Las lágrimas se acumularon en sus ojos. No se había dado cuenta de que su madre había captado sus sentimientos encontrados. Como una de las hermanas mayores, siempre había sido la que daba el ejemplo, con el mejor comportamiento y modales impecables en todo momento.

Les había fallado y sus años en Escocia no habían ayudado en lo más mínimo a sus hermanas.

—¿En serio crees eso?

—Por supuesto, cada palabra. —Su madre le lanzó una mirada aguda antes de volverse hacia la multitud. —Veo que tus hermanas están a punto de participar en una cuadrilla.

Isolde se giró para mirar y los bailarines la divirtieron tanto que no notó a la pareja que se acercó a ellos.

—Ah, es ella. No puedo creerlo.

Ante el chillido agudo, un escalofrío le recorrió la columna. Era una voz muy familiar que Isolde había luchado por olvidar. Se dio vuelta, sorprendida al ver a Merrick y su duquesa, casi colgada del hombro como una capa, mirándola.

—Su Excelencia, —alcanzó a decir Isolde, asintiendo con la cabeza en señal de bienvenida.

—Mi querido esposo me dijo que estabas de regreso en la ciudad, pero no podía creerle hasta que te vi por mí misma. ¡Qué alegría! Cómo te he echado de menos.

Aunque Leonora parecía feliz, sus ojos se mostraban fríos y carecían de cualquier emoción que no fuera molestia.

La madre de Isolde dio un paso adelante, quedando un poco más adelante que ella. —Su calendario social la ha mantenido activa, Su Excelencia. Dudo mucho que haya pensado en mi hija, ya que ha estado muy ocupada pensando solo en usted en los últimos cinco años.

Los ojos de Isolde se abrieron ante las palabras cortantes de su madre y el calor floreció en su corazón. Su familia tenía tanta fortaleza; estaría eternamente agradecida por eso.

Leonora ignoró las palabras de su madre y tiró de Isolde hacia un abrazo muy desagradable. El calor se elevó en las mejillas de Isolde y alejó a la duquesa tratando de no causar una escena.

—Ha pasado mucho tiempo, Su Excelencia.

No lo suficiente.

El triunfo brilló en los ojos de Leonora e Isolde entrecerró los suyos. —Qué bueno verte de nuevo, mi querida amiga. Cómo extrañamos no verte en Londres. No tenerte como parte de nuestra vida ha sido como perder una extremidad. Y tenemos un hijo ahora. Se llama William. Es el niño más querido y algún día será un duque maravilloso.

¿Cómo Isolde nunca se había dado cuenta de lo falsa que era? Sin corazón ni sentimientos. Cualquiera con medio cerebro se hubiera percatado de que esta pequeña reunión no resultaba fácil para Isolde. Sin embargo, aquí estaba Leonora, acercándose a ella como si aún fueran las mejores amigas. Esta mujer estaba loca.

—Siempre fuiste tan buena amiga para mí y para Su Excelencia. Por favor, cuéntanos qué hay de nuevo en tu vida.

Isolde evitó expresar su opinión sobre su amistad con Leonora. Las palabras de su madre "vive un poco" dispararon una pizca de lucha en su alma suficiente para controlar sus emociones. —Espero que no hayas estado sufriendo por mí durante todos estos años, porque en verdad yo no lo he hecho por ti. He disfrutado mi tiempo fuera de este mundo.

Isolde mordió la mentira con una sonrisa, no quería que ninguno de los dos viera cuánto la habían lastimado.

—¿Estabas en Escocia? Qué clima triste y frío.

Su Excelencia pasó la mano por el brazo de Merrick e Isolde notó que el duque se estremeció un poco ante el roce de su esposa.

—Sí, estaba en el norte, pero frecuentábamos Edimburgo y viajábamos mucho. Tuve mis distracciones.

Casi todo lo que dijo era cierto. Había viajado con Anne y su esposo y se había divertido con ellos cuando asistían a bailes y fiestas, pero siempre con un dolor constante que debía disimular frente a sus amigos. Su mirada se dirigió a Merrick y lo sorprendió observándola. Sus ojos mostraban una gran cantidad de emociones que ella ya no tenía derecho a sentir pero que había aprendido a leerlas años atrás. Se volvió hacia Su Excelencia y luchó para seguir actuando como la hija de un duque y no como una mujer que quería quitarle los ojos a su vieja amiga.

—Te hubiéramos ido a visitar, pero hemos estado muy ocupados aquí en la ciudad. Lamento no haber tenido tiempo de sobra. Y luego tuvimos a William; apenas nos queda un momento para la vida social, ¿entiendes?

—Como dije, Isolde, la duquesa está muy ocupada, —recalcó su mamá, tomándola del brazo.

—Por supuesto, —respondió Isolde, indiferente, —es de esperarse.

Su Excelencia dejó escapar una fuerte carcajada, apretándose el pecho con un drama que Isolde no había visto desde la última vez que fue al teatro. —Me parece difícil que entiendas. Una mujer de tu edad, todavía soltera y sin un bebé, no conocería las presiones de la vida en la ciudad y cómo es criar a un niño. —Leonora estrechó la mano de Isolde, frunciendo el ceño con

una falsedad que podría ganarse un premio, y continuó: —Oh, mi amor, cómo te compadezco. Debes estar desesperada por tener todo lo que tengo yo.

La sangre hervía en el rostro de Isolde. Miró alrededor de la habitación, segura de que todos escuchaban las palabras rencorosas de Su Excelencia. Pero en lugar de huir, que era lo que anhelaba hacer, soltó su mano de la de Leonora y se enderezó. —Como mujer independiente, me casaré cuando sea el momento adecuado. Lo que supongo es algo que no usted entiende, ya que tuvo que casarse por dinero o no hubiera tenido nada.

Su madre cubrió la risa con tos e Isolde dejó escapar una pequeña sonrisa. —Esta temporada va a ser muy divertida, al menos para mí.

Isolde se negó a encontrarse con la mirada de Merrick, que le quemaba la piel. Podía ser que el amor nunca volviera a ser un punto que buscaría en un matrimonio, pero la confianza era primordial. Todo lo que necesitaba era un caballero agradable y estable que le diera un futuro e hijos. Realmente anhelaba un hijo propio. Que hiciera desaparecer todo el dolor del pasado. Aprendería a cualquier hombre que pudiera hacer realidad ese sueño.

Leonora la fulminó con la mirada y su boca se contrajo en una delgada línea de ira. —Por supuesto, —respondió Su Excelencia, volviéndose hacia su marido. —Por desgracia, mi esposo me prometió el vals y creo que es el próximo baile.

Isolde los vio unirse a las otras parejas, suspirando cuando comenzó el baile. Su madre también los miraba, con disgusto en el rostro. —Oh, mi querida, lamento que hayas tenido que pasar por eso. De haber tenido alguna idea de que Su Excelencia te buscaría, habría tratado de alejarte de ella. Qué carácter tiene esa muchacha.

Isolde intentó aplacar sus preocupaciones. —Estoy bastante bien, te lo aseguro. En algún momento me la iba a cruzar.

Ahora ya había pasado por eso y se sentía más fuerte.

—Veo que llegó tu hermano.

Isolde le sonrió a Josh cuando se inclinó ante la anfitriona, notó su presencia y se excusó para unirse a ellas. Qué hermano tan apuesto tenía, con su chaleco dorado y sus brillantes botas.

—Buenas noches, Su Excelencia, —alcanzó a decir Isolde, haciendo una reverencia.

Él le lanzó una mirada dudosa. —Te agradezco si me dices Josh o hermano. Agradezco ese respeto por parte de otros compañeros, pero tú, mi querida hermana, no necesitas adherirte a esas tontas estructuras de la sociedad.

Isolde sonrió. —Bueno, gracias al buen Señor por eso. Odiaríamos seguir tanto protocolo.

Josh la miró de arriba a abajo, asintiendo en aprobación. —Te ves muy hermosa esta noche. ¿Quieres acompañarme a la pista? Todavía hay tiempo para unirse al vals.

Isolde puso la mano sobre el brazo de su hermano, dispuesta a bailar y quitarse de la mente al otro duque y a su esposa que ocupaban el mismo salón de baile. —Gracias por ser mi caballero con armadura brillante. Pensé que tendría que quedarme de pie y ver bailar a todos los demás toda la noche.

La giró para quedar en posición y la llevó en sus brazos con facilidad. —Me di cuenta de quién te vino a buscar y no podía permitir que dejaran una mirada tan hosca en tu rostro. —Se acomodó el peinado y unas señoritas detrás suspiraron y se rieron con disimulo. —Y encuentro que el baile siempre mejora el aspecto... entre otras cosas, —agregó, mirando más allá de ella y sin duda hacia las jóvenes que estaban detrás. Las miró con una intensidad que solo logró alborotar su charla.

—Basta, —le ordenó su hermana.

—¿Qué?

Su rostro inocente y sorprendido no la engañaba en lo más mínimo.

—Estás coqueteando.

Él se burló. —Los duques no coquetean.

El baile continuó e Isolde siguió riéndose sin medida de las travesuras de Josh. Estaba tratando de hacerla sentir mejor y estaba funcionando. Cuando el baile llegó a su final desafortunado, la tomó del brazo y la condujo hacia su madre. —Te das cuenta de que nos están observando, ¿verdad?

—Ah, ¿sí? —Isolde miró a su alrededor y, aunque vio a algunos miembros de su grupo mirándolos, no era nada fuera de lo común. —Creo que estás mintiendo.

—Mamá me dijo que querías casarte para el final de la temporada. ¿Es verdad?

Isolde saludó con la cabeza a un conocido y le respondió a su hermano: —Así es.

—No dejes que las palabras rencorosas de la duquesa de Moore te hagan actuar de forma irracional. —Dijo y suspiró. —Me temo que el de Leonora no es un matrimonio feliz, para ninguno de los dos, y puede decirte algunas cosas que te hagan alejar de la idea de ese tipo de compromiso. No la escuches si lo hace; es venenosa.

Isolde vislumbró la sala de juegos donde vio al duque de Moore en una de las mesas, con su copa de coñac vacía, su corbata desatada y suelta alrededor del cuello. *Se ve desaliñado y diabólicamente guapo. Maldito sea.*

—Escuché algo, pero no puedo sentir lástima por ninguno de ellos. Tomaron una decisión y ahora deben vivir con ella.

Josh la detuvo. —Te has vuelto fuerte. Muy bien, hermana.

—Sí; y esta actitud está aquí para quedarse.

Sin embargo, la idea de que Merrick fuera infeliz en su matrimonio la inquietaba. Tenían un hijo, después de todo. Y ningún niño querría crecer en un hogar donde los padres no se respetaran ni se cuidaran.

Su hermano tomó dos copas de champán y le dio una. —Debo decirte algo, aunque solo sea para ahorrarte la humillación de descubrirlo sin estar preparada.

Isolde tomó un trago; no le gustaba la preocupación grabada en la cara de su hermano. —Dime.

Notó sus labios fruncidos. —¿Notaste que Su Excelencia se frotaba la panza mientras te

hablaba? —Hizo una pausa e Isolde se preguntó qué era tan terrible como para que su hermano luchara por encontrar las palabras justas. —Está embarazada de su segundo hijo, —se apresuró a decir.

Se le hizo un nudo en el estómago al pensar en Merrick haciendo el amor con quien alguna vez había sido su mejor amiga. La había atormentado durante años imaginar sus besos, los dulces roces que alguna vez habían sido solo para ella. Apartó el pensamiento a un lado; necesitaba olvidar el pasado y todo el dolor, ya que, si no lo hacía, terminaría empacando su baúl y regresando a Escocia, sin encontrar nunca la felicidad propia.

—Qué bueno por ellos.

El sufrimiento cubría cada palabra. Su hermano la condujo hacia un asiento junto a la ventana, en parte aislado con helechos, y le contó: —No es del duque.

—¿Qué?!

Isolde se tapó la boca con la mano. La gente se volvió para mirarlos y ella se echó a reír como si su hermano hubiera dicho algo divertido.

¿El niño no es suyo?

—¿Cómo sabes eso?

—Tengo mis fuentes, y sé, sin duda, que no es de Moore.

La idea de que Leonora tuviera un hijo con alguien que no fuera Merrick era absurda. ¿Cómo podía hacerle eso a su esposo? En especial cuando había seducido al duque justo debajo de la nariz de Isolde. ¿Por qué la duquesa buscaría consuelo en otra parte?

—¿Estás seguro? —le preguntó, incapaz de creer tal historia.

—Así es, —asintió su hermano, con una mirada seria en su rostro. —Ese canalla merece todo lo que obtiene con esa rencorosa.

Aunque a Isolde no le gustó la dureza de las palabras de Josh, entendía su aversión por la pareja. —Déjalos que se arreglen entre ellos y sigamos con nuestras vidas. Ya no quiero hablar de ellos.

Josh la ayudó a ponerse de pie y, espiando a su madre, comenzó a caminar en su dirección. —Sí, tienes razón. Te pido disculpas, querida. No los mencionaré de nuevo. Esta noche es para disfrutar, no para revivir las heridas del pasado.

—Estoy totalmente de acuerdo.

La noche, se alegró de decir Isolde, fue bastante agradable a partir de ese momento. Josh le presentó a una serie de caballeros adecuados, lo suficiente como para confundirla. Todos hicieron una reverencia, bailaron, le dijeron algún cumplido y coquetearon tanto como pudieron con su madre presente. Fue muy divertido e Isolde disfrutó la noche más de lo que pensaba. Justo después de la cena, se paró a un lado de la habitación, observando a su madre hablar con Josh y una joven que Isolde nunca había visto antes. Era una cosita dulce y delicada, pero su mirada determinada e inteligente hablaba más que cualquier palabra. La niña tenía la mirada puesta en su hermano, nada menos que un duque. Isolde se echó a reír cuando Josh llegó a la misma

conclusión. Parecía un león atrapado, con la cola entre las patas, deseando huir.

Tomando un poco de champán, observó a Alice realizar los pasos de una cuadrilla con un apuesto caballero de rasgos oscuros y melancólicos. Mirando más allá de su hermana sonriente, su mirada se posó en Merrick, quien estaba conversando con la anfitriona.

Su cuerpo estaba ligeramente encorvado para poder escuchar a la vizcondesa que hablaba con entusiasmo agitando las manos. Observó la pulcritud de su traje. Tenía los hombros anchos y un cuerpo que ya no pertenecía a un joven desgarrado, sino a un hombre en su mejor momento. Estaba tan guapo, tan atento a la dama, que Isolde se encontró sonriendo. Cómo anhelaba volver a bailar con él, aunque solo fuera para sentir la presión de su cuerpo contra el suyo. Tener sus manos grandes y habilidosas sobre ella, hacer que la respiración en sus pulmones se corte por unos instantes...

Se obligó a mirar hacia otro lado, bloqueando los celos que la atormentaban. Desde el primer momento en que conoció a Moore, hacía tantos años, supo que era suyo. Le había robado el corazón y el alma esa noche y nunca se los había devuelto. No importa cuánto se repetía a sí misma y a los demás que había sanado: no lo había logrado. Tendría que remediar eso lo antes posible, si quería casarse y seguir con su vida.

Capítulo

Seis

Los días de Isolde estuvieron llenos de compras, almuerzos, paseos por los parques y a veces a caballo. La sorprendió descubrir que su amiga Anne era una ávida compradora de cosas bonitas y caras. Los comerciantes de Bond Street no las olvidarían pronto. Como buena amante de los zapatos, Isolde se enamoró de *Harding, Howell & Co*, una tienda industrial que ofrecía todo tipo de zapato que una mujer pudiera desear. Se llevaron casi todas las botas para caminar, calzado de cabalgar y zapatos de fiesta que había. Su primera semana de regreso en la ciudad fue, en una palabra, encantadora.

Hoy, Isolde se malcrió un poco al comprar un nuevo conjunto de equitación y un abrigo de piel. Terminaron su extravagancia de compras en la perfumería donde se compró un perfume personalizado de rosas.

Fue uno de los días más divertidos y despreocupados que Isolde podría recordar. Incluso su viaje a casa había sido entretenido cuando tuvieron que subirse a un taxi para seguir su propio carruaje, solo para poder acomodar todos sus paquetes.

Sus noches se llenaron de bailes y fiestas interminables. Isolde vio cómo el halagador Marqués Clifford cortejaba a su hermana Alice. Pero no servía de mucho. No había chispa en la mirada de su hermana cuando observaba al caballero. Alice no se casaría con él, no importaba cuánto lo deseara él.

Parecía una forma silenciosa de decir a su hermano que necesitaban cierta libertad para decidir sobre sus relaciones. Además, Isolde le mencionó que, si no dejaba de ser tan autoritario, las tendría a todas viviendo con él para siempre.

—Lady Isolde, qué maravilloso es verla de vuelta en la ciudad. —El marqués de Wardoor hizo una reverencia, todo elegante y refinado, sobre su mano envuelta en un guante.

—Ha pasado mucho tiempo, —respondió Isolde e hizo una pequeña reverencia. —Lord Wardoor, me alegra estar de vuelta y también volver a verlo.

La estudió un momento, sonriendo, e Isolde notó lo cambiado que estaba desde que lo había visto por última vez. Siempre había sido un hombre alto, solo un año mayor que Merrick, y uno de sus confidentes más cercanos, aunque ya no estaba segura de eso. Tenía el cabello corto y por eso su pronunciada nariz parecía más grande de lo que era.

—Hemos extrañado verla por la ciudad. Espero que los rumores que circulan sean ciertos, que se va a quedar toda la temporada.

Isolde logró ocultar de su rostro la repulsión que le despertaba saber que la *sociedad* estaba cotilleando sobre su regreso; tal vez incluso riéndose de su incapacidad para casarse a la edad madura de veintitrés años. —Sí, tengo la intención de estar en la ciudad por algún tiempo y visitar Dunsleigh antes de volver a Avonmore.

Lord Wardoor tomó un sorbo de su coñac, pidiéndole otro a un criado que pasaba. —Ah sí, escuché que se estaba quedando en Escocia. Desde que se fuiste me apena pensar que perdimos una joya tan importante en nuestra sociedad. —comentó y le lanzó una mirada consoladora; ella levantó el mentón: no quería que la compadecieran.

—Dígame, mi lord, —comenzó a decir Isolde, cambiando rápido de tema, —¿está casado? Me temo que no me entero mucho de los chismes de mi propia ciudad.

—Por desgracia, no, no lo estoy, pero la temporada está en pañales aún. —Le guiñó un ojo y ella abrió mucho los suyos antes de reírse de lo astuto que era. —Y creo que lo que he visto hasta ahora es de mi agrado. Más que otros años.

¿Lord Wardoor le estaba insinuando lo que ella creía? Sintió calor en sus mejillas de solo pensarlo; nunca lo había mirado de esa manera. —Le deseo lo mejor en su búsqueda.

Lo analizó por un momento. Era atractivo, incluso con su nariz que sobresalía, pero no le despertaba mariposas en el estómago cuando lo miraba. No le producía temblores cuando se acercaba. Para nada. Y, sin embargo, ¿no era adecuado para ella? No estaba buscando amor, después de todo. Solo quería amistad, confianza y respeto.

—Pensé que Moore estaba mintiendo cuando me dijo que usted había vuelto, pero agradezco que no fuera así. Qué casualidad que ambos busquemos casarnos antes del final de la temporada.

Isolde casi se ahogó con su trago de vino. —No creo haber dicho que estaba detrás de un esposo, mi Lord.

Sonrió para amortiguar la censura en su tono. Su mente se llenó de pensamientos sobre cómo había llegado a tal conclusión. ¿Anne o alguna de sus hermanas lo mencionaron en una conversación pasajera con sus amigos? ¿O simplemente estaba suponiendo que su presencia este año era solo para encontrar marido...?

Qué hombre intrigante.

—Ah, pero sabemos que eso es lo que buscan todas las mujeres... y usted no es diferente, aunque se jacte de serlo.

—Espero poder probar que está equivocado.

Isolde volvió a mirar a la multitud e ignoró la risa profunda que sonó a su lado, así como el hecho de que le había mentado de forma descarada a un caballero. De todos modos, no era de su incumbencia.

—Vamos, mi lady. Espero no haberla ofendido. Solo estoy bromeando, lo prometo.

Isolde lo hizo esperar un poco antes de dignarse a responder: —¿Quizás debería

compensarme acompañándome en el próximo baile?

Él se inclinó sobre su mano, dedicándole una sonrisa. —¿En serio, querida? ¿Debería esperar una propuesta de matrimonio a continuación?

Isolde lo tomó del brazo. —Con el baile estará bien. Gracias, mi lord.

Lord Wardoor bailaba muy bien, más allá de que no le hacía sentir esas escurridizas mariposas.

Tres noches después de la velada del vizconde Chudley, Merrick seguía luchando contra el enojo que consumió su alma al ver a Lord Wardoor bailando con Isolde. ¿Qué estaba pensando, permitiendo que tal libertino la cortejara? Con la edad, solo había empeorado en sus escapadas; la cantidad de putas con las que se acostaba y la cantidad de monedas que perdía en la mesa cada noche empeoraban año a año.

Wardoor nunca sería fiel y de seguro Isolde ya lo sabía. Pero tal vez no le importaba. Merrick no estaba seguro de qué pensamiento le preocupaba más.

Una y otra vez vio cómo llevaban a Isolde a la pista de baile, no solo su amigo más cercano, sino también otros. Todos esos demonios se agarraban de su cintura y devoraban con la mirada esos pechos que el vestido luchaba por cubrir. La miraban como un dulce listo para ser devorado.

Bastardos.

Cerró los ojos, ya no quería ver semejante parodia. Isolde ya no era suya. Tenía que dejarla ir, incluso aunque creyera que tal pensamiento lo destruiría. Apretó los puños a un lado de su cuerpo antes de que una risa amarga lo sacara de su miseria. —Mi querido esposo, ¿te molestó ver a tu Isolde saliendo con otros? Te ves tan patético.

Merrick cubrió la mano que se apoyaba en su brazo, un frente sereno que habían perfeccionado al principio de su matrimonio. La *sociedad* nunca sabría que su matrimonio era solo de nombre; únicamente para mantener una posición social que Leonora disfrutaba mucho. —Veo que te invaden los celos esta noche, querida. Cómo te debe molestar ver a tu amiga más cercana en la ciudad, sobre todo porque no tienes a nadie que robarle esta vez. ¿Qué harás ahora?

Leonora se echó a reír y lo agarró del brazo como si disfrutaran mucho de estar juntos. —Me haces reír. Ya he conquistado a Wardoor. La pobre y patética Isolde no es competencia para mí. —Suspiró. —Quizás tome a esa dulce e inocente Isolde y la corrompa. Qué divertido sería verla volverse tan malvada como yo.

Una bola fría y dura se anidó en lo más profundo de Merrick. Ni en sueños permitiría a Leonora estar cerca de Isolde, si podía evitarlo. Vio a Wardoor y apretó los dientes. ¿En serio se había acostado con su esposa? No importaba que su matrimonio no fuera por amor; pensar que su amigo podría hacer tal cosa era la peor traición. Pero entonces se merecía esa locura. Después de todo, no era diferente a lo que le había hecho a Isolde la noche antes de su boda, a pesar de

que Leonora lo había engañado.

Merrick la miró y frunció el ceño cuando notó que levantaba sus labios de forma astuta. — Me estás mintiendo.

Ella se encogió de hombros, riéndose un poco. —Ah, pero es un hombre hermoso, aunque tal vez demasiado abierto, incluso para mí.

Merrick tomó un trago de coñac mientras se preguntaba cómo su vida había llegado a convertirse en esto: un matrimonio vacío y sin sentido, que era peor que el infierno. Leonora podía ser la hija de un vicario, pero había sido engendrada por el demonio.

—Todo Londres está preocupado porque la escurridiza Lady Isolde está cazando maridos.

La diversión en su voz irritaba sus nervios ya deshilachados. No quería saber que Isolde se casaría con otro. Preferiría morir antes que ver ese día. Qué egoísta sonaba. Isolde merecía felicidad y compañía. Debería desear que se casara por amor, no que se convirtiera en una solterona para la sociedad. Vieja, sola y triste.

—Pero puedo entender por qué lo tendría en la mira. Es horrible tener su edad avanzada y aún estar para vestir santos. No quisiera estar en sus zapatos, —agregó y se echó a reír.

Merrick la miró con odio. —Le negarías hasta la menor cantidad de felicidad. ¿Cómo puedes odiarla tanto?

¿Y cómo podía él también negarle la felicidad? Merecía todo lo bueno que le pasara después de lo que la habían hecho sufrir. Pero él no pensaba vivir al pendiente de su búsqueda de marido. Había sido todo para él y perderla una vez sería terrible. Sería casi imposible volver a pasar por eso.

Leonora lo miró con los ojos muy abiertos ante su pregunta. —Porque me divierte hacerlo. Isolde siempre fue la más querida por todos nuestros amigos. Tan dulce, tan tranquila, tan perfecta. —La duquesa hizo una mueca de repulsión y continuó: —Me enfermaba ver cómo te arrastrabas para hablar con ella. Me alegra que ahora esté tan desesperada por un marido que consideraría incluso a Wardoor para ocupar el puesto. Me alegra verla tan infeliz.

Merrick miró a Isolde y la observó riéndose de algo que Wardoor había dicho. —No parece infeliz.

Su esposa sonrió. —Ah, es tan divertido verte así. Me alegro de que Isolde haya vuelto a la ciudad, aunque solo sea para verte llorar esa pérdida de nuevo.

Merrick le apretó la mano y Leonora jadeó. —No me presiones, querida esposa, o mando al diablo el escándalo y me divorcio de ti más rápido de lo que puedes tomar un taxi a los infiernos de Londres que tanto amas.

Ella palideció y su sonrisa se transformó en un gruñido difícil de disimular. —No te atreverías. Si lo haces, haré que se sepa que William no es tu hijo. Arruinaría a tu heredero y te haría ver como el duque más patético que se haya visto jamás.

—También te arruinaría a ti, no lo olvides. Y William es mío. Retaré a cualquiera que diga lo contrario a una batalla de honor. Con la protección de mi apellido, los niños estarán bien.

Merrick se apartó, alejándose de ella, para evitar estrangularla ante la multitud de invitados, algunos de los cuales se habían interesado en su conversación.

Su risa burlona esta vez sonó frágil incluso para sus oídos.

—Hablaemos más tarde, querido esposo, —dijo, dándole unas palmaditas en el pecho, y se fue.

—Lo espero con ansias, —respondió Merrick sin mucha convicción.

Capítulo

Siete

Una semana después, los Worthingham celebraron su baile anual en Londres. La noche incluía todo lo que las hermanas menores de Isolde aborrecían y lo que su madre adoraba.

Isolde observaba mientras Alice y Victoria intentaban sonreír y ser agradables con todos los que se acercaban a conversar con ellas. Pero el enamoramiento era exactamente eso: un sofocante sentimiento que embriagaba con demasiadas fragancias diferentes.

Una punzada de empatía la invadió cuando Victoria palideció hasta un tono más blanco que su vestido de seda. Se dirigió hacia sus hermanas; las pobres eran fieles a las reglas y restricciones de la sociedad: lo que se hace y no se hace ante los *demás*. Sin mencionar que los caballeros que merodeaban por sus faldas parecían muy poco ideales...

Se puso de pie entre ellas, tomó ambos brazos y las excusó.

—Vengan a caminar conmigo un momento.

Las dirigió hacia donde había visto a su madre por última vez.

—¿Qué les pasa, queridas? ¿No se están divirtiendo?

Alice hizo una cara poco femenina. —Odio tener que ir a bailes durante toda la temporada, pero a su vez tener que sufrir en un baile nuestro y ser el centro de atención es el peor tipo de agonía.

Victoria asintió. —Es absurdo, Isolde. Preferiría estar en casa con mis caballos y mis perros.

Se pararon cerca de su madre y se dieron vuelta para mirar a la multitud de invitados. —No es tan malo. Estoy segura de que algunos caballeros elegibles llamaron su atención. Por ejemplo, los que estaban parados con ustedes recién.

Victoria se burló. —No, no hay. Todos me aburrieron hasta las lágrimas. Casi estaba llorando, por si no te habías dado cuenta.

—Estoy de acuerdo, —afirmó Alice. —Ojalá mamá nos hubiera escuchado y no nos hubiera hecho pasar esta noche terrible. Daría cualquier cosa por volver a Dunsleigh.

—No puedes atrapar a un marido encerrada en Surrey.

Isolde lo sabía mejor que nadie, pero no podía servir de ejemplo después de haber perdido a su prometido la noche anterior a la boda.

—Elizabeth se quedó con el último buen caballero de esta *ciudad* cuando se casó con Henry.

—Alice suspiró. —¿Cuándo crees que la visitaremos? La extraño muchísimo.

Isolde sonrió, pensando en su hermana mayor que estaba muy bien situada en la vida y enamorada de su querido Henry. —Voy a hablar con mamá. Tal vez los podamos visitar después del final de la temporada social, pero con una condición.

Los ojos de Alice y Victoria se iluminaron ante la aclaración. —¿Qué condición? —preguntaron al unísono.

—Que disfruten la temporada como yo me lo propuse hacer.

Mamá merece más felicidad, como la que Elizabeth le provocó. Es hora de que nosotras también pongamos nuestro granito de arena.

—Muy bien, —coincidieron, aunque no sonaban nada positivas.

—Excelente, —respondió Isolde, espiando a Anne que le hacía señas desde el otro lado de la habitación. —Y ahora me voy a meter en la multitud y divertirme. La risa de sus hermanas se desvaneció detrás de ella mientras cruzaba el suelo de parqué. Con las salas adyacentes al salón de baile abiertas para los juegos de azar, la multitud se había dispersado un poco, lo que hacía que fuera más fácil moverse.

Isolde tomó las manos de Anne mientras se paraba frente a ella. —Me alegra mucho que hayas venido esta noche. Espero que te estés divirtiendo.

—Tu familia tiene una hermosa casa, Isolde. Estamos pasando muy bien, incluso aunque no me siento del todo bien.

—¿Está todo bien? ¿Es el bebé...? —Isolde no pudo terminar la pregunta por miedo a que la respuesta fuera demasiado molesta.

—No, —contestó enseguida Anne; se notaba la preocupación en su mirada. —El bebé está bien; yo no me he sentido bien la mayoría de los días. Nuestro médico dice que es bastante normal y que va a pasar, pero aún no lo ha hecho. Puede que tenga que dejar de salir, a menos que sean entretenimientos sin los que no puedo vivir. Clayton me prometió que bailarían el próximo vals conmigo y luego me iré a casa. Espero que no te moleste.

—Para nada. Tienes que cuidar tu bienestar por encima de cualquier otra cosa. —Isolde observó la habitación. —¿Dónde está Lord Kinruth? No lo he visto esta noche. —Anne frunció el ceño e Isolde se inquietó. —¿Hay algo más que te preocupa, querida?

—Quería ponerse al día con un viejo amigo de la escuela, pero me niego a decirte quién es, porque puede molestarte.

Isolde frunció el ceño. —Si te preocupa que Moore y Lord Kinruth reaviven su amistad, no lo hagas. Fueron juntos a la escuela. Pueden ser amigos sin que me moleste.

—Lo sé, pero... —Anne apretó la mano de Isolde con más fuerza. —¿No será difícil? Significará que sus caminos se pueden cruzar con más frecuencia. No quisiera causarte un dolor indebido.

Isolde movió la cabeza. —Anne, nunca podrías hacer eso. Y ya no había nada que hacer. Merrick era amigo de Lord Kinruth y, por desafortunada que fuera esa asociación, no era culpa

de nadie.

Tendría que estar más atenta cuando saliera con Anne, en caso de que Merrick estuviera con ellos. De todos modos, ya luchaba para calmar sus emociones cada vez que lo veía. La forma en que la miraba cuando nadie prestaba atención, dejaba su moral en conflicto de la peor manera imaginable. Y de la mejor manera también, para ser honesta.

—Lo siento mucho, querida.

Anne parecía estar cerca de las lágrimas e Isolde volvió a tomar sus manos.

—Ninguna de estas coincidencias de amistad es tu culpa. Si voy a ser parte de esta sociedad de nuevo, tengo que seguir adelante y aceptar que me voy a cruzar con Su Excelencia en el camino. Es un mal necesario.

Anne suspiró, con alivio evidente. —Me pone muy contenta que me digas eso. Me preocupaba que pudiera causar problemas entre nosotras y te clasifico como mi mejor amiga. Odiaría cualquier cosa que se interponga entre nosotras.

Isolde movió la cabeza. —Nada podría interponerse entre nosotras.

Al escuchar sus propias palabras, un escalofrío le recorrió la espalda al recordar haber dicho algo similar a Letty, ahora duquesa de Moore, hacía muchos años. Habían sido mejores amigas y habían compartido todo: sus secretos, esperanzas y sueños. Una punzada de pérdida la recorrió por haber perdido a su amiga más antigua, así como a su futuro esposo, por esa traición. La vida era cruel a veces.

La profunda risa retumbante que conocía tan bien como la suya sonó a un lado y miró a su alrededor, captando la mirada de Merrick mientras caminaba hacia ellas con Lord Kinruth. Como siempre, desde el primer momento en que los presentaron, una gran química corrió entre ellos. Isolde esperaba que después de todo lo que había pasado, ya no sentiría la necesidad de extender la mano y empujarlo hacia ella, tocarlo, reír con él. ¿Cómo podría algo tan bueno haber salido tan mal?

Se volvió para saludarlos y las miradas curiosas de los invitados juzgando esta situación entre dos personas que habían estado comprometidas se sentían como pequeños pinchazos en el cuello. Hizo una pequeña reverencia. —Su Excelencia, Lord Kinruth.

Los caballeros se inclinaron. Isolde notó que Lord Kinruth tomó la mano de Anne y la llevó hacia la pista. —Me debes un baile, querida.

Anne se rio y lo siguió sin dudar. Isolde se encontró con la mirada de Moore y se preguntó si esta situación parecía tan incómoda como se sentía.

—¿Se está divirtiendo, Su Excelencia?

La inspeccionó con tal detalle que le recordó las miradas que una vez le había dirigido cuando era suya. Esas miradas debería guardarlas para su esposa, aunque Isolde las deseaba para ella. Todo el día y para siempre.

—Ahora sí.

Tomó su mano entre las suyas y la condujo hacia la pista. Debería haber apoyado la mano en

su manga y, sin embargo, la mantuvo apretada con firmeza. Ella se intentó soltar sin éxito. Maldito sea.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó Isolde casi en un susurro, al ver la mirada furiosa de Leonora desde el otro lado de la habitación.

—Estoy a punto de bailar el vals con la mujer más hermosa de este lugar.

La tomó en sus brazos y ella luchó para no quedar atrapada en un abrazo. Sus manos familiares le apretaron la cintura, fuertes y seguras, y el tiempo se desvaneció. Todo lo que estaba mal entre ellos, el desastre de su pasado, se convirtió en una pesadilla de hace mucho tiempo. Si tan solo alcanzara con un baile para olvidar. Isolde miró a Merrick y el dolor le pinchó el corazón.

—Debería bailar con su esposa.

Él le lanzó una sonrisa de desaprobación. —Mi esposa no quiere bailar conmigo, se lo puedo asegurar. Por ejemplo, —dijo, girándolos para que pudiera ver a Leonora, —¿ve al caballero parado a su lado?

Isolde miró por encima del hombro. —Lord Barkley. Sí, lo veo.

También podía ver a la duquesa tan cerca del caballero que sus pechos estaban presionados contra el brazo del hombre. Quizás era más escandaloso que Su Excelencia bailando con su ex prometida.

—Permítame asegurarle que la duquesa prefiere mucho más la compañía de los demás que la de su marido.

Isolde lo miró fijo y notó preocupación en sus ojos. —Eso no le da permiso para cometer otro error. Debería ir con ella, luchar por ella, incluso. Como es su deber.

La jaló en una curva cerrada, la falda de su vestido rozando sus pantalones. No habían estado tan cerca desde... Isolde alejó sus pensamientos de tales reflexiones. Recordar todo lo que había perdido no le servía de nada a nadie. Esta temporada era su oportunidad de ser feliz.

Moore se inclinó y le habló al oído en un susurro. —No quiero pelear por ella.

Isolde se volvió para mirarlo a los ojos. La acción los colocó lo tan cerca como para besarse: solo una ligera inclinación hacia él y sus labios se rozarían. Su atención cayó a su boca y ella se lamió los labios, maldiciéndose por hacerlo cuando su atención estaba centrada en esa zona. Levantando la cabeza, se apartó, dándoles a ambos el espacio que tanto necesitaban. —Necesita mantenerse alejado de mí, Merrick. No dejaré que me haga esto. Tomó una decisión y ahora debe vivir con ella.

—No tuve opción a elegir en esa situación. —Se echó hacia atrás, entrecerrando los ojos. —¿Y qué pasa si digo que ya no deseo vivir con eso? ¿Qué me diría?

Isolde movió la cabeza. ¿Cómo se atrevía a actuar como la víctima en lo ocurrido? Había sido su elección. No tenía derecho a engañarla ahora solo porque su elección no había resultado tan bien como le había gustado.

—Ah, no, había una opción sí y usted lo dejó muy claro. Lo vi decir sus votos. De hecho, —

agregó, mientras la ira se apoderaba de su buen sentido, —en el momento en que los encontré desnudos en su habitación con mi amiga en la cama, la decisión quedó clarísima.

—Si su familia me hubiera permitido explicar lo que ocurrió, ese día podría haber resultado muy diferente. Después de todo lo que compartimos, ¿cómo podría pensar que quería a alguien más que a usted?

Ella miró hacia otro lado, notando que solo unas pocas personas los estaban mirando, lo que la sorprendió y la alivió. Siempre parecía que todos los ojos del mundo la estaban observando. Esta conversación estaba lejos de ser apropiada y no la sorprendería si toda la *sociedad* se inclinaba a escuchar cada una de sus palabras.

—Creo que usted, de todas las personas, puede entender por qué no pensé que mereciera el honor de explicar cómo mi mejor amiga terminó en su cama la noche antes de nuestra boda.

Él palideció, pero Isolde ya se había cansado de pedir perdón por todo.

—Leonora nunca fue nuestra amiga, —dijo y su mirada se entrecerró. —Y no piense, más allá de lo que ella diga, que alguna vez lo volverá a ser.

—No me importa ser amiga de la duquesa, ahora o nunca. Esta conversación se terminó, Merrick. —Isolde se apartó de sus brazos, hizo una reverencia y sonrió con amabilidad. Cuanto menos sospeche la *sociedad*, mejor. —Deseo que sea muy feliz.

Moore besó su mano, sujetándola con una mirada acalorada. —Puede desearme todo lo que quiera, Isolde, pero nunca voy a ser feliz mientras estemos separados.

Ella liberó su mano. —Entonces lo siento mucho por usted, porque eso es algo que nadie puede cambiar. Buenas noches.

Isolde se alejó y luchó para mantener sus rodillas fuertes y su cuerpo erguido. Sin darse cuenta de hacia dónde se dirigía, se paró junto a una ventana y maldijo en el momento en que Leonora se deslizó a su lado y la agarró del brazo.

—¿Disfrutaste tu baile con mi encantador esposo?

Isolde estaba harta de ser amable y actuar como la dama perfecta. Era obvio que Leonora deseaba una guerra de palabras y, si eso era lo que la ramera quería, entonces sería lo que obtendría. —Por supuesto. Es un experto.

Los ojos de Leonora se entrecerraron. —Si quieres tener un romance con él, estoy dispuesta a compartirlo. Ya lo hemos hecho antes, ya ves, tuvimos grandes fiestas y bueno, todo lo que diré es que Merrick puede incluso con más de una mujer en su cama.

Isolde jadeó ante la vulgaridad de tal conversación. Nunca se habría imaginado tener que pensar esas situaciones. Sacudió la cabeza, insegura de si Leonora solo la estaba molestando o estaba tratando de generar una discusión acalorada. —Si te pusieran al lado de la chica que conocí de niña, no te reconocería ahora. ¿Qué te pasó, Letty?

Su Excelencia la fulminó con la mirada y le arañó el brazo. —Nunca fui esa chica y *ella* por suerte está muerta. Amo mi vida y la forma escandalosa en que vivo. Si piensas incluirte en la vida de Merrick o incluso convertirte en su amante, estás muy equivocada. Te aplastaré, si lo

intentas.

El enojo se empezó a sentir con fuerza en su estómago y retiró la mano de Leonora con un apretón apremiante. —¿Te sientes amenazada, Letty? Qué gracioso de tu parte. Y si quisiera tener a Merrick, solo tendría que hacer clic con mis dedos y él sería mío.

Isolde sonrió con toda la dulzura que logró y se alejó, complacida de que por primera vez en lo que parecían años luz, había sacudido a su vieja amiga, ahora convertida en enemiga.

Capítulo Ocho

A la mañana siguiente, en lugar de ir a dar un paseo matutino, Isolde se encontró con Anne en Bond Street. Con su doncella a cuestas, se dirigió hacia el recinto de compras, deseando buenos días a quienes encontraba por el camino. Anne le contó que hoy se había despertado un poco mejor y que quería comprar un sombrero nuevo antes de volver a sentirse indisputada.

El día fue perfecto, ni una nube en el cielo ni una brisa se atrevieron a estropearlo y la idea de ir de compras con su querida amiga lo hizo aún más agradable. En las últimas semanas, se había enamorado más de las compras de lo que nunca había creído posible. Darse un capricho era liberador y había pasado mucho tiempo desde la última vez que se había mimado y disfrutado de la vida.

Las casas que rodeaban la plaza eran hermosas, con grandes puertas y ventanas adornadas con diseños arquitectónicos. La mayoría de las casas estaban cerradas, dormidas; sus ocupantes no se habían percatado de que ya había amanecido hacía unas horas. Unos cuantos carruajes se detenían frente a sus casas: de seguro sus ocupantes volvían a casa después de una noche de diversión.

Justo cuando estaba a punto de doblar por *Brook Street*, se detuvo al ver a Leonora tambaleándose desde un carruaje: se inclinó, riendo y, al parecer, besando a quien fuera que estuviera adentro. Isolde se preparó para ver a Merrick salir tras Su Excelencia, pero quien viajaba con la duquesa no la siguió, sino que se fue. Después de anoche, Isolde podía arriesgarse a adivinar quién era el caballero, si no era el marido de Leonora. Su Excelencia continuó tropezando con los escalones de piedra y desapareció al entrar a su casa.

Isolde continuó su camino antes de que un alboroto detrás de ella le hiciera darse vuelta. Se escucharon voces fuertes desde la residencia ducal y, en cuestión de minutos, Merrick corría por los escalones delanteros justo cuando su carruaje se acercaba a la esquina de las caballerizas. Mientras le daba instrucciones a su conductor, la vio mirándolo fijo. Esa situación en otra ocasión la hubiera avergonzado, pero el pánico que podía leer en su rostro la frenó y se apresuró a correr a su lado. —Su Excelencia, ¿pasó algo?

—Isolde, —dijo, olvidando dirigirse a ella con corrección. —William se fue. Fui un estúpido al permitir que Leonora lo llevara esta mañana a dar un paseo. Acaba de regresar sin él. Sabes lo

pequeño que es y está solo... y Dios sabe dónde. No...no sé en qué estaba pensando. ¡Ni qué se le pasó por la cabeza a *ella*!

Isolde tomó su mano y notó cómo le temblaba. Entonces la apretó más fuerte. —¿La duquesa dijo dónde había estado?

—Recuerda haber ido al parque de la plaza y luego que la pasó a buscar un carruaje que se dirigía hacia el este. Desde allí dice que su memoria se vuelve borrosa. No puedo entender por qué. —El sarcasmo en sus palabras era evidente, pero Isolde no supo qué responderle. No quería ni imaginarse a un niño perdido en esa parte de Londres. —Nunca debería haber confiado en ella.

Isolde frunció el ceño, preguntándose por qué Leonora no podía recordar y, peor aún, cómo era posible que alguien pudiera olvidar a su propio hijo. —¿Visitó a alguien? Quizás lo haya dejado en una tienda o en los mercados.

—Tengo que ir y encontrarlo. —Vaciló en la puerta del carruaje, pero le preguntó: —¿Me ayudarías?

Su súplica era algo a lo que no se podía negar. Nunca rechazaría a alguien en tal estado de pánico. —Muy bien. —Hizo un gesto a su doncella para que se uniera a ella antes de llegar al carruaje. Se hundió en los almohadones de cuero, con su doncella a un lado, antes de que el cochero moviera el látigo y los caballos empezaran a andar.

Merrick miraba por la ventana, con la frente fruncida. —No sé lo que voy a hacer si no puedo encontrarlo. ¿Qué pasa si cayó en manos de algún cretino con malas intenciones?

Isolde se inclinó hacia él y le tocó la mano. —Lo vamos a encontrar. —Respiró para tranquilizarse, con el estómago rugiendo de miedo al pensar en los horrores que podría vivir ese niño tan dulce. —¿Conoces algún lugar que Su Excelencia visite? Debo admitir que no sé nada de esa parte de Londres.

—**V**amos a empezar por dos lugares. Después de eso estoy perdido; no sé dónde más podría estar. En el momento en que Isolde soltó su mano y se recostó en el asiento, sintió que perdía su apoyo reconfortante, su preocupación por el niño. A su esposa, probablemente desmayada en la cama, no le importaba ni un poquito su hijo. Nunca le había importado, si era totalmente honesto.

El carruaje rodaba a través de Londres, mientras las grandes casas de Mayfair daban paso a las viviendas de los menos afortunados de la ciudad. Cruzaron el Puente de Londres y giraron hacia el este en dirección a los muelles. Las calles de esta parte de la ciudad estaban menos cuidadas, la basura apilada junto a la carretera, los niños, sin supervisión, corrían con ropa desprolija y sucia.

Isolde frunció el ceño. —Esta degradación de las personas está mal. Me hace preguntarme qué están haciendo quienes dirigen el Parlamento para permitir que la gente viva en tal miseria.

Merrick asintió. —Supongo que me incluyes en ese decreto.

Ella levantó la ceja, pero no respondió.

Él suspiró y continuó. —Estoy de acuerdo. Hay que hacer algo al respecto y prometo que en la próxima sesión del Parlamento voy a plantear mis preocupaciones.

Isolde asintió antes de decir: —¿Cuánto tiempo hace que su Excelencia salió con Lord William?

La pregunta lo apartó de sus pensamientos. —Más de 2 horas. Prometió jugar con él en el parque y no hubo manera de detener la emoción del pequeño. No es frecuente que su madre se interese, por lo que lo engulle cada vez que lo hace.

Merrick leyó la pregunta en su mirada y no quería responderla; no quería enfrentar lo que su esposa se había convertido en los cinco años desde que se casaron.

Las manos de Isolde se inquietaron en su regazo. —Todavía no entiendo cómo dejó a Lord William. ¿La duquesa dio algún indicio de por qué ocurrió?

—No tenía sentido preguntarle mucho. No sabía de lo que hablaba.

Y si hubiera sabido que Leonora habría dejado la seguridad del parque y visitado un lugar así con su hijo, nunca habría permitido la salida. Y perseguiría a cualquiera que estuviera asociado con esto si algo le pasara a su hijo.

Isolde hizo un sonido poco femenino y se encontró con su mirada. —Deja de contarme solo partes de la historia, Merrick. ¿Qué está pasando con Leonora?

Él se encogió de hombros: le gustaba escucharla pronunciar su nombre, pero no en una situación como esta. Al diablo con su esposa. —Después de casarnos, la duquesa se encariñó bastante con la vida de la ciudad, pasó la mayor parte de su tiempo aquí sola, mientras yo permanecía en el campo con William. Tiene ciertos lugares preferidos dentro de la ciudad.

Isolde agarró su bastón y golpeó el techo. Se detuvieron y se volvió hacia su criada. Le pidió algo con apuro, antes de que la mujer se bajara del carruaje y se dirigiera hacia el taxi junto a la acera. Observó a su doncella hablar con el conductor y subió al carruaje antes de que comenzara a avanzar. Cerró la puerta, que hizo bastante ruido, y volvió a acomodarse en su lugar. —Ahora dime la verdad. Toda la verdad.

Merrick se frotó el rostro, preguntándose por dónde debería comenzar. Esa historia no era algo en lo que le gustara pensar y, mucho menos, hablar. —Su Excelencia es adicta al láudano y al opio. Cualquier persona que la acerque a esas drogas será bienvenida en su vida.

Isolde abrió los ojos de par en par y su silencio fue aplastante. La vergüenza se apoderó de él porque su esposa había caído tan bajo. No importa lo que pensara de Leonora, nunca debería haberle permitido sucumbir de esa forma. Debería haberla detenido cuando sospechó por primera vez de la adicción. Era el peor esposo.

—Lo lamento mucho. No tenía ni idea...

Su disculpa solo lo hizo sentir más miserable. —No lo lamente; la situación no lo amerita. No necesito que me tengan lástima. Es mi culpa que se haya convertido en la mujer que es.

—¿Por qué crees eso? —preguntó, agarrándose del asiento cuando doblaron una esquina más rápido de lo que deberían.

—Porque es verdad. —Pasó una mano sobre su mentón y luego se dio cuenta de que, en el apuro por encontrar a William, se había vestido a medias. La camisa colgaba abierta y el nudo de la corbata solo la hacía ver peor. Al menos había agarrado su chaqueta de la silla del escritorio antes de salir. —Nuestro matrimonio no ha sido como ella esperaba. Yo la alejé y ella buscó entretenimiento y amistades en otros lugares.

—No sabías que dejaría a Lord William en cualquier lugar. Por todo lo que ha pasado entre ustedes dos, estoy segura de que debe haber alguna otra explicación de lo ocurrido. Leonora nunca fue tan descuidada.

Él sonrió: sabía que Isolde estaba muy equivocada. —Te equivocas. Solo con verla alcanza para saber que no está apta como para caminar en línea recta y, mucho menos, para cuidar a un niño. Nunca debería haber confiado en ella.

—Si no puedes confiar en la madre de tu hijo, ¿en quién puedes confiar?

El carruaje volvió a doblar y cabalgaron por el terraplén por un corto período de tiempo antes de detenerse frente a una cervecería: los borrachos cargados de ginebra se desplomaron contra las paredes.

Merrick no se molestó en esperar a que frenara, si no que saltó y comenzó a caminar hacia la puerta de la posada. Isolde iba justo detrás de él. Se detuvo en la entrada. —No puedes entrar. No es apto para humanos y mucho menos para la hija de un duque.

Isolde se cruzó de brazos. —Soy muy capaz de cuidarme a mí misma.

—Como tú digas, —dijo, tratando de aplacarla y, por sus cejas levantadas, era una batalla que estaba perdiendo. —Preferiría que te quedaras aquí. Voy a preguntar si alguien ha visto a William o a la duquesa más temprano esta mañana. —Cuando vio que Isolde no hacía ni un movimiento para cumplir con lo que le pedía, hizo lo que cualquier caballero sensato haría: rogar. —Por favor, Isolde. No soportaría que te pase nada malo a ti, tanto como a mi hijo.

Ante sus palabras, ella suspiró y dio un paso atrás. —Muy bien, voy a esperar en el carruaje, pero si demoras mucho, te iré a buscar.

Él asintió y entró en la posada. En el momento en que cruzó la puerta, una nube de humo gris, mezclado con el olor floral enfermizo, inundó sus sentidos. Opio. Merrick se dirigió al bar y llamó la atención del barman, un hombre corpulento con los brazos del tamaño de las piernas de Merrick. El hombre hizo un gesto de saludo y se dirigió hacia él, sirviendo a sus clientes a medida que avanzaba. El tiempo transcurrió con agonía y Merrick tuvo la abrumadora necesidad de gritarle que apurara a los malditos, pero pensar en William y en que ese hombre pudiera saber lo que Leonora había hecho con él, lo hizo mantener el silencio.

—Bruce, —dijo al fin cuando el hombre le sirvió coñac y lo deslizó sobre la barra.

—Su Excelencia, ¿qué hemos hecho para tener el honor de su presencia?

Merrick deslizó una moneda de oro por la barra. —¿Ha estado la duquesa más temprano

hoy? Ha dejado a mi hijo en algún lugar de este lado de Londres.

Los ojos del barman se encendieron antes de fruncir el ceño. —Sí, estuvo aquí, pero entró con ese caballero amigo suyo con el que viene siempre. No puedo confirmar que vi a un niño con ella.

—¿Por casualidad la sirvió usted? ¿Quizás escuchó dónde había estado?

El hombre sonrió. —Eso le costará otra moneda bonita.

Merrick entregó una sin dudarlo. —¿Dónde?

—Está a poca distancia de aquí. El carruaje no va a poder pasar por ese camino. Gire a la izquierda cuando salga de aquí y luego a la izquierda de nuevo en la primera oportunidad que tenga. Unas puertas más abajo puede estar el lugar que está buscando.

Merrick dejó su bebida y se dirigió hacia la puerta, preguntándose si alguna vez volvería a ver a su hijo. Aquí abajo, en esta parte de la ciudad, no había reglas. Los niños desaparecían todo el tiempo y nunca los encontraban de nuevo. No podía permitir que su hijo fuera uno de ellos.

—Me mantendré alerta para averiguar cualquier cosa sobre su niño, Su Excelencia.

Merrick se volvió, sorprendido por el gesto. —Gracias.

Abrió la puerta y se dirigió hacia el carruaje. Cuando se acercó para contarle a Isolde de su próximo movimiento, lo encontró vacío. Lo cerró de golpe, dándose la vuelta y mirando para ver si la encontraba. Maldijo: no pudo ver ni un mechón oscuro de su hermoso cabello. No se imaginaba que el día podría empeorar, pero aun así lo había hecho.

Isolde vio un flujo constante de borrachos engreídos caminar lejos a lo largo de los muelles y bajar por el callejón. Se escuchaban las risas, junto con el golpeteo de una crujiente puerta de madera. Bajó la mirada hacia su vestido de lavanda y se encogió de hombros. Como estaba vestida no parecía del lugar en absoluto; por el contrario, sobresalía como la mujer rica que era. Metiendo la mano en el carruaje, abrió el compartimento debajo del asiento y sacó una manta a cuadros, cubriéndose la cabeza y los hombros. La enmascaraba de alguna manera, no mucho, pero tendría que funcionar.

Caminó hacia el callejón, ignorando la orden del conductor de detenerse y esperar a Su Excelencia. De pie en la esquina, notó las escaleras gastadas que conducían a una calle oscura. Respirando con fuerza, bajó con paso ágil y pasó al lado de varias puertas: algunas con hombres dormidos, otras con mujeres y niños, sentados, esperando algo que Isolde no podía imaginar.

Dio algunas monedas a los niños que preguntaban, buscando al niño que se había perdido entre ellos. Un hombre tropezó con la calle y ella se detuvo, observando cómo giraba en su dirección, con los ojos desenfocados y enrojecidos.

—Sí, eres bonita. Tengo algunas monedas y una pared lista y dispuesta a apoyarte mientras me entretengo contigo, linda muchacha.

Lo miró, incapaz de hablar cuando las palabras del borracho le revolvían el estómago. Necesitaba pensar y rápido. —Justo en este momento mi compañero lo está apuntando con un arma. No se moleste en mirar, está muy bien escondido como para verlo en las sombras, —dijo Isolde, cuando él miró hacia el callejón. —Le sugiero que, si no desea que su cerebro se salpique contra la pared que está a su espalda, me deje pasar.

El hombre sonrió, tropezando un poco. —Ah, vamos, ahora. No tardaré demasiado.

—Acércate más hacia mí y estarás muerto.

El hombre se detuvo ante el tono acerado de sus palabras y sus ojos se estrecharon. Un movimiento detrás de él llamó su atención, pero ella no reaccionó. Su única defensa era tratar de engañarlo y si pensaba por un momento que lo que ella decía era mentira... bueno, no quería aventurarse a eso.

El maldito sonrió. —Ah, bueno, tal vez nos veamos de nuevo para divertirme contigo.

Isolde lo fulminó con la mirada, deseando tener un arma en serio para eliminar a una criatura tan vil de la tierra. Pasó junto a ella y regresó por donde había venido. Lo miró hasta que se perdió de vista y luego se volvió para ver que había avanzado más en el callejón. Casi era la hora del almuerzo y el sol finalmente estaba sobre sus cabezas, lo que ayudaba a iluminar un poco el callejón. Pero con la ropa lavada colgando sobre su cabeza, todas las estructuras improvisadas y el caos general, igual era difícil ver algo. Un montón de basura al lado de la puerta por la que había salido el hombre se movió de nuevo y ella miró más de cerca, solo para ver a un niño pequeño acurrucado debajo del desastre.

—¿William?

El niño levantó la vista con los ojos llenos de lágrimas y su cara manchada por la calle mugrienta. Sin pensar en sí misma, Isolde empujó los pedazos rotos de cajas, material y restos de comida y sacó al niño asustado.

Se arrojó sobre ella, aferrándose a su cuello con desesperación. —Shhhh. Está todo bien. Te encontramos. Ven, tu papá te está buscando con desesperación.

—Mamá me dejó.

Su pequeño cuerpo temblaba y comenzó a sollozar en serio. Isolde le frotó la espalda, sintiendo el frío de su piel a través del abrigo. Envolvió la manta sobre él lo mejor que pudo y se giró hacia donde estaba estacionado el carruaje.

—Silencio, cariño. Te irás a casa ahora.

Isolde comenzó a subir las escaleras, llegando a la cima de la calle justo cuando Merrick corría por el callejón.

—¡William! —El duque los abrazó a ambos, besando las mejillas del niño y murmurando disculpas todo el tiempo.

—Deberíamos irnos, Su Excelencia, —logró decir, cuando su fuerte agarre se lo permitió.

Que usara su título parecía sacarlo de su aturdido alivio. Dio un paso atrás, tomando a William en sus propios brazos. —Me disculpo, mi lady. Me superó la situación.

Isolde sonrió y lo giró hacia el carruaje. —Está bien, pero creo que deberíamos llevar a Lord William a casa y a ver a un médico. Tiene muchísimo frío.

Merrick asintió. —Sí, tienes razón. Vámonos.

Se metieron en el carruaje, su conductor se alejó rápidamente y no pasó mucho tiempo antes de que cruzaran el Puente de Londres una vez más. La tensión, el miedo a haber podido perder a William, ahora era reemplazado por una ira que Isolde podía leer tan clara como un libro en la cara de Merrick.

Miró a William y se dio cuenta de que el niño se había quedado dormido, su cabeza sobre la pierna de Merrick, la mano de su padre acariciándole el cabello. Se veía tan dulce e inocente y tan parecido a Merrick con sus mechones oscuros un poco enrulados. El niño se movió un poco para acomodarse. Una punzada de celos la atravesó: ella no tenía la única cosa que más añoraba, un bebé propio. Qué suerte tuvo Merrick de tener un hijo. Al menos había podido ayudar a reunirlos de manera segura y sin incidentes. Un gran alivio para todos los involucrados.

—¿Qué vas a hacer con lo que pasó hoy? —preguntó, preocupada de que Merrick pareciera listo para asesinar a alguien por los acontecimientos de esta mañana.

—No queda mucho por hacer aparte de evitar que William tenga más salidas con su madre. —Suspiró; la tensión de la situación estaba escrita en su frente. Sus ojos parecían atormentados, sombras oscuras marcadas contra su piel, su ropa aún más arrugada y ahora sucia por sostener a su hijo que parecía un niño de la calle. —No estoy seguro de cómo continuar, en verdad.

—Habla con ella, Merrick. Ayúdala. Creo que puede necesitarlo, si lo que dices es cierto.

Apartó la vista y volvió a mirar a William. —Lo voy a intentar, pero no puedo prometer más que eso. Leonora dejó de escucharme hace años, si es que alguna vez lo hizo.

Isolde observó mientras él también cerraba los ojos. La inundó el deseo de acercarse y permitir que la tuviera en sus brazos una vez más, aunque iba en contra de su determinación. Era un hombre con todo lo que cualquiera soñaría alguna vez: un título, dinero, tierras y propiedades en toda Inglaterra. Estaba casado, con un hijo y otro en camino, pero justo en este momento, ella se compadeció de él y de su vida dorada. Tenía muchas cosas, pero había una que parecía no tener: felicidad. Y, sin eso, la vida no era vida en absoluto.

Capítulo Nueve

Durante los días siguientes, Isolde no vio a Moore o a Su Excelencia en ninguno de los eventos a los que asistió. Esperaba que Merrick pudiera ayudar a la duquesa de alguna manera, hacer que su vida fuera más agradable y, sobre todo, segura para William y el niño que estaba en camino. Porque, después de lo que Leonora le había hecho a William, no había nada que alguien pudiera decir sobre la duquesa que pudiera influir en lo que Isolde pensaba ahora de la mujer: que no tenía una mente sana y que necesitaba ayuda.

Esta noche iba a asistir a *Vauxhall Gardens* y probar todas sus delicias. Desde que estaba en edad de asistir, quería ir a un baile en los jardines y ahora, finalmente, lo haría. Y salir a divertirse era justo lo que necesitaba.

Su madre no la había dejado ir antes de su compromiso con Moore, pero ahora era una mujer que ya hacía tiempo se había sonrojado por primera vez y contaba con la seguridad de que Lord Kinruth y Anne la acompañarían, por lo que la duquesa al fin había cedido.

Se había comprado un vestido carmesí de algodón puro, bordado con hilo rojo en puntadas de satén y nudos franceses, acompañado de un saco negro que tenía la intención de quitarse ni bien llegaran.

Cuando los Kinruth la pasaron a buscar para acompañarla, se sorprendió al ver a Lord Wardoor sentado en el carruaje abierto, el asiento a su lado vacío y su nombre, como quien dice, impreso en el almohadón de terciopelo rojo. Isolde trató de no darle trascendencia a esto que había surgido entre los cuatro. Ante la *sociedad*, parecía que Lord Wardoor la estaba cortejando y que ella estaba de acuerdo con la situación, pero algo sobre el hombre la retenía. Era bastante afable, pero por lo que había observado, su vida estaba regida por el vicio. Era un hombre que tendría que ganarse su confianza.

El viaje fue corto y pronto se encontraron en el parque, camino al Templo de Comus, que se empezó a distinguir entre los árboles.

—Tenemos un pabellón que está cerca del Paseo Italiano esta noche. Debe ser grandioso, Isolde.

Lord Kinruth se rio de lo que dijo su esposa y le dio unas palmaditas en la panza. —¿Estás tratando de decirnos que después de la comida, deberíamos bajar toda la maravillosa comida y el

vino caminando?

Anne le lanzó una mirada inocente. —¡Para nada! Para eso está el baile.

Lord Wardoor asintió, manteniendo su mirada clavada en Isolde. —Estoy de acuerdo. Esta noche vamos a tener que bailar.

Se detuvieron y ella sonrió en agradecimiento cuando Lord Kinruth la ayudó a bajar. El pabellón tenía una mesa larga rectangular adentro, cubierta con un mantel de lino blanco y una gran variedad de flores y frutas de temporada. La vajilla brillaba a la luz de las velas y le daba un aire de elegancia que en general no se logra al aire libre.

La música marcó una velada tranquila mientras algunos grupos más amantes de la fiesta se dirigían hacia sus propios destinos para terminar la noche. Isolde tomó asiento y miró a su alrededor: notó que las distinciones de clase quedaban bastante marcadas aquí. Los pabellones albergaban a los diez mil ricos de Londres, mientras que la gente reunida alrededor de la orquesta, esperando que comenzara el baile, con sus vestidos menos adornados y el cabello sin extravagancias, pertenecían a la clase baja. Y algunas, por sus travesuras, empalagando al sexo opuesto, ejercían su oficio cada noche en los jardines de placer de Vauxhall.

Un criado con librea marrón le sirvió champán y tomó un poco. Le llamó la atención que no todas las sillas estaban ocupadas dentro de su pequeño espacio. —¿Faltan llegar algunos invitados aún?

La pregunta se esfumó en sus labios cuando Moore y Su Excelencia, acompañados por otra pareja que Isolde no reconoció, se unieron a ellos. Luchó para no hacer una mueca ante Lord Barkley, que entró a cenar con los ojos rojos y la corbata desaliñada, sentándose junto a la duquesa, como si su actitud fuera correcta.

Lord Wardoor se inclinó hacia ella. —No deje que la alarme Lord Barkley, querida. Está borracho, sin duda, pero usted está entre amigos. No es razón para quedar pálida; su piel ya es bastante clara.

—Mi tono de piel está más relacionado a los climas del norte, mi lord.

Isolde sonrió y dio la bienvenida a los recién llegados mientras escuchaba a Anne hablar sobre las actividades que había planeado para la noche. Luchó para no inquietarse mientras la intensa mirada de Moore la atravesaba desde el otro lado de la mesa. Tomando un trago de champán, sus mejillas ardieron cuando lo sorprendió mirándola. Estaba muy elegante en su estilo casual, recostado contra la silla sin preocuparse por nada en el mundo. Sin embargo, debajo de esa fachada había un hombre que no dudaba en ocultar lo que estaba pensando. Su mirada se fijó en sus labios y ella maldijo para adentro. ¡Qué demonios creía que estaba haciendo! ¿Era tan zorro como Lord Barkley?

Tomó otro sorbo de champán, con la esperanza de que la bebida frutal calmara su malestar. Pero no lo hacía. La duquesa de Moore soltó una carcajada e Isolde se sobresaltó y casi derrama el contenido de su bebida sobre el vestido. En ese momento, completamente fuera de lugar, Su Excelencia se inclinó, atrajo a Moore hacia ella y lo besó en los labios.

Lord Wardoor tosió y le dirigió una mirada rápida. Su amiga Anne era menos prudente y miró boquiabierta a la duquesa, con absoluta conmoción. Isolde captó la reacción de Lord Barkley ante aquella muestra tan abierta de afecto y no leyó más que diversión en su rostro. En un hombre que se suponía que estaba teniendo una aventura con la duquesa, habría esperado la reacción opuesta.

Era posible que la pareja se estuviera burlando de Moore, mostrándole lo tonto que creían que era. Merrick no merecía tanta falta de respeto... y menos de su esposa. Era un buen hombre, muy amable con todos en su finca y amaba a su hijo. Se interesaba por el niño mucho más que la mayoría de los caballeros. Muchas mujeres habían tratado de capturar su corazón y convertirse en su duquesa antes de que se casara. Por eso Isolde no entendía por qué Leonora lo trataba así, después de haberlo engañado para que le diera su apellido. El desdén de la duquesa por su esposo no tenía sentido. Entrecerró los ojos cuando Su Excelencia terminó el beso y se volvió para mirarlos a todos, sonriendo.

Por fortuna, le trajeron el primer plato de sopa de puerros y pudo centrar la atención en él, esperando que la cena terminara pronto y poder escaparse a bailar. Estar sentada a la mesa con dos personas con las que no quería socializar era incómodo, por así decirlo.

Y tal vez estaba equivocada al suponer que Moore detestaba a su esposa. Después de todo, era un rumor que la *sociedad* había inventado debido a su supuesto matrimonio sin amor. Pero Moore había permitido el beso y, tal vez, su matrimonio no era tan malo como todos pensaban. Tal vez todos estaban equivocados. Habían pasado algunos días desde el incidente con William. Quizás Merrick había seguido su consejo y estaba tratando de salvar su matrimonio y ayudar a su esposa a superar su problema.

Se quedó mirando la sopa verde cremosa y una abrumadora necesidad de llorar la consumió. Estaba mal permitir que el pasado la lastimara aún, pero igual lo hacía. Después de ver a la duquesa estas últimas semanas en la ciudad, concluyó que Leonora era, de hecho, la única culpable de lo que sucedió en la víspera de su boda. Comió una cucharada de sopa. Cuanto más lo pensaba, más sentido tenía. La carta que le dejó, lo divertida que se mostró cuando la atraparon y el horror de Merrick... Cómo incluso hasta el día de hoy le gustaba recalcar que había adquirido la mano de Moore en matrimonio e Isolde no.

Estaba muy enojada con la vida y trató de respirar profundo. ¿Cómo podía ser tan descarada? ¿Tan egoísta? ¿Tan falsa?

Lord Wardoor colocó la servilleta en su regazo y la alejó de sus pensamientos. —Parece que le gusta la sopa. Me alegro. He tenido mucho cuidado con el menú de esta noche.

Isolde se encontró con su mirada, sorprendida. —¿Ha contratado este pabellón para esta noche, mi lord? Pensé que Lord Kinruth nos lo había asegurado.

—De hecho, fui yo. No escatimé en gastos para las personas que estimo por encima de los demás.

Su sonrisa confirmó que la estaba cortejando en serio. Había pasado tanto tiempo desde que

había sido objeto de la puntería de alguien que era un poco desconcertante.

—Gracias por permitir que me invitaran. Nunca he estado en Vauxhall antes y siempre he deseado venir.

Él tomó su mano y la besó mientras la acariciaba con sus dedos. —Se lo merece. Haría cualquier cosa por una mujer hermosa —susurró, para que solo ella lo oyera.

Apartó su mano de la de él, mirando a su alrededor y esperando que nadie hubiera notado el beso. Pero el ceño fruncido en la cara de Moore y sus labios presionados formando una delgada línea, lo confirmaban: había sido testigo del beso.

La duquesa sonrió, agitando la mano para llamar la atención de todos. —Debo anunciar mi más sincero agradecimiento a mi querida amiga, Lady Isolde, que ayudó a mi esposo con nuestro hijo el otro día. Viajar con Moore, sin compañía, de seguro no fue el mejor curso de acción para una solterona como tú, pero estas cosas suceden y estoy feliz de que hayas podido ayudarnos.

Todos los ojos se volvieron hacia Isolde y el calor cubrió sus mejillas. Contestó, aturdida e indignada. —Lo siento, Su Excelencia.

La duquesa levantó la ceja con inocencia. —Por supuesto que te perdono por aprovechar esa situación con un duque. Y, aunque sé que solo estabas tratando de ayudar a mi familia y estoy muy agradecida, en realidad debo regañarte por tus acciones poco apropiadas al viajar sola con mi esposo en un carruaje. Deseo que encuentres un marido propio, querida. Que te cases antes de ser demasiado vieja para tener hijos.

Su Excelencia bebió lo último que le quedaba de vino, antes de sacudir la copa junto a su cabeza para que volvieran a llenarla. Un criado la llenó de inmediato.

—Leonora, contrólate, —susurró Moore, mirando a su esposa y quitándole el vino.

—Sí, contrólate, Su Excelencia, —dijo Isolde lo suficientemente fuerte como para que todos en la mesa lo oyeran. —Y quizás deberías recordar por qué estábamos juntos en primer lugar. Si es que puedes.

Lord Kinruth acotó: —Creo que es hora de bailar un poco.

—Mis más humildes disculpas, —dijo Moore mientras se levantaba, tirando de la duquesa para que también se parara, con su mano firme alrededor del brazo. —Discúlpennos un momento.

Isolde los miró mientras se iban, contenta de no haberse rebajado a hablar de por qué había estado sola con el duque en primer lugar. No permitiría que Leonora la avergonzara ante la sociedad cuando no había hecho nada malo. Tal vez se había equivocado al ir con Merrick, pero ¿qué más podría haber hecho en tal situación? La vida de un niño estaba en peligro. Sin importar el costo, no podría haberse quedado parada sin ayudar en ese momento.

—¿En serio estuviste a solas con Moore? —preguntó Anne, sentada a su lado, con el ceño fruncido. —¿Por qué harías tal cosa? Es obvio que a la duquesa no le gustas y busca arruinarte en la sociedad. Debes pensar en tu reputación, Isolde.

Suspiró; no quería recordar el día terrible y por qué habían estado juntos en primer lugar. —

Si te cuento, me debes prometer que no se lo vas a decir a nadie. Ni siquiera debes decirle a Lord Kinruth. ¿Puedes hacer eso?

Anne asintió con la cabeza. —Por supuesto. Sabes que puedes confiar en mí. —Anne se volvió hacia su esposo y Lord Wardoor, que estaban en la entrada: —Querido, ¿serías tan amable de dejarnos solas por un momento? Quiero tener una conversación tranquila con Isolde.

Ambos caballeros hicieron una reverencia y contestó: —Volveré pronto para reclamar un baile.

Anne sonrió. —Gracias, querido.

Cuando finalmente estuvo sola, Isolde le contó a Anne cómo se había encontrado con Moore de camino a *Bond Street* y las razones detrás de la angustia del pobre hombre. Anne se recostó, claramente sin palabras. Su amiga observó a la multitud de bailarines y a Su Excelencia, que ahora se estaba divirtiendo con Lord Barkley.

—Qué vergonzoso de su parte, —dijo Anne, con un tono lleno de censura.

—Demasiado. Es imperdonable haber puesto a su hijo en peligro. La mujer que se ve ahora no se parece en nada a la niña que una vez fue mi amiga. Solía ser tan generosa, cariñosa, y ahora... —Hizo una pausa y se volvió para mirar a los bailarines; notó que Leonora ya estaba haciendo de las suyas. —Ahora es insensible, cruel y egoísta.

—Y se ha portado horrible contigo; eso es lo peor. —Anne tomó su mano. —No dejes que Su Excelencia arruine tu temporada social en la ciudad. Lord Wardoor está dejando tan claro como el agua que le gustas más que a nadie. Es uno de los caballeros más buscados de la ciudad, ya sabes. Deberías aprovechar.

Isolde levantó la ceja. —Anne, ¿de qué demonios estás hablando?

—Deberías dejar que te bese alguna vez, que te muestre que hay más en esta vida que recuerdos de un duque que te dejó plantada en el altar.

—No me dejó plantada en el altar. Y Lord Wardoor es uno de los amigos más cercanos de Moore. Fue quien me presentó a Merrick. ¿No crees que sería extraño permitirle que me corteje?

Anne tomó un sorbo de su bebida, sonriendo. —Solo estoy diciendo que es un buen partido y que te tiene en la mira.

Coquetear con Wardoor parecía bastante inocente, pero algo le decía que sería como pinchar a un león con un palo que tuviera un trozo de carne al final. —También es un pícaro.

—Mucho mejor.

—¡Anne! —Su amiga se echó a reír e Isolde hizo lo mismo. —No puedo hacer eso; siempre lo he visto como un amigo más que cualquier otra cosa.

—¿Puedo pedirte algo? Es bastante personal, por lo que puedes negarte si lo deseas.

—Desde luego. —Su amiga miró a su alrededor para garantizar privacidad, lo que logró despertar el interés de Isolde. —Dime, Anne.

—¿Todavía amas al duque?

La sangre recorrió la cara de Isolde y tomó un sorbo rápido de vino. —No. La respuesta casi

la ahoga. ¿Cómo podría albergar sentimientos por un hombre al que no podía tener y se había casado, no con una desconocida, sino con su mejor amiga? Una mujer a quien Isolde consideraba casi como una hermana. No podía amarlo. Imposible.

—Isolde, puedes tratar de mentirte a ti misma, pero no puedes mentirme a mí. Siempre te muerdes el labio cuando intentas ocultarme algo. ¿Recuerdas mi cumpleaños el año pasado cuando Lord Kinruth escondió el cachorro que me iba a regalar en tu casa? Te mordías el labio cada vez que venía a visitarte.

—¿Cómo está mi querido Poppet? Hace meses que no lo veo, —preguntó Isolde, con el fin de hablar de cualquier cosa menos de sus sentimientos por Merrick.

Anne la tocó con su abanico. —No intentes distraerme con el tema de mi perro. Ahora dime la verdad. ¿Todavía amas a Moore?

Isolde vio a Merrick de pie solo debajo de un par de árboles, con el ceño fruncido y su atención aparentemente centrada en el suelo. En otro momento se habría acercado, le habría agarrado la mano y le habría preguntado qué le pasaba. Lo habría besado para borrar sus preocupaciones. *En otro momento.* Qué terrible cuento de hadas resultó ser. —No sé lo que siento por él, —dijo al fin. —Rompió mi corazón en un millón de pedazos y, sin embargo, estar cerca de él de nuevo me está provocando emociones por las que no había pensado preocuparme nunca más. No debería preocuparme por él en absoluto. Está casado con otra y, sin importar cuán aborrecible y sin amor se supone que sea su matrimonio, no puedo evitar anhelar estar cerca de él. Es una aflicción de la que no puedo curarme, no importa cuánto lo desee.

—Oh, Isolde...

—Sé que soy una tonta y debería poder evitarlo, pero cada vez que estamos juntos deseo lo que perdí. Quiero arrancar esa página de la historia, aquel día hace cinco años, y tirarla al fuego. Encerrarme en las Tierras Altas de Escocia puede haberlo alejado de mi vista, pero volver a la misma esfera social solo me ha hecho darme cuenta de que estoy lejos de superar mi compromiso juvenil.

Anne le lanzó una mirada pensativa. —¿Crees que todavía siente lo mismo? ¿Te ha dado alguna señal de que él también aún siente cosas por ti?

Un escalofrío la atravesó al pensar en algunas de las miradas ardientes que Merrick le había lanzado desde su regreso a la ciudad. De cómo a veces parecía miserable y perdido. —Puede que todavía se preocupe por mí, pero no significa nada porque está casado.

—Sí, está casado, pero eso no impide que algunos caballeros busquen lo que quieren. ¿Quizás Moore desea hacerte su *chère-amie*?

Isolde ni siquiera quería pensar tal cosa, ni admitir que el pensamiento era tentador. —No, no lo hace. Ya tomó una decisión, aunque eso no significa que yo apoye a Lord Wardoor tampoco. Casi ni lo conozco y debo estar segura de mi elección antes de hacer cualquier promesa que ponga en juego mi futuro.

Anne asintió con la cabeza. —Serás prudente y te protegerás de cualquiera de tus

admiradores, al menos hasta que los conozca un poco mejor.

Lord Kinruth se dirigió hacia el pabellón; al parecer ya había tenido suficiente tiempo sin su esposa. Isolde terminó su champán y se levantó. —Hablamos después. Veo que tu esposo regresó.

Entró en el pabellón y extendió su mano. —Mi querida esposa, ven a bailar conmigo. La música es tan animada como la que encontrarás en cualquier lugar.

Anne tomó su mano, pero no antes de inclinarse hacia ella para garantizar la privacidad. —Si bien estoy de acuerdo en que debes andar con precaución con Wardoor, no significa que no puedas usar su presencia para hacer que tu temporada sea inolvidable. Incluso si te casas con un hombre que es más tranquilo y, necesito decirlo, aburrido.

Tan pronto como su amiga terminó de decir esas palabras, su esposo la arrastró a la pista.

Isolde la vio irse y se quedó pensando en sus consejos. El hombre mismo, como si sintiera que reflexionaba sobre él, se volvió y se dirigió hacia allí. Lord Wardoor era lindo, siempre tenía el cabello corto y bien cuidado y su atuendo almidonado a la perfección. Le devolvió la sonrisa, porque, en realidad, ¿qué caballero no se había divertido antes del matrimonio? No era diferente a cualquier otro. Quizás Anne tenía razón. Tal vez era hora de divertirse un poco y disfrutar de la vida privilegiada en la que había nacido. Esta temporada iba a correr riesgos y ver a dónde la llevaban. Puede que no confiara en Wardoor en ese momento, pero eso no significaba que no fuera a hacerlo.

—¿Quiere bailar, mi lady? —preguntó, inclinándose sobre su mano.

—Me encantaría, mi lord.

Isolde enlazó la mano en su brazo y lo siguió hacia la multitud. Mientras bailaban la Alemana, aprovecharon para conversar. Si bien nunca experimentó las mariposas que volaban en su vientre cada vez que estaba cerca de Merrick, tenía que admitir que estar en los brazos de Wardoor no era desagradable. De hecho, con su animada conversación sobre la noche y la *sociedad* en general, Isolde se encontró riendo y disfrutando más de lo que creía posible.

Algunas horas después, la noche se había degradado en una escena que, si su madre alguna vez se enterara, la enviaría a su casa en Avonmore para re-educarse en las reglas de decoro. No es que se haya comportado de manera inapropiada, pero las escenas que se desarrollaron ante ella fueron un poco impactantes: las faldas ligeras que practicaban su oficio y los caballeros, algunos de los cuales eran conocidos, que tomaban sus ofrendas con alegría y orgullo.

Lord Barkley y la duquesa de Moore parecían haber desaparecido e Isolde no los veía hacía rato. No es que la ausencia de su esposa pareciera molestar a Moore. Otra vez se preguntó si los rumores sobre su matrimonio eran ciertos. Para ella, Moore estaba disfrutando la velada y parecía relajado y feliz. Solo cuando su esposa estaba cerca parecía molesto y con una pizca de miedo, como si no estuviera seguro de lo que saldría de su boca. Parecía que con Leonora todo era posible.

—¿Cuál es su intención al cortejar a Lady Isolde? ¿Busca casarse con ella? Merrick miró a Wardoor a los ojos e ignoró la risa burlona que leyó en ellos. Se quedaron mirando la orquesta y la variedad de parejas de baile de todos los niveles de la sociedad que estaban disfrutando de la música.

—No entiendo a qué se refiere. —Wardoor tomó un sorbo de su vino. —Y si presumo saber lo que quiere decir, no entiendo su pregunta, ya que usted no es nada para la dama. No es su hermano.

—Hemos sido amigos desde que vestíamos abrigos cortos. ¿Por qué cortejarías a una mujer por la que alguna vez tuve sentimientos? Con la que me iba a casar.

Merrick apretó los dientes; odiaba el hecho de que sus celos lo hacían tener esta conversación. No debería importarle un bledo lo que Isolde o Wardoor hicieran con sus vidas personales, pero le importaba.

—¿Alguna vez tuvo sentimientos? ¿Está seguro de que no desea hacer suya a la deliciosa Isolde? Admítalo, hombre, está celoso.

Merrick se pasó una mano por el pelo, deseando poder borrar los últimos cinco años de su vida y no vivir esta pesadilla. —Usted no es de los que se casan. Si la lastima...

—¿Como lo hizo usted? —Wardoor se burló. —Por favor.

—Como somos amigos, voy a dejar pasar el comentario, pero tenga en cuenta que, si lastima un cabello de Isolde, lo voy a matar.

Merrick observó cómo Lord Kinruth llevaba a Isolde a bailar, con la cara llena de placer. Era muy hermosa: mechones largos y oscuros que se elevaban formando una serie de rizos y parcialmente ocultos por la capucha de su abrigo. Sintió dolor en las proximidades de su corazón y se frotó el pecho.

Wardoor suspiró. —Si le pido a Lady Isolde que sea mi esposa, ella sabrá cómo quiero seguir. No soy de los que se casan y se acuestan con una sola mujer por el resto de su vida y voy a ser honesto en ese sentido. Será su elección, si elige quedarse conmigo o no.

—Se merece a alguien mucho mejor que usted y lo sabe.

No es que él le hubiera ofrecido algo mejor, pero bueno. ¿Cuándo se convirtió en un hipócrita?

Wardoor se encogió de hombros. —Como dije, será su elección. Y tengo que casarme algún día. Isolde es agradable y muy hermosa. No voy a tener que hacer un esfuerzo cuando deba acostarme con ella para asegurar mis futuros herederos.

Merrick apretó los puños; quería arrastrar a su amigo contra un árbol y darle un buen golpe en el estómago. La idea de Wardoor acariciando a Isolde, besando su dulce boca, teniendo hijos con su ex prometida, lo enervaba. —¡No hable de ella de esa manera! Es la hija de un duque y usted mostrará el debido respeto que se merece. No me busque, *amigo*.

—¿Quién carajo se piensa usted que es? Puede que se haya comprometido con la chica hace cinco años, pero ya no tiene la autoridad para castigarme por mi forma de hablar o de elegir vivir mi vida.

Wardoor lo fulminó con la mirada y Merrick luchó para controlar su temperamento.

—No se casará con ella, —sentenció Merrick, sin dar lugar a discutir el tema.

Wardoor maldijo. —Usted perdió el derecho de incidir sobre su vida cuando se casó con su mejor amiga.

—Conoce las circunstancias que rodearon esa noche. La verdad podría decir, y aun así busca a la única mujer, por encima de todo, a quien no debe buscar. Si la sigue cortejando, ya no somos amigos.

Moore lo empujó, su cuerpo palpitaba por una pelea para liberar la ira acumulada por cada decepción que había sufrido al casarse con la mujer equivocada.

—Lamento que se sienta así, pero no puede evitar que Isolde se case. Algún día se va a casar. Tal vez no sea yo, pero alguien será. Y, si los chismes en Londres son correctos, ella está buscando un marido.

—¡Váyase a la mierda!

Merrick dejó a Wardoor, tomó una botella de whisky medio llena del pabellón y caminó hacia el Paseo Italiano. Encontró un lugar apartado entre los árboles. La fragancia de olor dulce que flotaba en la brisa no logró calmar su ira. Se aferró a la rama del árbol por encima de su cabeza y luchó para no arrancarla: se imaginó que era el cuello de Wardoor. Bebió una buena porción del whisky y agradeció que le quemara la garganta. ¿Cómo su amigo más cercano había podido hacerle esto? La idea de que Isolde aceptara sus atenciones era como un golpe de puño.

Maldita sea. Maldito Wardoor.

—¡Moore!

Siempre significaba que estaba en problemas cuando Isolde lo llamaba por su apellido. Se dio vuelta. Sentía que la quería pero que a la vez no la quería aquí en este momento. —Mi lady.

Ella se acercó y se quedó de pie, a pocos metros de él... lo suficientemente cerca como para tender la mano y tocarla, para acercarse y tomar lo que deseaba con desesperación. Realmente lo deseaba.

—¿Qué crees que estás haciendo, espantando a Wardoor para que deje de cortejarme?

—¿Él te dijo eso?

Merrick tomó nota de ahogar al bastardo hasta la muerte la próxima vez que estuviera al alcance para hacerlo.

—Sí, me lo dijo. Después de verlos tratando de matarse (delante de todos, podría añadir) le pregunté qué estaba pasando. Exigí información, de hecho.

Ella puso sus manos en las caderas, su frente perfecta empañada con un ligero ceño fruncido. Demonios, era hermosa. Más hermosa que cuando la había conocido en Cranleigh.

—Responde a la pregunta.

—Es mi amigo.

Se quedó mirándolo un rato, antes de responder: —Merrick, sigues olvidando que te casaste con otra persona. Deberías dejarme ir... Si es lo que te cuesta hacer.

Por supuesto que le costaba. Era como un roer constante en su alma que nunca se iría. —¿Y si no quiero hacerlo?

Y no quería. Nunca quiso. La había amado desde el primer momento en que había puesto sus ojos en ella y nunca se había apagado ese sentimiento. No importaba cuántos años habían estado separados. —Nunca debería haberme casado con Leonora.

Isolde suspiró, acercándose y tomando su mano. —No digas eso. Es cruel y no hay nada que puedas hacer para cambiar lo que terminó siendo.

—Es la verdad.

Alargó la última palabra y respiró en busca de sobriedad cuando vio la botella de whisky casi vacía a sus pies. Era un desastre. ¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Intentar seducir a una mujer inocente para que esté con él usando su lamentable existencia como excusa? Merrick pasó una mano por su cabello para que no dejar fluir el impulso de probarla una vez más y ser condenado para siempre.

—Tienes que pensar en William, Merrick. Tu hijo y heredero. Es un alma hermosa de la que no puedes arrepentirte.

Merrick asintió. No hacía falta decir cuánto amaba a su hijo, más que a la vida misma. Incluso si su muchacho había sido engendrado con una mujer que detestaba. —Es lo único que salva mi matrimonio.

Isolde caminó para pararse debajo de un gran olmo y miró hacia el cielo. —¿Qué pasó en realidad esa noche, Merrick?

Él se acercó y se paró a su lado, mirando hacia el cielo también, rogando a Dios poder encontrar las palabras correctas. —Había bebido demasiado con tu padre y tu hermano. Más de lo que debería haber tomado la noche antes de nuestra boda. Era bastante tarde; incluso los sirvientes ya se habían acostado cuando subí. Había dado a mi valet la noche libre, ya que iba a celebrar nuestras próximas nupcias con tu familia y no quería que estuviera despierto toda la noche.

La miró a los ojos, pero ella no se atrevió a hablar. Merrick luchó contra la necesidad de extender la mano y tocar su mejilla, aunque fuera de forma fugaz. Mantuvo las manos a su lado.

—Me quedé dormido rápidamente y me desperté cuando alguien se arrastraba sobre mí. Estaba oscuro, el fuego hacía rato se había convertido en carbón. No podía ver mucho más allá de mi propia nariz. Leonora tenía tu perfume puesto y su cabello suelto, por lo que era de una longitud similar al tuyo. Sé que le pregunté si eras tú y ella me hizo callar y respondió "sí". Se asustó ante el recuerdo; odiaba revivir algo que les causó tanto dolor. Nunca me di cuenta de que la voz pertenecía a otra persona.

—Pero seguro que cuando la besaste... fue diferente.

Incluso a la luz de la luna Merrick podía ver el dolor reflejado en sus ojos y se odiaba a sí mismo por ser la causa del mismo.

—Debería haberlo hecho. Te había deseado en mi cama por tanto tiempo que pensé que estaba soñando. Por favor, debes saber que no lo hice intencionalmente, Isolde. No estábamos teniendo una aventura. No te estaba engañando, de ninguna manera. No importa que Leonora dijera lo contrario, lo juro por la vida de William, te fui fiel en todos los sentidos hasta ese momento. Te amaba. Desde el momento en que nos conocimos quise casarme contigo. Por favor, dime que me crees. Por favor, perdóname.

Isolde quería creerle. Había querido oír durante años que Merrick no le había roto el corazón con intención, pero, aun así, sabiendo todo eso, la seguía invadiendo una ira incansable que pinchaba su orgullo.

—Merrick, nos habíamos estado besando desde hacía un tiempo. Deberías haber sabido que no era yo quien estaba en tu cama; estuvieras soñando o no.

Si la situación hubiera sido al revés, aunque Isolde nunca se encontraría en tal posición, seguramente ella habría notado la diferencia. La diferencia en los labios. La diferencia de tacto, sabor y aroma. Merrick siempre había oído a lino recién lavado con una suave fragancia de lavanda. Ahora odiaba el olor de esa pequeña planta púrpura.

—Es el único error que voy a lamentar por el resto de mi vida.

Moore le apretó la mano y ella se alejó, dejando cierta distancia entre ellos. No le gustaba cómo reaccionaba su cuerpo cuando estaban cerca; se estremecía en lugares que no quería admitir. Frunció el ceño y luchó para sonar severa con lo que iba a decir a continuación. —Es hora de que me case, Merrick, y para que yo haga eso, debes permitir que otros me quieran. No puedes estar involucrado con mis pretendientes, de ninguna manera, a partir de esta noche.

—¿Wardoor? Él mismo admitió que no va a ser fiel. ¿Deseas ese tipo de marido?

Ella se encogió de hombros; ya había conocido por sí misma la reputación que precedía al caballero. —Eso puede ser así, pero no estoy buscando una pareja de amor. Busco un marido que me dé un hogar, hijos y un futuro que no esté bajo el mismo techo que mi hermano.

—Tienes Avonmore. No tienes necesidad de casarte.

Ella sonrió, con un tono condescendiente, incluso a sus propios oídos. —Cómo te atreves. ¿Quién te piensas que eres? ¿No puedo casarme porque no puedes tenerme? Estás casado y con un hijo. ¿Por qué no debería tener lo mismo? Tú, más que nadie, sabías cuánto anhelaba tener hijos. Un niño propio a quien amar y adorar. ¿No tengo derecho a tal felicidad?

La ira la atravesó; necesitaba que entrara en razón.

—No puedo verte casada con otro.

Su voz sonaba ronca y gruesa. Algún tiempo atrás, si ella lo oyera hablar así, se habría

apresurado a ofrecer consuelo, para asegurarse de que estuviera bien. Pero ya no podía hacerlo más; le dolía más de lo que quería admitir.

Lo miró fijo. —No tienes elección. Vas a ver, Merrick, cómo me prometo a otro caballero, me caso con alguien que no seas tú, tal como tengo que hacerlo.

Él se estremeció. Estaba siendo cruel, pero no podía evitarlo. Años de ira y frustración querían arremeter y desahogarse y la confesión de Moore le había dado pie para hacerlo. Lo empezó a ver borroso y parpadeó para quitarse las lágrimas; su corazón y su mente luchaban entre sí. Uno quería sangre, lastimar y vengarse, mientras que el otro quería consuelo, perdonar y ser amado.

—Esa noche fue la única en la que te fui infiel.

Sus ojos le suplicaban que le creyera. Y tal vez Isolde le creía, aunque eso no cambiaba la situación.

—Esto, —recalcó, señalando con el dedo, —ya no existe. Debes aceptarlo.

—No puedo, —dijo, con una mirada tan vidriosa como la de ella. —Leonora está embarazada, Merrick. No deberías estar aquí conmigo mientras tu esposa lleva a tu segundo hijo en su vientre.

Debía irse, alejarse lo más posible de este hombre. Alrededor de Merrick no podía confiar en sí misma.

—El niño no es mío. Es imposible, ya que no he tocado a Leonora desde la noche en que nos atrapaste en mi habitación.

Por un momento, Isolde se quedó sin palabras, incapaz de comprender que Merrick no se había acostado con Leonora en todo este tiempo. Entonces ocurrió otro pensamiento distorsionado. La duquesa estaba engendrando el hijo de otra persona. ¿Cómo podía tener tan poco respeto por su título?

—Si lo que dices es cierto y Leonora nos engañó a los dos la noche antes de nuestra boda, ¿por qué haría algo así? Ella rompió mi corazón, la amistad que teníamos, al casarse contigo. No tiene sentido que busque afecto en otro lado.

—Leonora arruinó todas mis esperanzas y solo fue por conseguir el título de duquesa, Isolde. Nunca la perdoné por eso y lo nuestro en realidad no es un matrimonio. Compartimos un techo y eso es todo. No me importa cómo vive su vida y a ella tampoco la mía.

—Deberías preocuparte, —le respondió, frunciendo el ceño. —Tal vez nunca puedas perdonar a la duquesa, pero debes olvidar el pasado. Y mirar hacia el futuro, disfrutar a tus hijos y hacer que la situación en la que te encuentras ahora sea la mejor posible. Dijiste que tratarías de ayudarla a controlar su estilo de vida. Es tu esposa, Merrick. Al menos tienes que intentarlo.

—Todavía te amo.

Las palabras cayeron entre ellos como una bala de cañón e Isolde jadeó. —No. No te voy a permitir que digas esas cosas. —Aclaró su voz; odiaba que sonara espesa y desigual o como que anhelaba seguir escuchando más palabras como esas. Que siempre la había amado. Que él

cambiaría el cielo y la tierra para volverla suya de nuevo.

Ojalá que...

—No hay nada que puedas hacer al respecto, —respondió él, pasando un dedo por su brazo hasta el codo, donde terminaba el guante. Isolde cerró los ojos; extrañaba el roce del único hombre que la había hecho arder. —Hoy te amo tanto como el último día que estuvimos juntos en *Mountshaw*. Si tu padre y tu hermano me hubieran dado tu ubicación, te habría seguido hasta Escocia. Hubiera rogado tu perdón y vivido en pecado, si eso significaba que podía estar contigo.

Isolde sacudió la cabeza y tragó saliva para quitar el nudo de su garganta. —Deja de decir esas cosas, Merrick. No ayudan a nadie.

Y menos a ella, que se había pasado mirando como una estúpida desde la ventana de su habitación hacia Avonmore, deseando que el carruaje ducal apareciera en las colinas que rodeaban su propiedad.

—Me ayudan a mí. Durante años, llevé esta carga. Que no supieras la verdad. Que pensaras que había sido capaz de cometer un crimen tan atroz contra ti de forma voluntaria. No lo haría. No podría.

Él se acercó aún más y el dobladillo del vestido quedó rozando sus botas. Ella debía alejarse, huir de las emociones que ya no tenía derecho a sentir, pero no lo hizo. En su lugar, se quedó inmóvil y solo se movió un poco cuando él pasó un dedo a lo largo de su mejilla antes de levantarle la barbilla. —Merrick.

Isolde no estaba segura si estaba implorando o advirtiéndole.

—Por favor... —rogó Merrick y sus ojos se oscurecieron con deseo. Isolde cerró los ojos al sentir su necesidad, salvaje y absoluta. Entonces, Dios salve su alma pecadora, observó cómo movió la cabeza como si la fuera a besar. Con una voluntad nacida de la pura desesperación, Isolde lo apartó. —No, Merrick.

Se veía desdichado. —Dime que no te importa. Mírame y dime que no quieres esto tanto como yo.

Ella abrazó su abrigo como si fuera un escudo, aunque sirvió de poco para protegerla. Nada podría protegerla. Nunca había podido protegerse de él.

—Siempre me voy a preocupar por ti, Merrick. ¿Cómo podría no preocuparme? Habíamos planeado y soñado con una vida juntos, una que ambos estábamos desesperados por empezar. Pero, maldita sea, —dijo, apretando su pie contra el piso. —¿Qué quieres de mí? Estás casado y yo no seré tu puta, sin importar quién esté equivocado o en lo cierto en este triángulo putrefacto en el que nos encontramos.

—Quiero dejar a Leonora, pero me amenazó con difundir un rumor de que William no es mío.

Isolde jadeó. —Bueno, entonces, no puedes. Piensa en tu hijo y en lo que le hará a tu apellido. Una familia nunca recuperaría su buena posición si esa información saliera a la luz. Incluso la familia de un duque.

Él gruñó y se pasó una mano por el cabello, que le quedó de punta. —Estoy siendo egoísta, lo sé. Algunos miembros de la *sociedad* van a pensar que soy un bastardo, pero la mayoría sabe la verdad de la situación. —Él se acercó y ella retrocedió. —Ser duque también ayudará, hasta cierto punto, sin mencionar que Leonora tiene una reputación de mentirosa entre nuestros amigos. Y te quiero a ti. Es así de simple.

—Nada es simple y no puedes tenerme. Ahora o nunca. El divorcio no es una opción y no puedes arriesgarte a poner una sombra de duda sobre la paternidad de William. Él no tiene la culpa de lo que pasó. —Esas palabras eran como navajas en su garganta. Cortaban y dolían. —Ni siquiera deberíamos estar aquí en un lugar tan privado. Este encuentro nocturno es tan erróneo como lo que la duquesa me hizo para ganar tu mano, si lo que dices es verdad.

—¿Piensas que, después de todo lo que te adoraba y lo que deseaba casarme contigo, mentiría sobre cómo nos separaron? Me mató verte parada en mi habitación, siendo testigo de mi vergüenza y sin poder consolarte. Me moría de ganas de hacerlo. Escuchar salir de los labios de Leonora mentira tras mentira. Isolde, por favor... —le rogó.

Ella pellizcó su propia nariz, demasiado cansada. —Muy bien, lo admito, Merrick, nos engañaron de la peor manera imaginable, pero ya firmaron los papeles y dijeron los votos. Ambos debemos sacar lo mejor de una situación que no es de nuestro agrado.

—Entonces te vas a casar.

Las palabras sonaron tan muertas como la idea misma, considerando que nunca se casaría con el hombre que tenía enfrente. —Sí, me casaré. ¿Eso es lo que quieres que diga? ¿Que te atormente? —Ajustó su tono, temiendo que otros pudieran oír. Las lágrimas dejaron su visión borrosa y se alejó cuando Merrick se acercó a abrazarla. Si la tocara ahora, nunca tendría la fuerza para retirarse, para evitar a un hombre que debería ser suyo. —Sé feliz por mí, por favor. —Isolde se volvió para irse, con los pies tan pesados como piedras. —No debes seguirme buscando, Merrick. Tengo una vida que vivir, como tú, y debes permitirme vivirla, tal como yo te dejo a ti. —Se secó una lágrima con su pañuelo: odiaba cada palabra que pronunciaba y más a Leonora por colocarlos en esta situación en primer lugar.

—Nada terminó entre nosotros, Isolde, —aseguró Merrick; sus palabras sonaban como un gruñido en los jardines oscuros.

—Haz lo que te pido, te lo ruego. —Isolde se fue rápido, agradecida cuando vio los pabellones y a Anne frente a ellos; pero la mirada pensativa en su rostro la detuvo.

Isolde comprobó que Merrick no la seguía mientras salía del Paseo Italiano. ¿En qué estaba pensando cuando lo persiguió hacia el parque? No podían ser nada más que conocidos. Nada bueno saldría de eso. Si tenía alguna oportunidad de formar un futuro con alguien más, necesitaba olvidar lo que era estar de vuelta en los brazos de Merrick. Anhelar estar con él nuevamente, aunque solo fuera por un momento. Una vez casada, no miraría a nadie más, sin importar cómo fuera la cama matrimonial. La hija de un duque no engañaba a su marido.

Aunque casi había besado a Merrick estando casado con otra mujer. Una puñalada de

vergüenza atravesó su corazón. Ella no era así y nunca más se permitiría tal desliz. No había actuado mejor que las mujeres sueltas que trabajaban aquí esta noche.

Lord Wardoor se unió a Anne y miró a su alrededor. Al verla, sonrió como bienvenida. —Me alegra que estés de vuelta. Estaba a punto de ir a buscarte. Nos estábamos preocupando un poco.

Isolde sonrió, tratando de ocultar sus nervios. —Fui a dar un pequeño paseo. Lamento no haberte avisado.

La atención de Lord Wardoor se centró en donde había caminado e Isolde no necesitaba volverse para saber quién había aparecido: se dio cuenta por el estrechamiento de sus ojos y su expresión reflexiva.

—Bueno, ya estás de vuelta ahora, que es todo lo que importa, —aseguró Wardoor.

Anne le sonrió. —Creo que Lord Kinruth quiere irse. ¿Estás lista, querida?

—Siempre que ustedes lo estén, —dijo, colocando su mano sobre el brazo de Wardoor. —Estoy a su disposición.

Caminaron hacia los carruajes, conversando sobre la noche y el resto de la temporada, que estaba empezando a ser más alegre, hasta que Moore se acercó a ellos y detuvo su paso.

El calor floreció en su pecho y se elevó hacia su cuello. Respiró profundo y se encontró de frente con la mirada intensa y frustrada de Merrick.

—Buenas noches, mi lady. —Moore se inclinó ante ella, sosteniendo su mirada más tiempo de lo que debería.

Wardoor se aclaró la garganta. —Moore.

—Wardoor.

El nombre sonaba como un insulto e Isolde caminó con rapidez al carruaje. Controló las emociones conflictivas que se deslizaban en su interior, decidida a olvidar esa noche y mirar solo al futuro.

—Buenas noches, Su Excelencia, —le respondió, mientras se sentaba. —Por favor, mándale saludos a la duquesa.

Merrick asintió antes de irse, sin molestarse en responder al saludo de Lord Wardoor.

Isolde notó que Wardoor no dejó de mirar a Moore hasta que quedó fuera de su vista. Le dejaba un sabor amargo saber que se estaba interponiendo entre amigos, pero, aunque Wardoor tenía muchas tendencias raras, era adecuado para ella, como Anne le había dicho. Si tan solo pudiera sentir algo de la atracción que siempre había sentido hacia Moore. Sin duda haría que casarse con el hombre fuera mucho más fácil.

Era uno de los amigos más cercanos de Moore. ¿Qué tan diabólico podía ser Wardoor? No más que cualquier otro de sus conocidos. Otros se habían casado por menos razones y habían sido felices con su elección. Habían vivido vidas largas y felices e incluso tenido niños. No había razón por la que ella no pudiera tener todo eso también.

Capítulo

Diez

A la mañana siguiente, Isolde se acomodó para disimular la traspasada marcada en su rostro y respiró profundo antes de asistir al picnic organizado por su madre en los jardines de su casa de Londres. Se acercó a la ventana y retiró las cortinas para ver con qué tipo de clima se encontraría. Ni una nube empañaba el cielo y ningún árbol se mecía con el viento. Entonces sonrió, feliz de que la excursión diurna planeada por su madre pareciera ser un éxito.

Al rato, se reunió con Victoria, que estaba conversando con algunos amigos y sus mamás que revoloteaban. Una risa estridente llamó su atención y vio a unos caballeros participando en un juego de cuencos de césped, así como algunos debutantes más jóvenes observando con asombro fingido.

Isolde tomó un sorbo de jugo de naranja y frambuesa con coñac que su encantadora cocinera, la Sra. Arthur, había preparado especialmente para la ocasión y casi ronroneó de placer al sentir ese gusto cítrico en su boca una vez más. Lo había extrañado mucho durante los meses de verano cuando vivía en Escocia. Por alguna razón, su nueva cocinera nunca había podido reproducir el sabor exacto que la Sra. Arthur lograba.

Alice se paró a su lado, con hermosa elegancia en un vestido rosa de muselina. —Ahí estás. No me gusta verte parada aquí sola, sin hablar con nadie, así que pensé en ayudarte, —agregó y se echó a reír.

—No tenías que venir a salvarme. Estoy bastante contenta solo escuchando a todos, te lo aseguro. —Un criado pasó con un plato de su tradicional *sillabub* y tomó uno. —¿Te estás divirtiendo? Te vi hablando con Lady Harsam. Es parienta lejana de nuestro vecino Lord Arndel, ¿no? —Las mejillas de Alice se volvieron de un encantador tono rojo. —Y veo que el caballero también está aquí hoy.

Alice se encogió de hombros. —No me había dado cuenta.

Isolde no lo creyó ni una palabra. —Bueno, él está hablando con mamá ahora mismo. Me sorprende que no lo hayas notado... y además sigue mirando en tu dirección; algo me dice que sabe que estás aquí.

Alice sonrió, pero su atención no se desvió de Isolde, que se dio cuenta de que su hermana pequeña había crecido mientras ella estaba fuera. Había madurado y de ninguna manera se

parecía a la ridícula debutante burlona que tan a menudo los entretenía a todos.

—Lord Arndel es adecuado, pero es tan callado y reservado que es difícil saber cómo es su carácter.

—Tal vez solo sea tímido. Y muy guapo, —admitió Isolde.

—Quizás, —agregó Alice, encogiéndose de hombros. —Pero no se espera que me case antes que tú, así que no tengo prisa por elegir con quien quiero pasar el resto de mi vida.

—¿Le dijiste eso a mamá? —Isolde sonrió y comió otro delicioso bocado de postre.

—Bueno, no, pero estoy segura de que estaría de acuerdo. —Se giró para mirar a su madre, que no paraba de hablar con Lord Arndel. —Me pregunto qué estarán discutiendo.

—¿Por qué no vas y lo descubres? —propuso Isolde, tratando de no reírse de su hermana, que buscaba parecer desinteresada, pero se notaba todo lo contrario.

Alice revisó su vestido e Isolde sintió que el matrimonio de su hermana no estaría tan lejos. Probablemente estaba más cerca de lo que pensaban.

Merrick llegó un poco más tarde de lo que se consideraba apropiado y se quedó un momento escondido en la biblioteca, observando la fiesta en el jardín y deseando estar en cualquier lugar menos aquí. Odiaba ir a eventos en los que la invitación se le hacía por pura cortesía debido a su posición social, no porque desearan el placer de su compañía.

Su esposa se entretuvo con un grupo de damas, riéndose por tonterías, sin duda, y sonrojándose por los hombres que jugaban en el césped. Rechinó los dientes al recordar lo falsa que era. Nunca en su vida se había encontrado con alguien tan insensible y falso. Parecía encarnar todo lo que era malvado.

Una voz familiar llamó su atención y miró: Wardoor discutía con Lord Barkley en una terraza cercana. Merrick frunció el ceño; no sabía que eran tan conocidos como para tener una conversación tan privada. Se quedó donde estaba, planeando acercarse a la ventana que estaba un poco abierta y escuchar la conversación.

Lord Barkley sacudió la cabeza y se mostró condescendiente, ocultando sus verdaderos sentimientos. —Basta con la charla benigna, tenemos asuntos más serios que discutir, —dijo, cortando la valoración de Wardoor sobre el picnic.

Merrick atravesó las puertas y se unió a ellos. Como Wardoor estaba tan tensionado, tuvo la sensación de que algo desastroso iba a ocurrir.

—Caballeros. Espero no estar interrumpiendo nada.

Los ojos de Wardoor se encendieron ante su intrusión. —Estábamos hablando del clima agradable y la compañía encantadora.

—Su amigo miente, Su Excelencia. Tengo muchas cosas que deseo discutir, pero Wardoor no está interesado en hacerlo.

Merrick notó el puño cerrado de Wardoor y le despertó interés. Su ex amigo nunca había tolerado la violencia, pero si Barkley no hacía algo, seguramente saldría con la nariz ensangrentada.

—¿Como qué?

Wardoor tomó un sorbo de su bebida; se podía ver un brillo de sudor en su frente. Lord Barkley se apoyó contra la baranda, distante y frío, pero siempre con una mirada calculadora. — Por ejemplo, cómo van sus finanzas. Mis bolsillos se desbordan con todos los pagarés que colocó allí.

Merrick notó la cara pálida de Wardoor. Su familia siempre había tenido un buen pasar, por lo que deberle dinero a Barkley, un canalla lujurioso para la sociedad, no era una buena idea. — ¿Por qué le debes algo a Barkley?

—No tolero la vulgaridad en las fiestas de este tipo y su charla sobre dinero tiene esa característica; por lo tanto... —comenzó a decir Wardoor, dando un paso hacia los invitados que estaban en el césped. —Los dejo solos. —Lord Barkley hizo que Wardoor se detuviera. — Necesito ese dinero, Wardoor. Y lo necesito hoy... con intereses, por supuesto.

Wardoor lo miró de frente, con los ojos muy abiertos por la humillación. —¿A qué se refiere con intereses? Eso no fue parte del trato.

—Siempre hay variables cuando se apuesta y usted apostó con el tipo equivocado de persona, mi lord. —Barkley imitó *el sonido de las agujas del reloj* con su boca. —Es hora de pagar los platos rotos.

—Imposible pagar hoy. —Wardoor miró a Moore como si pudiera salvarlo. —Al menos deme hasta el final de la próxima semana. Lo voy a conseguir.

Barkley sonrió. —Muy bien, mi lord, porque odiaría que la encantadora, deliciosa y, no olvidemos, inocente Lady Isolde Worthingham averiguara dónde se metió anoche.

—No involucre a Lady Isolde en esto, —le advirtió Merrick, mirándolo fijo.

Wardoor apuntó con su dedo a Barkley. —No puede probar nada. Y tampoco creo que lo sepa todo. No es alguien a quien le convenga recordar su propio paradero de algunas noches, mucho menos quiénes lo rodeaban.

—Sí, lo sé todo. —Barkley hizo una pausa y continuó: —¿Y alguien en esta sociedad tiene que probar algo? Con solo decirlo a unos pocos elegidos se puede crear una bestia que ni siquiera un marqués podría domesticar. Odiaría arruinar su reputación y sus posibilidades de matrimonio por una cantidad lamentable de monedas.

—No se atrevería. —le contestó Wardoor y lo fulminó con la mirada.

Barkley se echó a reír y siguió: —Sí, lo haría. Y, si no paga, puede despedirse de un matrimonio con una alelí pudiente.

Moore apretó los dientes ante la referencia a Isolde como una flor y alguien que estaría dispuesta a casarse con Wardoor.

Lo haría sobre su cadáver. Desde el primer momento en que la había conocido, había sido un

faro de pureza, de amabilidad, que siempre se había esforzado por replicar. Había fallado de forma miserable, pero ella no. Incluso después de todo lo que había sucedido entre ellos, era cortés y amable con él. Más de lo que se merecía.

—Si está tan seguro de lo que hago, por favor, ilumíneme, —exigió Wardoor, con la voz teñida de sarcasmo.

Barkley gruñó triunfante y Merrick sabía que no le gustaría lo que tenía para decir.

—Usted es aventurero a puerta cerrada. Su gusto no se limita al sexo más justo. ¿Me entiende ahora?

—Yo nunca... —Wardoor se enfureció, volviéndose de un profundo tono rojo.

Barkley le guiñó un ojo y las tripas de Merrick se retorcieron de asco. ¿Barkley tenía razón en sus suposiciones? Wardoor *era* salvaje y tenía una tendencia a dejarse llevar por el sexo y el alcohol, pero esto, que su sexualidad fuera cuestionada, no se lo esperaba.

—No se puede confiar en las mujeres, amigo, y cuando se les ofrece algo contundente, extenderán más que sus piernas si se les paga con generosidad. —Barkley se encogió de hombros. —¿Quién sabe qué historia divulgaré en la sociedad si usted no paga? Pero sé que lo arruinaré, si continúa engañándome. Reclamaré sus deudas y lo destruiré tanto financiera como emocionalmente. Nadie lo querrá después de que haya terminado con usted, mi lord.

Wardoor observó los jardines en silencio por un momento. —Tendrá su dinero... y pronto, —sentenció, abriéndose paso entre Merrick y el risueño Barkley.

Merrick le clavó la mirada a Barkley. —¿Cuánto le debe?

—¿Qué, lo va a salvar, una vez más? Ni sus bolsillos son tan profundos. Wardoor necesita una dote y tiene sus esperanzas puestas en su ex prometida. Después de que me pague, *necesitará* casarse con alguien de inmensa fortuna.

—¿Cuánto? —soltó, harto de los juegos de Barkley.

—Mil libras, unos peniques más o menos.

Mierda, Merrick maldijo en su mente. No había pensado que sería tanto. Buscó a Wardoor entre la multitud y lo vio hablando con Isolde. La ira lo invadió al saber que su amigo la usaría de esa manera, después de todo lo que Merrick la había hecho pasar. Maldita sea, se merecía algo mucho mejor que esto. —Tendrá el dinero mañana de noche. Se reunirá con mi encargado de los negocios en mi casa de Londres, donde mostrará y entregará cada pagaré que tenga de Wardoor. ¿Entendido?

Barkley asintió con la cabeza. —Tenemos un trato.

Merrick lo vio irse y se alegró por el aplazamiento. Si Wardoor continuaba por ese camino, se arruinaría a sí mismo y a su familia. En cuanto a la suposición de que a su amigo no solo le gustaban las mujeres para calentar su cama, la dejaría a un lado por ahora. Lo que el hombre hacía con su tiempo era tema suyo, pero si impactaba en Isolde, también *sería* asunto de ella y eso no lo aceptaría.

Caminó hacia los céspedes y tomó una copa de champán de un criado que pasaba; la

necesitaba más que nunca, antes de acercarse a Wardoor y llegar al fondo del asunto. Lo arrinconó de pie junto al jardín de rosas, con pequeñas flores rosadas que aún rebosaban de color. Debería haber sido un lugar sereno, pero Wardoor se paseaba por el jardín, sin apreciar la belleza que tenía delante.

—Wardoor, —lo llamó Merrick mientras se paraba a su lado. —¿En qué se metió? ¿Qué está pasando con Barkley?

Wardoor sacudió la cabeza, sonriendo con autocompasión. —No es asunto suyo y debería haberse ido cuando se dio cuenta de que la conversación era privada.

—Maldita sea, hombre. ¿Cómo puede perder mil libras con semejante tipo? Es tan malo como parece y debería haberse imaginado que lo amenazaría cuando no pudiera pagar.

—Estaba borracho. —Suspiró. —Cometí un error.

Merrick se volvió hacia los invitados reunidos y vio a Isolde escogiendo su almuerzo en las mesas decoradas con manteles blancos y frutas coloridas. —Usted no se va a casar con Isolde por su dinero. Se merece algo mucho mejor que eso.

Wardoor lo miró fijo. —¿Y usted juzga lo que es mejor para ella? Lo siento, pero ¿cuándo se convirtió en su protector? ¿Fue antes de que se follara a su mejor amiga o después?

Una furia ardiente lo atravesó y luchó para no golpear a Wardoor. —Esto no es sobre mí. Se trata de usted, que corteja a una mujer que me importa, para asegurar su futuro. —Merrick movió la cabeza, sin saber qué decir. —¿Y qué estaba insinuando Barkley sobre su sexualidad? ¿Es verdad lo que dice?

—Estoy vendiendo *Benner House* y toda la tierra que rodea la pequeña finca. No necesita rescatarme, así que olvídense de comprar esos pagarés.

—Su madre vive allí. ¿A dónde la va a llevar? ¿Con usted?

Merrick no creía que ninguna esposa aceptaría a la madre de Wardoor como huésped permanente. Fría y con una lengua cortante, la mujer tenía fama de bruja. —Eso no funcionará para una nueva esposa.

—Mi madre tendrá que contentarse con la casa de viuda en la propiedad principal de la familia o con la casa de Londres. No hay nada de malo en eso. La venta se concretará el próximo miércoles. —Wardoor tragó saliva. —En cuanto a la otra pregunta, no es asunto suyo.

Merrick entrecerró los ojos. —Si no desea que una mujer le caliente la cama, le aconsejaría que nunca se case y permita que la finca quede en manos de su primo. Aunque no conozco bien sus problemas, no deseo que su estilo de vida afecte a una mujer inocente.

La idea de que Isolde fuera infeliz en su matrimonio o de que se pudiera enfermar porque Wardoor no pudiera evitar tener relaciones con quien fuera que le apetecía, lo enfermaba.

—Si Isolde acepta mis términos de matrimonio, no hay nada que pueda hacer. Aunque su dinero será bienvenido, una vez que venda *Benner*, no lo voy a necesitar con tanta desesperación.

—Tiene razón. Si Isolde lo elige, entonces no hay nada que pueda hacer, pero si le ha dicho solo verdades a medias, me aseguraré de que sepa muy bien con quién aceptó casarse y qué tipo

de hombre es.

—Qué amigo.

Merrick se estremeció. No estaba siendo su amigo en lo absoluto, pero no podía permitir que Isolde tuviera un futuro infeliz. Le había causado tanto dolor que no podía permitir que siguieran pisoteando su alma frágil. —Sí, estoy casado y no puedo luchar por ella como desearía. Por lo tanto, debo hacerme a un lado. Pero no voy a ver cómo la lastiman. Ni siquiera por el hombre a quien una vez consideré como un hermano.

Se fue y se dirigió hacia un criado: necesitaba encontrar apoyo en la bebida. Vio a Isolde riéndose de algo que su hermana Lady Alice estaba diciendo: sus mechones largos caían con un estilo diferente y se enroscaban alrededor de su hermoso cuello; sus mejillas se habían teñido de rojo por consumir demasiado champán. Observó su belleza, con sentimientos mezclados de placer y pérdida al mismo tiempo. Si tan solo pudiera caminar hacia ella, tomarla en sus brazos y besarla de forma descarada. Perderse en la sensación de su calor, su abrazo y sus besos que solían acelerar su pulso.

Sacudiendo la cabeza, se preguntó cómo sus vidas habían llegado a este punto. Cómo, por una serie de eventos fuera de su alcance, se destruyó un futuro que debería haber sido feliz y lleno de amor. En cambio, estaba atrapado en un mal matrimonio con una mujer que lo odiaba tanto como él a ella, y ahora, para colmo, tendría que ver a la mujer que amaba casarse con otro. Seguramente, su mejor amigo.

No podía soportarlo.

Capítulo

Once

Isolde miró hacia el cielo y cerró los ojos, disfrutando del calorcito en su rostro. Su amiga Anne estaba en una silla a su lado. Ella también disfrutaba del hermoso clima que la temporada de Londres les estaba regalando. Habían optado por sentarse en la terraza de la casa de Lord Kinruth, donde la luz del sol salpicaba la glicina que colgaba sobre ellas. —¿Recibiste invitación a la finca de Lord Wardoor? Entiendo que acaba de regresar del campo; tuvo que encargarse de una transacción comercial la semana pasada. No creo que dejara la capital por ninguna otra razón. Anne le lanzó una mirada cómplice, sonriendo.

Isolde ignoró su incitación. —Recibimos la nuestra con el correo de la mañana. Aún no decidí si debo ir. La temporada recién empieza a ser divertida. No estoy segura de querer irme para asistir a una fiesta de quince días en el campo.

—Si decides ir no estás aceptando su mano en matrimonio, si es eso lo que te preocupa. —Anne se frotó la panza hinchada y una punzada de envidia atravesó a Isolde al pensar que su amiga pronto se convertiría en madre. —Por favor, dime por qué no estás segura de él.

Isolde suspiró, mordiendo otro trozo de pastel para darse más tiempo para responder. ¿Por qué estaba tan insegura de Wardoor? ¿O estaba segura de él, pero en realidad no lo quería y se le ocurrían todas las excusas del mundo? —Estoy segura de que voy a terminar yendo. Mamá no me permitiría quedarme en la ciudad. Y no olvides, Anne, Wardoor aún no ha pedido mi mano y puede que no lo haga, cuando todo quede dicho.

—Ah, te lo pediré. De eso estoy segura. Pero no puedo asegurar qué responderás.

Isolde asintió. Qué bien la conocía su amiga; claro, habían pasado tanto tiempo juntas en Escocia que se habían vuelto muy cercanas. —¿Vas a asistir? Eso espero.

—Por supuesto. Será bueno descansar un poco lejos de la capital. No estoy segura de cuánto tiempo más podré asistir a las fiestas en la ciudad con mi panza tan inquieta y creciendo a este ritmo.

Isolde sonrió. —Pero qué hermosa panza tienes. Me alegro mucho por ti.

Anne la frotó de nuevo. —Cuando sea tu momento, también serás una madre maravillosa. Y tendrás tu momento. Te lo prometo, como tu amiga.

A Isolde se le llenaron los ojos de lágrimas. —Casi lo beso.

Las palabras se escaparon de sus labios y no pudo mirar a su amiga a los ojos. El silencio que se generó sonó tan fuerte como una sentencia de muerte.

—¿A Wardoor? —preguntó Anne, sentándose. —Cuéntame todo.

Si hubiera sido Wardoor, la culpa que recorría a Isolde no existiría. —No, no fue a Wardoor. A Moore. —De nuevo se produjo silencio y finalmente miró a Anne, que ahora la miraba boquiabierto como un pez. —Di algo, por favor. Cualquier cosa. Incluso si es solo para decir lo tonto que casi fui. Y que soy una persona horrible que debería ser desterrada de Inglaterra.

—Me preguntaba si algo se había despertado entre ustedes al verse, pero como no dijiste nada, no quería aventurarme. —Anne se incorporó y se volvió para mirarla. —¿Qué pasó?

Si tan solo Isolde pudiera responder a esa pregunta. ¿Por qué lo había seguido y había intentado convencer a un hombre que se negaba a dejarla ir? —Lo enfrenté sobre su conducta hacia mí y discutimos. En algún momento de la conversación me contó su versión sobre la noche anterior a nuestra boda. Todavía me quiere, Anne, y fue justo después de su declaración que casi le permito favores que nunca debería haber tenido.

Anne se puso de pie, caminando delante de ella. —Debo confesar que estoy aliviada de que no hayas besado al duque. Esa es una complicación que no necesitas. No es que la duquesa de Moore estaría demasiado molesta si su marido se extraviara. Su Excelencia no tiene vergüenza cuando se trata de llevar hombres a su cama. —Anne se incorporó y se volvió para mirarla. —Que Moore haya intentado besarte no me sorprende. Es tan indiferente con su esposa. Nunca conocí a un hombre tan emocionalmente alejado de su cónyuge. Qué lamentable tener un matrimonio en ese estado.

Isolde estuvo de acuerdo en que la relación de Moore con la duquesa era un desastre. Pero eso no le daba derecho a interponerse entre ellos. La sociedad esperaba que encontrara a la pareja adecuada y lo iba a hacer. Ningún escándalo la opacaría de nuevo.

—Necesito mantenerme alejada de él. Aunque le creo que no sabía que era Leonora en su cama esa noche, está casado. No importa cuánto lo desee, no puedo cambiar sus circunstancias para adaptarlas a mis sentimientos.

—No sirve de excusa para lo que pasó, Isolde. Todavía dormían juntos y tenían un hijo, por si necesitas que te lo recuerde.

—Lo sé. Lo lamento, Anne. No quise ser breve contigo. Me siento tan confundida. Y sí lo estaba. Demasiado.

Anne se sentó en la silla de Isolde. —No estás confundida. Todavía lo amas.

Miró hacia el césped y las rosas y glicinias por encima de ellas. Era un lugar tan hermoso, tranquilo y sin las complicaciones de la vida de la ciudad cuando se relajaban de esa manera. —Me temo que una parte de mí siempre lo hará.

—Ay, Isolde... —le susurró lanzando una sonrisa consoladora. —No es para ti, querida.

Ella suspiró; sabía muy bien que eso era cierto. —Si pudiera volver el tiempo atrás, habría luchado por él, al menos escuchado su excusa sobre lo que pasó esa noche. Mi padre nunca le dio

la oportunidad y creo que eso fue un error. Cómo me trata Leonora ahora es prueba suficiente de que todo fue un plan para conseguir una posición ducal. Fui muy tonta.

Las lágrimas se acumularon en sus ojos y parpadeó; odiaba el hecho de que, después de todos esos años, Merrick todavía podía hacerla llorar. Pero, esta vez no eran lágrimas de dolor, sino de arrepentimiento.

—Y si un caballero te pide que seas su prometida, ¿aceptarás, sabiendo que todavía tienes estos sentimientos fuertes por Moore?

La panza abultada de Anne le llamó la atención: ese perfecto y regordete espacio que albergaba una vida. Un pequeño bebé, un hijo o hija que ella misma deseaba tener en el mundo. Eso era lo que podía darle un esposo: tener un hijo, una familia, un hogar propio. Moore, por otro lado, no podía. Ya no era una posibilidad para ella y debía aceptarlo. Sin importar cuán difícil fuera esto, debía seguir adelante con su vida y comenzar a vivirla, antes de que fuera demasiado tarde. —Sí, aceptaré una propuesta, si surge, y seré fiel a mis votos por siempre.

Anne tomó su mano y la apretó un poco. —Sé que esta decisión no es fácil y desearía poder retroceder las agujas del reloj para que pudieras tener todo lo que tu corazón desea.

Isolde sonrió con autocompasión. —También me gustaría que pudieras, querida, pero debemos sobrellevarlo lo mejor que podamos y aprovechar al máximo lo que se nos ofrece. Voy a encontrar un marido amable, confiable, libre de escándalos y adecuado para la hija de un duque. Puede que nunca lo ame, pero tendremos hijos y un futuro. Eso es todo lo que deseo, por ahora.

Los quince días de fiesta en la casa de campo de Lord Wardoor estuvieron llenos de bailes y festejos, compras y noches en el teatro. Lord Wardoor la acompañó en la mayoría de las salidas. Era atento y amable, pero por mucho que Isolde intentara quererlo más de lo que ya lo hacía, no podía verlo como algo más que un amigo.

Como se esperaba, se encontró con Moore en los muchos eventos en la ciudad, pero después de su casi beso en *Vauxhall*, parecía que la estaba evitando. Ni siquiera lo había intentado cuando surgieron oportunidades para que conversaran, aunque solo fuera para disculparse por lo que casi habían hecho. No era que deseaba tanto que le hablara. Estaba en Londres para casarse con un caballero adecuado y confiable. Era desafortunado que Moore abarcara todo lo que siempre había querido en un esposo, en un amante. No importaba cuánto deseara que las circunstancias fueran diferentes, no lo eran. Estaba casado y eso era todo.

Isolde suspiró. La idea del casi beso dejó un revoloteo en su estómago que no debería estar allí. Debería estar avergonzada de sí misma. Estaba casado, por el amor de Dios, pero eso no le impedía pensar en él, tarde en la noche, cuando estaba sola en su cama. Imaginaba la sensación de sus manos deslizándose sobre su cuerpo, de lo que sus besos solían provocar, los abrazos

conmovedores solo para ella.

Esta noche iban a asistir a la casa de Lord Kinruth y Anne para una pequeña cena de amigos cercanos, antes de que aquellos que fueron invitados a la finca Surrey de Lord Wardoor se fueran de la ciudad. Su carruaje no tardó mucho en llegar a la casa de su amiga y, como Anne y Lord Kinruth iban a estar allí, su madre le permitió asistir sola. Isolde se sintió bien con esa libertad y se dio cuenta de que, si se casaba, podría asistir a la mayoría de las salidas así, si quería. Ya no tendría que pedir permiso para ir a ningún lado o para hacer algo. Toda su vida, incluso ahora, había tenido que pedir permiso para hacer algo. La idea de que podría cambiar en el futuro cercano era emocionante.

La cena fue agradable y se sentó junto a Anne: terminó antes de lo que le hubiera gustado. Los hombres, como de costumbre, se juntaron a tomar algo después de la cena, mientras las damas se dirigían hacia la sala, situada en la planta baja.

Una pequeña hoguera ardía en la chimenea para sacar el frío que se había instalado en el aire nocturno y las mujeres se reunieron en grupos alrededor de la habitación para hablar. Isolde se sentó en un sofá dorado y observó a las damas mientras reían y chismeaban. Suspiró; se sentía la ausencia de Merrick. Como era amigo de Lord Kinruth, Isolde pensó que estaría allí esa noche. Wardoor estaba, pero tal vez Merrick había tenido un compromiso previo.

La puerta de la habitación se abrió e Isolde se volvió, esperando que fueran los hombres que se unían a la fiesta, pero en cambio entraron Moore y Leonora. Para su horror, un temblor de deseo la atravesó y se maldijo a sí misma como una tonta por anhelar a alguien que ya no era y nunca sería, suyo.

Anne saludó a los recién llegados y la duquesa, con una chispa de insolencia en sus ojos, la miró de arriba abajo. —Oh, mira nuestras cinturas crecientes, querida. Qué vulgar de nuestra parte salir en sociedad con cuerpos tan espantosos.

Habló alto como para que todos los presentes oyeran e Isolde notó el rubor avergonzado de Anne. Por suerte, Lord Kinruth entró en la habitación en ese momento y saludó al duque, antes de pasarle un vaso de coñac. Moore miró a su alrededor, acogiendo a los invitados e Isolde bebió al verlo. Su cabello negro y rebelde hacía juego con sus ojos oscuros que hacían que su estómago temblara cada vez que se encontraban. Ahora que Merrick le había contado la verdad de lo que había sucedido hacía tantos años, a Isolde le resultaba difícil ser indiferente con él. Su atención se clavó en sus labios y tragó saliva, dándose cuenta de cuánto deseaba besarlos.

Quería sentir el anhelo y el deseo que recorrían su cuerpo cada vez que la tocaba. Como si sintiera su interés, él se volvió: su mirada sacudió su esencia con una intensidad hambrienta que la dejó sin aliento y avergonzada. La expresión en su rostro le recordó cómo solía y cuánto la había adorado. Él asintió con la cabeza en señal de bienvenida y ella sonrió un poco a cambio, antes de intentar volver a concentrarse en la conversación que la rodeaba.

—Espero su compañía en mi finca, Lady Isolde. Y que encuentre mi casa a su gusto. — Isolde no necesitaba descifrar lo que decía Lord Wardoor o lo que quería decir con sus palabras.

Por mucho que estuviera segura de que le gustaría su hogar, tanto como cualquier otro, era difícil que capturara su corazón.

—Estoy segura de que será hermoso, mi lord. Y estoy muy ansiosa por verlo.

Wardoor comenzó a hablar sobre su propiedad y las mejoras que haría si se casaban e Isolde dejó de escuchar cuando mencionó sus abundantes jardines. Al observar a los invitados, notó que Merrick no buscó a Wardoor para hablar con él, sino que se fue al lado opuesto de la habitación con Lord Kinruth. Tomó una copa de champán de un criado que pasaba; odiaba decepcionarse cada vez que él no la buscaba. No debería buscarla. En cambio, debería concentrarse en su matrimonio y en cómo modificar las actitudes de Leonora.

—¿El duque de Moore y la duquesa irán a su fiesta? Sé que son amigos cercanos.

Wardoor frunció el ceño, mirando en dirección a Moore, pero no se dignó a hablar. Así que era verdad: se había interpuesto entre los dos. Isolde suspiró; odiaba eso. Sin embargo, podía hacer poco ya que Wardoor se había encargado de mirarla como una esposa adecuada. Era amable y agradable y estaba listo, según admitió él mismo, para comenzar una familia. De hecho, sería una tonta si rechazara esa alianza. Su atención se centró en Anne y observó un momento mientras su amiga se frotaba la panza... el anhelo la abrumó. Sí, por duro y doloroso que sería seguir adelante, era hora de que buscara lo que más deseaba. Un hijo.

—No irán. Tienen otro compromiso en otra parte, al menos eso me informó el duque. —La sonrisa de Wardoor era frágil. —Sé que tiene un pasado con el duque, pero espero que esté dispuesta a mirar al futuro cuando se le proponga un caballero que le guste, o que incluso ame.

El calor floreció en sus mejillas: no pensaba que Wardoor sería tan directo con sus palabras. Escucharlo expresar en voz alta sus esfuerzos y su disposición a ser paciente calmó su inquietud por la unión. —Tiene razón en que tengo un pasado con Moore, pero eso fue hace muchos años y ahora está casado. Y si encontrara un esposo adecuado y me ofreciera matrimonio, consideraría la propuesta con seriedad.

Las palabras eran tan clínicas ahora, muy diferentes a cuando Merrick le había pedido que fuera su prometida. Las odiaba, tan frías y sin corazón. De hecho, no había seguido con su vida luego de Moore, siempre lo anhelaría de alguna manera, pero Wardoor no necesitaba saber eso. Después de todo, ella no estaba buscando amor. Con el esfuerzo suficiente, el matrimonio podría funcionar.

Wardoor asintió con la cabeza. —¿Y me consideraría, si le pidiera la mano en matrimonio?

Isolde lo analizó por un momento. —Todavía no me lo ha preguntado, así que no lo sé.

¿Estaba lista para él? Un momento de pánico la asaltó al pensar que le pediría la mano aquí, ahora, esta noche.

Él se rio, levantando su copa como saludo. —Bueno, entonces tendría que remediar eso.

Su cuerpo se relajó y sonrió con alivio. Estaba agradecida de que no le haya hecho la pregunta. —Tal vez debería, —respondió Isolde, golpeando sus copas una contra la otra.

Merrick estaba de pie tan lejos de Isolde como era posible. Verla le partía el corazón en dos. La agitación emocional que ocurría dentro de su cuerpo cada vez que la veía era absurda. Tenía que hacer algo al respecto y la única opción, desafortunadamente, era dejarla. Dejarla vivir su vida como le había pedido y sacar lo mejor de su propia vida con su hijo. Le gustara o no, estaba casado con Leonora. Si no hubiera sido tan frío e implacable con ella, ¿habría recurrido a otros en busca de consuelo? Probablemente no. No solo había decepcionado a Isolde hacía años, sino que también había decepcionado a su esposa. Había fallado como esposo.

—Veo que Lord Barkley no está aquí esta noche. Mi esposa estará muy decepcionada.

Incluso para sus propios oídos, el desdén y el veneno en sus palabras eran evidentes. Debía detenerse y, sin embargo, no pudo. Esa actitud estaba tan arraigada en él, casi como respirar.

Lord Kinruth hizo una mueca. —No presto atención a los chismes.

Merrick se burló. —Debería, porque en este caso es cierto. —Hizo una pausa y cambió de tema: —Me alegra que estemos aquí esta noche. Quería saludarlos antes de regresar a la finca en *Mountshaw*.

—¿Se va de la ciudad? —Los ojos de Kinruth se agrandaron y siguió: —La temporada social solo está a mitad de camino. ¿Qué lo aleja de nosotros tan pronto?

—William, ante todo. Quiero que comience a estudiar con un tutor que contraté. Y debo atender algunos asuntos de patrimonio urgentes.

Sin mencionar que necesitaba distanciarse de Isolde, rápidamente. Si se quedaba, no podría hacerlo. Y por mucho que la quisiera y que casi le había robado un beso en *Vauxhall*, no rompería los votos de su matrimonio. Incluso después de todo lo que Leonora le había hecho, cómo amaba hacer de su vida un infierno, él no actuaría de la misma forma.

—Pero su mayordomo puede manejar la finca y una carta al tutor de su hijo pidiéndole que venga a Londres en lugar de *Mountshaw* será suficiente. ¿Seguro de que no hay otra razón para que regrese al campo?

Merrick miró a Isolde de reojo. —Es lo mejor. Creo que pronto oiremos hablar de un compromiso y me parece que, por mi propio bien, no debería estar aquí cuando eso ocurra. —Merrick apretó los dientes cuando Isolde le sonrió a Wardoor. ¿De qué estaban hablando que era tan divertido? La sangre en sus venas se congeló y la vergüenza se apoderó de él. No podía ponerse contento por uno de sus amigos que encontraba finalmente a alguien con quien podría casarse. Maldita sea, Merrick también la quería, casada o no. —No puedo quedarme.

Kinruth le dio una palmada en el hombro. —Entiendo lo que está diciendo. Y lo siento, amigo. Si es que sirve de algo, creo que Lady Isolde cree en su versión sobre los eventos de la noche antes de la boda y lo perdona por eso. Con el tiempo, todos recordaremos estos días y nos reiremos de lo estúpido que fue todo.

Merrick asintió con la cabeza, dudando de que eso ocurriera alguna vez. De todos modos, eso

no cambiaba su situación. Bebió lo que le quedaba de coñac y agradeció que le quemara la garganta. Al menos tenía a William, lo más importante en su vida. —La duquesa se quedará en la ciudad, pero a partir de mañana estaré lejos. Sabe cómo contactarme si me necesita.

—Esperamos con ansias su vuelta.

El tiempo fuera de la ciudad sería justo lo que necesitaba. Para seguir adelante, debía librarse de la melancolía que lo había acosado desde el regreso de Isolde. No era bueno para su hijo o sus propiedades como estaba ahora y, como Isolde se iba a la casa de campo de Wardoor, podría tomarse el tiempo para reacomodarse.

—Yo también, —mintió, sonriendo por si acaso. Con suerte, los negocios inmobiliarios lo mantendrían alejado por tiempo indefinido y nunca tendría que regresar. Esa perspectiva era algo que deseaba, pero a su vez algo le decía que era un sueño que nunca llegaría a buen término.

Capítulo

Doce

La casa de Lord Wardoor era una mansión de diseño isabelino, de forma rectangular con dos pilares circulares corintios que se alzaban a ambos lados de la entrada y llegaban hasta el techo. El escudo de armas de la familia estaba grabado en piedra y tenía fecha de 1577. La casa de la finca se encontraba en un terreno plano con colinas que la rodeaban. Era una residencia muy bonita y, mientras el carruaje se detenía delante de la puerta principal, la contempló como su posible hogar, donde criaría a sus hijos y los vería crecer y prepararse para sus propias temporadas sociales.

Salieron tres criados a esperar el carruaje.

—Llegamos.

La emoción de Anne la sacó de sus pensamientos y apretó el almohadón de su asiento mientras frenaban. Al bajar, aprovechó la oportunidad para inspeccionar más los jardines y observó una gran cantidad de césped rodeado de plantas y arbustos nativos. Al menos eso explicaba por qué Wardoor había hablado sobre sus céspedes la otra noche. Los jardines no estaban cuidados ni diseñados como los de Dunsleigh. Aquí, las plantaciones parecían de cabaña y, sin embargo, no estaba decepcionada. De hecho, estaban en sintonía con la casa y la hacían sentir cálida y acogedora.

Lord Wardoor salió a saludarlos, con sus botas de Hesse haciendo ruidito en los escalones de piedra. —Lord y Lady Kinruth, Lady Isolde, bienvenidos a mi casa. Espero que haya sido un viaje agradable.

Isolde hizo una pequeña reverencia. —Fue muy agradable, gracias.

Anne estuvo de acuerdo mientras los guiaba haciendo adentro. Un criado vestido con librea verde tomó sus guantes y abrigos antes de que entraran al salón delantero: era un espacio encantador, pintado de amarillo con muebles de madera clara que lo hacía parecer más grande de lo que era.

Ella le dedicó una sonrisa a Wardoor. —Su casa es realmente encantadora, mi lord. Me sorprende que no se quede aquí más a menudo. —Se sentó junto a Anne, que estaba ocupada sirviendo té para todos y contó: —Mi padre habló de su propiedad antes de fallecer y dijo que su arroyo era el mejor lugar para pescar que había conocido.

Wardoor sonrió. —Así es y, si le gusta pescar, mi lady, me alegraría llevarla a la orilla del río... o podríamos sacar el pequeño bote de madera que tengo atracado.

—Me encantaría, —respondió Isolde, tomando un sorbo de té y agradeciendo la bebida caliente. —Nos criaron en una casa llena de aventuras. No era la más convencional para la residencia de un duque, supongo, pero vivimos días fabulosos y perfectos como niños.

—Tal como debe ser.

Se sentó frente a ella y la miró con aprecio. Bueno, era lo que había sospechado: a pesar de que no se parecía en nada a cómo Merrick la miraba a menudo, su mirada casi ardía de placer. Esto la hizo cuestionarse cómo sería la vida matrimonial con Wardoor, un amigo por el que no tenía sentimientos románticos. ¿Surgirían esos sentimientos con el tiempo o eventualmente se arrepentirían de su elección y comenzarían a ver al otro como un obstáculo con el que nunca debería haberse cargado?

Mientras esperaban que llegara el resto desde la ciudad, hablaron de temas intrascendentes. Luego, Lord Wardoor los llevó a sus habitaciones e Isolde aprovechó la oportunidad para descansar antes de la cena. Su habitación era cómoda, aunque carecía de elegancia. La casa era de un estilo diferente al que estaba acostumbrada y eso era un detalle a tener en cuenta al unirse en matrimonio. Las paredes estaban revestidas de paneles y pintadas de azul con cuadros de personas y paisajes. La cama estaba cubierta con un edredón color crema que combinaba con el material del respaldo. Sus ventanas daban a los jardines y a lo lejos se podían apreciar las colinas; todo lo veía recostada en la cama. Supuso que tenía un toque muy francés en su diseño y que la habitación era la mejor que tenía para sus invitados.

Esa noche, Isolde usó un vestido de gasa verde menta con cuentas doradas en los pequeños volados de los hombros. Se paró frente al espejo de cuerpo entero y analizó cómo el vestido se adaptaba a su cabello oscuro y su piel pálida, pero, por mucho que estuviera contenta con su apariencia, sus ojos carecían de vitalidad o emoción. Estaba aburrida y solo era el primer día...

Con un suspiro, bajó las escaleras y encontró a la mayoría de los invitados ya sentados para cenar. Lord Wardoor se sentó en la cabecera de la mesa y señaló un asiento a su derecha. Su hermana Alice, sentada en el lado opuesto de la mesa, la miró y le guiñó un ojo, sonriendo mientras tomaba un poco de vino. Isolde miró para ver si Wardoor había captado la acción de su hermana y se sintió aliviada de que no lo hubiera hecho, pero se sorprendió al encontrarlo observándola. Le devolvió la sonrisa y también tomó un poco de vino, esperando que pasara rápido la sensación de que estaba haciendo algo mal.

Lord Clifford, el marqués de Nottingham, se sentó a su derecha: era muy agradable y bastante mayor que el resto. Isolde notó que centró la atención en su madre y le gustó escucharla reír, con sus mejillas rosadas por los halagos. Hacía mucho tiempo desde la última vez que la había visto tan animada. —Realmente espero que mi casa sea de su agrado, Isolde. Me gustaría tener su aprobación.

—Por lo que he visto hasta ahora, creo que habría muy pocos que no lo aprobarían. Tiene

una casa encantadora, mi lord.

Incluso si no estaba segura de que el hogar fuera para ella. ¿Podría casarse sin un sentimiento más profundo que la simpatía por su esposo? Un pensamiento irritante le repetía que después de todo lo que había vivido, podría hacerlo.

Sonrió ante su propio halago. —Gracias. He trabajado mucho para evitar que se venga abajo y sé que necesita algunas mejoras, pero se harán en su debido momento. ¿Le gustaría caminar por los jardines después de cenar? Tengo lámparas esparcidas por todo el terreno y mi jardinero se asegura de que estén encendidas todas las noches cuando estoy en casa.

Isolde notó que Alice la miraba; suponía que había escuchado la petición de Wardoor. ¿Quería pasear con él, al alba, solos? Pensar en eso la dejó sin aliento y tomó otro sorbo vino. Sus miradas se chocaron: al verlo expectante y emocionado, asintió. —Eso sería encantador, gracias. —Isolde se recostó en su silla mientras le colocaban un plato de sopa de tortuga. —Pero, ¿deberíamos salir afuera? Lo estaría alejando de sus invitados y no quisiera hacerlo.

Wardoor rechazó su preocupación y se echó una buena cantidad de sopa en la boca antes de decir: —No se preocupe. Vamos a salir afuera solo unos minutos y hay muchas personas. Ninguno de mis invitados se sentirá menospreciado, se lo aseguro.

Ella se aclaró la garganta. —Lo espero con ansias, entonces.

Isolde se comió la sopa, que sabía más a caldo de pollo que a tortuga, e hizo todo lo posible por no pensar en por qué Wardoor deseaba caminar con ella... a solas. En realidad, sabía el porqué. Su cortejo los llevaría a estar solos. Conocía a Wardoor desde hacía años, pero, ahora que había llegado el momento en que podría hacerle la propuesta, los nervios la invadían. Si decía que sí, lo estaría haciendo sin sentimientos más profundos que la amistad. Isolde lo estudió un momento mientras se reía y conversaba con Lady Sewell que estaba sentada a su derecha. No era cruel; siempre había sido amable con ella. Supuso que podrían formar una pareja feliz. Al principio, podrían confundirse, pero tal vez con el tiempo, crecería el afecto real. No era un sueño imposible.

Con eso en mente, Isolde hizo a un lado cualquier duda. Con el matrimonio llegarían los niños y eso era lo que deseaba por encima de todo. Wardoor le prometió dos cosas: niños y seguridad. Una alianza con él era mejor que suspirar por cosas que no podía tener.

—Me imagino que estos próximos quince días estará muy ocupado. ¿Qué actividades planeó para todos nosotros? —preguntó, para evitar pensar en la caminata.

—Muchas y espero que las disfrute. Dispuse una habitación para que las mujeres pinten, si lo desean, y me trajeron un arpa de Londres porque creo que a su amiga Anne le gusta tocarla. Hay caballos, por supuesto, tanto para los hombres como para las mujeres, y tengo un juego en mis jardines, por si alguno de los caballeros desea participar.

Pensar en dar un paseo a caballo la entusiasmó y lo puso en su lista de actividades para mañana. —Admito que no soy una jinete tan experimentada como Victoria, pero me gustaría cabalgar en algún momento mientras estoy aquí. Prefiero estar al aire libre en lugar de aislada

adentro.

Él asintió, con una sonrisa cálida, dándole la esperanza de que tal vez el afecto pudiera crecer. Algún día... —Pensé lo mismo y podríamos invitar a los demás a unirse.

—Es una idea maravillosa. ¿Quizás hacer un picnic?

Él sonrió. —Espero que podamos conocernos más durante este tiempo, Isolde. Es lo que había planeado cuando tuve la idea de una fiesta en mi casa.

Isolde podía entender por qué. Pero había una guerra continua librada dentro de su cuerpo: su mente gritaba que siguiera adelante con su vida, aceptara lo que se le ofrecía y sacara lo mejor de la situación. Sin embargo, su corazón, la pequeña bestia que latía, se negaba a sentir algo por el caballero que tenía delante. Se negaba incluso a tratar de formar algún vínculo emocional con Wardoor. Estaba encerrado en la caja de la amistad y seguro se quedaría allí.

—Estoy segura de que lo haremos y el paseo por los jardines después de la cena es un buen comienzo.

Él sonrió, pero no respondió y ella agradeció el silencio que se instauró mientras terminaban su comida.

Un poco después de la cena, cuando todos se acomodaron en el salón de abajo, participando en juegos de cartas y música, Wardoor la acompañó a la terraza. Era una noche cálida y el aire contenía un suave aroma a flores y césped recién cortado. Se dirigieron hacia las escaleras que conducían a un camino de grava, caminando, si su memoria funcionaba correctamente, en dirección al lago.

Él tomó su mano y la colocó sobre su brazo. —Quería hablar con usted en privado y pensé que, en lugar de dejarla toda la semana preguntándose cuándo reuniría coraje, debía expresar mi deseo en la primera noche en casa.

Isolde tragó saliva, manteniendo su mirada fija en el camino que tenía por delante: intentó, sin éxito, no dejarse llevar por sus palabras y por lo que podían implicar. —¿De qué quería hablarme, mi lord?

Por favor, no lo propongas.

—Puede que conozca mi reputación deshonesta en Londres y lo que eso significaría para mi esposa, si alguna vez adquiero una.

Continuaron caminando e Isolde lo miró. Parecía pensativo pero decidido. —He oído hablar de su reputación. Dudo que haya muchos que no lo hayan hecho.

Sonrió entre dientes para calmar cualquier preocupación que pudiera tener. Los hombres tenían vidas antes del matrimonio, más liberales que las mujeres, pero no era nada de lo que Isolde no estaba al tanto y se sentía segura como para no preocuparse.

Él le sonrió y pareció relajarse aún más. —Quería que no hubiera secretos, ni malentendidos, en caso de que nos comprometiéramos. Hay ciertos aspectos de mi vida que no deseo dejar y estoy seguro de que le pasará lo mismo a usted.

—¿Cuáles serían? —preguntó Isolde, con creciente curiosidad.

—Si nos casamos, desearía que comenzáramos una familia de inmediato y eso implicaría que viniera al menos cuatro veces por semana, si está de acuerdo. Tendríamos habitaciones separadas, por supuesto, unidas por un vestidor compartido. Tendría una paga semanal generosa y libertad para asistir o hacer lo que le plazca. Yo pasaría algunas noches en mi club y...

Incluso a la luz de la luna, Isolde vio el color intenso que marcaba las mejillas de Wardoor. —¿Y qué?

Se aclaró la garganta, con un poco de dolor opacando su sonrisa. —Quiero ser honesto, Isolde, pero temo que lo que diga a continuación pueda resultar en que la pierda... y no quiero eso.

—Dígame. Valoro la honestidad por encima de cualquier otra cosa.

—Tengo una amante y, si me caso, eso no es algo que deseo cambiar, —confesó y la detuvo: —¿Qué piensa sobre eso?

Por un momento, Isolde se quedó sin palabras, pero revisó sus emociones, buscó celos, enojo o resentimiento y no encontró nada. El hombre que tenía delante le estaba ofreciendo un hogar con niños y solo le pedía una cosa a cambio: mantener una amante. Si lo hubiera amado hasta el fondo de su ser, nunca permitiría que eso ocurriera, pero no lo amaba. En todo caso, Wardoor era un amigo y nada más. —No se torture, Wardoor. Si desea vivir su vida después del matrimonio de la misma manera que lo hace ahora, no lo voy a detener. Confío en que si nos casamos garantizará mi salud, felicidad y bienestar y que, si deseo que termine su relación, lo hará, sin quejarse.

Él frunció el ceño. —¿Se vería pidiéndome tal cosa?

Ella se encogió de hombros. —Ha sido honesto, demasiado, de hecho, y yo también lo haré a cambio. No lo amo y, por lo tanto, su estilo de vida desajustado no afectará mi felicidad. Si le pidiera que abandone ese estilo de vida, será solo porque llegué a amarlo y no quisiera compartirlo con nadie. Si prometo no afectar su vida, ¿puede prometer honrar mi pedido si alguna vez se lo hago?

El futuro de su unión dependía de lo que respondiera a continuación. Isolde contuvo el aliento, curiosa por ver qué diría.

—Puedo prometer eso de todo corazón.

Tomó su mano y la besó. Isolde lo condujo a otro paseo, aún no del todo lista para volver a entrar. —Hábleme de su hogar y sus tierras. ¿Cuáles son sus planes?

Wardoor hizo muchos gestos mientras le contaba sus deseos y planes para la finca en los años por venir. La conversación fue cada vez más animada y, al volver a la casa y unirse a la fiesta, Isolde estaba más a gusto con Wardoor que nunca antes. Era un libertino y las historias sobre Londres de sus conquistas eran tan salvajes como sus jardines, pero eso no significaba que no sería un buen marido. Su honestidad sobre su vida juntos calmó el malestar de Isolde con respecto a la unión y la esperanza floreció en su pecho: lo que anhelaba por encima de todo, tener niños, estaba cerca de hacerse realidad.

Las dos semanas en su finca pasaron volando e Isolde llegó a sentir afecto genuino por Wardoor. No amor; dudaba que pudiera volver a sentir esa emoción, pero sin dudas su amistad y sus actitudes relajadas eran una buena base para un matrimonio, si él se lo proponía.

En la última noche, Isolde se encontró caminando una vez más con Wardoor después de la cena. Un ritual que habían mantenido desde la primera noche. Frenó a orilla del lago y giró su rostro para mirarla a los ojos. Un brillo de sudor goteaba en su frente y brillaba a la luz de la luna. Nunca antes lo había visto tan pensativo y asustado e Isolde se preparó para la propuesta que vendría. —Me parece que sabe que quisiera, más que nada en el mundo, casarme con usted, Isolde. Que se convierta en la marquesa de Wardoor. La fiesta, que trajo una pequeña porción de la sociedad a mi finca, fue todo un esfuerzo por alejarla, tenerla sola para mí y fuera de Londres, para poder hacerle una pregunta que estuve pensando mucho desde hace algún tiempo.

Se quedó inmóvil, insegura de cómo responder. Se había preparado para escuchar esa pregunta por parte de Wardoor. La oportunidad de seguir adelante, de forjar un futuro con un matrimonio e hijos brillaron ante ella; si tan solo pudiera dar un salto de fe y esperar lo mejor. —Yo...

—¿No está segura?

Él frunció el ceño y ella pudo ver el dolor que le causó su pausa para responder. Sacudió los pensamientos que siempre atormentaban su mente. Si decía que sí, en solo un año, si Dios quisiera, podría estar embarazada de su primer hijo. Viviendo en el campo, de nuevo en su amada Inglaterra, segura y feliz: era lo mejor que podía estar en estas circunstancias.

—Soy mayor de edad, Isolde; ya es hora de que me case. Debo tener un heredero y deseo que mis hijos la tengan como madre. Quiero que construyamos una vida juntos de respeto mutuo y necesidad, si me acepta, por supuesto. —Tomó sus manos y ella notó que estaban temblando. —He tenido un pasado salvaje como bien sabe y sabe cómo ese estilo de vida puede impactar sobre usted, si dice que sí, —añadió, encogiéndose de hombros. —¿Se casaría conmigo sabiendo quién soy y cómo deseo continuar? ¿Sería mi esposa?

—¿Piensa que soy una tonta por no saber qué decir? —le preguntó. La condujo más hacia los jardines que bordeaban el lago, donde ninguna luz del camino podía interferir en su accionar.

—Déjeme besarla. Déjeme mostrarle lo que puedo ofrecerle como esposo. Puedo hacerla feliz, estoy seguro de eso. Me voy a esforzar por hacer que todos y cada uno de los días de nuestro matrimonio sean placenteros, incluso agradables, si me permitiera intentarlo.

Ella se mordió el labio. —Yo... Mmm... —maldijo su estupidez por pensar en Merrick ante la mención de la palabra placer. ¿Podría besar a otro hombre? El único caballero al que había permitido tales privilegios había sido Merrick, y, curiosamente, parecía una traición querer intentar eso con otro. Un pensamiento absurdo que hizo a un lado en el momento en que apareció. —Sí, puede besarme.

Wardoor, sin pensarlo, la tomó en sus brazos e hizo exactamente lo que le había pedido. Bajó la cabeza despacio y deslizó sus labios contra los suyos con delicadeza, instándola a responder.

Ella cerró los ojos para disminuir los nervios que sacudían su cuerpo. No quería pensar en el hecho de que cuando cerraba los ojos no podía ver quién la besaba y podía disfrutar de ser el centro de la intención y el propósito de alguien.

Las manos de Wardoor acunaron su rostro mientras profundizaba el beso. Ella se abrió para él, permitiéndole convencerla de que fuera suya: dejó que ese hombre, que era dulce y trataba de cortejarla con desesperación, ganara su mano. Hizo todo lo que pudo para que el beso fuera satisfactorio y persuasivo, pero su cuerpo se negaba a reaccionar de la forma en que siempre lo hacía con Merrick. Pero uno no siempre podía tener todo lo que deseaba y lo que Wardoor le ofrecía era una muy buena opción para ella. Así eran la mayoría de los matrimonios que conocía en la sociedad, excepto los de Anne y su hermana Elizabeth.

—Cátese conmigo, Isolde. La cuidaré, lo prometo, —susurró contra sus labios, besándolos con suavidad.

Sus palabras sonaron sinceras y dejó de lado todas las preocupaciones que habían retenido su respuesta. —Me voy a casar con usted, mi lord.

La besó de nuevo, un rápido roce de labios, antes de acompañarla de regreso a la casa. —Voy a hablar directamente con su madre y a pedirle el consentimiento a su hermano cuando regresemos a la ciudad. ¿Está de acuerdo?

—Sí, me parece adecuado.

Ella lo siguió; no estaba segura de cuáles eran sus sentimientos sobre toda esta situación. Era muy diferente a la última vez que se había comprometido. La felicidad que había tenido con Merrick, la seguridad con respecto a lo que estaba haciendo, sin lugar para dudas. Pero Wardoor había sido honesto y estaba comenzando esta unión con los ojos bien abiertos. Una vez que se casara y engendrara su primer hijo, todas sus preocupaciones no serían más que un recuerdo tonto para borrar.

—Voy a hacer que se lean las prohibiciones y se envíe un mensaje a Londres esta noche para que se haga público el anuncio. Podemos casarnos en un mes, si le agrada hacerlo. No veo ninguna razón por la que debemos esperar.

Isolde ignoró los nervios acumulados en su estómago. —Estoy de acuerdo. Deberíamos casarnos tan pronto como se arregle. Estoy segura de que mi madre nos va a ayudar y una boda en la ciudad durante la temporada social debería permitir que todos nuestros amigos asistan.

Atravesaron las puertas de la terraza e Isolde notó que su madre miraba la entrada con un interés calculado. Él tomó dos copas de champán de un criado que pasaba y llamó la atención de los invitados. Su hermana Alice abrió los ojos y los lanzó como dardos entre ella y Wardoor. El pánico la atrapó al darse cuenta de que se había olvidado de hablar con su madre antes de hacer público el anuncio. Isolde tomó un gran sorbo de vino y gesticuló "perdón" a su madre, que le devolvió una sonrisa afable y comprensiva.

—Gracias a todos por tomarse su tiempo para salir de la ciudad y venir a mi finca. Ahora, me complace poder anunciar que Lady Isolde Worthingham aceptó ser mi esposa y nos vamos a

casar antes de que termine la temporada social. —Levantó su copa de cristal y la instó a hacerlo también. —Por nosotros, mi lady. Que siempre honre nuestros votos y que nuestra vida no sea más que felicidad y prosperidad.

—Por nosotros, —lo imitó Isolde, levantando su copa y luego sonriendo, mientras todos los presentes se acercaban a felicitarlos. Alice se acercó a lo último y, excusándose con Wardoor de que deseaba discutir los detalles de la boda, la apartó a un lado.

En el momento en que estuvieron fuera a solas, susurró: —¡Dijiste que sí!

Isolde no estaba segura si era una afirmación, una pregunta o incluso una declaración indignada. Asintió con la cabeza, recordando que el futuro que deseaba tener podría comenzar en el momento en que dijo "Sí, quiero".

—Así lo hice y es lo mejor. Por favor, no intentes convencerme de lo contrario. Me dará un buen hogar y la oportunidad de tener hijos propios. Sabes que es mi mayor deseo.

Alice se desplomó y luego la abrazó con ganas. —Iba a tratar de hacerte entrar en razón, tal vez mirar al pasado para luego analizar el futuro, pero veo que tu decisión ya está tomada y no la voy a cambiar por ti. De corazón espero que tu sueño de ser madre se haga realidad y tu corazón se llene de felicidad otra vez.

Isolde entendió con exactitud lo que su hermana quería decir con esas palabras y estaba agradecida por su honestidad. —Espero que tengas razón y estoy dispuesta a hacer todo lo posible para asegurarnos de que tengamos un matrimonio feliz.

—Sé que lo harás.

Alice la abrazó de nuevo e Isolde luchó contra la picazón detrás de sus párpados. Wardoor era una buena elección: segura y honesta. Todo sería para bien. Estaba segura de eso.

Merrick pasó una semana con William en su finca en Wiltshire antes de que su hombre de negocios lo convocara de regreso a la ciudad. La misiva era precisa e iba directo al grano. Su esposa, y sus actividades nocturnas en las entrañas de Londres, se estaban volviendo extremas y más peligrosas para ella y el bebé que llevaba en su vientre. Tenía que detenerse y, por Dios, él lo lograría, si era posible.

Miró la imagen de dibujos animados de la duquesa en el periódico de la mañana, luchando por no enfurecerse. El dibujo mostraba a Leonora con su panza abultada, sentada incómoda sobre un hombre, sin duda Lord Barkley, con una bebida en una mano y un cigarro en la otra. Era un desastre. Y no solo para ella, sino para su familia y todo lo que ellos representaban. Era la hija de un vicario, por el amor de Dios. ¿Cómo podía caer tan bajo?

Una voz en su cabeza murmuró que era su culpa y de nadie más. Que la había convertido en quien era hoy: una mujer fría y calculadora que vivía sin el amor y el apoyo de su esposo.

Un alboroto en su vestíbulo le llamó la atención, se puso de pie y salió de la habitación para

ver de qué estaban hablando los sirvientes. Una criada subió corriendo con sábanas, otra con un cubo de agua humeante.

—¿Pasó algo? —preguntó, atrapando a la jefa de las amas de llaves que seguía a las sirvientas escaleras arriba.

—Su Excelencia, —dijo e hizo una pequeña reverencia. —Llegó el momento de la duquesa. Debería tener un nuevo hijo o hija dentro de unas horas.

Merrick asintió con la cabeza, la vergüenza se apoderó de él cuando, al escuchar tales noticias, no sintió más que ira y desdén. Solo había pensado en Leonora como una amiga, antes de su engaño la noche antes de su boda con Isolde. Después, la había odiado más de lo que nunca pensó odiar a nadie. Y ahora, con la llegada de un niño que no era suyo, un niño al que le daría su apellido, lo alimentaría y vestiría, su odio hacia su esposa era aún más profundo. Lo que le había hecho era imperdonable y no importaba cuán equivocados estuvieran esos pensamientos, no podía preocuparse por lo que le sucedía a la mujer que estaba allí arriba.

Los gritos se hacían notar en la tranquilidad de la casa, seguidos de otras mujeres y sus órdenes. Merrick entró en su biblioteca y cerró la puerta; solo levantó la vista del periódico del día cuando escuchó los murmullos del doctor a quien recibieron en el vestíbulo y luego se dirigió escaleras arriba.

Merrick continuó leyendo el periódico; al estar unos días fuera de la ciudad, se había perdido todo lo que había sucedido en Londres. La sección de negocios y las noticias políticas prácticamente no cambiaron, pero el anuncio de una boda, prevista como el evento de la temporada, llamó su atención con repugnancia. Un escalofrío le recorrió la espalda cuando se imprimieron en blanco y negro ante él las siguientes palabras: compromiso entre Lady Isolde Worthingham, hija del difunto duque de Penworth, y Blake Marlborough, marqués de Wardoor.

No podía ser cierto... Respiró hondo, se recostó en la silla, se pasó una mano por el pelo antes de levantar el papel y leerlo una vez más, para no cometer un error. Pero no, allí estaban impresas, en pequeñas letras burlonas, esas palabras que tenían el poder de detener su corazón que latía demasiado rápido en el pecho.

Merrick se puso de pie y se sirvió una gran copa de coñac, tomándosela de un trago. ¿Cómo se atrevía Wardoor, que se suponía era su amigo, aunque su relación había estado tensa últimamente, a hacerle algo así? Pero, ¿por qué no lo haría, si Lady Isolde, una mujer pura y amable, de buen carácter, podía ser su esposa? También ayudaba que ambos fueran solteros, de edad similar y circularan en la misma esfera de amigos.

Y ahora que Wardoor había vendido una de sus propiedades, ya no estaba en deuda con Lord Barkley, al menos eso le había informado su mayordomo. Con una base más segura para comenzar un futuro con Isolde y con la dote de su esposa, que era una suma muy grande, estarían cómodos, por así decirlo, como también lo estarían los niños con los que fueran bendecidos en el futuro. Al pensar en Wardoor teniendo un hijo con Isolde, se le revolvió el estómago y se puso de pie. Caminó hacia la ventana y se soltó la faja. No quería que se casara con otro. Era un

maldito egoísta: quería que siguiera siendo una solterona, alguien a quien pudiera admirar desde lejos y saber que, sin importar lo que otros pensarán, él era suyo y viceversa. Siempre.

Un ligero golpe sonó en la puerta y se volvió, dando una repuesta más brusca de lo que debería. —Sí.

Entró su mayordomo, con una leve sonrisa levantando sus labios. —Su Excelencia, tengo buenas noticias.

Merrick cerró la ventana y se apoyó contra la misma. Luchó por mostrar algo de emoción además de la indiferencia ante lo que estaba a punto de decirle. —Dígame, —le indicó, con una pequeña sonrisa.

—La duquesa dio a luz a una hija sana. Está en la habitación con la nodriza ahora, si desea visitarla. La duquesa goza de buena salud y se está recuperando. Solicitó paz y tranquilidad.

—Gracias, —respondió, mirando cómo su mayordomo se inclinaba y se iba, cerrando la puerta apenas con un ruido. Merrick se quedó mirando fijo la madera oscura; su mente se encontraba en un conflicto sobre qué hacer. ¿Deseo ver a la niña? No, honestamente, no le importaba un comino el bebé, pero la morbosa curiosidad sacó lo mejor de él y, en cuestión de minutos, se encontró subiendo las escaleras y yendo a ver a la hija que llevaría su apellido, aunque no llevara su sangre.

La nodriza se paró junto al pequeño catre, meciéndola lento mientras una pequeña figura dormía debajo de las mantas blancas. Ella lo saludó con calidez y se hizo a un lado mientras iba a inspeccionar a la niña. Pensó que vería a Lord Barkley mirándolo fijo, una imagen horrible y que podía causarle pesadillas...

En cambio, una niña pequeña y delicada, con nariz de botón y labios perfectos, yacía durmiendo, con un poco de leche seca en el labio inferior. Sus pequeñas manos perfectas se aferraban a la manta de lana como si nunca la fueran a soltar y sus orejas estaban ligeramente cubiertas por rulitos oscuros.

La vergüenza se apoderó de él por haber pensado en ser indiferente a esta pequeña. Se frotó el mentón, se inclinó por instinto y, sin pensarlo, la levantó y la colocó sobre su hombro. Le frotó la espalda tal como solía hacer con William cuando tenía dolor de estómago. Ella emitió sonidos dulces de gorgoteo. Entonces Merrick caminó hacia la silla más cercana, se sentó y la sostuvo de frente para mirarla mejor. Era la cosita más adorable que había visto en su vida. Besó sus dulces mejillas y nariz hasta que le dejó en claro que no le agradaba.

—Eres tan bonita como una flor. Creo que te vamos a llamar Lily. Lady Lily te quedará muy bien. —Contó sus dedos de manos y pies y se maravilló por su tamaño minúsculo. —Eres mi hija y prometo que a partir de este día nada te lastimará. Tendrás todo lo que tu corazón desee y más. —Lily se agitó en sus brazos y él sonrió, mirando a la nodriza. —Bajo ninguna circunstancia la duquesa puede llevar a esta niña al aire libre o estar a solas con ella. ¿Entendido?

La nodriza abrió sus ojos húmedos con asombro, pero asintió. —Sí, su Excelencia, lo que usted diga.

—Su nombre es Lily y deseo que la lleven a mi estudio cuando no esté durmiendo para poder verla. Por supuesto que también la veré aquí durante todo el día. Si necesita o le preocupa algo, no dude en venir a buscarme. La ayudaré, sin lugar a dudas.

—Gracias, señor. Así será.

Merrick se levantó y le dio a Lily otro besito antes de entregarla a la nodriza. —Creo que la desperté un poco. Tal vez necesite alimentarse de nuevo.

La nodriza sonrió. —Creo que tal vez tiene razón.

Tomó a la niña y Merrick la observó por un momento antes de dejar a la mujer sola con su hija. Se dirigió a la habitación de Leonora, golpeó una vez y entró. Estaba tumbada en la cama, frente a las ventanas. Caminando hacia ese lado de la habitación, se sentó y la miró. —Me gustaría llamar a la niña Lily. ¿Qué te parece?

—Has lo que quieras con ella. —Suspiró. —Estoy cansada, por favor, vete. —Rodó sobre su espalda y miró al techo.

—No debes sacar a la niña como lo hiciste con William. En tu condición, no se puede confiar en ti. ¿Entendido?

Estaba siendo duro y este quizá no era el mejor momento para discutir con su esposa. No después de haber dado a luz. Pero ahora que había visto a su hija, una urgencia abrumadora de protegerlos contra la mujer ante él anuló todos los cuidados.

Ella lo fulminó con la mirada: su rostro distorsionado con tanto odio que apenas la reconoció. —¿Mi condición? Por favor, dime lo que quieres decir con esa afirmación.

—Que eres adicta al láudano y al opio. Que tienes tendencia a sacar a nuestros hijos y dejarlos en las entrañas de Londres, a merced de cosas terribles que les puedan suceder.

—Olvidé a William una vez y sobrevivió. No seas tan aburrido, Merrick. Fuiste divertido solo una vez y tuve que rellenar tu bebida con opio para obtener el resultado que deseaba.

—¿Cuándo manipulaste mi bebida? —preguntó, aunque sabía cuál sería su respuesta. Lo había sospechado por años.

—En la noche que te seduje en Mountshaw. Sabía que para que te acostaras conmigo sin saber quién entraba en tu cama, se necesitaba algo un poco más fuerte que el whisky. Y me alegra que mi plan funcionó. —Sonrió con malicia. —Pero eres muy tedioso de soportar; tal vez debería haber permitido que te casaras con tu aburrida Isolde, después de todo. Eres más adecuado para ella. Leonora se echó a reír, con un dejo de locura.

Era una pregunta que él mismo se había hecho a menudo. ¿Por qué Leonora se había querido casar con él? Desde el primer momento después de sus votos, dejó en claro que no le importaban ni él ni sus pensamientos. Le había llevado solo unas pocas semanas darse cuenta de que quería el título de duquesa y triunfar sobre Isolde más que cualquier otra cosa. Incluso fue capaz de amenazarlos a todos para lograr esa victoria. —Tus *supuestos* amigos te perjudican al pensar que tal comportamiento es una forma aceptable y saludable de vivir. Me da vergüenza llamarte esposa.

—Bueno, —le respondió, sin parar de reírse, —es una *lástima* que no puedas hacer nada al respecto. —Lo miró a los ojos, sin ninguna emoción detrás de su oscuridad. —Ahora vete. Quiero volver a estar bien para poder divertirme sin ti; tu presencia no me deja mejorar.

Él la ignoró. —Compré una casa para ti y en este momento tus doncellas están empacando tus cosas para llevarte allí. No voy a vivir bajo el mismo techo que una mujer que me rechaza. No dejaré que la parte más vulnerable de esta sociedad honre este hogar. Los niños deben estar protegidos de tus andanzas y, si eso significa que debes vivir en otro lugar, entonces es un precio que estoy dispuesto a pagar.

—¿Tus hijos? Solo William es tuyo. —Sonrió burlona. —Qué trampa te tendí. 'El duque engañado' debería llamarte. ¡Pero qué triunfo! Pobre Isolde, todavía te anhela, tantos años después.

Merrick apretó los dientes; odiaba tener que aceptar esa parte de la realidad. Lo habían engañado y había sido un tonto por no darse cuenta de ello, incluso ahora. —Los niños son míos y no voy a dejar que nadie difame su apellido, ni siquiera su madre. Esto es una advertencia, Leonora. Y es lo mejor para ti.

—¿Quieres saber quién es el padre de tu preciosa Lily? Nunca lo adivinarías.

Merrick se puso de pie; no estaba dispuesto a escuchar más. Era tan cruel como una serpiente venenosa, buscando golpear y herir a cualquiera que se acercara. —En cuanto te sientas mejor, te irás. No podemos divorciarnos y recibirás un pago mensual, pero si te excedes en gastos, no pienses en pedir más, ya que no te los otorgaré.

—Cómo te atreves, bastardo. ¿Cómo te atreves a darme órdenes? A tu esposa.

—Es muy fácil y debería haberte apretado las riendas hace años. Me avergüenzo de mí mismo por no haberlo hecho.

Merrick se puso de pie y caminó hacia la puerta. Leonora retiró las mantas hacia atrás y salió de la cama, arrastrando los pies, para seguirlo.

—Te odio. Eres tan pomposo como esa tonta llorona de Isolde. Siempre correcto, siempre amable con los necesitados. Me das asco.

Se acercó con fuerza a él y lo golpeó en la cara. Merrick entrecerró los ojos por el dolor y salió, llamando a un criado que andaba por el pasillo.

—La duquesa tiene que descansar. No debe salir ni recibir visitas.

El criado no pudo disimular bien el asombro en sus ojos, pero asintió y se paró junto a la puerta de la duquesa.

Leonora se asomó al pasillo y sonrió como una mujer sin escrúpulos. —El padre de la niña es Wardoor. ¿Cómo crees que Isolde va a tomar la noticia? —Merrick se detuvo. —Es una historia divertida y estoy segura de que quieres escucharla, así que te la voy a contar. —Salió al pasillo, pasó una mano por el pecho del criado y el muchacho se sonrojó con furia. —Encontré a tu amigo más cercano, desmayado en la guarida de opio donde encontraste a William ese día. Bastante desnudo, podría agregar. Bueno... —hizo una pausa, sonriendo de nuevo, —desde el

pecho hacia arriba, en cualquier caso. Tenía curiosidad por saber si un hombre inconsciente podría funcionar como a mí me gusta, por lo que puedes imaginar mi placer cuando descubrí que podía. Lord Barkley también disfrutó el espectáculo y desde entonces nos hemos reído mucho de él.

Merrick la miró un momento: no quería escuchar más ni comenzar otra discusión. Se encontró con su mayordomo en la escalera mientras empezaba a bajar. Cuanto más lejos de su esposa pudiera estar, mejor. No tenía remedio. Ninguna mujer con autoestima podría hacerle algo así a otro ser humano y menos regodearse después de eso.

—Por favor, ayude a la duquesa a volver a la cama. Me temo que no es ella misma.

Su mayordomo asintió y caminó hacia Leonora, que siguió a Merrick, inclinándose sobre la baranda.

—Su pene es grande y maravilloso, Merrick. Grueso y largo. Isolde estará muy complacida cuando se acueste con él, ahora que se van a casar, —seguía hablando mientras bajaba las escaleras y su risa resonaba por la casa. —Sé que lo sabes. La noticia apareció casi en primera plana en el periódico de la mañana.

Merrick se dio vuelta y la miró a los ojos. —Vuelve a tu habitación, Leonora. Creo que es justo decir que no tenemos nada más que decirnos, ahora o nunca. De hecho, —continuó, —si estás tan bien como para estar fuera de la cama, podré lograr que te mudes de aquí antes de lo que pensaba.

Ella resopló. —Ah, te encantaría eso, ¿no? Pero no voy a ninguna parte, querido esposo. Tengo la intención de ser tu encantadora esposa durante mucho tiempo. —Leonora bajó corriendo las escaleras, con los ojos furiosos de ira. —Siempre pensaste...

Merrick se acercó cuando notó que pisó en falso. Un grito penetrante rasgó el aire y, horrorizado, observó a Leonora tropezar sola, caer hacia adelante y golpearse con las escaleras de mármol haciendo un ruido repugnante. Corrió hacia ella mientras yacía al pie de las escaleras, con sus ojos sin vida mirando al techo, su cuerpo en un ángulo incómodo. Con dedos temblorosos, Merrick le tocó el cuello y sintió que el hueso estaba roto. Se inclinó para escuchar los latidos del corazón, pero no sintió ningún sonido reconfortante en su pecho. Se le revolvió el estómago. ¿Qué acababa de pasar? No podía ser. No esto. No importaba cuánto odiara a Leonora, nunca la querría muerta. El mayordomo se arrodilló junto a Leonora, con los ojos muy abiertos en estado de shock.

—¿Su Excelencia?

Merrick se dejó caer al suelo: sentía al personal ducal que los rodeaba, pero casi no los podía ver. —Llaman al médico. —Cuando su criado no se movió, gritó: —¡Ya!

El mayordomo envió a dos criados para que cumplieran con su voluntad. Merrick no estaba seguro de si debía mover a Leonora. Se puso de pie y fue a buscar una manta en su biblioteca. Al volver al vestíbulo, la colocó sobre ella y se sentó, cerrándole los ojos, como si estuviera dormida.

Se quedó allí hasta que llegó el médico, quien confirmó su propia suposición de que había muerto durante la caída. El médico ayudó a los sirvientes a organizar el regreso de Leonora a su habitación. Merrick convocó a su hombre de negocios para que preparara el funeral.

Se dejó caer en la silla de cuero de su escritorio: las últimas palabras con Leonora resonaban fuerte y atormentaban su mente. Se encogió de hombros, de pie, y se sirvió una gran copa de coñac. Esperaba que el líquido ámbar ahogara la horrible situación en la que se encontraba. La bebió rápido, volvió a llenar el vaso de cristal, caminó hacia el sofá delante del fuego y miró las llamas, pero no sintió el calor.

¿Cómo pudo haber sido tan cruel? ¿Cómo pudo haber dicho esas palabras a su esposa? Se quedó mirando las llamas anaranjadas que rozaban la leña, deseando poder recuperar las últimas dos horas de su vida, aunque sabía que no podía. La idea de preparar a Leonora, una mujer tan joven, para descansar para siempre, no era algo que deseara contemplar. Ni el hecho de que tendría que decirle a William que su madre había muerto, de forma tan trágica.

Un ligero golpe sonó en la puerta.

—Adelante, —dijo, sin mirar para ver quién se metía.

—Su Excelencia, —dijo el médico, acercándose a donde estaba sentado y tomando asiento él también, a pesar de que Merrick no se lo ofreció. El hombre corpulento colocó su bolso en el suelo y juntó los dedos en su barbilla. —Creo que lo mejor sería, dadas las circunstancias, decir que la duquesa falleció durante el parto. Acabo de pasar la última hora con una doncella desconsolada que me contó que usted compró una casa para su esposa y que la iba a enviar allí, en lugar de vivir con usted.

Merrick frunció el ceño y miró al doctor. —¿Y qué con eso? No era ningún secreto que nuestro matrimonio no estaba basado en el amor y estoy seguro de que sabe que la niña nacida hace solo unas horas no es mía. Toda la *sociedad* sabe de nuestra desastrosa unión, pero no veo por qué debería mentir sobre su muerte.

—¿No lo ve? —El doctor se recostó en su silla y Merrick se preguntó cómo podía parecer tan tranquilo en ese momento. Su propia sangre bombeaba con rapidez en sus venas y no importaba cuántas copas de coñac consumiera, algo le decía que no lo ayudarían en lo más mínimo.

—No. No puedo.

El doctor suspiró. —Algunos pueden pensar que no fue un accidente. Y antes de que diga lo contrario, sé que hubo testigos de lo que ocurrió, pero no sería la primera vez que un hombre de influencia pague a sus sirvientes para que se callen.

—No maté a mi esposa. —Merrick se inclinó hacia delante en su silla y golpeó su vaso contra la mesa de caoba que tenían delante. —¿Eso es lo que está insinuando?

—Sé que no maté a Su Excelencia, pero, para evitar que su nombre se empañe más, sería mejor que declarara que murió de complicaciones durante el nacimiento de su hija. La sociedad no necesita saberlo todo.

Merrick se levantó y se apoyó contra la pared cuando se balanceó. —Ya lo sé.

—Tómese su tiempo y piénselo. —El doctor se levantó, recogiendo su bolso. —Lo siento mucho por su pérdida, su Excelencia. Que la duquesa descanse en paz.

—Gracias, —respondió. Momentos después de la partida del médico, entró un criado. —Prepare el carruaje. Me voy a Mountshaw por la mañana. Y, por favor, notifique a la nodriza a cargo de Lady Lily que prepare a la niña para el viaje también.

—Sí, su Excelencia. El mayordomo se inclinó, yéndose tan rápido como había venido.

Merrick garabateó una nota para su hombre de negocios, contándole lo que les había sucedido y ordenándole que contratara a los mejores proveedores de funerarias que pudiera encontrar para llevar a Leonora a Mountshaw para su entierro lo antes posible. Y, después de despedirse de su esposa, Merrick cerraría la casa de Londres y se iría a Mountshaw, donde se quedaría de forma indefinida. Londres y sus presiones y tentaciones perjudiciales se podían ir a la mierda.

Capítulo Trece

Isolde venía entumecida mientras viajaba con su familia a la casa de campo de Merrick, la finca de Mountshaw, para el funeral de Su Excelencia. Nunca había querido volver a ver ese lugar y no se habría esperado regresar para el entierro de una mujer que había sido su amiga de la infancia y enemiga adulta. El crujido de las ruedas en el camino de grava fue fuerte cuando doblaron para cruzar los portones de la entrada. Nadie hablaba. Sus hermanas Victoria y Alice estaban calladas, centradas en sus propios pensamientos; su madre miraba, distraída, el clima gris y lluvioso.

—Ah, qué día triste, —dijo su madre al fin, rompiendo el silencio. —Pensar que Leonora no podrá ver crecer a sus dulces hijos. Es triste de verdad.

Isolde le dio unas palmaditas en la mano y la consoló lo mejor que pudo. No habían recibido mucha información sobre la muerte de Leonora, aparte de que había fallecido después del nacimiento de la nueva bebé. Era casi imposible comprender que la duquesa se había ido. No importaba cuánto se hayan despreciado Isolde y Leonora, la muerte no era algo que Isolde hubiera deseado a la mujer.

—Me gustaría saber cómo pasó. Los rumores que corren en Londres son trágicos y escandalosos. —Alice la miró fijo y continuó: —¡Algunos incluso dicen que había empacado una pequeña maleta y estaba dejando al duque!

—No seas absurda. Bajó las escaleras, perdió el equilibrio de una manera u otra y cayó. Después de dar a luz, me imagino que no estás tan estable sobre tus pies como de costumbre. No quiero que participes en estos rumores sobre la duquesa. Eres mucho mejor que eso, —respondió y la miró unos instantes antes de volver a observar el camino tan familiar por el que transitaban. La última vez que habían viajado por ese lugar, su corazón se había roto en dos y ahora debía presentar sus últimos respetos a la mujer que había sido la causa de que sus sueños quedaran en ruinas.

—Dado que vamos a asistir a la colocación de la duquesa en el mausoleo, el duque nos ofreció quedarnos y acepté.

—¡Madre! —Isolde la miró boquiabierta. —¿Por qué harías tal cosa? Sabes que es incómodo entre Su Excelencia y yo y, con él llorando a su esposa, esto lo hará aún más. Otros asistentes

pensarán que estoy intentando forzar mi regreso a sus afectos. —Se cruzó de brazos. —No lo voy a hacer. Nos quedamos en la posada local.

—No lo haremos. Tu hermano también va a estar aquí, por lo que no se pensará en actitudes impropias durante ese tiempo. Tómalo con seriedad, Isolde.

Ella apretó los dientes. —Estoy siendo seria. No quiero quedarme acá, madre. —Hizo una pausa, pensando de qué otra manera podría persuadir a su madre para irse. —¿Cómo lograste que Josh asistiera? No ha sido agradable con el duque desde la noche en la que lo atrapamos con Leonora.

—Josh acordó, por el bien de los buenos modales, dejar a un lado su opinión sobre Su Excelencia y sus acciones contigo, hasta que regrese a Londres. Tal como lo debe hacer el jefe de esta familia.

—Si nos quedamos, las lenguas comenzarán a hablar. No me gusta la situación en absoluto.

Su madre suspiró, mirándola fijo: sus gestos no daban lugar a discusión. —No somos la única familia que se quedan, debido a lo lejos que estamos de Londres. Actúa de forma civilizada y como la dama que criamos. Bueno, creo que estamos por llegar.

Mirando por la ventana, Isolde observó los grandes robles que bordeaban el camino, hasta que divisó la casa. Estar aquí sacaba a la luz todas las emociones que había embotellado y empacado. No estaba lista para verlos de nuevo: un hogar que había adorado y el hombre, con quien nunca podría estar.

A medida que el carruaje se detenía, solo los criados salieron a saludarlos: una bienvenida cálida, pero con un tono muy sombrío. Isolde siguió a su mamá hacia la casa: una vez más se asombraba por su gran tamaño, hermosos muebles y amplias habitaciones luminosas que siempre le habían recordado a Dunsleigh y eran tan diferentes de su futura casa con Wardoor.

Merrick salió desde la biblioteca: las ojeras rodeaban sus ojos y una mirada embrujada dominaba su rostro. Lo estudió un momento y, aun sabiendo que su matrimonio con Leonora no era feliz, pudo percibir su cansancio emocional. El hecho de que hubiera una nube de sospechas sobre la forma en que Su Excelencia había muerto tampoco ayudaba.

—Su Excelencia —Isolde saludó e hizo una reverencia. Él centró su atención en ella, pero sus ojos se movían con cautela.

—Lady Isolde. —Se inclinó y saludó a la familia también, antes de convocar al personal para mostrarles sus habitaciones. —Cuando se hayan asentado, tenemos un pequeño banquete en el salón.

En el momento en que ofreció la invitación, caminó de regreso a la biblioteca y cerró fuerte la puerta.

—Vamos, queridas. Vamos a instalarnos y aventurarnos a tomar una taza de té. Lo necesito mucho.

La habitación que le asignaron, por fortuna, era diferente a la de la última vez que se había alojado allí. Esta daba al frente de la casa y podía observar a los invitados que llegaban a

presentar sus respetos. Vio frenar carruaje negro tras carruaje negro. Reconoció a la mayoría: gente que le habían presentado, pero con quienes no había socializado mucho, debido a su tiempo fuera en Escocia. Miró hacia la colina donde estaba el mausoleo y pensó en su amiga de la infancia. Pensar que Leonora descansaría para siempre mañana por la noche, en la fría estructura de piedra, le provocaba dolor en el pecho; nunca pensó que ocurriría. Todo fue un desperdicio. La vida podía ser tan cruel. No podía ser que se llevara a alguien tan joven, mucho antes de su tiempo.

La campana de la cena sonó abajo y se cambió rápido antes de bajar. La cena esa noche fue triste, la charla se llenó de silencios y Su Excelencia, que les había ofrecido a todos una noche feliz, no participó en la comida, sino que optó por encerrarse en la biblioteca de nuevo.

Afortunadamente, el servicio de cena fue corto. Después de las muchas horas de viaje, deseaba descansar y alejarse de sus compañeros actuales, ya que su charla era deprimente.

Y mañana sería peor.

Así lo fue.

Ver al pequeño William, sosteniendo la mano de su padre mientras las lágrimas corrían por sus mejillas regordetas, produjo lágrimas en sus propios ojos. Miró el ataúd mientras lo llevaban a la bóveda y perdonó a Leonora. También rezó por su perdón después de tantas palabras hirientes en las últimas semanas.

Se secó una lágrima, sorprendida de lo emocional que estaba con una mujer que había sido tan cruel con ella. Miró hacia el cielo, recordando las anécdotas divertidas que tenían de cuando eran niñas. Se pasaban haciendo travesuras y jugando con sus criadas que con seriedad les arreglaban el pelo como a las damas de la *sociedad*. Esta Leonora de hace solo unos días no era la chica que había amado y que siempre recordaría. El opio había consumido a esa chica e Isolde estaba avergonzada de no haber hecho nada para ayudarla a superar su adicción. Debería haber intervenido y haberla hecho entrar en razón. Debería haber dejado de lado sus diferencias y haber sido su amiga.

—Ven, querida; ya se acabó.

Se volvió hacia su madre y miró el carruaje. Notó que Merrick colocaba a William en su carruaje para volver del mausoleo. Se quedó solo unos instantes; la lluvia marcaba su abrigo mientras veía cómo cerraban y trancaban las puertas.

—Los funerales son muy tristes, hacen que no quieras asistir ni siquiera al tuyo, —dijo Alice, subiéndose al carruaje y sentándose junto a Isolde.

Isolde frunció el ceño mientras se preguntaba si alguna vez Alice hablaba con sentido. —Es algo de lo que ninguno de nosotros puede escapar, me temo, —agregó.

—No quiero ser sepultada en un muro o enterrada. Odio los espacios confinados. Quiero ser libre como un caballo al galope, soplar en el viento y sentir la lluvia en mi cara. —dijo Victoria al subir al carruaje. —Eso es lo que deseo.

—Por desgracia, no es viable dejar un cadáver tendido en un jardín. —contestó Isolde,

colocando la manta del carruaje sobre sus piernas y las de Alice.

—Si me quemaran, lo sería.

—Basta de hablar de la muerte y de lo que quieren que se haga con sus cuerpos. —Su madre suspiró. —A veces me pierdo con ustedes, chicas.

Victoria le dio una palmadita en la mano a su madre, sin decir nada más sobre el tema.

—¿Me pueden excusar de cenar esta noche, mamá? Preferiría comer en mi habitación, —preguntó Isolde, sin deseos de asistir a otra cena como la de la noche anterior. Mañana se irían y cesaría la terrible agitación en su estómago por estar tan cerca de Merrick y no poder consolarlo. Miró por la ventana, balanceándose un poco mientras el carruaje se dirigía hacia Mountshaw. Con el tiempo, Merrick estaría bien de nuevo y dejaría de parecer un hombre envuelto en una armadura. No era su deber preocuparse por él. Tenía que pensar en su propio futuro. En especial ahora, que se casaría con Wardoor en unas pocas semanas.

—Por supuesto. De hecho, cualquiera de ustedes puede evadir la cena. Dudo que se nos extrañe y nadie desea socializar, en cualquier caso.

Cuando llegaron a la finca, ya estaba anocheciendo. Isolde se dirigió a su habitación y ordenó agua para lavar. Tomó la sopa con un poco de pan y se acostó, tentada por la cama. Sin embargo, por mucho que lo intentara y ajustara la almohada, no se lograba dormir. Envolviendo un chal sobre sus hombros, salió de la habitación, bajó las escaleras y se dirigió hacia la biblioteca. La excesiva tranquilidad y oscuridad de la casa generaban un ambiente misterioso: solo se veía una lámpara al lado de la puerta principal con la mecha casi apagada.

La puerta de la biblioteca estaba un poco entreabierta y entró. Encendió una lámpara con la pequeña vela que llevaba. Soplando su vela, tomó la lámpara y la enfocó hacia las librerías. Una sombra apareció cerca del fuego y ella sofocó un grito.

Merrick estaba de pie ante la estufa oscura, pateando ociosamente los troncos hechos carbón. Sus hombros estaban encorvados y, si ella no hubiera entrado en la habitación, él habría estado allí en plena oscuridad.

—Lo siento, Su Excelencia. No sabía que todavía estabas despierto. —No se dio vuelta ni la saludó. De hecho, no tuvo ninguna reacción. Isolde entró un poco en la habitación, sin saber si debía quedarse o irse. —¿Te parece si me llevo un libro para leer? No puedo dormir.

—Al parecer, ambos sufrimos el mismo problema. —Con una última patada a las brasas, caminó hacia un sillón cercano y se sentó, descansando la cabeza contra la parte posterior. —Puedes tomar cualquier libro que quieras.

—Gracias.

Caminó a la estantería justo delante de ella y agarró la primera novela que encontró, sin importarle de qué se trataba. Se volvió para salir, pero le llamaron la atención la palidez de su piel y el decantador de coñac vacío en el aparador. Frunció el ceño, se acercó y se sentó junto a él. —¿Cuándo fue la última vez que comiste, Merrick?

Él se encogió de hombros. —Ayer. —Hizo una pausa. —Eso creo. —Isolde se puso de pie e

hizo sonar la campana antes de volver a sentarse. —¿Qué estás haciendo?

Merrick se sentó, mirándola por primera vez. Con una mirada desenfocada. —Cuando te pregunté sobre la comida, no me refería a algo líquido. No puedes sobrevivir a coñac.

El mayordomo entró en la habitación, con el cuello de su chaqueta en un ángulo extraño; se notaba que no había podido ponerse bien el chaleco con la prisa de atenderlos a esta hora. El sirviente hizo una reverencia. —Llamó, su Excelencia.

—No —dijo Merrick y volvió a sentarse. —Yo no fui.

—Yo lo hice —dijo Isolde. —Por favor, prepare algo de comida para Su Excelencia. No ha cenado esta noche.

El mayordomo sonrió un poco, sus hombros se desplomaron de alivio, antes de irse para hacer lo que le ordenó. No hablaron mientras esperaban la comida. En poco tiempo, les trajeron un plato de sándwiches con una jarra fresca de café negro humeante que olía rico y fuerte.

Isolde preparó un plato y lo colocó en su rodilla. —Ahora come y no discutas conmigo.

—¿Cuándo te volviste tan autoritaria?

Mordisqueó una esquina del sándwich, con disgusto en su rostro.

—Crecí, supongo, y con la edad me puse mandona. —Le sonrió y les sirvió a ambos una taza de café. Sin saber qué decir, ella también comió un sándwich, aunque solo fuera para tener algo que hacer. —Debes seguir, por el bien de tus hijos, al menos. Leonora habría querido eso para ti.

Con arrugas profundas marcando su frente, colocó el plato a un lado del asiento. —Si algún día se enteran de la verdad, nunca me van a perdonar. —Se sentó como ausente, mirando el fuego. —Maldita sea, no me perdono a mí mismo.

La desesperación en su tono le partía el corazón; odiaba verlo tan abatido. —Dime qué pasó, Merrick.

No habló por un momento, solo continuó mirando su taza de café. Pasó una mano por su rostro y la tomó por sorpresa al decir: —Y estás equivocada. A Leonora no le importaría un bledo lo que pensemos o cómo reaccionemos a tal tragedia. —Sacudió la cabeza, con desdén. —Diablos, ella pensaría que es una broma y se ofendería de que no haya más gente aquí para presentar sus respetos y de que no se derramaran suficientes lágrimas.

Isolde podía entender lo que quería decir, pero estaba equivocado. —Estás hablando de la Leonora que todos conocemos ahora, pero si hubiera estado pensando con claridad, lloraría la pérdida de su familia joven. Tanto como lamentas la pérdida de ella en tu vida. Debes creer eso.

Él se encogió de hombros. —La maté, Isolde. Aunque tal vez no le haya hecho daño físico; lo hice a nivel emocional. —Merrick se secó una lágrima e Isolde permaneció en silencio, dándole tiempo para ordenar sus pensamientos. —Si quieres saber lo que pasó... comenzó después de que fui a ver a nuestra hija para asegurarme de que la estaban cuidando bien. Visité a Leonora poco después y discutimos. Dije cosas que voy a lamentar para siempre.

—¿Qué le dijiste? —Isolde apoyó su café en el piso y dobló sus manos en su regazo.

—Le conté que le compré una casa para ella y que tan pronto se mejorara, haría que la

llevaran a vivir allí de forma permanente. Le notifiqué que su tiempo con los niños sería limitado a partir de ese momento.

Isolde no podía culparlo con respecto a los niños, pero que le dijera que ya no era deseada, después de dar a luz... —Supongo que no le agradaron las noticias.

—¿Crees que fui demasiado duro? —Por primera vez la miró y ella sintió inquietud ante su miseria. Merrick parecía desalineado y desgastado, nada que ver con el duque culto que era. —Ella me tiró en cara que solo William era mío y se burló de que Lily no lo era. Le advertí que no tratara de calumniar su apellido o sentiría mi ira duplicada.

Entonces era cierto. Leonora había tenido una aventura y la bebé que acababa de nacer no era de Merrick. Sintió un gran alivio, seguido de cerca por la culpa de incluso pensar tal cosa, justo en ese momento. —Tú mismo dijiste que Leonora no estaba en sus cabales. Debes tratar de recordar eso cuando estos pensamientos oscuros intenten desequilibrarte. Y con el tiempo, estoy segura de que Leonora se habría acostumbrado a vivir separados.

Claro que lo habría hecho.

Él dejó escapar una sonrisa con autocompasión. —Sí, no era ningún secreto que nuestro matrimonio era un desastre, que era adicta al opio y prefería las entrañas de Londres antes que su familia. Pero se negó a irse y dijo mucho antes del accidente.

—¿Qué pasó que la hizo caer, Merrick? Por favor, cuéntame.

—Nuestra discusión continuó, frente a las miradas de todo el personal. Yo estaba de pie en el vestíbulo, Leonora en el primer piso, cuando empezó a bajar las escaleras. Su pie se enredó en el dobladillo de su pantalón y tropezó. Yo estaba demasiado lejos y no pude atraparla. —Las lágrimas se acumulaban en los ojos de Merrick e Isolde deseaba consolarlo, ayudarlo de alguna manera, pero se contuvo.

—Fue un trágico accidente, Merrick. Por favor, dime que no te culpas a ti mismo.

—Fui despectivo y cruel y mis últimas palabras... Mierda, ni siquiera las puedo repetir en voz alta. Lastimo todo lo que toco. —Sus miradas se encontraron; él con ojos embrujados y enrojecidos. —Te lastimé, lastimé a Leonora...a mis hijos... Los lastimé a todos y no merezco perdón.

—Ah, no. —Isolde no iba a escuchar más de eso: tomó sus manos y las frotó para quitarles el frío. —Aunque no tengo dudas de que ambos dijeron cosas de las que se arrepienten, crueles y afiladas, ninguno podía imaginarse lo que iba a suceder. No voy a dejar que te culpes por esto, Merrick. De ninguna manera.

Él se dejó caer sobre el canapé y el cansancio lo cubrió como una capa. —Debería haberla ayudado como sugeriste. Hace años. En cambio, la despreciaba, la ridiculizaba y le daba la espalda sin pensar en lo que estaba haciendo. Me arruinó la vida y no permití que se olvidara de eso ni un día desde que nos casamos. Si hubiera hecho las cosas bien, nada de esto habría sucedido y estaría viva hoy.

—No eres responsable de sus acciones, Merrick. Y esto fue un accidente, no importa lo que

se diga. —Buscó palabras, pero ¿qué podía decirle a alguien que estaba decidido a ver solo su punto de vista? Y quizás, hoy Merrick necesitaba detestarse, alcanzar el punto más bajo antes de levantarse y seguir adelante con su vida. —Creo que el engaño de Leonora la noche antes de nuestra boda surgió del amor. No lo vi en ese momento y tal vez no quería admitir que mi amiga tenía sentimientos por ti, pero ahora sí lo veo. Todos tomamos decisiones y no siempre resultan como deseamos, pero así es la vida. Leonora eligió vivir así y, aunque admito que parte de la culpa es tuya, ella también es responsable.

—La traté con desprecio, —dijo con voz ronca. —No merezco la felicidad por la forma en que la traté. Tendría que encerrarme aquí en Mountshaw y no volver nunca a la ciudad.

Se sentaron, perdidos en sus pensamientos. Isolde nunca había visto a Merrick tan mal y, en verdad, no sabía cómo ayudarlo. Aparte de escucharlo. —¿Leonora dijo quién era el padre de tu hija? ¿Lo conoces?

Merrick se apartó y, sin mirarla a los ojos, se inclinó para sostenerse la cabeza entre las manos. —No lo conozco.

La respuesta fue cortante y su tono mostró que no quería hablar más sobre el tema. Ella se levantó y tiró de él para que se pusiera de pie. —Ven, debes descansar un poco. Seguro te has pasado trasnochando estos últimos días y con la mente nublada.

Él cedió y la siguió hasta la puerta. —Tal vez tienes razón. Tal vez dormir un poco me ayude.

—Estoy segura.

Isolde alcanzó la puerta y Merrick la mantuvo cerrada, sujetándola un poco entre él y la libertad.

—¿Es cierto que estás comprometida con Wardoor?

Sintió su aliento recorrerle el cuello y, con él, llegó el olor a alcohol y café. Se giró para encontrarse con su mirada: encapuchada, ardiendo con tanto dolor que sus propios ojos se llenaron de lágrimas.

—Sí. Vamos a casarnos después de que se publiquen los edictos. —Respiró profundo para calmar sus nervios, pero no lo logró. —No quise preguntar, pero no entiendo por qué Wardoor no está aquí. Es uno de tus amigos más antiguos, Merrick. Pensé que estaría presente.

—Tenía otros asuntos comerciales que atender. Sin duda, temas relacionados a la boda. —El sarcasmo entrelazó sus palabras.

Isolde frunció el ceño. —Seguro sea eso. —No podía creer que el cortejo de Wardoor había generado una brecha entre dos amigos, tanto que su prometido no había asistido al funeral de su esposa.

—Parece que debo felicitarte.

Agarró más fuerte la puerta cuando él se balanceó más cerca de lo que debería. —Estoy segura de que me hará muy feliz, —concluyó, odiando agregar más dolor a Merrick.

—¿Lo hará?

La pregunta cayó entre ellos, rompiendo su calma. Ella tragó saliva y se recordó a sí misma que Merrick no estaba pensando con claridad. Estaba de luto y molesto. —Así lo creo.

Él no respondió, solo la observó por un largo rato: el aire en la habitación crepitaba con una tensión que dejó su corazón palpitando y sus piernas como gelatina. —Descansa un poco, Merrick. Te prometo que mañana no será tan oscuro si lo haces.

—Se van mañana, ¿no? —dijo rápidamente, deteniendo su partida una vez más.

—Sí. —Ella asintió, girando el mango de la puerta. —Tenemos mucho que hacer en la ciudad.

Su atención se apartó de ella por un momento antes de regresar con una intensidad que la asustó. —Te deseo que seas muy, muy feliz, Isolde. Eres la mejor persona que conozco y espero que siempre estés feliz.

Se le formó un nudo en la garganta, no solo por su despedida, sino por el día en general. Era un día del que anhelaba escapar. Demasiada tristeza. Demasiados disgustos.

—Sé que lo deseas.

Se inclinó y besó su mejilla, deteniéndose demasiado cerca de él, sintiendo el cosquilleo de su barba contra sus labios, el olor a sándalo en su piel y el calor de su cuerpo. Todo lo que amaba y todo lo que había perdido. El anhelo la atravesó ardiente y salvaje. Lo que daría por arrojarle sobre él, para que la besara, aunque solo fuera una vez más en su vida. Sentir la pasión y alimentar el deseo que tan a menudo invadió su cuerpo y alma, pero nunca se apagó.

La tomó por la cadera y se miraron a los ojos. Pasaron unos segundos mientras ninguno de los dos se movía; no estaban seguros de qué hacer a continuación, aunque sí sabían lo que querían...

—Merrick... —Su nombre flotaba entre sus labios, suplicándole que hiciera lo correcto.

Dio un paso atrás e hizo una reverencia. —Buenas noches, Isolde.

Ella se fue, sin decir una palabra más. Su mirada se nubló con lágrimas no derramadas mientras corría a su habitación. En un día como este, ¿cómo podría desear que Merrick la besara? Viudo hacía menos de una semana y ella, recién comprometida. A partir de esta noche, sería una mejor persona. Actuaría como su padre la había criado: la hija de un duque que se comportaba con gracia y decoro y siempre estaba por encima de cualquier reproche o escándalo.

Merrick se encontró en la habitación tranquila, exigiendo a sus pies que no se movieran ni una pulgada. Quería ir detrás de Isolde, perderse en su consuelo, sus amables palabras y su sabiduría. Ahora más que nunca, quería recuperar lo que era suyo. Lo que le habían arrancado de su futuro hacía cinco años.

Pero no podía.

Apretó los puños a su lado y se ordenó a sí mismo controlar sus emociones. Se iba a casar

con su amigo de toda la vida. No es que Wardoor fuera tan amigo ahora. Y menos después de descubrir que podía ser el padre de su hija. Pero lo que le había dicho a Isolde era cierto. No merecía amor. Había sido el peor marido, había empujado a su esposa a una vida descontrolada y ahora estaba muerta. No se lo podría perdonar.

Fue el peor como hombre.

Caminó hacia el canapé y se dejó caer en el asiento. Sin embargo, hablaría con Wardoor sobre la acusación que Leonora había hecho. No podía hacer mucho al respecto, ni deseaba hacerlo. Lily era suya y la criaría como hija de un duque. Pero eso no significaba que no buscaría represalias por la conducta de Wardoor hacia su esposa. Tampoco permitiría que el demonio se casara con Isolde bajo esas circunstancias. Se merecía algo mejor que ellos dos y él se aseguraría de que fuera feliz para siempre.

Capítulo

Catorce

Las próximas semanas en la ciudad estuvieron llenas de accesorios para la boda y su planificación. Los hermanos de Isolde organizaron todo: encargaron las flores más hermosas y organizaron los pabellones y los asientos alrededor de los jardines de la casa de Londres. Analizaron qué tan grande sería el desayuno de bodas y cuántas invitaciones se habían confirmado.

Debían viajar al extranjero y visitar París después de la boda. Todo era muy agradable para quienes la rodeaban e Isolde se dejaba llevar por sus expectativas emocionadas sobre las grandes cosas por venir, pero, al final de cada día, cuando yacía en su cama por la noche, sentía un dolor en el corazón pensando en otra persona.

Las imágenes de Merrick en Mountshaw la última vez que estuvieron solos juntos la perseguían cada hora del día e incluso también cuando dormía. La separación de Merrick empeoraba por el hecho de que Wardoor no había estado ayudando para nada en la planificación de la boda. Sí, habían firmado contratos y habían publicado los edictos. Obtuvieron una licencia, pero estaba distante, desinteresado, casi un hombre diferente al que la había cortejado solo unas semanas atrás.

Isolde se cuestionaba sobre su cambio mientras miraba la plaza del jardín desde su casa en Londres. Su matrimonio no era una coincidencia amorosa, ambos habían acordado eso, pero debería haber estado un poco interesado en la planificación de la boda, al menos sabiendo cuántos y quiénes asistirían.

Esa noche estaba decidida a averiguar exactamente lo que estaba sucediendo y si él lamentaba su decisión. Ella lo esperaba en silencio, ya que se había arrepentido de haber respondido tan rápido a la propuesta de matrimonio.

El sonido de sus hermanas bajando las escaleras, así como su madre llamando a los sirvientes, devolvieron su atención al baile al que iban a asistir esta noche. Recogió la tarjeta del baile y su abanico y fue a encontrarlas en el vestíbulo.

—¿Estás bien, querida? Pareces distraída, —preguntó su madre, caminando con ella hacia el carruaje. Isolde se subió y su madre se sentó a su lado.

—Estoy preocupada, mamá. Wardoor ha estado distante desde la fiesta en su casa y no estoy

segura por qué.

—No te preocupes, querida, —contestó su madre, acariciándole la pierna. —Ahora que ganó tu mano, solo está celebrando su buena fortuna. Estoy segura de que no lo hace a propósito.

—Mmm, —murmuró Isolde, sin estar totalmente convencida. —Incluso si debe celebrar, ¿por qué alejarse de mí? Y Anne me dijo que se topó con él en *Bond Street* hace unos días y lo notó extraño. Distante y nervioso por razones desconocidas. ¿Crees que se arrepiente de haberme elegido?

La duquesa se echó a reír y sacudió la cabeza. —No seas absurda. Wardoor te cortejó desde tu regreso de Escocia. Escuché que su madre vino a la ciudad por la temporada, por lo que puede estar un poco distraído con ella.

Isolde no lo sabía. —¿Cuándo llegó la marquesa?

—Hace dos semanas, —respondió su madre, comprobando su cabello.

Isolde frunció el ceño. —Entonces, ¿por qué no me la presentó? Como su prometida pensaría que sería lo primero que querría hacer.

—Es un hombre, Isolde. ¿Necesitamos decir más? —comentó Alice, interponiendo su opinión en la conversación.

—Estoy de acuerdo, —añadió Victoria, con voz ronca. —Los caballeros de nuestro grupo son estúpidos e ignorantes sobre lo que se espera de ellos. A menudo me hace preguntarme si alguno tiene sentido común.

—Vamos chicas, —intervino la duquesa. —Estás siendo muy dura e injusta. —Tomó la mano de Isolde. —Te sugiero que hables con él y le preguntes. No te preocupes pensando que sea esto o aquello, pero descubre con certeza por qué te está evitando. Como su prometida, tienes todo el derecho de preguntarle esas cosas.

Isolde asintió. —Tienes razón y lo voy a hacer esta noche. Gracias, madre.

El viaje en carruaje fue corto, pero el camino hacia el salón fue largo y arduo. Para cuando llegaron al salón de baile, el evento ya estaba en su apogeo. Miró alrededor de la habitación y vio a Wardoor en el extremo opuesto, con una asamblea de hombres a su alrededor y, por el aspecto de sus rostros animados, la conversación suscitaba todo su interés.

Alice pasó su brazo por el de ella y se pasearon entre los bailarines. —Estás rara, querida. ¿Estás preocupada por tu charla con Wardoor?

Isolde dejó escapar un suspiro frustrado: amaba, pero a la vez odiaba, que su hermana pequeña fuera tan buena leyendo sus emociones. —Estoy segura de que resultará que no es nada, pero su actitud me ha estado molestando... durante varias semanas.

Cuando habló con su familia en el carruaje, no les había contado algo, pero tampoco estaba segura de si debía decirlo ahora.

—¿Qué pasa? —Alice se acercó a una ventana y, mirando a su alrededor, la abrió un poco para dejar entrar el aire nocturno. Isolde disfrutó la brisa fresca ya que la sala, llena a máxima capacidad, resultaba sofocante.

—Es algo que Leonora me dijo unos días antes de fallecer, —Isolde susurró, para que nadie escuchara de lo que estaban hablando.

—¿Qué te dijo? —Alice frunció el ceño. —Igual no importa mucho lo que tenía para decir, porque, aunque se haya muerto, no puedo perdonarla.

Isolde sonrió y tomó la mano de su hermana. Entendía el odio que sentía hacia la duquesa. Ella también lo había experimentado durante años, de hecho. Si tan solo pudiera volver el tiempo atrás, se habría ido a la ciudad después de separarse de Merrick y se casaría de inmediato. Habría tenido los niños que había anhelado y Leonora y sus trucos se podrían haber ido al diablo. Todos esos años desperdiciados, cuando podría haber sido madre. Pero la duquesa ya no estaba y uno no debía hablar mal de los muertos. —Leonora insinuó que yo no conocía a Wardoor tan bien como pensaba. Cuando dijo esas cosas, supuse que solo estaba siendo mala, para lastimarme de cualquier manera que pudiera, pero ahora no estoy tan segura. Creo que estaba tratando de decirme algo indirectamente. Y ahora, con lo distante que está, no puedo evitar pensar que sus palabras tenían algo de razón.

—¿Sobre Wardoor? —Alice miró alrededor de la habitación hacia donde estaba su prometido. —¿Qué hay que saber? Es un pícaro, eso ya lo sabías, pero, como no se aman, no es de importancia. Es guapo y de buena familia. Te quiere a ti y a nadie más como esposa. ¿Qué más hay que saber?

Cuando su hermana señaló todos sus atributos de una manera tan insensible, Isolde tembló. No era así como una mujer debía elegir un marido, pero parece que así lo había hecho. Porque cuando no había amor involucrado, solo amistad o cordialidad entre dos personas, ¿cómo más se explicaban tales uniones?

—Leonora parecía estar riéndose de un secreto que yo no sabía y ahora, bueno... —Hizo una pausa, mordiéndose el labio. —Debes aceptar que desde el día en que acepté el matrimonio, Wardoor se alejó. Ya no viene a verme y no pidió ninguna información sobre la boda. Es tan diferente a cómo había estado actuando antes de que yo aceptara.

Alice levantó las manos para detener su discurso. —Leonora te odiaba y haría cualquier cosa para poner dudas en tu mente. Para mí, Wardoor suena como un señor normal y cotidiano que honra a nuestra sociedad. Como dije en el carruaje, le falta inteligencia, como a la mayoría de los que nos rodean. —Se encogió de hombros. —Un pícaro aburrido y egoísta. De hecho, me sorprende que te estés quejando de que ya no te corteje. Probablemente deberías acostumbrarte a esas cosas, ya que es más o menos lo que sucede en un matrimonio *de esta sociedad*.

Isolde se dejó caer contra la pared, sin prestar atención a la imagen de la hija de un duque parada de esa manera. —Debo hablar con él y ver qué se esconde detrás de su comportamiento, o nunca voy a estar tranquila. Incluso como amigos, si estuvieras comprometido, irías a visitarla ¿no?

—Bueno, se supone que sí, pero Wardoor es un caso aparte. No olvides que ha estado viviendo durante años como soltero y, como dijo mamá, ahora su madre vive con él. Su vida

probablemente esté trastornada. —Su hermana se rio. —Una vez que logró lo que le apetecía. Como ya dijiste que sí y tiene la seguridad de que lo esperarás al final del pasillo el día de la boda, es probable que crea que ya no es necesario el cortejo. Está comenzando el compromiso como quiere continuar en su matrimonio.

No es que solicitara o deseara el baile de cortejo, pero era extraño que se cortara todo contacto cuando se comprometieran. Isolde no estaba convencida. Le faltaba algo y antes de decir "Sí", descubriría exactamente qué era. —Creo que aún debo hablar con él.

Alice tomó una copa de champán de un criado que pasaba y tomó un trago largo. —Creo que vas a encontrar que Wardoor solo está distraído y que es probable que esté actuando como es. Un poco tonto y olvidadizo de sus obligaciones.

Isolde sonrió entre dientes. —Eres la mujer más franca que conozco y te amo por eso. Sabía que me dirías la verdad. No cambies nunca, por nadie.

Alice sonrió. —No lo haré.

Isolde miró hacia Wardoor y notó que los caballeros con los que hablaba se estaban dispersando: algunos salían a bailar mientras otros se alejaban para conversar con otros. —Creo que esta es mi oportunidad. Luego te cuento cómo me va.

Alice le deseó suerte e Isolde trató de mantener la calma como pudo mientras se abría camino a través de la multitud hacia Wardoor. Al acercarse, le lanzó una mirada despectiva y la preocupación que había estado sintiendo en los últimos días se duplicó. *¿Qué está pasando?*

—Buenas noches, mi lord. —Sonrió para templar su tono, que, incluso para sus propios oídos, sonaba molesto. —Me alegro de haberte encontrado entre tantos invitados. No te he visto hace tiempo.

La atención de Wardoor se fijó en su rostro, su vestido, antes de llegar perezosamente a su mirada. Sus ojos estaban desenfocados y vidriosos, como si hubiera consumido demasiado vino o alguna otra sustancia. —He estado muy ocupado en otro lugar, pero me imagino que tú también lo estás. Organizando nuestra boda.

—Ajá, sí, he estado ocupada. —Miró hacia los bailarines, enojada por su tono aburrido. —Pensé que te vería en el funeral de la duquesa de Moore. Fue bastante impactante que no fueras.

—Mi amistad con Moore está llegando a su fin, como bien sabrás, considerando nuestro compromiso. Y en cuanto a presentar mis respetos a la difunta duquesa, bueno, no puedo preocuparme mucho por su partida.

Isolde levantó la ceja ante sus palabras. Incluso ella, a quien Leonora había maltratado, la había perdonado. El odio en las palabras de Wardoor parecía infundado... a menos que estuviera escondiendo algo. *¿Era ese algo lo que Leonora había estado tratando de decirle?*

Pero un baile no era el momento de profundizar en esa investigación. Se aclaró la garganta y preguntó: —¿Cuándo me irás a visitar? Deseo discutir algunos asuntos importantes contigo. —Pronto, querida, si me permites llamarte así. —Sus palabras se arrastraban y tenían olor a licor fuerte. —Espero con ansias nuestro matrimonio y nuestra noche de bodas.

Le guiñó un ojo e Isolde entrecerró los suyos. Lo observó mientras tomaba otra copa de coñac de un criado que pasaba, saludándola con la copa antes de beberlo de un trago. Había algo que no estaba del todo bien con él y, con un mucho miedo, Isolde no pudo evitar pensar que no tenía nada que ver con la bebida que tenía en la mano.

—Creo que sería bueno pasar un poco de tiempo juntos antes de casarnos. Has estado actuando como un extraño estas últimas semanas.

Él puso los ojos en blanco, descartando sus preocupaciones. *¿Qué le pasa?*

—Por desgracia, no será esta noche, ya que tengo otro evento más urgente al que debo asistir. Una fiesta privada solo por invitación estricta, si entiendes, pero estoy dispuesto a visitarte más tarde en la semana, si te sirve.

Isolde resolvió averiguar qué estaba pasando. —Bueno, espero que tengas una noche agradable, mi lord. —Hizo una reverencia, antes de regresar hacia Alice.

Su hermana tomó su mano temblorosa. —Cometí un terrible error. Una vez más, otro caballero estaba a punto de dejarla en ridículo. Tendría que remediar eso lo antes posible, si quería casarse y seguir con su vida. Aún no estaba todo dicho.

—¿Qué dijo? —Alice volvió a mirar a Wardoor y luego a ella. —¿Qué hizo? La acercó a unas sillas vacías y se sentaron. —Cuéntame todo.

Isolde no sabía por dónde comenzar. —Para empezar, está tan borracho como nunca había visto a un caballero.

¡No podía parecer menos entusiasmado de quedarse aquí y pasar tiempo conmigo y ni siquiera me sacó a bailar! Incluso parecía aburrido por mi pedido de que me visitara. Las lágrimas amenazaban con correr y tragó saliva para aplacar el nudo en su garganta. El contrato puede que se haya firmado, pero ella era hermana de un duque y nada era irreversible hasta que realmente se casara con él.

Alice asintió, con el ceño fruncido entre sus cejas. —Tal vez dentro de una hora más o menos se recuperará un poco y podrás tener una conversación adecuada y adulta.

—Creo que no, —le respondió, moviendo la cabeza. —No se queda en el baile. De hecho, dejó en claro que tenía otros eventos a los que asistir. Eventos privados y, estrictamente, solo por invitación. No puedo evitar sentir que estaba siendo evasivo y sarcástico al mismo tiempo, como si se estuviera riendo de mí por no saber la verdad detrás de su fiesta inminente.

—Debes estar equivocada. Estaba tan decidido a ganar tu mano. —Sus sentimientos y palabras parecen tan fuera de carácter, casi como si fuera un hombre completamente diferente.

Era exactamente lo que era, muy similar a cómo Leonora se había comportado en la sociedad a veces. Cara bonita, ropa hermosa y joyas, pero con una boca y reacciones que eran groseras, sin pensarse y cortantes en extremo. —Estoy dispuesta a casarme con un hombre que asiste a sus clubes, incluso si tiene una amante; siempre y cuando en la sociedad me den el respeto que se debe a mí como esposa e hija de un duque. Pero no me dejarán en ridículo ni me tratarán como a una esposa molesta a la que se puede dejar a un lado e ignorar. Dile a mamá que me sentí mal y

volví a casa. Isolde tenía que descubrir qué estaba pasando. Leonora había insinuado algo y estaba decidida a averiguarlo ahora, antes de que fuera demasiado tarde.

Se puso de pie y Alice la agarró de las manos, deteniendo sus pasos. —¿A dónde vas? No me gusta cómo suena este plan.

—Voy a seguir a Wardoor a su fiesta y ver por mí misma lo que está haciendo. Si no me dice la verdad, la veré con mis propios ojos.

—¿En serio lo vas a perseguir? Lllamarás la atención, vestida de fiesta.

—No, me voy a cambiar y regreso. Por su tono, parece que está feliz de quedarse en el baile un poco más de tiempo y sé qué carruaje es el suyo. Voy a contratar un coche de alquiler para esperar al otro lado de la calle hasta que se vaya.

Alice se levantó y la acompañó hacia el vestíbulo de entrada. —¿Y si algo te sucede? No sabremos dónde estás. No creo que debas ir.

La atención de Isolde se desvió hacia su prometido, ahora recostado contra una pared, hablando con una pequeña y delicada debutante con mejillas del color de una rosa roja. La pobre muchacha parecía sorprendida y un poco fuera de su alcance. —Sé que dije que me casaría por conveniencia, no por amor y no me molesta esa elección. Pero no puedo casarme con un hombre cuyo temperamento es tan cambiante. Siento que algo está sucediendo con él de lo que no estoy al tanto, pero Leonora sí. Tengo que saber la verdad.

—No sé por qué la problemática de Leonora simplemente no te dijo qué era. Siempre estuvo tan dispuesta a atacarte. No tiene sentido.

Isolde se dio cuenta de que, en cierto modo, tenía sentido. Porque si Leonora estaba al tanto del secreto de Wardoor, era solo otro intento de reírse de ella. Una vez casados, no habría vuelta atrás. Y si Leonora no hubiera muerto, habría arrojado ese hecho a la cara de Isolde en todo momento que sintiera oportuno.

Se colocó el abrigo y esperó mientras traían el carruaje familiar. —Estaré en casa mucho antes del amanecer. —El malestar de su hermana era palpable, entonces la abrazó. —Todo va a estar bien, cariño, y mañana sabré qué hacer, lo prometo.

Los incesantes golpes en la puerta de su casa sacaron a Merrick del negocio inmobiliario que todavía estaba revisando, incluso a esa hora. El sueño lo eludía, así que la mayoría de las noches trabajaba hasta que se quedaba dormido, en general sentado.

Los golpes continuaron y, como había enviado a su personal a la cama, Merrick salió al vestíbulo y abrió la puerta, solo para ver a Lady Alice Worthingham parada en el escalón, con una túnica con capucha oscura cubriendo todo menos su rostro. Lo primero que notó fue su palidez y luego la preocupación que tenía su rostro rígido.

—Lady Alice, ¿qué está haciendo por aquí?

Pasó junto a él y cerró la puerta sin decir una palabra, antes de girar sobre él como un demonio. —Isolde no ha regresado a casa como me prometió que lo haría. Traté de decirle que no fuera, pero no me escuchó. —Alice gruñó. —Dice que soy terca, pero, en realidad, creo que todos estarían de acuerdo en que ella es la más terca de todos nosotros.

Merrick levantó la mano para que se detuviera. —Frena y vuelve a empezar. ¿Dónde está Isolde?

Alice suspiró, lanzándole una mirada molesta como si fuera su culpa que estuviera aquí en primer lugar. —Siguió a Wardoor anoche, ya que su comportamiento extraño últimamente la ha hecho cuestionar su compromiso. Y no ha regresado a casa. En el baile me prometió que regresaría mucho antes del amanecer.

La inquietud se deslizó a lo largo de su columna mientras regresaba a la biblioteca a ponerse el abrigo y el sombrero.

—¿Tenía alguna idea de a dónde se dirigía Wardoor?

La mente de Merrick corrió hacia dónde podría estar Wardoor y, como había sido distante con el tipo, se dio cuenta de que no tenía mucha idea. Maldita sea.

—Las únicas palabras que dijo fueron que lo invitaron a otro evento que era estrictamente por invitación. Me dio la impresión de que a Isolde no le gustó el tono que usó, junto con los modales de Wardoor. Creo que mi hermana no confía en él y decidirá su futuro dependiendo de cómo resulte su investigación esta noche.

Merrick se dirigió al vestíbulo, arrastrando a Alice con él.

—Voy a revisar los clubes para Wardoor y los otros pocos lugares donde podría estar. —Le dio un golpecito a Alice en el hombro, ante su mirada preocupada. —La voy a traer a casa, lo prometo. Ahora vaya y espere más instrucciones mías.

La hermana de Isolde asintió y regresó rápidamente a su carruaje. Él esperó hasta que retumbó en el camino empedrado, caminó hacia la esquina y llamó un taxi.

Gritó la dirección y sintió que donde encontraría a Wardoor, y posiblemente a Isolde, no era ningún lugar donde debía estar una mujer. Y menos la hija de un duque.

Capítulo Quince

—**L**egamos, señorita.

Isolde salió rápido del carruaje y le pagó al hombre. —¿Vio en qué dirección se fue el caballero a quien le pedí que siguiera?

El conductor grande y algo desaliñado, señaló un callejón oscuro que parecía bastante misterioso. —Encontrará lo que está buscando por allí.

Isolde se acercó la capa y usó las pocas posadas y casas que corrían a lo largo del muelle para iluminar su camino. Escuchó risas desde un edificio en particular a lo largo del muelle y se dirigió hacia él, con la esperanza de que el conductor del carruaje no la hubiera engañado y de estar cerca de Wardoor.

Por fortuna, su prometido había hecho lo que había asumido y se había quedado en el baile otras dos horas antes de llamar a su vehículo para irse. Si Isolde había pensado que asistiría a otro baile de *la sociedad*, o a un evento en uno de sus clubes, estaba muy decepcionada y algo aliviada. Porque hacia donde se dirigían solo le demostraba que las palabras de Leonora eran ciertas.

Wardoor tenía secretos.

Isolde caminó por el callejón: su nariz se arrugó con disgusto ante el hedor a basura podrida y cuerpos sin lavar. Al otro lado del callejón, un hombre estaba de pie, con los brazos cruzados sobre su pecho corpulento, mirando a la calle como si fuera el dueño de todo el vecindario. Ninguna persona se atrevía a dirigirse a él y los pocos que pasaban seguían con pasos acelerados y bajaban los ojos. Isolde, sin embargo, no iba a hacer nada de eso y, caminando hacia él, lo miró de frente.

—Abra la puerta, por favor, —dijo, sonriendo un poco, lo que pareció ayudar a su causa, porque, aunque él le devolvió la mirada con indiferencia, pronto se movió y abrió la puerta. El alivio la invadió al entrar, ya que no sabía si se requería una contraseña secreta o un pago y solo había traído los fondos suficientes para conseguir un taxi de regreso a casa.

Al ver por primera vez el interior de la casa, se borraron todos los pensamientos de que se trataba de una casa de prostitutas o de un conocido muy pobre de Wardoor. Por supuesto que no era el lugar en el que había pensado terminar la noche. El hecho de que a su prometido le

gustaran esos establecimientos de mala muerte la enojaba demasiado. Y que la hubiera hecho venir a esta zona desafortunada de Londres para ver por sí misma de qué se trataba era más que imperdonable. Incluso si él no estaba al tanto de su salida.

Había cuerpos esparcidos por todas partes, unos dormidos, algunos fumando y otros cubiertos por el sexo opuesto haciendo cosas que Isolde nunca había visto. El dulce y enfermizo olor a opio la invadió cuando entró en la habitación, junto con la constatación de que había personas presentes de todos los niveles de la sociedad, todas mezcladas, disfrutando de su compañía y de la droga adictiva que fumaban.

En esta guarida del infierno, los hombres de influencia se mezclaban con las sirvientas y prostitutas, mientras que las mujeres de rango se hundían aún más en su adicción y, si tenían la mala suerte de Leonora, eventualmente acortarían sus vidas.

Isolde se movió por la habitación, tomando nota de los rostros: unos desconocidos para ella y otros que conocía muy bien. Sería incómodo verlos en un baile de *sociedad* o en un evento de Londres en el futuro, al menos para ella. Dudaba que ellos la recordaran, tan sumidos en las profundidades del libertinaje como estaban.

Moviéndose hacia el lado opuesto de la habitación donde había menos gente, trató de tocar los muebles lo menos posible. No había señal de Wardoor y sintió alivio al pensar que tal vez se había equivocado. Era demasiado crítica y desconfiada para creer lo que otros le decían.

Pero su alivio fue de corta duración ya que un caballero, a quien conocía muy bien, bajó la escalera, con una prostituta colgando de su brazo. Nunca había visto a Wardoor tan desaliñado. En el baile anterior lucía poco arreglado, pero esto... era una faceta que nunca habría querido ver. Parecía un hombre recién salido de la cama. Su camisa colgaba abierta hasta el pecho y su corbata faltaba por completo. En cuanto a su chaqueta y chaleco, también estaban perdidos. Se venía riendo y mirando alrededor de la habitación e Isolde notó que sus ojos estaban ausentes de cualquier emoción, solo eran espejos vidriosos de un alma que estaba demasiado lejos como para recibir ayuda. Un criado se apresuró al lado de Wardoor y le sirvió una copa grande de vino. La pareja se instaló en un lugar lleno de almohadas en el suelo.

Isolde movió la cabeza, incapaz de creer que Leonora tenía razón en lo que a su prometido le encantaba hacer cuando no debía satisfacer a la *sociedad* y su necesidad de caballeros con títulos. Había pensado que las palabras de Leonora eran solo otra forma odiosa de lastimarla, y tal vez lo habían sido, pero también eran la verdad. No importaba cuánto doliera; sus ojos no la engañaban. Wardoor era adicto al opio, al igual que Leonora.

Este estilo de vida que le gustaba tanto no era lo que quería para ella o sus futuros hijos. No quería ser una esposa que hacía la vista gorda a las salidas de su esposo, ni casarse con un hombre que pudiera volver a casa en cualquier momento, exigirle el derecho de su cuerpo y contagiarle viruela. Tal situación era demasiado horrible para siquiera imaginarla. No podía seguir adelante con este compromiso.

Cuando hablaron por primera vez sobre un matrimonio por conveniencia, pensó que sería

uno en el que él tendría una amante, disfrutaría de sus clubes, como lo hacen la mayoría de los hombres, y no exigiría demasiado de ella en la cama matrimonial. Pero no toleraría, ni estaría de acuerdo en vivir con este hombre si continuaba participando en esta guarida de opio y la actividad depravada que estaba sucediendo ante ella. Este no podía ser su futuro.

Una mujer pasó a su lado tambaleándose y sonrió cuando se topó con ella. Isolde se enderezó el vestido y estudió a la chica intoxicada, que no podía ser mayor que su hermana menor Victoria. La mujer se detuvo y le echó humo dulce y enfermizo en los ojos y los hizo llorar.

—Nunca te había visto antes. ¿Primera vez, amor? ¿Vas a perder la virginidad del opio con nosotros? Nos encanta desflorar a las mujeres en este lugar.

El hedor de su boca luchaba con el olor corporal de la mujer. Era pobre y tal vez vestía su ropa de trabajo; su vestido era dos tallas menos de lo debido. —Ven, cariño, —dijo, arrastrando las palabras. —Puedes sentarte aquí conmigo.

La mujer arrastró a Isolde más cerca de donde estaba Wardoor junto a un grupo de personas. Llegaron a unas almohadas de seda: este tipo de tela desentonaba con el espectáculo de decadencia que lo rodeaba. Como no quería profundizar en analizar este lugar, se sentó. La mujer hizo señas a un sirviente, que se acercó y le pasó una pipa larga. Tomando un largo trago, aspiró el humo, sonriéndole a Isolde con una mezcla de alivio y placer.

—Ey, prueba el cielo. —la invitó la mujer señalando la pipa. —Aunque solo sea para alejarte del infierno en el que vivimos.

Isolde miró fijo el objeto de madera y plata, tomándolo para apaciguar a la joven. Si su hermano alguna vez descubriera que había venido aquí, la enviaría a Escocia con razón. Cuando se embarcó en esta pequeña aventura, solo quería ver la verdad por sí misma y luego partir. Pero que la forzaran a fumar una sustancia que no quería nunca se le había ocurrido. Limpió el extremo del tubo que había tocado la boca de la otra mujer e inhaló la menor cantidad de humo que pudo. Tosió y sus ojos se pusieron llorosos. Otros a su alrededor se rieron justo cuando un mareo la invadió.

Se apoyó contra la pared en busca de soporte mientras los que la rodeaban comenzaron a bailar según su visión. Miró hacia Wardoor, esperando captar su atención para que la ayudara a volver a casa. Claro, si solo pudiera distinguirlo entre la multitud, él la ayudaría e incluso explicaría sus acciones. Al ponerse de pie, sus piernas se negaron a hacer lo que les ordenaba; en cambio, estaban entumecidas y pesadas y de ninguna manera estaban dispuestas a moverse. La otra mujer tomó la pipa e inhaló profundo, antes de volver a soplarle el humo en la cara.

—No haga eso, —dijo Isolde, quitando el humo. La risa resonó y su estómago se revolvió. Por un momento, pensó que vomitaría en el suelo.

—El vértigo va a desaparecer, querida, pero también se te revolverá el estómago. Siéntate y disfruta el viaje. Pronto se pone bueno.

No fue una ocasión alegre ni el cielo en la tierra. Se las arregló para sentarse, encontró a Wardoor y parpadeó. Estaba sentado en los almohadones, con la mano de una mujer bajando por

la parte delantera de sus pantalones, mientras un hombre con el torso desnudo lo besaba y él lo agarraba del cabello. Isolde parpadeó y observó cómo su prometido besaba el cuello del hombre y su pecho, antes de quitarle los pantalones y besar el final de su virilidad.

Esto no podía estar pasando.

—Me tengo que ir. Por favor, ayúdame.

Iba a vomitar. Nunca en su vida había visto algo como lo que estaba sucediendo ante ella. Que su prometido participara en tales escapadas era más de lo que podía soportar.

La mujer solo sonrió y sopló más humo en su dirección. Isolde se desplomó contra la pared, era como un cordero hacia el matadero entre todos esos lobos. Qué tonta había sido. Debería haberle preguntado a Wardoor, haberle exigido la verdad y haber tomado su decisión desde allí. Y ahora estaba atrapada aquí, incapaz de irse, y era un objetivo fácil para los demonios que la rodeaban. Una ráfaga de aire fresco la alertó del hecho de que la puerta de entrada se abría. Tal vez si durmiera un rato todo estaría bien. Cedió ante la pesadez de sus ojos y permitió que la oscuridad la cubriera justo cuando escuchó como flotando el sonido de su nombre.

—Estoy aquí, —dijo, sonriendo mientras unos brazos la levantaban de su asiento acolchado y la llevaban, en qué dirección no sabía ni le importaba, siempre y cuando el duro y musculoso pecho contra el que estaba acunada no se fuera a ninguna parte. Era bastante agradable y también olía delicioso. Mucho mejor que el humo florido de la semilla de amapola.

—Te tengo, Isolde.

La voz era familiar, reconfortante, pero no podía reconocerla. En cambio, dejó que el sueño se la llevara y rezó para que a la mañana siguiente todavía estuviera acunada en el abrazo de su caballero de brillante armadura.

Merrick miró alrededor de la guarida de opio mientras se dirigía hacia la puerta, con Isolde en sus brazos. Vio a Wardoor en una posición muy comprometedor y sacudió la cabeza.

¿Qué se le pasaba por la cabeza a ese hombre? O, mejor dicho, ¿en qué no estaba pensando?

Pero, por ahora, necesitaba llevar a Isolde al aire libre y a su hogar, sana y salva con su familia. Arreglaría las cosas con Wardoor otro día. Su corazón no se había tranquilizado desde que había visto a la hermana de Isolde en su carruaje solo unas horas antes. Había visitado todos los clubes de caballeros que sabía que Wardoor frecuentaba. Al no tener suerte en ninguno de los establecimientos, solo unas pocas sonrisas petulantes y comentarios astutos, había seguido su camino.

Pensando en las palabras de Leonora y su declaración de que era tan aficionado al opio como ella, había viajado a la única guarida de opio que conocía. Lo que había encontrado a su llegada sería grabado en su conciencia por el resto de su vida.

El hecho de que Wardoor estuviera presente no fue una sorpresa, pero la figura vulnerable y

derrumbada de Isolde era algo que nunca deseaba volver a ver. Lo había invadido un miedo como nunca antes había sentido, imaginándose que la habían atacado o lastimado de alguna manera. Hizo a un lado la idea, no quería profundizar en lo que podría haber sido, porque ahora estaba a salvo, sostenida en sus brazos, donde nunca permitiría que le pasara nada.

Miró hacia abajo y notó sus labios secos. La gente en la guarida se alejaba de su camino, con el resplandor mortal que irradiaba.

Al llegar al exterior, llamó a su conductor para que trajera el vehículo y se subió con algo de ayuda. Acomodó a Isolde lo mejor que pudo en el asiento y la acunó en su regazo. —*Hanover Square*, Mayfair. Y rápido, por favor.

—Así será, Su Excelencia.

El conductor cerró la puerta y subió. El carruaje se movió hacia un lado por un momento antes de que el movimiento de las cintas marcara su salida y el vehículo tomara velocidad a lo largo del muelle.

Merrick fue hasta el asiento opuesto y agarró la manta que estaba doblada allí. La envolvió sobre ella, aliviado de ver que el color empezaba a volver a su rostro. La respiración de Isolde se hizo más profunda y se dio cuenta de que se había quedado dormida en sus brazos.

Cruzando el Támesis, pronto estuvieron en las afueras de la localidad en la que vivían. Habían regresado bastante rápido a Mayfair; lo que no le sorprendió dado que era tan tarde.

Miró a Isolde, corriendo un mechón de pelo de su cara para verla mejor. Sacudió la cabeza, imaginando que esta dulce e inocente mujer podría haber sido víctima de asesinos, violadores, ladrones, cualquiera que busque un blanco fácil. Su familia no sabía a dónde se dirigía; si le hubiera pasado lo peor, nadie habría sabido dónde estaba. Y después de ver la condición de Wardoor, el caballero no habría sido de ayuda para encontrarla. El bastardo probablemente ni siquiera recordaría su propio nombre, mucho menos quién más había estado en esa guarida de opio.

Por segunda vez en su vida, Merrick podría haberla perdido, la mujer que siempre tendría su corazón en la palma de su mano, sin importar cuál fuera su futuro. El pensamiento congelaba sus venas y la acercó a su pecho; necesitaba sentir su cuerpo caliente, el latido de su corazón contra el suyo.

Ella no se despertó cuando el carruaje se detuvo frente a la casa de los Worthingham en Londres. Las luces estaban todas prendidas y, tan pronto como el conductor saltó para abrir la puerta del carruaje, la puerta principal se abrió de par en par. El hermano de Isolde corrió por las escaleras, con la frente marcada por la preocupación.

Maldijo mientras se acercó a ellos. —¿La encontraste?

—Habla sobre su paradero una vez que la hayamos instalado adentro.

Con cierta dificultad se bajó del vehículo y, con pasos rápidos, la llevó adentro.

La duquesa se escuchaba angustiada cuando vino a ver a su hija. Su mano envejecida tocó la mejilla de Isolde con cuidado y notó que sonrió un poco por el contacto.

—¿Dónde está su habitación?

—Por aquí, Su Excelencia, —dijo la duquesa, guiándolo hacia la escalera.

—Por favor, sin formalidades esta noche.

Asintió con la cabeza, sonriendo un poco, y por primera vez desde la víspera de su matrimonio con Leonora, Merrick recibió una mirada genuina. Tragó saliva para aplacar el nudo en su garganta y siguió a la duquesa. Detrás de él, el duque dio órdenes al personal para que le llevaran una tisana, compresas frías y agua fría. Los sirvientes se esparcieron, todos ocupados con sus trabajos mientras cumplían sus órdenes.

Al llegar al primer piso, bajaron por un pasaje; la duquesa abrió una puerta y le mostró la habitación de Isolde. Merrick se dirigió a la cama y la colocó sobre las sábanas ya prontas. La duquesa se preocupó al ver a su hija así, tocándole la cara. Su frente fruncida mostraba lo angustiada que estaba. Él se acercó y tocó su brazo.

—Va a estar mejor por la mañana. Se lo prometo.

—¿Dónde la encontró? Cuando Alice me habló de su ausencia, no teníamos ni idea de dónde buscar. Josh salió a recorrer todos los bailes que todavía estaban funcionando, pero regresó a casa sin ella.

La duquesa se sentó, pidiéndole a la criada de ojos anchos que viniera a ayudarla con el vestido de Isolde.

—Creo que lo que tengo que decir debe decirse en privado, Su Excelencia. La esperaré abajo. Lo quedó mirando por un instante y entendió todo. —Muy bien. Bajaré pronto.

Merrick se fue y esperó a la duquesa. En media hora estaba sentado en la biblioteca. El hermano de Isolde, el duque de Penworth, lo miraba desde su gran escritorio de caoba, con la duquesa a su lado.

—¿Dónde encontró a mi hija?

Su tono era directo y, si no se equivocaba, un poco molesto.

—La encontré en una guarida de opio. Las personas con ella, o al menos una mujer, estaban soplando por la fuerza el humo en su cara, sacando a la luz los efectos de la droga. No sé por qué estaba allí y, con su permiso, me gustaría quedarme y hablar con ella mañana para entender por qué actuaría de esa forma imprudente.

La duquesa lo recorrió con una mirada penetrante y Merrick se acomodó en su asiento ante tal escrutinio. Había pasado mucho tiempo desde que alguien le había hecho sentir como un niño con abrigos cortos.

—Por mucho que agradezco su ayuda esta noche, Su Excelencia, no hay nada más que pueda hacer aquí. Le sugiero irse a casa y descansar. Le enviaremos un mensaje si ella desea que le agradezca su ayuda esta noche.

La ira se encendió dentro de él y sacudió la cabeza; no estaba seguro de que estaba escuchando sus palabras correctamente.

—Sé lo que piensa de mí y que cree que lo que pasó la noche antes de casarme con Leonora

era algo que deseaba. Pero se equivoca. Amaba a Isolde. Quería casarme con ella y la mujer en la que ella más confiaba nos robó ese futuro. Creo que olvida que Lady Alice buscó mi ayuda esta noche, después de que Isolde tuvo dudas sobre su acuerdo con Wardoor. Preocupaciones legítimas, después de lo que presencié esta noche.

El músculo en la sien del duque se flexionó mientras jugaba inmóvil con un pisapapeles en su escritorio. —Hablairemos con Alice sobre por qué acudió a usted, y con Isolde también, en cuanto a por qué siguió a Wardoor a un lugar así.

—Alice vino a mí porque sabe que, cuando se trata de Isolde, siempre estaré allí para ella. Y estaría allí para siempre, pase lo que pase.

No importaba si se casara con otro. Merrick estaba decidido a recuperar algún tipo de amistad, aunque solo fuera para estar cerca de ella y ser parte de su vida.

El hermano de Isolde se recostó en su silla. —Alice mencionó que Isolde tenía que descubrir qué estaba pasando con Wardoor. Que sospechaba de él. ¿Estaba en esta guarida de opio anoche? —El duque se pasó una mano por la cara. —No lo hemos visto desde que se hizo público el anuncio de su compromiso e incluso estoy empezando a preguntarme si es adecuado para mi hermana.

No había manera de que Merrick permitiera a Isolde casarse con un hombre como Wardoor. ¿Cómo no se había dado cuenta de que su amigo había caído tan bajo? Había sido uno de sus mejores amigos desde Eton. Nunca habría querido ver su vida en estas condiciones.

—Creo que descubrirán, una vez que Isolde esté despierta y sea coherente, que el acuerdo que tiene con él debe terminar.

—¿Así que Wardoor estaba allí? ¿Por qué no ayudó a mi hermana?

Merrick escogió sus palabras cuidadosamente: sabía que, con el tiempo, hablaría con Wardoor sobre lo que lo vio hacer y por qué. Lo ayudaría, si pudiera, a alejarse de un estilo de vida así. El error que había cometido con Leonora no lo repetiría con su amigo.

—Estaba comprometido de otra manera. De hecho, creo que Wardoor ni siquiera sabía que Isolde estaba presente en el establecimiento.

—Esto es más que inconcebible. —Su Excelencia caminaba detrás de su hijo, con sus faldas de seda volando sobre los tobillos. —Cuando vea Wardoor, tendrá suerte de seguir vivo. —El duque lanzó a su madre una mirada censuradora, pero no negó sus palabras. —Hablairemos con Isolde y Wardoor, tan pronto como sea posible. Pero ahora, —dijo, poniéndose de pie, —es muy tarde, o temprano, mejor dicho, y todos necesitamos nuestro descanso. Agradecemos su ayuda, Moore, y como le dije antes, Isolde le va a enviar una carta cuando esté preparada para recibir visitas.

Por mucho que quisiera quedarse, asintió con la cabeza y se puso de pie. —Muy bien, —respondió, caminando hacia la puerta, pero deteniéndose en el umbral. —Me gustaría saber por qué Isolde estaba en la guarida de opio. Y, aunque tengo mis sospechas, deseo saberlo con certeza, antes de confrontar a Wardoor sobre su conducta de esta noche.

El duque asintió. —Eso es algo que todos queremos saber, Su Excelencia.

Merrick salió de la casa, el aire fresco de la noche golpeó su cara. Se frotó los ojos y parpadeó para librarse de la fatiga. El resplandor rojizo del amanecer atravesó el cielo nocturno y, al entrar al taxi, pidió que lo llevaran a casa, donde la cama lo esperaba. Si nunca hubiera tenido otra noche como la que acababa de vivir, sería un hombre feliz. Desde la desaparición de su hijo en el Extremo Oeste, tenía miedo de que otro suceso lo paralizase y lo dejara ansioso sin razón.

En cuanto a Wardoor, bueno, el hombre tendría suerte de escapar vivo. ¿Cómo se atrevió a tratar a Isolde con tan poco respeto, e incluso a sí mismo? Debería haber estado festejando desde que se le había asegurado la mano y, sin embargo, el idiota estaba babeando en guaridas de opio y participando en actos sexuales que podrían hacer que lo ahorcaran.

No podía soportarlo. Wardoor estaba patinando sobre hielo muy delgado y sus acciones de esta noche no quedarían impunes. Tampoco permitiría a Isolde entrar en un matrimonio que era una imagen espejo de lo que había sido el suyo. No deseaba que nadie viviera en una miseria con arrepentimiento y, menos aún, Isolde.

Capítulo

Dieciséis

Un golpe sonó en la puerta e Isolde se volvió para ver a un criado entrar. —Mi lady. Llegó esto para usted.

Ella tomó la nota. —Gracias.

Rompió el sello, reconoció la letra de inmediato y se le erizó la piel.

Lady Isolde,

Necesito verte. ¿Cuándo podemos encontrarnos?

Saludos

Moore.

Frunció el ceño ante la nota, preguntándose cuándo podría cumplir ese pedido. En los últimos días, su familia la había acosado hasta el punto de que había tenido que cerrar la puerta de su habitación solo para tener algo de paz y tranquilidad. Lo hacían por amor y por temor a que la hubieran herido más de lo que parecía, pero tanta atención, más que sofocante, era insoportable. El reloj de la repisa indicaba las ocho. Tiró la nota al fuego antes de subir las escaleras.

—Querida, no estás lista aún. Tenemos que asistir a casa de los Almack esta noche. ¿No recibiste mi nota?

Isolde miró a sus hermanas mientras bajaban las escaleras: sus vestidos eran un símbolo de belleza y juventud. —Lo siento, madre. No la recibí. No es que una noche en casa de los Almack fuera algo a lo que quisiera asistir, en cualquier caso. —No ahora que Merrick deseaba verla. *Necesitaba* para verla ... —Vayan y diviértanse sin mí. Si me cambiara ahora, solo los retrasaría y debo admitir que todavía tengo un ligero dolor de cabeza.

El recordatorio de su terrible experiencia funcionó como deseaba: su madre se acercó y le tocó la frente.

—Directo a la cama, querida. No vamos a estar en casa hasta tarde, así que llama a un sirviente si necesitas una tisana. Y si empeora, por favor haz que un sirviente nos vaya a buscar al baile. Volveré a casa de inmediato.

—¿Por qué tan tarde? No pensé que les gustara quedarse demasiado tiempo en esa casa.

Su madre se ajustó los guantes de seda, se acercó y se miró el cabello en el espejo del vestíbulo. —Después nos invitaron al baile del marqués de Booth, al que deseaba asistir. ¿Crees que estarás bien aquí sola? Sabes que me quedaría si lo deseas.

—Voy a estar bien.

Isolde sonrió, pensando en cómo sería su noche. Estar a solas con Merrick una vez más la llenaba de tantas emociones que la mareaban. ¿Hablarían como antes, hasta bien entrada la noche y sobre todas las cosas que les interesaban? ¿La miraría con tanto anhelo que sería difícil negarle todos sus deseos? Acompañó a su madre hacia la puerta.

—No precisa que me vayas a saludar cuando vuelvas. Voy a estar dormida y sin duda el dolor de cabeza se me habrá pasado para entonces.

—Si tú lo dices, querida, —respondió su madre, con el ceño un poco fruncido. De nuevo extendió la mano y tocó la frente de Isolde. —Te siento un poco caliente...

Victoria se acercó y besó la mejilla de Isolde. —Te

vamos a extrañar esta noche, pero trata de descansar. Tenemos un nuevo armario para comprar mañana en la tienda de Madame Glasse.

Alice se emocionó ante la mención de la famosa modista francesa y aplaudió emocionada. Isolde se estremeció por dentro. Lo último que tenía en mente era ir de compras, ya que el objetivo era completar su ajuar. Por desgracia, de la ida a la guarida de opio solo tenía un recuerdo muy vago y no había podido recordar lo que había sucedido. Su hermano Josh había sido persistente con sus preguntas, como si supiera un poco de lo que había sucedido y no quisiera dar más detalles, pero no era el caso, incluso ella misma deseaba recordar y completar espacios vacíos en su memoria.

Recién esta mañana volvieron los recuerdos con más claridad. Lo que había visto hacer a Wardoor con la prostituta y el otro caballero la había estado persiguiendo todo el día. La invadía la vergüenza por estar comprometida con un hombre así. Que luego de casado seguiría viviendo la vida como hasta ahora.

Afortunadamente, su hermano estaba fuera de casa y no había sido interrogada, pero en la mañana tendría que informarles a todos que la boda no se llevaría a cabo y que Wardoor podría irse a la mierda.

—Lo espero con ansias, —dijo, deseándoles las buenas noches. Esperó a que la puerta principal se cerrara antes de volver a su habitación para cambiarse. Se vistió rápido con un vestido azul muselina claro y una capa negra, tirando de la capucha sobre su cabeza para ocultarse. Se escabulló por las escaleras de los sirvientes y, al no ver a nadie, se deslizó por la puerta principal y se dirigió hacia la calle. Era un camino corto hasta la casa familiar de Merrick y, a esa hora, nadie la vería ya que la mayoría de la *sociedad* ya estaba en los bailes y fiestas de Londres organizados todas las noches.

Al doblar en una esquina, una ligera brisa le voló la capa y se estremeció, acercándola más sobre su cuerpo para darle calor. Una ligera llovizna comenzó a caer del cielo sin luna y solo

iluminaban su camino unas pocas luces de las grandes casas de Mayfair. Se quedó un rato en la calle mirando la residencia de Merrick en *Hanover Square*, con la esperanza de reunir el valor suficiente para visitarlo. Después de todo, era una mujer soltera y, si la atrapaban haciendo algo tan escandaloso, nada salvaría su reputación. Se le escapó una sonrisa al pensar en eso. Ya no veía tal escenario como algo malo, sino como su propia oportunidad de ser feliz para siempre. Merrick la había invitado, diciendo que necesitaba verla. Eso la terminó de convencer de seguir hacia su casa.

Desde su aventura, le había dolido la cabeza y había estado con náuseas, suficiente para que la familia la retuviera en casa los últimos días. Moore había enviado misivas solicitando verla y ella las había rechazado. No es que no quisiera verlo, sino que no se había sentido muy bien como para ver a nadie. Frunció el ceño, no le gustaba que lo pudiera haber visto como un rechazo, porque no era el caso, para nada. Nunca sería capaz de agradecerle lo suficiente por haberla ayudado a escapar de esa terrible guarida de opio y haber actuado tan pronto como su hermana se lo rogó.

Al notar que una pareja caminaba hacia ella, se dio vuelta y caminó con determinación por el callejón oscuro que corría por el costado de la casa. Se deslizó por una puerta lateral y caminó hacia la terraza y las puertas de la biblioteca. Un pequeño resplandor de una vela parpadeaba a través de las cortinas y una luz brillaba desde las habitaciones de arriba. Se coló hasta la puerta y se asomó a través del pequeño hueco que encontró. Merrick estaba sentado en su escritorio, con la mano garabateando palabras en un pergamino. Sonrió mientras lo observaba.

Llamó a la puerta, con un sonido tan tenue que dudó si la escucharía, hasta que lo vio detenerse y mirar alrededor de la habitación. Volvió a sus documentos; al parecer descartó el ruido y reanudó su trabajo. Llamó más fuerte y esta vez él se puso de pie, frunciendo el ceño en su dirección, aunque dudó de que pudiera ver con exactitud quién estaba perturbando su noche.

Se le secó la boca ante la mirada que traía mientras caminaba hacia las puertas de la terraza. Tenía la camisa abierta, mostrando ese pecho formidable que ella recordaba muy bien, su pelo estaba desalineado y, si no se equivocaba, un poco húmedo. ¿Se había bañado hacía? La idea de agua en cascada sobre su cuerpo le despertó envidia del jabón que habría recorrido su piel y lo habría dejado con aroma limpio y delicioso...

Dio un paso atrás cuando él llegó a la puerta y se tragó los nervios mientras tiraba de la cortina a un lado y la miraba fijo. Con cara de sorpresa, mezclada con un toque de placer, antes de abrir la puerta, miró hacia fuera y rápidamente la empujó hacia dentro.

—¿Qué estás haciendo aquí, Isolde? Pensé... ¿estás bien? Estuve preocupado, sin verte desde que te dejé con tu familia.

Ella sonrió, cerrando la puerta y las cortinas para garantizar privacidad. —Está todo bien, te lo aseguro.

Ahora que estaba aquí. ¿Era lo suficientemente valiente como para decirle que buscaba su compañía? ¿Que quería venir sola y agradecerle por lo que había hecho por ella? Respirando

profundo, intentó ser fuerte, para hablar como lo habían hecho una vez: abierta y con confianza. —La verdad es que cuando recibí tu misiva, sabía que también necesitaba verte. Para agradecerte en persona por tu ayuda la otra noche. No quiero ni pensar en lo que podría haber sucedido si no hubieras llegado.

—Bueno, —agregó, —tal vez deberías agradecerle a tu hermana. Si no se le hubiera ocurrido buscarme, tampoco quiero pensar qué hubiera pasado.

Le dedicó una sonrisa burlona y ella sintió que su estómago revoloteaba. —Bueno, en serio, te lo agradezco.

—Lo tienes más que merecido, pero debo admitir que me genera un poco de curiosidad saber por qué buscarías a Wardoor en un lugar así. ¿Por qué no solo lo confrontaste acerca de tus preocupaciones?

Ella caminó más lejos en la habitación y pudo sentirlo siguiendo de cerca sus tacones resbaladizos. Su estómago estaba atado en nudos y su mente corría pensando qué responder. Habían sido amigos una vez y, después de todo lo que había pasado entre ellos, era lo que más extrañaba. Y ahora, a pesar de que recién había enterrado a Leonora y se había convertido en padre de nuevo, se había tomado el tiempo de su ajetreada vida para salvar a una mujer con la que ya no estaba vinculado.

Isolde se sentó y lo miró fijo. —Siento que estoy en deuda contigo: te debo unas disculpas y un gracias, todo al mismo tiempo. Incluso con todo el dolor que tu familia ha sufrido estas últimas semanas, me rescataste de mí misma. Porque fue mi culpa y asumo toda la responsabilidad por mis acciones esa noche. Permití que los chismes nublaran mi juicio, cuando solo debería haber hecho las preguntas para las que necesitaba respuestas. Nunca debería haber ido a los muelles para encontrarlas.

Él se sentó a su lado e Isolde se dio cuenta de que carecía de ropa adecuada y estaba demasiado cerca. Su boca se secó y luchó para mantener sus ojos por encima de la línea de sus hombros y no devorar su pecho y brazos inferiores desnudos.

—Sobre todo, hay una cosa que quiero saber.

Isolde se dio vuelta un poco para verlo de frente. - ¿Qué? Responderé cualquier cosa.

—¿Qué sospechabas sobre Wardoor?

Isolde miró por encima de su hombro, no podía centrarse en nada que no fueran los recuerdos borrosos de su noche de arrepentimiento. Qué tonta había actuado y eso podría haberle costado la vida. —Leonora insinuó que yo no conocía a Wardoor tan bien como pensaba. Nunca mencionó nada en particular, pero fue suficiente para hacerme dudar de él.

La mirada preocupada de Merrick agitó su estómago. —Por favor, dime lo que sabes de su vida, —se animó a preguntarle. —Él se pasó una mano por el cabello. —Es lo temías cuando fuiste a buscarlo. Tiene los mismos problemas que Leonora.

Isolde lo había visto por sí misma, pero escucharlo en voz alta lo hacía real. Y, debido a la aflicción de Wardoor, ella cancelaría otro compromiso. Una vez más sería arrojada a un

escándalo que no había creado. Se mordió el labio para detener las lágrimas que la amenazaban. —Soy una buena persona, Merrick. ¿Por qué me siguen pasando cosas malas?

Él suspiró. —No lo sé. No te lo mereces.

Se quedó callada un momento mientras luchaba por encontrar las palabras para hablar como debía. —Lo vi besar a un hombre y no solo en sus labios, sino también en otra parte. Un lugar que nunca imaginé apropiado entre dos personas. Y, todo el tiempo, una mujer estaba ocupada con él, también. —Como Merrick no parecía sorprendido, entendió que él también lo había visto. —Leonora había insinuado que no debería preocuparme porque tuviera una amante. Al menos ahora sé lo que quería decir con eso. —Hizo una pausa y continuó: —¿Sabes cómo se llaman los amantes masculinos?

Merrick negó con la cabeza. —Es cierto lo que dijo, pero hasta que lo presencié por mí mismo la otra noche, me había negado a creerlo. —Tomó su mano y agradeció el consuelo. —Lo lamento mucho, Isolde.

Ella se encogió de hombros, emocionada con sus palabras sinceras. Las lágrimas dejaron su visión borrosa y se esforzó por controlar sus emociones. —Parece que estoy condenada cuando se trata de matrimonio. Siento que no puedo confiar en nadie y no tengo talento para leer la verdadera naturaleza de alguien. Y lo peor de todo es que voy a ser crucificada por la *sociedad* por romper otro compromiso. Ningún caballero pensará que soy capaz de casarme.

—Puedes confiar en mí —dijo con fuerza—. Y no voy a permitir que nadie hable mal de ti. No es tu culpa.

Isolde lo miró fijo y notó la sinceridad en sus ojos. Realmente deseaba confiar en él. Quería que dijera la verdad. Y tal vez lo estaba haciendo. Tal vez había nacido bajo una estrella desafortunada, condenada para siempre cuando se trataba de romance. —¿Puedo confiar en ti? ¿De verdad?

—Sí, claro que puedes. —Él frotó su pulgar contra la mano de Isolde, enviando deliciosos temblores hacia su brazo. El aire se espesó con una necesidad retenida hace mucho tiempo. —Nunca quise engañarte. En cuanto a Wardoor, me voy a asegurar de que no te cause problemas cuando se sepa sobre tu separación.

—Gracias, Merrick. —El sonido de un sirviente en el vestíbulo llamó la atención de Isolde, que recordó su otra razón para venir esta noche. —Sé que estás de luto y que no andas por la ciudad en este momento, pero vine aquí también para ver si estás bien. ¿Necesitas algo? ¿Puedo ayudarte? Es lo menos que puedo ofrecer, después de lo que hiciste por mí.

Merrick se alejó y se sentó y, en el momento en que perdieron contacto, ya lo extrañaba.

—Espero cerrar la casa de Londres y volver a Mountshaw lo antes posible. Los niños estarán mejor fuera de la ciudad y no hay nada que me retenga aquí. Como estoy de luto, no puedo asistir a ningún entretenimiento y estoy cansado. Cansado de todo, supongo.

Isolde dejó a un lado la punzada de tristeza que la recorrió sabiendo que Merrick no estaría en los bailes y fiestas a los que asistiría una vez que se resolviera el problema con Wardoor. Lo

extrañaría mucho.

Un golpe en la puerta la puso tensa y Merrick se puso de pie, caminando para responder. Habló en voz baja con una mujer antes de venir a sentarse.

Isolde jugueteó con su capa. —Me disculpo por no informarte de mi visita. Vi la oportunidad de escaparme pasando desapercibida y... —empezó a decir y se encogió de hombros, —la aproveché.

—Me alegra que lo hicieras, —respondió, haciendo un gesto hacia el vestíbulo. —Era la niñera de mi hija. Lily se está portando de terror esta noche y no se calma. Me preguntó si quería ver cómo estaba ahora que está despierta.

Isolde se inclinó hacia adelante; no había visto a la bebé todavía. —¿Puedo conocerla?

Soltó la pregunta antes de haber tenido la oportunidad de pensar realmente en su petición. ¿Merrick querría que lo hiciera? Y el hecho de que estuviera desesperada por conocer a la niña la hizo preguntarse por qué estaba tan interesada.

—Me encantaría. Sígueme. Te llevaré con ella ahora.

Isolde caminó junto a Merrick por dos tramos de escaleras antes de que se dirigieran hacia una habitación en el segundo piso. La puerta estaba entreabierta y la luz de las velas parpadeante bañaba la pared del pasillo en un suave resplandor amarillo.

Una criada se sentó en una silla, meciendo lentamente la cuna en la que yacía la niña. A través de una puerta contigua, podía ver a William dormido, con un soldado de juguete apretado en la mano. Un pequeño fuego ardía y la habitación estaba llena de muebles bastante blancos. Las ventanas daban al oeste y corrían casi a lo largo de toda la habitación, haciendo que el espacio se sintiera grande, pero acogedor. Isolde se acercó a la cuna y observó a la niña envuelta en sus mantas, pateando sus pequeñas piernas como si estuviera molesta con su aparición. —Es hermosa, Su Excelencia. —Pasó el dedo por su mejilla rosada y gordita y le preguntó: —¿La puedo agarrar?

Merrick se aclaró la garganta. —Por supuesto. Su nombre es Lily.

Tomó a la bebé y se la pasó. Lily era la niña más adorable que Isolde había conocido. Analizó todos sus rasgos. de los cuales señaló las pestañas perfectas y la nariz dulce. —Oh Merrick. Es tan dulce. —Se le llenaron los ojos de lágrimas y parpadeó para secarlas. Luego sonrió para ocultar la vergüenza. —Sabes que estoy celosa de ti. Eres muy afortunado.

Él pasó una mano sobre la cabeza de su hija, echando hacia atrás el mechón de pelo que tenía. —Lo sé. —Merrick suspiró y se sentó en una silla cercana.

—Tienes un don con los niños. Siempre supe que así sería, —agregó con una sonrisa, cuando la pequeña Lily apretó su dedo y no lo soltaba.

—Bueno, soy el segundo mayor de mi familia, así que estuve cerca de varios bebés de chico.

Isolde se sentó, sosteniendo a Lily en su regazo. —No puedo creer el milagro de la vida. Qué maravilloso hacer algo tan increíble.

—Es una bebé buena, a pesar de su mal comienzo. No pensé que lo fuera.

—Te refieres a la adicción de Leonora al opio y eso. ¿Crees que no afectó en nada a Lily? La bebé bostezó e Isolde le besó sus pequeñas mejillas.

—No lo creo, pero puede estar un poco inquieta algunos días. Hemos consultado al médico y nos ha asegurado que crecerá con normalidad si lleva una dieta y cuidados adecuados.

Isolde esperaba que así fuera. —Tiene suerte de tenerte como padre.

Se emocionó en su interior ante sus palabras, olvidando por un momento que Merrick no era, de hecho, el padre de esta preciosa niña.

Él sonrió y asintió. —Tiene mi apellido y mi amor. Nada dañará nunca su futuro ni el de William. Nada.

—Me alegra oírlo.

La nodriza regresó e Isolde devolvió la bebé antes de ver a Merrick desearle a la niña las buenas noches. Bajaron las escaleras en silencio antes y entraron de nuevo en la biblioteca.

Al cerrarse la puerta, el aire de la habitación se espesó y recargó. Cuando estuvieron solos, Isolde luchó contra el impulso de ir hacia él, envolver los brazos alrededor de su cuello y besarlo hasta distraerlo. La invadía el deseo de probarlo de nuevo y sentir la pasión que disparaba su sangre cada vez que se tocaban. Sentirse viva en sus brazos y tomar lo que quería, en lugar de esperar a que sucedieran cosas, comportarse y actuar siempre como una dama.

—Debería volver a casa. Quiero asegurarme de volver antes de que mi madre regrese de su salida.

Él sonrió, caminando hacia ella. —¿Vas a volver pronto?

Sus palabras estaban llenas de necesidad y sus ojos se oscurecieron de deseo. Isolde se mordió el labio mientras pensaba en su pregunta. ¿Lo volvería a visitar sola? ¿De noche? Si la atrapaban, su reputación se arruinaría, seguro. En especial porque estaba a punto de cancelar un segundo matrimonio. La perspectiva era más atractiva que nunca, pero la razón y el decoro ganaron la batalla.

Estaba por decirle que no cuando se encontró con su intensa mirada y las palabras desaparecieron. Lo correcto, lo esperado por la sociedad, se podía ir al diablo. —Lo haré, —afirmó, incapaz de obligar a sus pies a irse. Estaba jugando con fuego, iba en contra de las reglas y eso sonaba loco y maravillo al mismo tiempo.

C on cada paso que daba Merrick, Isolde retrocedía arrastrando los pies. Durante tanto tiempo le había permitido escaparse, estar siempre a un metro de distancia, pero ya no. Había venido a él por su propia voluntad, no durante una reunión casual en un baile o un paseo por el parque, sino sola, por la noche y a su casa. Tenía que significar algo.

Otro paso, otra confusión. —¿Qué estás haciendo, Merrick?

Que esos labios pronunciaran su nombre era un elixir que ansiaba probar. Se topó con el

canapé y apretó la espalda para no pasar por encima del asiento. Sus ojos esmeraldas brillaban con cautela, pero bajo su vigilancia había una debilidad que él también luchó por negar. Tenían que ceder. —¿Tienes idea de cuánto deseo besarte? —Tomó su cadera y le pasó la mano por el brazo. —¿Te muestro cuánto he extrañado cada parte de su ser?

Un escalofrío sacudió su cuerpo y respiró profundo, sin querer alarmarla sobre lo cerca que estaba de la locura. Con el tiempo, la volvería a ganar, pero esta no era la noche. Habían hablado por primera vez en años como amigos, se permitieron mutuamente volver a sus vidas y eso era tan lindo como sus hijos que yacían durmiendo arriba.

—Conozco tus luchas, Merrick, porque también son mías.

Sus miradas se encontraron y caminó hacia ella, pero no se inclinaba, ni arrastraba los pies a un lado. Isolde se mantuvo estática y levantó la barbilla, tentándolo a que hiciera lo que quisiera. Él le quitó el abrigo de los hombros y sonó el golpe contra el piso a sus pies. La capa desordenó sus mechones oscuros y él apartó un mechón de pelo que le caía sobre el ojo. —He anhelado esto por tanto tiempo. —Ella se lamió los labios y la necesidad rugió a través de él, caliente y consumido. —Déjame besarte. Por favor, —le rogó mientras lo observaba, tan tranquila y preparada como siempre. No había duda de que Isolde lo deseaba, tanto como él a ella.

Su mirada se fijó en sus labios y entonces la besó. Fuerte. Tantos años de separación, tanto deseo reprimido, hicieron desaparecer todo decoro y el beso fue más que intenso. Como si nunca se hubieran separado, Isolde lo besó con una intensidad que lo dejó tambaleándose. El tiempo se movió lento mientras su lengua se deslizaba y hacía correr su sangre con sus dulces suspiros y jadeos. Merrick enhebraba sus dedos a través de su cabello, viendo cómo caía sobre sus manos y contra su espalda. Detuvo el beso, observando su belleza desorganizada que era solo para él. —Eres tan bella. Te eché de menos.

Ella lo tiró hacia atrás para besarlo de nuevo y él gimió, con la mano deslizándose por su espalda, acercándola. La besó para frenar su jadeo, ondulando su cuerpo contra ella, empujando a ambos hacia un intenso placer. La empujó, tentándola a estar con él así para siempre.

—Merrick, —suspiró. —Detente. Tenemos que detenernos. —Lo empujó por el pecho, y, a regañadientes, él dio un paso hacia atrás, con la respiración desigual como si hubiera corrido un kilómetro. —Debo irme. —Recogió su abrigo y se dirigió hacia las puertas de la biblioteca, haciendo una pausa para mirarlo. —Yo también te extrañé, —dijo, dejándolo mudo.

Una sonrisa levantó los labios y la emoción floreció en su alma por primera vez en cinco años. Donde había pasión, había esperanza y él haría cualquier cosa si eso significaba que serían el uno del otro una vez más.

Y para siempre.

Isolde tardó casi una semana en poder escaparse para volver a ver a Merrick. Su familia había

ido al teatro, a ver una obra que Isolde no quería ver, así que no fue difícil evadir la salida.

Su hermana Alice se quedó más tiempo en el vestíbulo, mirándola como si sospechara algo, pero, cuando estuvo pronta, se fue con todos los demás. Entonces Isolde caminó hacia las caballerizas y pidió a su mozo de caballos que llamara un taxi.

Esa noche Londres estaba tan lluvioso que Isolde había pensado que impediría que su madre asistiera al teatro, pero el entusiasmo era demasiado como para cancelarlo por un poco de humedad. El taxi llegó rápido y no pasó mucho tiempo antes de pasar por las familiares calles de Mayfair mientras se dirigía a la casa de Merrick. Solicitó al conductor que la dejara en la calle lateral y caminó la corta distancia hasta el callejón desde el que entró al patio de Merrick. Se cerró el abrigo, abrió el pequeño portón de metal y caminó hacia la terraza y las puertas de la biblioteca. Se quedó de pie un instante, incapaz de llamar a la puerta, indecisa entre lo que quería hacer y lo que debía hacer.

¿Qué estoy haciendo aquí? Aunque sabía muy bien lo que estaba haciendo. ¿Dónde estaba la vergüenza que debería sentir en semejante escapada? Los sentimientos hablaban más que las palabras: no sentía vergüenza. Siempre había actuado conforme a las reglas, pero eso siempre había terminado en angustia y desesperación. Tal vez debería intentar otra forma y ver si el resultado sería más favorable.

La biblioteca estaba más oscura que la vez anterior que había estado allí y, por un momento, se preguntó si Merrick estaba fuera o ya estaba en la cama. Pero enseguida el movimiento cerca del fuego llamó su atención y lo vio sentado allí. Llamó a la puerta y se quedó mirando expectante. Él sonrió cuando la vio y todas las dudas desaparecieron en el frío aire nocturno.

Aunque en el momento en que entró en la habitación, no se relajó en lo más mínimo; en todo caso, el calor floreció en su piel y la recorrió un anhelo que se había negado a sí misma durante demasiado tiempo. -Buenas noches, Su Excelencia.

Él se rio y a ella se le tensó el estómago. -Mi lady. Volviste a venir.

Lo siguió hacia el fuego y se sentó en el pequeño sillón que sacó para ella. Solo unas pocas velas ardían en la habitación, dando al espacio un aire seductor y romántico. -Así es. Frunció el ceño. -Pero no debería haberlo hecho. No estoy actuando como debería hacerlo una dama.

Él la miró, rozando sus propios labios con ocio. Esa acción la hizo centrar su mirada en esa parte de su cuerpo y le subió la temperatura al punto de desear besarlo de nuevo. Quería sentir la pasión y el fuego que había provocado en ella la semana pasada.

Miró de nuevo al fuego y aclaró su garganta. —Lamento no haber podido venir antes. Fue una semana ocupada. Espero que William y Lily estén bien.

Él sonrió ante la mención de los niños y la tensión entre ellos se suavizó un poco. —Están muy bien. William espera volver a Mountshaw. Lily está engordando y se está acomodando mejor esta semana.

—Me alegra mucho —respondió, agradecida de que la niña no hubiera sufrido por la adicción de su madre. Y que William siguiera adelante, un niño feliz y educado, era un gran

alivio. —Te vamos a extrañar cuando te vayas. Espero que me dejes visitarte.

Merrick la miró fijo. —Ambos sabemos que eso va a ser imposible. Algún día te vas a casar. Dudo que tu nuevo esposo desee quedarse en una casa donde vive tu ex prometido.

—Y si no me caso, pero te visito de todos modos, ¿me permitirás quedarme?

La pregunta era más directa y reveladora, diferente a lo que Isolde había dicho en años. Se le marcó un músculo en el rostro y parecía extasiado. Ella respiró con fuerza, harta de ser la hija perfecta del duque. Siempre haciendo lo correcto por las expectativas de los demás. —¿Merrick? —preguntó al ver que él no respondía.

—No creo que sea sabio.

Ella se rio. No era sabio, pero por primera vez era exactamente lo que quería. —¿No quieres que me quede?

Que se distanciara después de haberse besado la decepcionó mucho. ¿Qué le pasaba? Ella se estaba abriendo mucho ante él.

Merrick se volvió hacia ella y juntó sus manos. Rozó su piel con el pulgar, produciendo escalofríos por su columna vertebral.

—¿Puedo preguntarte algo, Isolde?

Una pequeña línea de ceño fruncía su frente y ella quería borrar su preocupación, no dejar que se preocupara tanto como lo hacía. —Desde luego. Lo que sea.

—¿Es cierto que estás dispuesta a casarte sin amor o afecto? ¿Que solo desees un matrimonio para tener hijos?

La vergüenza la invadió porque eso era lo que quería. Escuchar la verdad de sus deseos en voz alta los hacía sonar despiadados y fríos. De hecho, lo eran, pero nada fuera de lo común para otros de su grupo. —Creo que sí. No sería la primera mujer en hacerlo.

Él se estremeció y ella volvió a mirar el fuego; odiaba la culpa que veía en sus ojos. —Prométeme que te casarás por amor, Isolde. Mereces mucho más que mediocridad.

—Yo... —empezó a decir, mordiéndose el labio; no estaba segura de poder cumplir esa promesa. Amar de nuevo significaba arriesgar su corazón. Después de los dolorosos años de separación de Merrick, no estaba segura de poder volver a sentir esas emociones. —No podría arriesgarme a amar y perder a otro tanto como te amaba y te perdí a ti. Las personas se casan todo el tiempo por la única razón de lograr una posición, engendrar fondos o herederos. No amaba a Wardoor y, si su estilo de vida hubiera sido menos arriesgado, me habría casado con él.

La boca de Merrick se movió mostrando su disgusto.

—¿Hubieras permitido que Wardoor tuviera una amante? ¿Y una vez casado, siempre y cuando tuvieras hijos y un futuro seguro, le habrías dado rienda suelta para hacer lo que quisiera?

La ira la atravesó: no podía creer que Merrick la estuviera castigando cuando sus opciones, sin importar cuán rica fuera, estaban tan limitadas. —¿Qué sugieres que haga, Moore? ¿Casarme por amor y que me rompa el corazón cuando se acueste con alguien más? Cuando me case, prefiero mantener mi corazón cerrado y libre de ese tipo de dolor.

—No puedes hacer que todos los hombres paguen por mis acciones. Tu padre me hizo casarme con Leonora por las mismas razones por las que estabas dispuesta a aceptar a Wardoor. Te aseguro que no hacen una unión feliz.

Isolde se quedó boquiabierta ante sus palabras. —Me rompiste el corazón. No tengo uno completo para darle a otra persona.

Esta conversación y esta noche no estaban saliendo como Isolde había imaginado. Debería irse.

—No debes privarte del amor, Isolde. Una pequeña parte de ti no dejará de lado el dolor que te causé y por eso, te arrepentirás de cualquier matrimonio que contraigas. No deseo eso para ti. —Hizo una pausa y, suavizando su tono, continuó: —Debes aprender a confiar de nuevo. Sin confianza, no tienes nada.

—No amo a nadie, así que el tema es irrelevante. Sin amor, no necesito aprender a confiar en esa emoción.

Se puso de pie, alejándose de él.

—Y si te pidiera que te casaras conmigo, ¿aprenderías a amar y tener fe en mí otra vez?

Esta conversación no podía estar sucediendo y la mente de Isolde zumbaba con pensamientos sobre cómo escapar. —¿Me estás pidiendo que me case contigo?

—Depende de tu respuesta.

Los nervios la asaltaron al pensar en Merrick como su esposo. Las sensaciones que siempre había podido despertar en ella eran diferentes a todo lo conocido, pero ¿lo decía en serio? Y lo más importante, ¿quería que hablara en serio? —Mi familia nunca me permitiría casarme contigo. No después de todo lo que pasó entre nosotros.

—Más allá de tu familia y la sociedad. ¿Qué quieres tú? Piensa en el futuro: cuando estés sola, casada, dentro de unos años, e infeliz. Con un esposo al que le importan poco tus sentimientos o los de tus hijos. ¿Desearías haber elegido otra cosa?

Ella se paseó ante el fuego, incapaz de pensar con claridad. Lo que Merrick decía era cierto. Odiaría un matrimonio por conveniencia. Pero hasta hace unos minutos, eso era todo lo que podía ver para sí misma. Merrick no había expresado su deseo de casarse con ella y no se había permitido soñar, con la esperanza de que algún día pudieran tener el futuro que ambos querían. —No puedes hablarme de esa manera.

Él se acercó, como un oso ante un gran bocado de carne. Ella sintió que se le acababa el aire en los pulmones y luchó por respirar.

—Te deseo, Isolde. Desde el primer momento en que te vi en ese baile *country* y te voy a desear hasta el día de mi último suspiro.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y parpadeó rápido. —Oh, Merrick... —Su mente se aceleró junto con su corazón. Esto era demasiado maravilloso y terrible al mismo tiempo. ¿Cuántas horas había estado despierta por la noche, deseando que llegara? Deseando haberse quedado y luchar contra Leonora por su mano. Haber escuchado su explicación, que ya había

llegado a creer que era la verdad.

—Si no te casas conmigo, quiero que entres en la alianza que elijas con los ojos abiertos, porque, una vez que estés casada, es para siempre, Isolde. Eso lo tuve que enfrentar y aceptar con el tiempo.

Se tragó el nudo en la garganta; odiaba que el hombre que tenía adelante era el único que sabía cómo irritarla y provocar una verdadera emoción. —Me tomaré el tiempo de conocer a mi futuro esposo lo suficiente, pero soy una mujer moderna, no una tonta. Sé que mi esposo deseará ser libre y hacer lo que quiera la mayoría de las noches. Y no evitaré que lo haga, siempre y cuando no me impida tener la vida que quiero.

—¿En serio? —preguntó, acercándose aún más. —Por favor, dime lo que quieres decir con esa afirmación.

—Solo eso...

—¿Eso significa que tendrías una aventura con otro hombre una vez que coloques la banda dorada en tu dedo y te proteja de la sociedad que tanto aprecias?

Su respiración estaba demasiado cerca de sus labios y quería acercarse aún más y tocarlos con los suyos. El deseo ardía, esperando que una llama lo hiciera realidad. —Estás analizando demasiado mis palabras.

—No te engañes a ti misma pensando que la libertad se logra al firmar un registro matrimonial. —Merrick hizo una pausa, su mirada oscurecida con intención. —No permitiré que te cases por otra cosa que no sea amor puro. —Le acarició el brazo y una carga de deseo recorrió su vientre en espiral.

—¿Y crees que puedes detenerme?

Él le lanzó una mirada divertida. —Sí, —afirmó sin dudarlo.

—Merrick, —lo llamó, colocando un dedo sobre sus labios, —cállate y bésame.

Isolde envolvió su cuello con los brazos y tomó el control; él la miró sorprendido. Jadeó, ya fuera para decir algo o para profundizar el encuentro. El motivo no importaba cuando estaba besando al hombre que la había perseguido en sueños durante los últimos cinco años.

Una embriagadora sensación de poder y deseo corrió por sus venas y se abrió a él, besándolo con una necesidad desesperada y voraz. La rodeó con sus brazos y la mantuvo bien cerca suyo. Tan cerca que podía sentir su deseo y esa sensación solo aumentó su propio anhelo. El calor se acumuló entre sus piernas y su mente repetía que lo que hacían era correcto. Y nada ni nadie iba a impedir que obtuviera lo que quería.

Otra vez no.

Merrick tardó un momento en recuperar el aliento cuando la mujer que había deseado probar, abrazar y amar, lo besó sin restricciones. Y, sin embargo, con cada momento delicioso, devorar

esos labios no era suficiente. Quería más. Mucho más.

El suave deslizamiento de su vestido debajo de sus manos era demasiado tentador. Deslizó sus brazos más abajo para acariciar la cola más sensual y perfecto que alguna vez había visto. Ella gimió y mordisqueó su labio inferior, lo que endureció a Merrick. Los escalofríos se apoderaron de él y retrocedió para tener algo de perspectiva. —No puedes besarme así y casarte con otro. No lo voy a permitir.

Ella agarró su rostro, con sus ojos esmeraldas dormidos por el deseo. —Ya no quiero hablar sobre mi futuro marido ficticio.

Merrick no podía estar más de acuerdo. La atrajo aún más cerca, le permitió sentir lo que le estaba haciendo, el deseo que despertaba. La deseaba a ella. Solo a ella.

La arrastró hacia el canapé, Isolde sobre su regazo mientras él estaba sentado, sin romper el beso. El deslizamiento de su lengua contra la suya hizo que su corazón latiera con una necesidad que solo había sentido con ella. Era todo para él y, si se lo permitía, la haría suya. Tenerla y ser condenado en consecuencia. Gracias a Dios por la consecuencia, porque el matrimonio era también su deseo.

—Tócame, Merrick.

La necesidad en su voz lo hizo gruñir, demasiado feliz de hacer lo que ella le ordenaba. —¿Dónde te gustaría que te tocara, mi lady?

Isolde se mordió el labio, acomodó sus piernas y arrastró el vestido un poco para permitirse más movimiento. —Por todos lados. —Tomó su mano y la empujó contra su pecho. —Y en cualquier parte de mi cuerpo.

A Merrick se le terminó el aire en los pulmones. Por un momento, quedó incapaz de pronunciar palabra o moverse. Ella se movió y el ligero roce de sus partes íntimas lo despertó de un sueño que nunca pensó que se haría realidad. Deslizando las manos por sus piernas, disfrutó de la suavidad de la seda debajo de sus palmas que rivalizaba con su propia piel. Suave y cálido, deslizó el vestido por sus piernas, hasta las caderas.

—Me vuelves loco.

Se lamió los labios. Maldita sea, tendría suerte de sobrevivir a esta noche.

—Por favor.

No pudo negarse a su súplica y otro balanceo contra él. La agarró por la cadera, pasando un dedo por la parte inferior de su abdomen y hacia la oscura capa de rizos entre sus muslos. Deseaba liberarse y deslizarse en su núcleo caliente, para así llegar ambos al clímax.

Ella tembló cuando rozó sus rizos con la mano, deslizándose lentamente, y lo acarició mientras él profundizaba más. Estaba tan húmeda, caliente y lista para él, que casi podía sentir su necesidad.

—Oh, Dios, eso es... —le levantó la cara para mirarlo a los ojos. —Eso se siente muy bien, Merrick.

Él deslizó un dedo dentro de ella. Tan dulce y apretado. La acarició despacio y observó cómo

sus ojos brillaban con lujuria; tiraba la cabeza hacia atrás mientras disfrutaba de la música que tocaba contra su piel. Isolde abrió sus manos que seguían tocándole el cabello; cuando los movimientos se volvieron más frenéticos, onduló su cuerpo, de una forma que nunca había experimentado. Una bendición y una maldición, para quienes no deseaban que fuera amada y disfrutara del amor como lo estaba haciendo ahora.

—Te deseo. —Las palabras salieron ásperas y sin aliento. —Déjame tenerte, —rogó Merrick, incapaz de contener los deseos que había guardado durante tanto tiempo.

Ella lo miró, lo besó y deslizó sus manos por su pecho para hurgar en los botones de su pantalón. —Yo también te deseo. Mucho.

La cordura prevaleció por un momento y Merrick entendió que no importaba cuán preparada estuviera Isolde para él, esa posición no sería la mejor para ella. La agarró por la cola y la hizo girar para que se acostara en el canapé; luego se acomodó sobre ella.

Ella siguió desabrochando los botones con frenesí y en unos instantes su pene se soltó y su ansiosa mano se adueñó de él. Lo miró extasiada. —Es tan suave.

Él sonrió y gimió cuando comenzó a jugar.

—Siento que voy a disfrutar lo que estamos a punto de hacer, —dijo Isolde, sonriendo como una descarada. Y allí estaba, la mujer burlona y risueña de la que se había enamorado en un baile *country*. Cómo había extrañado esa sonrisa despreocupada.

—Mi objetivo es complacerte, —dijo entre jadeos, tratando de concentrarse mientras Isolde deslizaba su mano libre sobre él, apretando un poco.

Se apoyó en sus propios brazos, disfrutando cómo lo miraba. Sus piernas se abrían hacia él y sus senos se levantaban contra su vestido con cada respiración frenética. Colocó sus manos sobre su cabeza. —Agárrate del canapé, —le sugirió.

Se sorprendió ante el pedido, pero lo cumplió. Él deslizó su pene contra su vagina. Ella *se contorneaba de placer* debajo de él y entonces alargó un poco más el momento. Hacía mucho tiempo que deseaba tener a una mujer. Tanto tiempo desde que había tenido a Isolde en sus brazos que no quería que se terminara nunca. Tan desesperada como él, se levantó para empujar la cabeza de su pene hacia su calor.

—Quiero ir lento para ti. La primera vez a veces duele, —le dijo, luchando por respirar.

Ella le agarró los brazos y le clavó las uñas en la piel.

—Merrick, mi paciencia está empezando a disminuir. Te pondré de espaldas en breve y lo haré yo misma, si no te das prisa.

Él sonrió. Qué mujer tenía en frente y cuánto la había extrañado. Todos los años que habían estado separados fueron demasiado largos. —Seré tan cuidadoso como pueda, —prometió. Merrick empujó lentamente contra ella justo cuando alguien tocó la puerta.

Isolde se quedó petrificada en sus brazos y él maldijo.

—¿Su Excelencia? —Otro golpe, más fuerte esta vez. —Lord William está despierto y pregunta por usted. Él tuvo... —Su criado hizo una pausa. —una pesadilla y desea verlo, Su

Excelencia.

Miró a Isolde. —Voy enseguida, —respondió, con voz tensa y más áspera de lo que deseaba. Respiró profundo y se calmó antes de alejarse de ella.

Isolde se sentó, tratando de enderezar su ropa y sus ojos se tiñeron de desilusión.

—Volveré pronto. Por favor, no te vayas.

Ella tomó su mano mientras se ponía de pie y lo hizo sentar a su lado. —Debo irme. Se está haciendo tarde y William te necesita. No quiero que te apresures con tu niño para volver a mí.

Él frunció el ceño: odiaba la idea de que se fuera después de lo que habían estado a punto de hacer. —No le haría eso, pero tampoco deseo que te vayas.

Ella no respondió, solo se inclinó y lo besó dulcemente en los labios. El miedo lo atravesó ante el gesto. —Ve, Merrick. Nos vamos a ver de nuevo. Te lo prometo.

Se puso de pie, volviéndose para mirarla, aún en la puerta, sabiendo que cuando volviera a la habitación la encontraría vacía.

Capítulo

Diecisiete

Isolde se despertó sobresaltada: las sábanas suaves de algodón estaban desperdigadas al azar sobre su cama y las mantas apiladas a sus pies y por el piso. —¿Otra pesadilla? Me has estado despertando toda la semana con tus pesadillas.

Miró hacia el armario y notó que Alice estaba revisando sus vestidos, sosteniendo uno de seda azul contra su cuerpo.

—¿Qué estás haciendo en mi habitación?

—Quiero respuestas.

Colgó el vestido de nuevo y caminó hacia ella. La mirada de su hermana se fijó en ella con una determinación que a menudo había visto en el rostro de su hermana mayor Elizabeth antes de casarse con Henry.

Isolde tragó saliva. —¿Qué tipo de respuestas? No sé nada. Nada que quiera revelar.

—Anoche llegué a casa temprano del teatro y no estabas aquí. Por cierto, busqué en todas partes, por si tratas de encontrar alguna excusa lamentable.

Sintió calor en las mejillas y agarró la sábana para taparse la boca. —Salí a caminar por el jardín. No hay nada malo con eso.

Si fuera verdad. La idea de lo que Merrick le había hecho, de sus caricias, sus besos, su pasión...

—¿Dónde estabas, Isolde? —Alice se cruzó de brazos, levantando una ceja con determinación. —Quiero saber.

—Lejos de mi habitación. Como ya te dije.

Se arrastró desde la cama hacia la ventana para ver cómo estaba el día: no había signos de lluvia hoy. Alice se dio cuenta de que había tirado su vestido con descuido sobre una silla en su vestidor. Se acercó y lo levantó como para inspeccionarlo antes de olerlo.

—Esto tiene el olor distintivo de la masculinidad.

Isolde se echó a reír; incluso para sus propios oídos sonaba quebrada por la culpa. —No seas absurda. No puedes oler a un hombre en mi vestido.

—¿Cuánto tiempo llevas escabulléndote para verlo? Y al hablar de un hombre, me refiero a Su Excelencia, el duque de Moore.

¿Cuándo se volvió Alice tan entrometida y tan inteligente, maldita sea? Isolde dejó los ojos en blanco. —¿Moore? Habla con seriedad, Alice. Acabo de romper mi compromiso con Wardoor... ¿cómo permitiría el cortejo tan pronto?

—Sé que lo estás haciendo, porque no estabas en casa cuando llegué anoche. Y tampoco estabas en los jardines. Ahora, —dijo Alice, levantando las cejas, —sabes que no le contaré a nadie tu secreto mientras dejes de hacer cualquier cosa destructiva que estés haciendo, antes de que sea demasiado tarde.

—No es destructivo.

—¡Ajá! Entonces sí te estás escapando para ver a alguien. Exijo que me lo digas de inmediato o me veré obligada a hablar con mamá; eso no te hará ningún bien en absoluto.

—No te atreverías.

Se volvió hacia su hermana: analizó su sonrisa y el descuido con que se encogió de hombros. Lo último que quería era que su familia supiera de su nueva amistad con Merrick. Lo odiaban desde lo que sucedió hacía cinco años y no habían perdonado sus pecados. Incluso luego de explicarles que no era su culpa y que lo habían engañado, así como a ella, todavía les resultaba difícil ser agradables y cordiales con él en público.

—Lo voy a hacer, si no me cuentas. No puede haber un escándalo en esta casa, a menos que yo sea parte de él.

Alice se quedó esperando una respuesta, de pie, con expectativa escrita en su rostro.

Isolde suspiró. —Solo llamé a Moore un par de veces para ver cómo estaban él y los niños después de la muerte de Leonora.

Se dejó caer en la silla detrás de su escritorio, esperando el inevitable regaño que Alice le daría. Muchos dirían que se vieron demasiado pronto después de la muerte de Leonora. Que estaba presionando a una familia de luto. Aprovechándose de ellos. Frunció el ceño ante el pensamiento. ¿Estaba haciendo eso?

—Siempre sospechamos que lo amabas, incluso tantos años después.

La mortificación la inundó. ¿Era tan obvio para todos? —No lo sospechaban.

—¿Es verdad? —Alice vino y se paró frente a ella. —Debo advertirte sobre eso. Podrías casarte con alguien sin un pasado que nuble tu juicio. Hay otros hombres además de Su Excelencia que podrían hacerte feliz, si tan solo lo intentas.

Sus palabras le recordaron lo que Merrick había dicho la noche anterior. Pero Isolde le había entregado su corazón muchos años atrás y no lo quería de vuelta. —Sé que tienes buenas intenciones y voy a pensar en tus palabras. —le respondió y suspiró. —Solo visité a Moore para agradecerle por su ayuda esa noche desastrosa y porque lo sentí mucho por él y los niños después de la muerte de la duquesa. No puede ser fácil perder a un cónyuge, incluso si el matrimonio no era por amor.

Al oír sus palabras, la culpa le picó la conciencia por haber estado a punto de acostarse con un hombre que todavía estaba de luto. Era el peor tipo de persona; debería estar avergonzada de

sí misma, pero la idea de los labios de Merrick, exigentes y hambrientos, sus fuertes y capaces brazos acercándola hacia él... Se mordió el labio, si solo pudiera tener más de eso.

—¿Lo vas a ir a visitar otra vez?

—No. —Y no lo haría. No podría haber más encuentros secretos. Cada vez que estaba con el duque se hacía más difícil mantenerse alejados, que su presencia no la movilizara. Ya había causado suficiente dolor a la familia con los problemas de su vida amorosa. Si eligiera a Moore y le permitiera cortejarla, se alborotaría la sociedad de Londres. No solo se había casado con su mejor amiga, sino que todavía estaba de luto. Qué dilema. —Somos amigos, nada más. Su Excelencia va a regresar a Mountshaw muy pronto, por el bien de sus hijos. Solo deseaba verlo antes de que se fuera, para asegurarme de que todo estuviera bien.

Bajó la mirada hacia un pergamino para ocultar el calor que florecía en sus mejillas ante la mentira. *¿Cuándo me volví tan escandalosa?*

Los ojos de Alice se entrecerraron. —Si tú lo dices, te creo, pero me dirías si lo que dices no fueran tus verdaderos pensamientos, ¿no? Todo lo que deseamos para ti es felicidad.

—Soy feliz, —aseguró con una sonrisa y notó que la postura de su hermana se relajó un poco ante la mentira que no había captado. —Estoy más que contenta, de hecho. Y en cuanto al duque, solo se estaba comportando como amigo. Nada más, te lo aseguro.

Alice la observó por un largo rato y luego asintió. —Muy bien. No voy a profundizar más en el asunto y voy a confiar en tu palabra, pero ten en cuenta esto, hermana, la familia nunca desearía que te conformaras con nada más que lo que quieres. No importa lo que haya sucedido en el pasado. Eso ya quedó atrás. Es hora de avanzar hacia el futuro y hacia todas las maravillas que traerá.

Isolde se levantó y, rodeando su escritorio, abrazó a su hermana. —Lo sé; gracias. Para ser la hermana menor, eres más inteligente de lo que pensaba.

Alice fingió que se sentía insultada. —Tengo mis momentos. Nunca aprendes nada en esta sociedad si eres inteligente. Una debe fingir estupidez a veces. No hay nada que un caballero o las matronas de *sociedad* odien más que una mujer inteligente que pueda decir más que sí, no y gracias.

Isolde sonrió y Alice se fue de la habitación. En el momento en que la puerta se cerró, las lágrimas brotaron de sus ojos. Se las secó: eran inútiles en este momento. Llorar no la ayudaría. Solo un poco de fe serviría. Y, justo en este momento, Isolde no estaba segura de si tal cosa era posible, en especial cuando se trataba de Moore, el hombre que ya había roto su corazón.

C ontra las reglas de la sociedad, Merrick asistió a una obra de Shakespeare solo porque Isolde estaría allí. Se sentó solo en el palco ducal. Para su sorpresa, vio a Wardoor por primera vez desde su noche en la guarida de opio sentado en el lado opuesto del teatro; estaba sumergido en

una conversación tranquila con una persona que no reconoció.

Un caballero elegante le gritó a uno de los actores y su atención se desvió temporalmente para ver quién estaba haciendo tanto ruido. La obra continuó como siempre y pronto estuvo tranquilo una vez más. Se reclinó en su silla y observó el esplendor de Isolde, su encantador vestido de gasa de seda rosa satinada y crema que caía sobre ella como una segunda piel. Era la perfección personificada; nunca la había visto tan hermosa. La idea de deshacer los cordones del vestido y quitarlo de su cuerpo para besar esa piel de olor dulce, observando cómo se sonrojaba cuando la tocaba, bombardeó su mente.

Ignoró los murmullos de sus vecinos del teatro que le hacían saber que no aprobaban su asistencia. Se mencionaron palabras como escandaloso, despiadado, imperdonable... y las ignoró todas. Si supieran cuán terrible había sido su matrimonio, que su esposa era una amante para muchos, tal vez incluso para sus propios maridos, entonces la difamación cesaría. Con tales pensamientos, la culpa interminable lo asaltó porque Leonora había hecho todo eso por desesperación para llamar su atención. Si hubiera sido una mala esposa, él también habría sido un mal esposo. Y si ese fuera el caso, merecía la censura.

Los aplausos sonaron cuando cerraron las cortinas y encendieron las lámparas durante el intermedio. Se levantó y, saliendo de su palco privado, se dirigió a donde estaban los Worthingham. La cortina estaba abierta y Lord y Lady Kinruth estaban saludando, cuando hizo una reverencia ante todos.

La duquesa de Penworth le lanzó una mirada de acero; era evidente que le molestaba su presencia. Volvió a hacer una reverencia. —Buenas noches, Su Excelencia, Lady Isolde.

Estrechó su mano, inclinándose sobre ella y besándola. Un escalofrío de conciencia hizo que le temblara la mano y la miró a los ojos, deseando estar solos para poder besar sus miedos. Y ayudarlo a olvidar lo cruel que había sido con su esposa fallecida.

—Su excelencia, —respondió Isolde, poniéndose de pie. —¿Está disfrutando la obra?

—Olvidé incluso que hay una obra, ya que el teatro tiene muchas otras delicias esta noche.

Ella se sonrojó y Lord Kinruth tosió, cubriendo su sonrisa con la mano. —No creí que vendría, —le respondió. —Como puede ver, lo hice. —Notó la ausencia del hermano de Isolde y su hermana menor Victoria, y, sin embargo, Lady Alice estaba allí.

—No debe concurrir a estos lugares mientras está de luto, Su Excelencia. Corríjame si me equivoco, pero ¿han cambiado tanto las reglas de la sociedad para permitir tal cosa? —preguntó la duquesa, mirándolo con desprecio.

—Mamá, —la llamó Isolde, sonrojándose con furia. —Estoy segura de que Su Excelencia tiene razones para asistir esta noche.

—Estoy segura de que las tendrá, —murmuró la duquesa, tomando asiento y dándole la espalda.

—Me sorprende también que estés aquí, pero me alegro de que lo estés. —Isolde los condujo a la parte posterior del palco para tener privacidad. —No pensé que los caballeros asistieran a

estos entretenimientos cuando estaban de luto.

Merrick se estremeció; sabía muy bien que era cierto. —Tienes toda la razón, pero no podía pasar otro día sin verte. —Isolde lo miró y abrió sus hermosos ojos verdes. Cómo deseaba tomarla en sus brazos y asombrarla a ella y a su familia aún más. —Te sorprendí.

Ella asintió, mordiéndose el labio. —Claro que sí, Su Excelencia, pero no en el mal sentido.

—Merrick; sin títulos entre nosotros, —susurró. La miró con algo de desesperación. Necesitaba volver a verla, a solas, donde no hubiera nadie para interrumpirlos. —¿Cuándo te veré de nuevo? ¿A solas?

Ella miró hacia su familia y Merrick notó que, aunque hablaban con otros que visitaban su palco, la atención se desviaba constantemente hacia ellos. —No podemos, —sentenció y frunció el ceño. —Recién quedaste viudo y yo acabo de romper mi compromiso. El escándalo sería demasiado si nos atraparan. Tengo que pensar en mi familia y en la tuya.

Merrick podía entender su preocupación. Dios, tenía sus propios demonios que lo atormentaban cada hora del día. No merecía una segunda oportunidad, ser feliz una vez más, no después de haber colaborado con que la vida de Leonora fuera un infierno. ¿Pero debían continuar separados, aunque solo fuera para complacer a los demás? ¿Hacer siempre lo correcto y lo que se esperaba de ellos? Él pensaba que no.

El dolor en los ojos de Isolde le decía que ella lo amaba, que quería lo mismo que él: estar juntos. Si tan solo pudieran tomar la decisión y la *sociedad* pudiera irse al diablo con sus supuestos estándares que provocaban tantas parejas infelices dentro de esa esfera social.

Escondido por el vestido de Isolde, Merrick se estiró y le agarró la mano. Sus dedos se entrelazaron y los labios de Isolde se alzaron en una sonrisa cómplice. —Por favor, Isolde. Suplicaría si fuera necesario. El personal del teatro comenzó a entrar para apagar las lámparas, lo que indicaba que el segundo acto estaba a punto de comenzar. —Por favor, piénsalo.

Isolde soltó su mano y le dio un golpecito en la chaqueta. —Lo voy a hacer. Te lo prometo.

Merrick dio un paso atrás y le permitió pasar, sin irse hasta que se sentó de nuevo. No regresó a su palco, sino que salió del teatro y se sentó a esperar en su carruaje hasta que terminara. Y luego vería cuál era la decisión de Isolde; si tenía o no alguna posibilidad de recuperarla.

Capítulo

Dieciocho

Regresaron tarde del teatro e Isolde recorrió su habitación, mientras el sueño la eludía. La súplica de Merrick y su insomnio hacían que la solicitud fuera difícil de negar. No había nada más que quisiera que perderse en sus brazos. Dejarlo arrastrarla a un sueño, pero no podía. El riesgo era demasiado grande para todos y ella, sin importar cuánto se preocupara por Merrick, no colocaría a su familia en medio de otro escándalo.

El reloj de su habitación marcó las doce de la noche y así terminaba otro día, lleno de bailes y fiestas que ya no encontraba interesantes. Luego de terminar su compromiso con Wardoor y sin deseos de perseguir a ningún otro caballero, la temporada se sentía larga y aburrida. Se frotó la frente, luchando entre lo que debería hacer y lo que quería hacer.

Qué dilema.

Apagó las velas y se metió debajo de las sábanas. Estaban frías. Se dio vuelta, mirando hacia la noche iluminada por la luna. Como no podía dormir, abrió las cortinas para ver las estrellas, pero la luna estaba tan grande en el horizonte que amortiguaba el brillo de las estrellas y se llevaba toda la gloria.

Un crujido en las tablas del piso fuera de la puerta de su habitación la hizo sobresaltar y se sentó, agarrando las mantas contra su pecho. No brillaba ninguna luz debajo de la puerta que explicara el ruido y ya no era hora de que los criados anduvieran por ahí.

El miedo se deslizó por su columna vertebral cuando su puerta se abrió en silencio y la figura fantasmal de un hombre que nunca había pensado ver en su propia habitación entró rápido y cerró la puerta detrás de él. El movimiento de la cerradura la llenó de deseo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó, sin moverse, solo observó cómo se dirigía hacia allí y cómo la capa, que cubría todo menos su rostro, caía al suelo.

—Si no vienes a verme, vengo yo. —Ese barítono profundo hizo que se paralizara el aire en sus pulmones.

Merrick era todo belleza muscular y rasgos oscuros que la dejaban temblorosa de necesidad. —Josh te matará si te atrapa aquí. Debes irte.

Apoyó la rodilla en la cama y señaló hacia la puerta. Él la ignoró y se paró al pie de la cama. Tan cerca que casi podía tocarlo.

Deseaba tocarlo. Deslizar sus manos contra su cuerpo perfecto y maravillarse con su fuerza. Desató su corbata y también la dejó caer al suelo. Le lanzó una sonrisa seductora que prometía una noche llena de placer y pecado. —No me iré a ninguna parte.

Oh, Dios... —Merrick, seamos serios.

El colchón se hundió cuando él también apoyó la rodilla en la cama. Inconscientemente, sus manos se extendieron para tocarle el pecho; los músculos se flexionaron por el contacto y tragó la necesidad que la atravesó, caliente y rápida. Una pequeña voz en el fondo de su mente le advirtió que esto estaba mal. Recorrer este camino conducía al escándalo y tal vez también a sueños rotos.

—Tu hermano tenía un compromiso. Revisé su paradero antes de venir aquí. Y el resto de tu familia están dormidos. Nadie nos va a interrumpir.

El calor se acumuló en su interior, cuando entendió con claridad sus palabras y el significado detrás de ellas. —Por favor, dime, ¿qué interrumpirían exactamente?

Su mirada la recorrió y todos los pensamientos sobre cualquier cosa menos ellos dos desaparecieron. —Esta noche, mi bella Isolde, tengo la intención de hacerte mía.

Isolde se ajustó el dobladillo de los pantalones y lo atrajo hacia ella. Las manos de Merrick le rodearon la espalda y la empujaron contra su pecho. Sintió sus músculos duros a través de su ligero pijama de seda y se estremeció. ¿Habían pasado solo unos días desde que había estado en sus brazos? Cada hora parecía una vida...

Sonrió, tocándola como un pianista a su instrumento: a la perfección y para su propio disfrute. Recorrió la línea de su hombro, sacudiendo un mechón de pelo antes de inclinarse y besarla debajo de la oreja. Isolde cerró los ojos ante la suavidad de su roce que le provocó un escalofrío en el pecho. Sí, sabía exactamente cómo tocarla a la perfección. —Te eché de menos, Isolde. Prometiste venir a verme de nuevo. Me mentiste.

Lo dijo como un juego, pero Isolde no perdía el tono de acero. —Quería ir. En serio, pero...

—Que no haya más excusas. —La empujó sobre la cama y ella rebotó; una risa burbujeó en su interior. Merrick la observó, con un filo perverso en su mirada, antes de arrastrarse sobre ella, inmovilizándola en el lugar. —Quítate el pijama, Isolde.

El calor floreció en su pecho. —No puedo. Yo...

—Si no lo haces, te lo arrancaré. A menos que quieras explicarle a tu doncella tus pecados...

Su mano le recorrió la panza para apretar la parte inferior de su pecho. Sus ojos se encontraron en la habitación iluminada por la luna mientras apretaba los dedos sobre la seda, tirando lentamente hacia abajo hasta que su pecho quedó al descubierto. El aire fresco de la noche hizo que su pezón se endureciera antes de que él acariciara su pecho con una experiencia que aumentó su calor y su deseo. Isolde gimió cuando él se inclinó y besó su piel. La sensación de tenerlo tan cerca era correcta en todos los sentidos. Antes de su compromiso, solo se habían besado, con algún roce arriesgado de vez en cuando, pero nada como esto. Nada como este caleidoscopio de sensaciones que se amotinaban dentro de ella. ¿Cómo podrían recuperar el

tiempo perdido? Le agarró el cabello; sentía que lo que hacían era lo correcto.

—Merrick, —jadeó, con la voz sin aliento. —Bésame.

Con un pequeño mordisco de amor en su pecho, él se movió para encontrarse con su mirada. —Sus deseos serán órdenes, mi lady.

Se apoderó de su boca en un beso feroz y no hubo vuelta atrás. Los años que pasaron separados se desvanecieron e Isolde recibió todo lo que le ofrecía. Había soñado con esa noche y ahora finalmente estaba sucediendo: Merrick estaba en sus brazos, tal como debía ser.

Él se recostó y, apretando su ropa, la arrancó por la parte delantera. Sorprendida, Isolde no se movió, antes de reírse de su habilidad para hacerle perder la moderación. Su mirada acalorada recorrió su cuerpo antes de detenerse en la cima de sus muslos. Isolde se retorció; deseaba que la tocara en esa zona que tanto miraba. Merrick pasó un dedo por su muslo, a través de su estómago, antes de deslizarse sobre su sexo. Ella se mordió el labio, resbaladiza y sentida; sus caricias llegaron más lejos y la dejaron sin aliento. Era demasiado. Su cuerpo ya no era suyo.

Merrick dejó escapar un gemido gutural: se deslizó contra su cuerpo de forma más insistente, más deliciosa. —Te deseo. Déjame hacerte el amor, Isolde.

Levantó una de sus piernas para envolver la cintura de Merrick y tiró de él hacia abajo con el pie. Le apretó el rostro y el ligero cosquilleo del crecimiento de un día de su barba le hizo cosquillas. Lo adoraba y lo había extrañado más que a nadie ni a nada en su vida. Asintió con la cabeza. —Sí. Por supuesto.

Ante sus palabras, Merrick apretó las caderas contra su calor; necesitaba tomarla y hacerla suya, más allá de todo lo que había experimentado antes. La agarró por la cola, ayudándola a empujar contra él. El contacto disparó sangre a su pene y se endureció aún más. Respiró hondo, intentando controlarse.

—Dime que me deseas, Isolde.

Necesitaba escucharla decir esas palabras. Saber que lo añoraba tanto como él a ella. De alguna manera, necesitaba asegurarse de que lo que estaban haciendo no estaba mal. Que la merecía después de todo lo que habían vivido y cómo había tratado a su esposa. Todos los errores que había cometido a lo largo de los años.

—Te deseo, Merrick.

Su respuesta en un susurro hizo que su alma se elevara. Era suya y él era suyo. Siempre lo había sido y, desde ese día en adelante, siempre lo sería.

Isolde forcejeó con los botones de su camisa y el aire en sus pulmones se detuvo. Sus miradas descaradas se encontraron y deslizó la mano dentro de sus pantalones para acariciar su pene. Más segura esta vez y con un poco de conocimiento de lo que a él le gustaba.

Santo infierno, Merrick sintió que nunca sobreviviría a la noche. Había soñado con hacerle

el amor y convertirse en un solo cuerpo y alma. Con su respiración irregular, empujó para profundizar el movimiento y deseó que esto nunca terminara.

—Ayúdame, —le pidió e Isolde entendió su súplica y lo ayudó a bajar sus calzoncillos. Sin ninguna moderación, se acercó y la besó con fuerza, disfrutando de la deliciosa fricción de su miembro contra su sexo. Sus manos llegaron a la nuca, con ojos pesados por el deseo insatisfecho.

—Deja de tentarme, Merrick.

Sus palabras rompieron la poca restricción que le quedaba y la acercó con un golpe suave. Se quedó quieta debajo de él y Merrick intentó no moverse, para darle tiempo para adaptarse. Respiraba de forma irregular y rápida contra su cuello. Le besó el pequeño lunar debajo de la oreja, lo más suave que pudo.

—Lo siento, mi amor.

Ella enhebró sus dedos a través de su cabello y lo acercó para que la mirara. —Yo no. —Rozó su labio con la yema del pulgar. — No te detengas. Nunca te detengas.

Las piernas largas y delgadas de Isolde envolvieron sus caderas y Merrick se balanceó sobre ella. Encajaban a la perfección y era lo más dulce que había poseído. Nunca se cansaría de tenerla y lo sabía desde el primer día que se conocieron. Era su alma gemela, su única felicidad verdadera en el mundo... y siempre lo sería.

Le arañó la espalda y él se deleitó al verla sentir tanto placer. El acto se volvía cada vez más pasional, más feroz y desinhibido con cada movimiento. Ella se mordió el labio y él amortiguó su gemido con un beso. Solo importaba darle placer, que se volviera tan loca por él como lo estaba por ella.

—Merrick, —jadeó, susurrando contra su mejilla.

Se miraron fijo por un instante y él empujó, llegando a la cima de placer. Repitió su nombre, cuánto la amaba y la había deseado siempre. —Eres todo para mí, —dijo, besando una lágrima que se deslizó por su mejilla. —Te amo mucho, mucho.

Su boca se abrió en un suspiro y la desgarradora liberación de Isolde provocó la suya. Temblor tras temblor sacudieron su alma y se perdió por un momento en sus brazos. Permanecieron así unos minutos, ambos jadeando, sin estar dispuestos a moverse. Merrick rodó a su lado y sonrió cuando ella se acurrucó en el hueco de su brazo.

—Sé que me amas, pero no puedo evitar preguntarme si eso es suficiente.

—¿Qué quieres decir? —Se inquietó ante las palabras de Isolde y permaneció en silencio mientras esperaba su respuesta.

—Creo que eres la única persona en el mundo que me conoce mejor que mi propia familia. Y sabes que siempre trato de hacer lo correcto. Capturé tu corazón en un baile *country*, sin siquiera vivir una temporada social en la ciudad. Muy inteligente de mi parte, ¿no te parece? —Le lanzó una mirada con autocompasión.

—Me parece que fui yo quien te cortejó esa noche, no al revés. —contestó mientras le

estrechaba la mano.

—No soy la mayor de mis hermanos, pero todos me admiran. Soy la hermana que siempre ve los dos lados de cualquier situación, no juzga ni critica, pero mira las cosas con ventajas y desventajas y luego decide cuál sería la mejor manera. Me alejé de Wardoor, mi segundo compromiso, algo que la *sociedad* es poco probable que perdona u olvide. No puedo soportar pensar qué dirán mi familia o la sociedad si me caso contigo. Un duque todavía de luto, hace menos de dos meses.

Merrick se sentó para apoyarse en la cabecera. —¿Qué quieres decir? ¿Que no te casarías conmigo? Te hice mía, Isolde —le recordó.

Ella también se sentó, arrodillada a su lado. —Debes entender que no es posible. No por el momento, al menos.

Las palabras lo eludieron por un instante, antes de decir: —Entonces, ¿cuándo?

—En un año. Ya no vas a estar de luto y, para entonces, la sociedad se habrá olvidado de mi compromiso con Wardoor o, al menos, habrá encontrado algo más para divertirse.

Merrick se deslizó de la cama; la ira se enroscó en sus entrañas. —¿Por qué te importa tanto lo que piense la sociedad? ¿No eres la misma mujer que hace solo unas semanas me dijo que merecía ser feliz? ¿Que la muerte de Leonora no fue mi culpa?

—Sí, pero...

—No hay un “pero” en esta decisión. Te amo, Isolde. Quiero que seas mi esposa. No quiero seguir esperando a que la sociedad determine cuándo deberíamos casarnos. Quiero casarme contigo ahora. —La miró un momento, deseando que mandara a todos los que no tenían nada que ver con ellos al carajo. —Cásate conmigo, por favor.

Ella movió la cabeza. —Me quiero casar contigo, Merrick. En serio, pero no puedo. Aún no. Tienes que darnos tiempo. Por favor, —le pidió, acercándose hasta donde estaba parado, sin prestar atención al hecho de que estaba desnuda. —Solo haz esto por mí. Ya he hecho sufrir mucho a mi familia. No puedo forzar un acuerdo contigo sobre ellos. Mi hermano necesitará tiempo para entender. Sabes que todavía piensa que eres culpable de tu crimen con Leonora.

Merrick se puso los pantalones y agarró la camisa y la tiró sobre su cabeza, sin importar si estaba puesta al revés o no. —Estoy harto de pagar por los errores de otros, las elecciones de otros. Sabes la verdad sobre esa noche con Leonora. ¿Qué importa lo que tu hermano u otra persona piense? —Ella cruzó los brazos sobre su pecho y él apretó los dientes, mientras el dolor lo atravesaba como una espada. —¿Me amas?

Su silencio fue ensordecedor. Merrick caminó hacia la puerta, haciendo una pausa al agarrar el pestillo. —Sabes dónde encontrarme cuando estés lista o cuando creas que la sociedad lo esté.

Se fue sin decir una palabra, caminando por el pasillo, sin prestar atención al ruido que hacían sus pasos. Sacudió la cabeza; no podía creer lo que acababa de ocurrir. Isolde era conocida por su fuerte convicción y, si creía que este era el curso correcto para ella, nadie, ni siquiera él, podía convencerla de que no lo era.

En la base de las escaleras se dio vuelta y se dirigió hacia la parte trasera de la casa y las escaleras de los sirvientes que conducían a las cocinas de abajo. Le quedaban doce meses por delante, insoportables meses en los que no podría estar con ella. ¿Cómo sobreviviría a eso? Se avergonzó: sabía que lo haría; ¿cuándo no había hecho algo que Isolde deseara? Lo haría por ella, incluso si fuera intolerable.

Capítulo

Diecinueve

La semana siguiente, Merrick se sentó en un canapé en la casa de Lord Statton, quien organizó un baile para su hija, Madeline, la prima hermana de Moore. Fue un evento que, incluso de luto, se negó a faltar, sin importar las miradas y cuchicheos que recibió de la *sociedad*.

El fuego crepitaba entre la leña mientras esperaba a Wardoor, luego de haberlo convocado para verse. Los rumores que recorrían la ciudad estaban plagados de escenarios sobre por qué Isolde había cancelado la boda. El susurro más inquietante era el que quería discutir ahora: su amor había soportado suficiente angustia en los últimos cinco años. No permitiría que nada más oscureciera su alma.

Y luego de tener esa conversación con Wardoor, trataría de enmendar su error con Isolde. No debería haberla abandonado después de que acababan de hacer el amor. ¿Estaba loco? Tenía derecho a sus creencias, incluso si fueran lo opuesto a las suyas, y debería haberlas respetado más.

La amo.

Wardoor entró tropezándose a la habitación y Merrick se puso de pie, frunciendo el ceño cuando dos mujeres que solo podían llamarse prostitutas entraron detrás de él. Sus vestidos estaban abiertos al frente, su cabello torcido y desaliñado. —Creo que lo convoqué solo a usted, Wardoor. Sus amigas deberían irse.

Su amigo le envió una sonrisa burlona. —Ah sí, lo entiendo, pero creo que puedo necesitar un buen golpe cuando lo desee, ahora que ya no estoy comprometido. Estoy seguro de que ya se enteró. —Les hizo un gesto a las mujeres y siguió: —Aquí están mis mozas de alivio.

Las mujeres se rieron, una de ellas se sentó sobre Wardoor y, por un momento, le mostraron a Merrick cómo tendrían sexo en unos instantes. Fue suficiente para hacerlo enojar.

Notó el bastón al lado de Wardoor y lo señaló. —¿Necesitas un bastón para caminar en estos días? ¿Cuánto bebiste hoy?

Wardoor sonrió con ganas. —Me caí de mi caballo, para su información. Mi tobillo sufrió la peor parte de la caída y es por eso que necesito el bastón. No hay otra razón siniestra para ello, se lo aseguro. —Besó a la segunda puta con intensidad. —Ahora, ¿a qué debo este placer? No ha buscado mi compañía durante algunas semanas, así que soy todo oídos para saber por qué desea

reencontrarse conmigo ahora.

Merrick ignoró el comentario o el hecho de que Wardoor probablemente se había caído de su caballo debido a la bebida o al opio. —Estoy aquí solo para asegurarme de que se disculpe y que no le cause ningún problema más a Isolde. Hay rumores. Absurdos, para ser honesto.

—No tengo nada por lo que disculparme, —respondió Wardoor, apretando uno de los senos de la puta.

Merrick no podía creer y se preguntó si su amigo tenía fallas de memoria similares a las que había experimentado Leonora. ¿Sabía por qué Isolde había cancelado? —Sé que usted es adicto al opio, Wardoor. Y sé que visitó una guarida de opio en el *East End* hace algunas semanas, porque yo mismo lo vi allí. Su conducta es la razón por la cual Isolde rompió el acuerdo. Ella lo siguió para descubrir qué estaba pasando.

Wardoor palideció, con una mirada desenfocada y muy confusa. —Yo no asisto a ese tipo de establecimientos.

Merrick negó con la cabeza. Qué horrible manera de terminar, un amigo suyo, abatido por el escándalo y el vicio. —Sé que estaba allí, Wardoor, y lo que estaba haciendo. Pero eso no es todo. —Merrick tocó el timbre y el mayordomo entró unos momentos después. —Por favor traiga a sus dos criados más fornidos. Estas mujeres necesitan que las escolten de regreso a sus propios establecimientos.

El sirviente hizo una reverencia. —Sí, su Excelencia.

—No tienes derecho a echar a mis invitadas.

Wardoor se sentó, con una mirada fulminante.

—Tengo todo el derecho. Esta es la casa de mi tío y no son bienvenidas aquí. Y teniendo en cuenta las escapadas en que participaste esa noche en la guarida de opio y la compañía que tenías, creo que harás exactamente lo que te pido.

Wardoor soltó un poco su corbata. —Yo, ah...

La puerta se abrió y entraron dos criados perfectos para el trabajo que Merrick les había encomendado. —Llévense a las damas y pídanles un taxi de regreso al *East End*. Paguen al conductor y asegúrense de que regresen a sus establecimientos de forma segura. Observó cómo se llevaban a las mujeres mientras palabras viles salían de sus bocas al caminar por el vestíbulo.

—Tienes un problema; el mismo que tuvo Leonora, pero, amigo mío, no voy a cometer el mismo error que cometí con su Excelencia. Le hice daño a Leonora, pero no me voy a equivocar contigo.

Si se pudiera salvar algo de esta situación, Merrick se aseguraría de que fuera Wardoor. El hombre delante de él, un cascarón roto de quien alguna vez había sido, no era su amigo. Pero con el tiempo, lo sería de nuevo.

—No tienes pruebas de nada y, en cuanto a Isolde, bueno, parece que la dama siente aversión por los hombres y el matrimonio, en general. Con mi compromiso roto, ya lleva dos por ahora.

Wardoor se recostó en su silla, con una sonrisa macabra.

Merrick respiró con calma, al ver que estaba molesto por lo que había pasado y eso era un medio para alejarse de esta situación y culpar a los demás. Bueno, no lo haría. No esta vez.

—Tengo preparada una pluma y un pergamino para que escribas una disculpa a Isolde, cuyo único crimen fue confiar en tu palabra. También te solicito que firmes un documento que mi abogado redactó que te impide demandar a Isolde por incumplimiento de promesa. Una vez que hayas hecho esto, te llevarán a una de mis fincas donde un médico está esperando para asegurarse de terminar tu adicción al opio. Eres un marqués. Tienes personas que confían en ti para su sustento. No permitiré que desperdicies eso de gusto. —Miró fijo a Wardoor y leyó el dolor que acechaba en sus ojos vidriosos. —Te conozco desde Eton. Eres mi mejor amigo y, debido a esa amistad, no voy a dejarte viajar a los pozos del infierno sin luchar para sacarte.

Wardoor se pasó una mano por la cara. —Tal vez tu responsabilidad conmigo cesaría si supieras toda la verdad completa.

Merrick se cruzó de brazos: ya sabía todo lo que había que saber sobre el hombre y aun así no lo dejaría solo en esto. —Lo sé todo. Sé que cuando estás tan drogado con opio permites que las mujeres y hombres te complazcan sexualmente. Sé que tu patrimonio ha sufrido a causa de tu aflicción. Y sé que puedes ser el padre de mi hija.

Un brillo de sudor estalló en la frente de Wardoor. —¿Sabes eso? —hizo una pausa y gruñó: —¿Cómo?

El recuerdo de cómo Merrick se había enterado de algo así y las trágicas circunstancias que le siguieron le provocaron un nudo en el estómago. —Leonora me contó el día en que nació Lily. Fue una de las razones por las que discutimos. —suspiró y se sentó frente a Wardoor. —No quería creerlo, pero después de verte en la guarida de opio, me di cuenta de que cuando estabas bajo la influencia de una droga así, eras capaz de cualquier cosa.

Wardoor se avergonzó. —No sabía lo que había hecho. Eras mi amigo y nunca traicionaría tu confianza, si hubiera sabido lo que estaba haciendo. Leonora me dijo que habíamos estado juntos y que fui yo quien la embarazó, pero nunca se confirmó. Aunque no sirva de mucho: lo siento, Moore. No te merecías eso.

—Mmmm...sí lo merecía, —aseguró el duque, con toda honestidad. —Empujé a Leonora hacia el estilo de vida que tenía y su muerte está en mis manos. Y por un tiempo, no creí que merecía la felicidad, no hasta que Isolde me mostró lo contrario. Siempre voy a lamentar mis acciones hacia mi esposa, pero estoy decidido a compensarlas a través de nuestros hijos. Los voy a criar bien y me voy a asegurar de que sean personas respetuosas y productivas en el mundo. Y también te voy a salvar de ti mismo. No voy a fallar en esto.

—¿Y si no quiero que me salves?

—Sí lo quieres. En el fondo, el hombre que yo respetaba, todavía está allí y estoy decidido a tenerlo de vuelta a mi lado como mi confidente más cercano. —Se puso de pie y señaló la puerta. —Afuera hay un carruaje y dos caballeros muy persuasivos que te llevarán a una de mis fincas para que te recuperes. No intentes luchar contra esto, Wardoor, y no hagas una escena.

Wardoor se levantó, tumbándose un poco. —Esta noche, con tu arrogancia, no puedo agradecerte, pero voy a hacer lo que me dices y ya veremos.

Caminó hacia el escritorio y se sentó. Merrick lo vio escribir una carta de perdón a Isolde y luego firmar el documento que su abogado había redactado. Lo acompañó hasta el carruaje y observó cómo retumbaba calle abajo y fuera de su vista.

Isolde se quedó de pie, boquiabierta, contra la puerta de la biblioteca, cuando escuchó la conversación en su interior. No debería haber buscado a Merrick, pero después de que se fue la otra noche, necesitaba explicarle que su deseo de esperar no estaba relacionado de ninguna manera con los sentimientos que tenía hacia él. Si pudiera, se casaría con él mañana.

¡Wardoor era el padre de Lily! ¡Y se había acostado con Leonora! Las palabras la hicieron jadear y se cubrió la boca con la mano para que no la oyeran escuchar a escondidas. Sacudió la cabeza, desconcertada y herida por Merrick. Para su sorpresa, él parecía tranquilo, casi aceptando tal engaño, y ella lo amaba aún más por eso. Wardoor y la duquesa no habían sido ellos mismos por algún tiempo. Ambos habían necesitado ayuda; tristemente, para Leonora, esa ayuda nunca había llegado.

Los dos hombres hablaron durante un tiempo antes de que Merrick le contara a Wardoor el plan para recuperarse de su adicción. Isolde rezó para que funcionara, porque creía que Wardoor era un buen hombre, un gran hombre, sobre todo si Merrick alguna vez lo había considerado su mejor amigo.

La puerta del vestíbulo se abrió y pudo escuchar a Wardoor irse antes de que Merrick volviera a la biblioteca y cerrara la puerta con firmeza detrás de él. Empujó la puerta y su corazón latió con fuerza al verlo parado en el escritorio, guardando dos cartas en el bolsillo de su abrigo. Era demasiado bueno, incluso para ella, tal vez. Incluso después de todo lo que Wardoor le había hecho, se quedaría con su amigo y lo ayudaría en su momento de necesidad.

Había pocos que sacrificarían el orgullo por hacer algo así.

—Merrick, —dijo, sin saber qué decir. —Lo siento mucho. No tenía idea de que Wardoor estaba involucrado con Leonora.

Como no sabía qué más decir, cerró la puerta, haciendo una pausa por un momento antes de girarse y encontrarse con su mirada fija. Él se apoyó contra el escritorio y cruzó los brazos sobre el pecho. La mirada de Isolde recorrió su cuerpo, sus hombros anchos que se acentuaban en esa pose. Su cintura delgada y piernas largas y musculosas. Había sido tan tonta al pensar que podría vivir sin él un año más. ¿En qué estaba pensando?

—¿Escuchaste todo?

Ella asintió, esperando que no estuviera demasiado enojado.

—Sí, pero no fue a propósito. Vine a buscarte, te escuché hablando con Wardoor y bueno...

Él sonrió, tendiéndole la mano. Ella cruzó rápido la habitación. —No quiero que haya secretos entre nosotros, —le aclaró, —pero también estoy cansado de nuestro pasado. Quiero que sigamos adelante, que comencemos una vida juntos.

—Sé que lo deseas. —Y ella también, sobre todo esta noche. La música de fondo de un vals flotó hasta ellos. —Baila conmigo, Merrick.

Colocó la mano en su brazo y caminaron hacia la pista. La sala se desbordaba con los diez mil de la clase más alta. Las parejas tomaron su lugar y la habitación se llenó de coloridos vestidos de seda. Al llegar a la pista, Merrick la atrajo hacia él, más cerca de lo que debería.

El baile comenzó y el duque la hizo girar sobre sus pasos, guiándola en cada movimiento. Le sonrió y las mariposas volaron en el vientre de Isolde.

—Te voy a esperar, si es lo que deseas. Haría cualquier cosa por tenerte —susurró, con una mirada intensa.

Isolde tragó saliva para quitar el nudo en su garganta y respiró profundo. —Mereces mucho más que eso, Merrick. Hace unas semanas, dije que merecías amor, sin importar lo que hubiera sucedido en tu vida. O quién te había lastimado o fallado. Pero luego cambié de parecer. Y te dije que tenías que esperar... eso estuvo mal de mi parte. No deberías tener que esperar más. Ninguno de nosotros debería hacerlo. Ya hemos estado separados por demasiado tiempo.

Merrick se detuvo en medio de la habitación, mientras las otras parejas continuaron el baile a su alrededor. Tomó su rostro y lo levantó para mirarse a los ojos. —¿Estás diciendo que te casarás conmigo ahora y no dentro de doce meses?

Isolde sonrió y asintió. —Eso es exactamente lo que deseo.

La música se detuvo y comenzaron los susurros de la multitud reunida que los rodeaba. Se escucharon jadeos cuando Merrick se inclinó sobre una rodilla delante de ella. Las lágrimas nublaron los ojos de Isolde y parpadeó para evitar que cayeran.

—¿Te casarías conmigo, Lady Isolde Worthingham? ¿Y te convertirías en mi duquesa?

Una risa burbujeó dentro de ella. Miró hacia arriba y vio a su madre a un lado con los ojos muy abiertos, observándolos junto al resto de los invitados. Ella volvió su mirada hacia Merrick y asintió. —Sí. Acepto.

Se puso de pie y, sin dudarlo, la besó ante la *sociedad*. Fue un beso lento y rodeado de tantas promesas que todas sus preocupaciones se desvanecieron. Él se echó hacia atrás, todavía sosteniendo su rostro. —Dejemos que los chismes hablen. No pasará mucho tiempo antes de que otro escándalo capte su atención y se olviden de nuestras nupcias.

—Siempre me porté demasiado bien, —respondió, sonriendo. —Creo que es hora de cumplir mis deseos. De hacer algo que me haga *feliz*.

—Creo —dijo Merrick, besándola de nuevo y esta vez dejándola sin aliento, —que tienes toda la razón.

Isolde envolvió sus brazos alrededor del cuello de Merrick e ignoró a los espectadores escandalizados. Ninguna matrona o señor gruñón podría arruinar este momento para ella. El

hombre en sus brazos era el amor de su vida y ahora esa vida podía comenzar.

—Hay algo que necesito decirte, Su Excelencia.

La cautela nubló la mirada de Merrick. —¿Qué pasa?

Ella lo besó, sonriendo cuando alguien pidió sales aromáticas para un huésped colapsado. —Solo quiero decirte que te amo. Incluso todas las veces que te odié, aún te amaba. Te voy a adorar, siempre.

Un músculo se marcó en su frente y ella pudo notar, por su mirada nebulosa, que estaba luchando por mantener la compostura. —Pensé que nunca más volvería a escuchar esas palabras de tu boca.

—A partir de hoy, las vas a escuchar a menudo, porque es la verdad.

Merrick la levantó y la hizo girar, ambos riendo y ajenos a la asombrada desaprobación de la *sociedad*. Esta noche era de ellos y maldita sea cualquiera que no aceptara su unión. La elección no era de la sociedad y, a partir de ahora, Isolde nunca se dejaría influenciar por las opiniones de los demás. Solo el hombre con el que se casaría podría convencerla de que pensara lo contrario y algo le decía a Isolde que Merrick no deseaba cambiarla.

Así como ella nunca cambiaría nada de él.

Era el turno de Merrick. Se sentó en la Sala de la Mañana en Whites: la habían cerrado a todos los demás miembros, mientras, el duque de Penworth lo miraba con lo que Merrick suponía que era desagrado.

Se lo merecía, supuso, especialmente después de declararse de forma tan pública anoche, ante toda la sociedad, y olvidarse de todo para pedirle casamiento a Isolde. Estudió sus rasgos; deseaba sonreír ante el recuerdo de hace solo unas horas, cuando al fin Isolde había prometido ser suya y no en doce meses, sino en solo unas semanas.

Merrick miró fijo al duque. Ni siquiera el disgusto del caballero detendría su compromiso. Nada lo haría y se aseguraría de eso esta vez.

—Bueno, —dijo el duque, cruzando las piernas y juntando los dedos sobre su regazo. —Explique lo que pasó anoche. Puede imaginar mi sorpresa cuando mi madre regresó a casa y me contó sobre el compromiso de Isolde. No pasó ni un mes desde que terminó su último acuerdo.

Merrick luchó para no reír. En cambio, frunció el ceño. Quería tratar el tema de la forma más civilizada posible. —Sé que Isolde les explicó lo que sucedió en Mountshaw la noche antes de nuestra boda y, más allá de sus pensamientos sobre quién tuvo la culpa y quién no, siempre hubo una constante a lo largo de los años: mi amor por su hermana. Su compromiso con Wardoor fue un error y debo admitir que me sentí aliviado de que se haya cancelado. Sé que conoce las circunstancias detrás de esa situación.

—Soy consciente, pero eso no cambia el hecho de que no lo perdoné ni lo voy a perdonar por

lo que le hizo hace cinco años. El dolor que sintió fue tan devastador como la muerte de nuestro padre. No le voy a permitir que la lastimes así de nuevo. —El tono de acero del duque sonaba amenazante.

—Juro por mi vida que nunca más voy a lastimar a Isolde. Tampoco quise hacerlo la primera vez. La amo. Muchísimo. Por favor, denos su bendición.

Merrick permaneció en apariencia tranquilo, pero su corazón se aceleró. ¿Causaría problemas el duque o estaba dispuesto a dejar de lado sus propios rencores y permitir que Isolde se casara con quien quisiera?

El duque levantó la frente. —¿Rompería el compromiso si no lo aprobara?

Merrick respiró para calmarse; no le gustaba hacia dónde iba esta conversación. Las últimas personas que deseaba que estuvieran en desacuerdo eran la familia de Isolde. —Ni usted ni nadie más me impedirá casarme con su hermana.

Sostuvo su mirada y entrecerró los ojos mientras su temperamento aumentaba. Nunca más volvería a vivir otro día a expensas de los deseos de otra persona. Isolde era suya y la adoraba. Era así de sencillo.

El duque lo miró por un momento antes de tomar un sorbo de coñac. —Les voy a dar mi bendición, pero solo porque amo a mi hermana y deseo hacerla feliz. Pero le advierto, Moore. Si algún rumor llegara a mis oídos de que no está contenta, voy a oponerme y disfrutar mientras lo hago. ¿Entendido?

Por mucho que a Merrick no le gustara que un hombre de su mismo grupo le hablara de esa manera, dejó que el insulto pasara. Si eso significaba que Isolde podía casarse con él con la bendición de su familia, que era lo que ella más quería, entonces se tragaría su orgullo y aceptaría la advertencia. Asintió. —Acepto su decreto.

El duque se acomodó en el asiento y le tendió la mano. Merrick le estrechó la mano. —Me alegra que estemos de acuerdo.

A él lo alegraba. —A mí también, —aseguró, terminando su bebida con un brindis silencioso: había superado el obstáculo final para ganar la mano de Isolde.

Capítulo Veinte

Con la ayuda de su madre y sus hermanas, Isolde se quedó estática cuando el pesado vestido de seda dorada se deslizó sobre su cabeza y se acomodó a su cuerpo. El corsé tenía hilos de oro y cuentas que brillaban a la luz de la mañana. Era el vestido más hermoso y pesado que había usado y la llenaba de felicidad pensar que con él se comprometería con Merrick.

Su madre colocó un collar con incrustaciones de diamantes engastado en oro alrededor de su cuello, junto con la pequeña tiara a juego que formaba parte de la colección ducal. Isolde se miró en el espejo, sin poder creer que era ella. Que finalmente el día de su boda con Merrick había llegado. El día ya era más que perfecto y nada, estaba segura de eso, podría superarlo.

El corazón bombeaba rápido en su pecho. En menos de una hora se casaría con el hombre que amaba más allá de la razón. Pensar en su futuro le genera gran expectativa.

—Isolde, querida, —dijo su madre, tomándola de la mano, con una mirada pensativa en su rostro. —No hemos hablado mucho sobre lo que sucedió con Moore durante la temporada, pero necesito saberlo. Antes de que digas tus votos y no haya vuelta atrás.

—Dime, mamá. —Le tomó algunos días a Isolde lograr que su hermano se calmara lo suficiente como para entrar en razón y entender y finalmente lo logró, pero solo después de una discusión en profundidad con Merrick en Whites. Su madre había aceptado lo sucedido entre Moore y Leonora la noche anterior a su boda y estaba dispuesta a seguir adelante. Tuvo que decir la verdad sobre la adicción de Leonora y Wardoor y fue luego de admitir eso que su familia cedió y apoyó su elección. Por eso la preocupación de su madre ahora era desconcertante.

—Solo quería comprobar que estás segura. No importa quién tuvo la culpa, hubo mucho dolor entre tú y Moore. Quizás incluso más de lo que eres capaz de perdonar por completo. Necesito saber, antes de que te entregues a él, que esto es lo que quieres. Odiaría verte infeliz en tu matrimonio y no ser capaz de cambiar la situación.

—Ay, mamá. —Isolde la abrazó con fuerza y la tranquilizó: —Merrick es a quien quiero; al único que he querido. No voy a ser infeliz. En todo caso, voy a estar llena de felicidad.

Los ojos de su madre se llenaron de lágrimas. —Aunque estoy muy contenta de escuchar eso, los chismes en la ciudad son muy crueles. Durante algún tiempo, tal vez incluso años, es posible que lo vean mal. Merrick todavía está de luto y rompiste un compromiso con un joven muy

adecuado. ¿Estás segura de que este es el camino por el que quieres andar?

Isolde, con total claridad y seguridad, asintió. —Me siento tan segura. No me importa lo que diga la sociedad; sé que son volubles y pronto pasarán a otra alma desafortunada. Pero ya no voy a vivir para complacer a nadie más que a mí y a quienes amo. Puedes estar segura de que no perderé el sueño por lo que alguien diga sobre nuestro compromiso.

La duquesa sonrió, claramente aliviada por sus palabras. —Muy bien, no mencionaré la situación de nuevo. —Retrocedió unos pasos y la miró. —Eres tan bella, mi querida. Espero que sepas lo orgullosa que estoy de ti. Tal vez tu padre actuó de forma precipitada la noche antes de tu boda, pero su objetivo principal era verte feliz. Siempre fue tan protector con todos ustedes; si su elección de mantenerte alejada de Merrick fuera incorrecta, lo lamentaría. Desearía que estuviera aquí para caminar contigo hacia el altar.

Le sonrió a su madre, tragando para aliviar el nudo en la garganta ante la mención de su tan querido padre. —Gracias. Eso significa mucho para mí.

Alice, que permaneció en silencio a un lado, miró a Isolde con una mirada contemplativa. Cuando su madre y Victoria fueron a buscar el pequeño ramillete de flores, se unió a Isolde en el espejo. —Eres una novia hermosa. Todo Londres estará aquí hoy para verte casar con Moore. —Hizo una pausa, sonriendo. —¿Estás emocionada?

Isolde hizo a un lado sus pensamientos sobre la noche de bodas y cuánto se deleitaría cuando Merrick intentara sacarle el vestido. Durante las últimas semanas, había hecho que le prometiera comportarse y así lo había hecho, maldita sea. Y ahora, todo en lo que podía pensar era en lo que había planeado para cuando finalmente estuvieran a solas.

—No tienes idea de lo emocionada que estoy de que hoy me caso con el hombre que amo. Fue un largo viaje para los dos. Y se merecían su felicidad ahora. —Lo debes amar mucho.

Isolde se encontró con la mirada de Alice antes de tirar de sus guantes de seda de marfil. —Así es. Es el mejor. Y el único hombre para mí.

Alice se inclinó más para garantizar privacidad. —¿Estás nerviosa por tu noche de bodas? Moore está aún más lindo que cuando se comprometieron por primera vez. Me imagino que sus besos son más seductores.

Isolde se rio y sintió un estallido de calor en sus mejillas. —Es suficiente, Alice. Te estás burlando de mí, en especial porque sabes que no soy la prometida más virtuosa. Ahora, ayúdame con este vestido. Es hora de irnos.

Victoria entró y le pasó un pequeño ramo de hortensias. —¿Vamos yendo? No queremos llegar tarde, a pesar de que algunas de las chicas me han estado diciendo esta temporada que se debe llegar tarde a la iglesia.

Su madre la abrazó y le dio un beso rápido, mientras comprobaba que cada una de sus hijas tenía todas las joyas y las piezas en sus vestidos para ir a la iglesia.

—Estoy muy feliz por ti: creo que Moore te tratará bien y te malcriará tanto como te lo mereces. Serás feliz, Isolde. Ahora, ¡vamos!

—Lo voy a ser, mamá. Voy a estar muy contenta.

El viaje en carruaje a St. James fue rápido y sin incidentes. Estaba decidida a que no pasara nada que le impidiera casarse con Merrick. Nada ni nadie evitarían esta boda.

Josh las saludó en los escalones de la iglesia justo cuando el carruaje se detuvo. Su hermanito le sonrió mientras se bajaba del carruaje, tomó su mano y la enlazó en su brazo. —Te ves hermosa, hermana.

Isolde sonrió. —Gracias, hermano.

Se dirigieron hacia las puertas dobles que estaban cerradas por el sol de la mañana. Desde los escalones, Isolde pudo ver a algunos invitados entrar en la iglesia para tomar asiento; sentían el sonido del piano cada vez que la puerta se abría.

—¿Moore está aquí?

Josh sonrió y le dio un beso rápido en la mejilla. —Está dentro y, debo añadir, que se ve demasiado nervioso. Tienes que sacar al pobre hombre de su miseria y decir “sí, quiero” antes de que colapse de ansiedad.

Qué alivio abrumador le produjo saber que Merrick estaba adentro. Había temido que le pasara algo y no pudiera estar aquí hoy: aunque había tratado de alejar esos pensamientos, seguían en su mente. Que cambiaría de opinión o que alguien entraría y lo robaría de nuevo.

Pero nadie había detenido la boda y ahora nadie lo haría, porque ambos estaban aquí, ansiosos y dispuestos a comprometerse por amor ante Dios.

En la puerta de la iglesia, Isolde se detuvo por un momento para permitir que sus hermanas le arreglaran el vestido antes de comenzar a caminar hacia el altar y hacia Merrick. El pianista empezó a tocar y, como una entrada apropiada para la hija de un duque, se abrieron las puertas dobles y todos se pusieron de pie.

Los invitados desaparecieron de la vista de Isolde, porque, al final del pasillo, estaba Merrick, con un afecto radiante brillando en su hermoso rostro. Las lágrimas brotaron en sus ojos al verlo, con las manos entrelazadas y su atención fijada en ella.

Al llegar al lado de Merrick, Josh puso la mano de Isolde sobre el brazo de Moore y ella sonrió cuando la acercó demasiado a su lado.

El reverendo les sonrió, aclaró su garganta y miró hacia los invitados. —Estamos reunidos hoy aquí para unir a Su Excelencia, el Duque de Moore, y Lady Isolde Worthingham en matrimonio, que es un patrimonio honorable y solemne y, por lo tanto, no se debe ingresar sin conocimiento o de forma inconsciente, sino con reverencia y sobriedad. En esta finca, estas dos personas presentes vienen ahora a unirse en matrimonio. Si alguien tiene algo que objetar, que hable ahora o calle para siempre.

Isolde tragó saliva, esperando a ver si alguien se atrevía a gritar que el matrimonio no debía seguir adelante, pero reinó el silencio y sonrió, muy aliviada.

El reverendo continuó. —¿Quién entrega a esta mujer para que se case con este hombre?

Josh dio un paso adelante, con una concentración seria en el rostro. —Yo lo hago.

Isolde escuchó y dijo las palabras apropiadas mientras la ceremonia matrimonial avanzaba sin dificultad.

—Te amo —dijo Merrick, inclinándose para susurrar contra su oído.

Las lágrimas se juntaron detrás de sus ojos y luchó para no dejar que sus emociones le sacaran lo mejor de ella. —Y yo a ti, para siempre y un día.

—Y ahora los declaro marido y mujer —dijo el sacerdote, sonriendo.

Y, como alterar a la sociedad una vez esta temporada no había sido suficiente, Merrick le dio un beso profundo delante todos.

Bastante escandaloso también.

Epílogo

Isolde caminó por los terrenos del castillo escocés de su hermana y admiró su belleza. Elizabeth, que estaba en sus últimas etapas de embarazo, los había invitado a quedarse en Muirdeen antes de comenzar su luna de miel.

Habían dejado atrás Londres y sus lenguas largas, solo un día después de decir sus votos. Los chismes sobre su matrimonio tan repentino luego de cancelar el compromiso con Wardoor y con un hombre que aún se encontraba de duelo, se quedarían en aquella ciudad. Habían decidido interrumpir su viaje al continente para visitar Escocia y las hermosas Tierras Altas. Quería que Merrick conociera Avonmore y toda su belleza. Además, quería celebrar sus nupcias con su hermana Elizabeth, que no había podido asistir a la boda por lo rápido que la habían organizado.

El brezo estaba florecido; mientras Isolde lo atravesó caminando de regreso al castillo, recogió unas flores. Lady Lily yacía dormida en sus brazos, con unas pestañas oscuras perfectas barriando sus mejillas rosadas. El pequeño William corría adelante, juntando cada vez más brezos. Isolde miró hacia los jardines delante del Castillo Muirdeen, un lugar que podría, admitió, rivalizar con el de su propia finca escocesa.

Pero aquí, en Muirdeen, vivían su hermana y su sobrino más querido, por lo que seguramente era un poco mejor que Avonmore.

Merrick salió del castillo y miró alrededor; de seguro la estaba buscando. Caminó hacia él, agradeciendo a la providencia de que ese hombre ahora era suyo.

—¿Me está buscando, su Excelencia? —Una ráfaga de viento le levantó la pollera y tuvo que sujetarla con la mano para que no la viera desnuda... otra vez. Se puso colorada. —Pensé que estabas tomando whisky con Henry.

Isolde cubrió la cara de Lily con la manta tejida a mano para alejar el viento.

—Ya tomé todo el whisky que puedo tolerar, —respondió, sonriendo y besando la cabeza de su hija.

—¿De verdad? —Eso no sonaba como él.

—No. —Merrick sonrió y tomó su mano. La levantó despacio y le besó la palma con una mirada persistente. Tenía el rostro cubierto por la barba de un día y se veía muy atractivo. —Vine a buscarlos. Los extrañaba.

Ella lo abrazó y se acercó para darle un pequeño beso en la mejilla. —Nosotros también te extrañábamos. Pero solo han pasado unas tres horas desde la última vez que te vi y William me hizo compañía. ¿No es así? —preguntó dirigiéndose a su hijo.

—Sí, padre, y mira, —contestó William, mostrando un ramo de brezo a su papá. —Tengo brezo para Lily. Voy a hacer que la niñera lo ponga en su habitación hasta que regresen de su viaje.

Isolde notó la mirada orgullosa de Merrick. —Eres un buen chico y espero que se porten bien con la tía Elizabeth y el tío Henry. Si lo hacen, les vamos a traer muchos regalos a los dos.

William comenzó a dar saltitos en el lugar, con ojos brillantes de emoción. —¿En serio, papá? ¿Puedo tener un teatro de juguete? Leí sobre uno, o al menos la niñera lo hizo en uno de sus periódicos, y me encantaría hacer una obra para todos ustedes.

—Tendrás que esperar y ver, —respondió Merrick, revolviendo el cabello de su hijo, que volvió a recoger el brezo, con una sonrisa en su rostro encantador.

Isolde captó la mirada de Merrick y se quedaron mirándose el uno al otro por un momento antes de que Beth saliera de las puertas del castillo, saludándolos.

—Su excelencia, qué amable de su parte dejar a mi esposo roncando en la biblioteca. Y con ese olor a licor que muestra que disfrutaron la visita a la destilería.

Isolde sonrió mientras Merrick trataba de mostrarse arrepentido. —Perdóname, Lady Muir. Traté de reducir nuestra participación en la bebida, pero realmente es muy buen whisky. El mejor que he probado, de hecho.

Beth se echó a reír y les indicó que entraran. —Pasen, en una hora servirán la cena y deberíamos cambiarnos. La niñera tiene el baño listo para los niños, también. Y si no llego a tiempo al comedor, vengan a buscarme a la biblioteca, porque de seguro todavía estoy tratando de despertar a mi esposo.

Isolde se echó a reír y, tomando la mano de Merrick, entró y subió a su habitación. Les dieron las buenas noches a los niños, pero no sin antes desnudar a William y depositarlo en el baño. Isolde besó a ambos niños antes de dirigirse a su habitación. La vieja escalera de piedra del castillo daba vueltas y, llegando al segundo piso, caminaron por el largo pasillo, ambos en silencio con sus propios pensamientos.

La doncella de Isolde, Fanny, hizo una reverencia y le sonrió cuando le dio las buenas noches. Merrick estaba de pie junto al tocador, desabrochando lentamente su corbata cuando levantó la mirada y sus ojos se encontraron en el espejo.

El placer la atravesó mientras lo miraba. La miraba como un león a su presa. Voraz y sin remordimientos.

—¿Necesitas ayuda con tu corbata, Su Excelencia?"

Sus ojos se oscurecieron con pasión y las mariposas volaron en el estómago de Isolde. —Yo puedo solo. —Se giró y se acercó a ella, sin tocarla, solo se quedó allí, desnudándose ante su mirada, despertando sus sentidos.

—Estuve pensando en tenerte sola para mí en esta habitación todo el día. —Sus palabras susurradas enviaron espirales de deseo que recorrieron su sangre.

La habitación estaba a la sombra de la luz de la tarde y, con las pequeñas ventanas que tenían las habitaciones, las sombras bailaban en cada esquina.

Los labios de Merrick se posaron con fuerza sobre los de ella y se aferró a sus hombros, necesitando estar lo más cerca posible. Su lengua se arremolinaba con la suya y la necesidad, caliente y pesada, le aflojó las rodillas. —Tenemos solo una hora, mi amor, —jadeó cuando él se acomodó contra ella.

Él gruñó. —Eso no debería ser un problema.

Tenía que ser suya. Ahora. El dolor atravesó su cuerpo ante la idea de detenerse. Ya era demasiado tarde para eso. La levantó y ella envolvió sus piernas sobre sus caderas. Sintió su calor contra su cuerpo, abierto y dispuesto; lo volvía loco de necesidad.

Se dirigió hacia la puerta, lo más cercano que pudo encontrar, y la empujó contra los paneles de madera. Ella buscó a tientas que cayeran sus pantalones hasta que estuvieron juntos, piel con piel, un cuerpo contra el otro. Se deslizó contra sus partes más íntimas, sintiendo su disposición y aumentando la suya.

—Eres tan bella. Te deseo tanto que duele.

Sus miradas se encontraron y él se dio cuenta de que ella estaba disfrutando mucho. La urgencia salvaje que leyó en su mirada lo distrajo y tuvo que respirar profundo para no perder el control y deshonorarse ante su resbaladizo calor.

—Yo también deseo que seas mío.

Merrick la tomó con poca delicadeza. Ella jadeó y cerró los ojos lentamente con éxtasis. Él deslizó sus manos sobre su trasero, sosteniéndola cerca mientras bombeaba implacablemente. La puerta crujió detrás de ellos y olvidaron respirar mientras se perdían el uno en el otro.

—Oh, sí. Merrick, —susurraba Isolde envolviendo su cuello para mantenerlo cerca. —No te detengas.

Ya no podía hacerlo. Era perfecta para él. Estaba extasiada, su cuerpo lo rodeaba y lo llevaba hacia su propio placer. Él no se detuvo: la tomó una y otra vez cuando llegó al clímax en sus brazos y amortiguó sus gemidos con un beso.

—¿Te negarías a comer en nuestra habitación esta noche? —le propuso, mordisqueándole el cuello, y la sostuvo cuando se tambaleó en sus brazos.

Lo miró con una sonrisa en el rostro. —Para nada. Eso suena perfecto.

Merrick deslizó la mano sobre su pecho y ella se estremeció en sus brazos. Siempre tan dispuesta, tan buena amante y receptiva a sus caricias. Cómo amaba a esa mujer y todo lo que ella significaba.

—¿Qué pensará tu hermana de que nos perdamos la cena? Te estás convirtiendo en una muchacha escandalosa.

Ella lo besó y deslizó sus manos por su pecho, ayudándolo a abrochar su pantalón. Él apretó los dientes, disfrutando el momento mucho más de lo que hubiera imaginado. —Cuidado, amor, o no voy a permitir que salgas de esta habitación nunca.

De nuevo lo distrajo, con suaves besos contra su cuello enviando escalofríos por su columna vertebral. —Entonces mi trabajo aquí está hecho. —Le dedicó una sonrisa. —Creo que voy a disfrutar estar encerrada en esta habitación del castillo contigo. ¿Cuánto tiempo crees que podríamos seguir así?

—Para siempre, si fuera por mí, pero, por desgracia, recibí la noticia de que nuestro barco a Francia atracará la semana próxima, así que lamento ser portador de malas noticias, pero vamos a dejar las Tierras Altas para irnos al continente antes de lo que pensabas.

Isolde abrió los ojos con sorpresa y emoción. —Francia. No puedo esperar tanto tiempo.

-Y Suiza, seguida de Italia. Quiero explorar el mundo contigo, compensar el tiempo que perdimos.

Ella extendió la mano, abrazándolo más cerca. —Gracias, Merrick, por luchar por mí y por amarme tanto como yo a ti. No puedo imaginar mi vida sin ti, William o Lily ahora.

La levantó y la llevó hacia la cama. —Yo tampoco y te lo mereces; el placer es todo mío.

Le lanzó una sonrisa pícaro en respuesta. —Y mío también, —agregó mientras él le daba un beso profundo.

No llegaron a la cena, como estaba previsto.

Otras Obras de Tamara Gill

La Sociedad 1777

Amoríos y Duques

Los York Rebeldes

Las Incontrolables Woodvilles

Liga de Caballeros Incasables

Besa al Marginado

Casarse con un pícaro

Lords de Londres

Casa Real de Atharia

Amor escocés a través del tiempo

Una Temporada Robada

Londres Escandaloso

Alta Mar y Grandes Apuestas

Hijas de los Dioses

LIBROS INDEPENDIENTES

Rendición Desafiante

Convenio Atrevido

Pecar con Escándalo

Forajidos

Acerca de la autora

Tamara es una autora australiana que creció en una antigua ciudad minera al sur de Australia, donde se originó su amor por la historia. Tanto es así, que hizo que su querido esposo viajase al Reino Unido con ella para celebrar su luna de miel, momento donde le arrastró desde los monumentos históricos hacia los castillos y viceversa.

Es madre de tres, dos pequeños caballeros en crecimiento, y una futura lady (eso espera ella) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que encuentra un momento de paz, ama escribir novelas románticas en una plétora de géneros, incluyendo las regencias, el medievo y viajes en el tiempo.

